

20 grandes conspiraciones de la historia

Santiago Camacho

la esfera (o de los libros)

Primera edición: enero de 2003

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

* Santiago Camacho Hidalgo, 2003

* La Esfera de los Libros, S.L., 2003 Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos

28002 Madrid

Teléf.: 91 296 02 00 - Fax: 91 296 02 06 Pág. web: www.esferalibros.com

Diseño de cubierta: OPALWORKS

Ilustración de cubierta: OPALWORKS

Fotos del interior: Archivo del autor, SIGNIA/COVER y

Departamento de Infografía de El Mundo. ISBN: 84-9734-092-2

Depósito legal: M. 51.990-2002 Fotocomposición: Versal AG, S.L. Impresión: Cofás Encuadernación: Martínez Impreso en España-Printed in Spain

Índice

Introducción ..	9
Capítulo 1. Creadores de dioses El gran secreto tras el nacimiento del cristianismo	13
Capítulo 11. La secta de los asesinos	
Los orígenes de los terroristas suicidas del islam	32
Capítulo III. La Garduña	
on	El secreto mejor guardado de la Inquisición 48
Capítulo IV jesuitas El ejército sin espadas	62
Capítulo V Los Protocolos de los sabios de Sión La gran conspiración contra los judíos	76
Capítulo VI. Jack el Destripador Al servicio de Su Majestad	89
Capítulo VII. Nazismo esotérico Las obsesiones secretas del III Reich ..	104
Capítulo VIII. Más brillante que M.11 soles La verdadera historia de las pruebas nucleares	123
Capítulo IX. El regreso del nazismo De ODESSA a los neonazís	139
Capítulo X. Asesinos del pensamiento La batalla por el control de la mente	158
Capítulo XI. Marilyn Monroe Las diosas también mueren	177

Capítulo XII. La «maldición» de los Kennedy ¿Casualidad o conspiración?	194
Capítulo XIII. El fraude Apolo ¿Estuvimos realmente en la Luna?	210
Capítulo XIV El escándalo Watergate La última mentira de «Dick el Trapacista»	229
Capítulo XV. La cara oculta de la transición El asesinato de Carrero Blanco y el 23-F	239
Capítulo XVI. Lennon debe morir	
La guerra oculta contra el rock and roll	259
Capítulo XVII ¿Fue realmente el aceite, @ La gran mentira del síndrome tóxico	272
Capítulo XVIII. La guerra de los Bush La madre de todas las batallas. Mentiras de la guerra del Golfo	289
Capítulo XIX. Waco La otra matanza de Texas	308
Capítulo XX. La gran impostura	i
La otra infamia del 11-S	326
Bibliografía	347

Introducción

«Porque a veces es demasiado increíble, la verdad deja a menudo de ser conocida»,

Heráclito.

«Una vez has excluido lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad»,

Sherlock Holmes.

«La ley y el orden son siempre y en todas partes la ley y el orden que protegen la jerarquía establecida»,

Herbert Marcuse.

Cuestión de confianza

El que avisa no es traidor. Éste no es un libro para todo el mundo. Aquellos que se sientan perfectamente cómodos con su actual visión del mundo, de la política, de la religión, la economía o la historia, tal vez deberían escoger otro tipo de lectura. Tampoco creo que sea éste un libro demasiado adecuado para aquellos que tienen una fe inquebrantable en el sistema y sus instituciones, que consideran que los medios de comunicación no dicen sino la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Aunque es muy posible que esté en un error y sean precisamente éstos que he mencionado los que más necesitados estén de disponer de una piedra de toque con la que poner a prueba sus creencias, aunque les advierto de que la experiencia puede ser bastante desagradable.

En cambio, este libro lo disfrutarán -o al menos ésa ha sido mi intención- los inconformistas, los que cuestionan la autoridad, los que cada día asisten atónitos al espectáculo de la creciente estupidez del ser humano. Vamos a hablar de poder, pero no del poder nominal que dicen detentar los que nos gobiernan, sino del poder real, del que ejercen desde la sombra individuos e instituciones muchas veces anónimos pero con capacidad para variar drásticamente el curso de los acontecimientos e influir en la vida de millones de seres humanos.

Para ello revisaremos material inquietante, desestabilizador, que raramente es mencionado en los medios de comunicación y prácticamente nunca en los libros de historia. Rescataremos de las catacumbas algunos cadáveres que fueron abandonados allí con la esperanza de que nadie se volviera a acordar de ellos. En pocas ocasiones etiquetar estos hechos despectivamente con el término «teoría de la conspiración» ha sido suficiente para descalificarlos y condenarlos a un injusto

olvido. Porque, a fin de cuentas, ¿quien en su sano juicio creena en sociedades secretas, complotos criminales y encubrimientos gubernamentales? Ese tipo de cosas son propias de inadaptados, de mentes demasiado imaginativas o, como mucho, de periodistas sensacionalistas ávidos de notoriedad. Ése es el descrédito que tienen que sufrir aquellos que no se conforman con la versión oficial y deciden ir más allá a ver qué encuentran.

El calificativo de paranoico es algo a lo que todo estudioso de la conspiración se tiene que enfrentar tarde o temprano. Generalmente, es un sambenito que pretende ser peyorativo, olvidando que deterrinado grado de paranoia es sumamente saludable. Todos sufrimos en mayor o menor medida ciertas dosis de paranoia, aunque cuando se trata de nosotros mismos lo suavizamos llamándolo «desconfianza». No hay que sentirse culpable. Pensemos cuántas veces esa «desconfianza» nos ha salvado de peligros en los que nuestra buena voluntad nos habría metido de cabeza. Y es que la paranoia no es más que un grado especialmente elevado de alerta. Como todos los estados alterados de conciencia, nos introduce en un mundo nuevo, distorsionado en algunos aspectos, pero capaz de revelarnos facetas inéditas de nuestra propia realidad.

Es posible que el siglo xxi sea el siglo de la paranoia. Los avances en la tecnología de las comunicaciones hace que la información fluya a la velocidad de la luz en completa libertad, a despecho de aquellos que tradicionalmente han buscado sustraernos una parte sustancial de la realidad. La edad de los secretos toca a su fin y serán muchas las sorpresas que surjan cuando salten por los aires las tapas de las cloacas del poder.

Comprendo que resulte duro enfrentarse al hecho de que en muchas ocasiones esos líderes en los que no tenemos más remedio que confiar no son sino títeres manejados por manos anónimas. A lo largo de nuestro fugaz viaje de la cuna a la tumba nuestra existencia se basa fundamentalmente en la confianza. Confiamos en nuestros padres, nuestros hijos, nuestra pareja, nuestros amigos, nuestra empresa, nuestro banco y, a veces, incluso en nuestro gobierno. La sociedad funciona porque es un inmenso acto de confianza colectiva. Pero, como tantas otras cosas, eso está cambiando: la información fluye libre, la sospecha se ha instalado en nuestros corazones y ya somos incapaces de poner la mano en el fuego por nadie. Es el signo del avance de los tiempos. El ciudadano se siente indefenso ante una democracia que intuye de guardarropía y cuyas reglas son conculcadas impunemente por poderes que pueden intuirse a pesar de que no puedan ser vistos. Un abismo de desconfianza se ha abierto bajo los pies de la gente. Ante él sólo caben dos posturas: no hacer caso, volver la cabeza hacia otro lado y aceptar las reglas del juego que se nos han impuesto, o mirarlo de frente intentando encontrar un resquicio de luz entre tanta oscuridad.

Sin embargo, nos es más fácil creer en las pequeñas y mezquinas traiciones del político corrupto o del airnigo desleal que admitir que los cirm"entos de nuestras creencias pueden ser tan falsos como un decorado de cartón piedra. La Miopía de no ver más allá de nuestras propias creencias puede hacernos perder para siempre aquello que nos hace auténticamente libres: la capacidad de dudar.

Ninguna visión de la realidad, incluida la que se pueda ofrecer en esta obra, es enteramente cierta. La verdad, como todos los ideales, es algo a lo que se debe tender pero que es inalcanzable por definición. El diablo es un vendedor de verdades del que debemos huir lo más rápido que nos lleven nuestros pies, porque si compramos su mercancía nuestra propia alma corre peligro. La teoría de la conspiración es un paradigma, una hipótesis de trabajo para acercarnos al conocirru*ento de nuestra realidad, ni mejor ni peor que el comunlsmo, el cristianismo, o creer a pies juntillas lo que nos ofrecen los medios de comunicación.

Un sano escepticismo y contrastar con sumo cuidado la información de que disponemos son actitudes sumamente recomendables en la vida cotidiana, más aún cuando tratamos estos temas, convirtiéndose en algo ineludible si no queremos caer en el terreno de la especulación o, lo que es peor, la demagogia. Aquí hay muy poco lugar para la fantasía y mucho para el dato. Si de verdad uno quiere tener un "M'Mo de crédito a la hora de contar historias tan increíbles como las que relataremos a continuación no tiene más remedio que arroparlas con nombres, documentos y fechas que, aun a riesgo de aburrir, son

el único medio de demostrar que lo que se expone merece estar en el universo de las posibilidades que hay que considerar.

Los datos están ahí. Ni siquiera hay que ser un gran documenta- lista para acceder a ellos. Sólo hay que darse un paseo por la trastienda de la historia, ser crítico y evaluar con mentalidad abierta los datos que se nos ofrezcan. Dos y dos siempre suman cuatro, y si nos encontramos con un animalito que maúlla, bebe leche y caza ratones

io mas probable es que sea un gato por mas que algunos se empenen en decirnos que se trata de una hebre.

Este libro solamente pretende hacer pensar, que el lector cuente con una serie de elementos de juicio adicionales, difíciles de obtener por otros canales, que le permitan considerar que hay otras formas de enfrentarse a la realidad. No pretendo afirmar que todas las teorías que aparecen aquí analizadas sean ciertas al cien por cien, pero sí que cada una de ellas cuenta con un ajuar de pruebas suficiente como para despertar una duda razonable. Encontrar la verdad -su verdad- es trabajo del lector.

CAPÍTULO 1

COMPLEADO"S DE DIOSES

El gran secreto tras el nacimiento del cristianismo

* La existencia histórica de Jesús es, como poco, bastante cuestionable.

* La historia evangélica contiene infinidad de elementos tomados de otras religiones.

* Elementos litúrgicos como el bautismo o la transustanciación y la eu-

caristía ya formaban parte de ceremonias religiosas muchos siglos antes de Cristo.

o En un momento de su historia, Roma precisa de la creación de una religión de Estado que dé cohesión al imperio. El cristianismo es elegido para este papel.

o Con la oficialización del cristianismo comienza una campaña de encubrimiento destinada a borrar de la historia cualquier indicio que pudiera señalar que el cristianismo se basa en cultos anteriores.

Este capítulo es el primero de nuestra obra no sólo debido al orden cronológico de ésta sino también porque ilustra a la perfección la posibilidad de que un grupo de conspiradores pueda modificar drásticamente el curso histórico no ya de un pueblo sino de toda una civilización, tanto en el ámbito político como también en aspectos culturales tan importantes como la moral, la ética y la espiritualidad.

Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que el cristianismo ha sido el movimiento religioso más influyente en la historia de la humanidad. Precisamente por ello llama poderosamente la atención que se pague tan poco sobre sus orígenes. Es más, en la actualidad disponemos de un volumen mayor de documentación fiable sobre la vida de cualquier emperador romano o de muchos faraones egipcios que sobre los primeros cien años de la Iglesia. Por si esta precariedad in-

formativa fuera poco, hay que unirle a ello el hecho de que muchos de los relatos generalmente aceptados como verdades históricas incuestionables son meras leyendas, cuando no bulos intencionadamente propagados y mantenidos por historiadores y escritores cristianos. Buen ejemplo de ello es la presunta muerte de miles de mártires cristianos durante el reinado de Nerón, hecho del que no existe constancia histórica.

La primera referencia explícita de la persecución de cristianos en tiempos de Nerón procede de una declaración de Melito, obispo de Sardes, alrededor del año 170. Resulta sorprendente que una gran multitud de cristianos viviera en Roma en fecha tan temprana como el año 64 (sólo treinta años después de la muerte de Jesús). De hecho, no existen pruebas documentales de la ejecución de un solo cristiano hasta el año 180. En cambio, donde sí hubo mártires, y mucho fue en el campo de los paganos, obligados por la fuerza de las armas a abrazar la religión del imperio tras la súbita, aunque no del todo inesperada, conversión de Constantino.

Cuando se trata de buscar la figura histórica de Jesús la cosa, lejos de volverse más clara, se complica mucho más. Al margen de la trinidad oficial de la Iglesia se puede decir que existen tantas biografías de Jesús como autores han tratado el tema: «El Jesús "real" ha sido sucesivamente un mago (Hilbert), un rabino galileo (Chilton), un marginal (Sirut), un judío (Meyer), un bastardo (Schaberg), un escriba (Thiering), un asistente de Quirino (Allegro y otros), un gnóstico judío (Koester), un disidente (Vermes), un hombre felizmente casado y padre de varios hijos (Spong), un bandido (Horsley) y un fanático opositor al culto al Templo de Jerusalén (Sanders)». Es posible que todos estos eruditos tengan su parte de razón ya que lo que parecen demostrar las pruebas es que lo que hoy conocemos bajo el nombre genérico de «Jesús»

la unión de las biografías de varios personajes, míticos y reales, que fue forjando en los primeros días de la Iglesia con la intención de mentar la recién nacida religión.

No quisiera dejar pasar la oportunidad de aclarar que no podemos que la ausencia de

rigor histórico le quite al Evangelio ni un a:

' G. A. Wells, *Did Jesus exist?*, Prometheus Books, Buffalo, 1975.

2G. A. Wells, *71e historical evidence for Jesus*, Prometheus Books, Buffalo, 1988.

ce de valor alegórico, ni a la figura de Jesús su cualidad de abstracción de la razón y la piedad personificadas. ¿Dónde está pues la conspira-

1 1 1 1 la verdad ción? Muy sencillo. En el hecho de que esta distorsión de ha sido en muchas ocasiones premeditada, conocida y ocultada.

Fuentes canónicas

1 Más de uno se preguntará por qué estamos dudando de los principios del cristianismo teniendo, como tenemos, los Evangelios, ble y exacto relato llegado hasta nosotros de la mano de los testigos de los acontecimientos más extraordinarios de la historia humana. Si dudamos es porque los Evangelios no son en realidad lo que podríamos llamar nextos históricos rigurosos»: «Con la única excepción de Papias, que habla de una narración de Marcos y una colección de dichos de Jesús, ni un solo autor hasta la segunda mitad del siglo II (esto es, a partir del año 150) hace mención alguna de los Evangelios o sus reputados autores». Lo cual quiere decir que sólo treinta años después de la muerte de Jesús había cristianos suficientes como para llenar el Coliseo de Roma, pero cien años más tarde nadie había oído aún hablar ni de Evangelios ni de evangelistas, lo que aun mirado con la mejor de las intenciones contiene un evidente elemento de contradicción.

Pero toda la confusión respecto a los Evangelios vendría a ser corregida por el concilio de Nicea (325), que recurrió al «milagro» para elegir cuáles de las 270 versiones del Evangelio existentes por aquel entonces serían las verdaderas y aceptadas. Se decidió que las copias de los diferentes Evangelios fueran colocadas bajo una mesa del salón del Concilio. Luego, todos abandonaron la habitación, que quedó cerrada con llave. Se pidió a los obispos que rezaran durante toda la noche pidiendo que las versiones más correctas y fiables del Evangelio aparecieran sobre la mesa. Lo que no se registró en las actas del Concilio

Joseph Wheless, *Forgery in Christianity*, Health Research, 1990. El texto íntegro de este libro puede encontrarse en la dirección de Internet: http://www.infidels.org/library/historical/iph-wheless/forgery_in-Chrilltiartity/index.shtml

es quién guardó la llave aquella noche. El caso es que a la mañana siguiente los Evangelios actualmente aceptados (Mateo, Marcos, b" y Juan) estaban cuidadosamente colocados sobre la mesa. Desde, í momento la posesión de uno de los Evangelios no autorizados se «virtió en delito capital, a consecuencia de lo cual decenas de miles, cristianos perdieron la vida en los tres años siguientes a la decisión» mada por el Concilio.

Sobrenatural o no, el responsable del «nifiagro» del concilio de Nicea debió de haber ponderado mejor la elección de estos cuatro Evangelios, pues los escogidos incurren en abundantes contradicciones (i"

leS 4. hacen imposible que todos ellos sean textos totalmente infalibles estas circunstancias han llevado a algún autor a afirmar que la Iglesia, sia cristiana está fundada sobre la falsificación de las presuntas palab@

55 de un presunto Mesía

Fuentes históricas

El obispo Eusebio afirmaba en su *Historia Eclesiástica* lo siguiente: «Merced a su poder para obrar milagros, la divinidad de nuestro Señor, Jesús Salvador Jesucristo se convirtió en cada país en motivo de discusión, acalorada y atrajo a un gran número de gentes extranjeras de tierras muy lejanas de Judea.» Deberíamos, pues, suponer que tal agitación dejó un rastro imborrable en los registros históricos, como poco S* al de otros acontecimientos aparentemente de menor calado. Pues bien, sorprendentemente, y a pesar de lo que afirman los historiadores eclesiásticos, no existen esas referencias. Los escuetos fragmentos que Flavio Josefo se refería a Jesús no resisten un juicio objetivo y como con toda seguridad fueron falsificados, probablemente por el ya cita-@

9u do Eusebio '. La referencia de Plinio el joven a los cristianos fue una,.,@

os años" Por ejemplo, en el Evangelio de Mateo se afirma que el nacimiento de Jesús fue d

cer caso, antes de la muerte de Herodes, mientras que si es a Lucas a quien tenemos que ha Herodes ya llevaría nueve años muerto en el momento del nacimiento de Cristo. 'Joseph Wheless, op. cit. 'Este texto, denominado Testimonium Ravianum, ha llegado hasta nosotros en cuatro Versiones diferentes: griega (Historia Eclesiástica, de Eusebio de Cesarea), latina (De Viris Illustri-

tergiversación posterior de una cita referida a la secta de los esenios.

otro pasaje muy citado, el del historiador Tácito, curiosamente no

parece ser conocido por nadie hasta el 'siglo xv, casi mil quinientos años después de ser presuntamente escrito. En cuanto a la pretensión & atribuir a Cristo la historia judía de Jesús ben Pandira resulta un

poco patética, máxime cuando se refiere a la lapidación de un vulgar chadatan de feria.

Tras el establecimiento de los cuatro Evangelios oficiales comen-

zó una persecución sistemática no sólo de los llamados Evangelios apócrifos sino también de un gran número de textos paganos, cuyo contenido o bien se oponía a la recién nacida religión, o bien guardaba una sospechosa semejanza con sus dogmas, revelándose como posible fuente de inspiración de éstos. Las diversas herejías gnósticas que sur-

gieron por toda Europa también fueron perseguidas con especial saña ya que, sin dejar de considerarse cristianos, afirmaban el carácter mítico y alegórico del relato evangélico y criticaban duramente a las autoridades eclesásticas por desvirtuar premeditadamente su mensaje: «Una de las primeras y más ilustradas sectas fueron los maniqueos, quienes negaban que Jesucristo hubiera existido alguna vez en sangre y Carne, pero lo adoraban como figura divina aunque sólo de forma es-

plritual» 7.

Pruebas materiales

Igual de decepcionantes que las pruebas documentales resultan las materiales. La arqueología no ha podido aún aportar ninguna prueba concluyente respecto a la validez del relato bíblico. Monumentos, mo-

numerosos (de san Jerónimo), árabe (Historia Universal, de Agapio, siglo X) y siria (Crónica Siríaca, de Miguel el Sirio, siglo XI) - La mayoría de los expertos está de acuerdo en que al original de José se le fueron intercambiando diferentes elementos por parte de escritores cristianos, por lo que no se le puede otorgar ningún valor "histórico".

1 ' Kersey Graves, The World's Sixteen Crucified Saviors, Or Christianity Before Christ. El texto integro de este libro se puede encontrar en la página web: <http://www.infidels.org/library/historical/kersey-graves/16/index.shtml>

medallas, inscripciones, vasijas, estatuas, frescos y mosaicos permanecen mudos'.

Entre las abundantes incógnitas históricas que aún permanecen sin resolver, una no precisamente baladí es la referente al aspecto físico de Jesús. La Enciclopedia Católica establece claramente que todo lo r

referente a su rostro son meras especulaciones puesto que no ha sido "descubierto" hasta nuestros días ni un solo retrato o descripción fiable, algo que se puede menos que llamarnos la atención tratándose de un personaje que, según los Evangelios, fue «visto por multitudes».

Los lugares sagrados de la cristiandad tampoco nos aportan gran cosa puesto que la mayoría de ellos fueron considerados como tales a partir del siglo iv. En cuanto a las reliquias, la situación es aún peor:... puede afirmar que el 90 por 100 de ellas son falsificaciones ciertas, í

que sobre el 10 por 100 restante pende la sombra de una más que justificada sospecha. Baste mencionar a este respecto la anécdota se

la cual si juntáramos todas las presuntas astillas de la cruz que se encuentran todavía en los templos cristianos, la cantidad de madera resultante sería para construir un buque de cierto porte.

Si acontecimientos relativamente cercanos en el tiempo resultan, hasta este punto dudosos, ¿qué no decir de otros considerablemente más antiguos?

más alejados, como la narración del Antiguo Testamento? Recientes.

Estudios historiográficos han puesto de manifiesto, por ejemplo, que mucho de mito en el presunto monoteísmo de los antiguos hebreos, «Muchos suponen -de hecho, lo he oído de labios de quienes me lo dicen, deberían conocer el tema- que los israelitas fueron siempre politeístas, que adoraban a un solo dios, Jehová. Esto es erróneo; no muy diferentes de sus vecinos en materia de religión. En primer lugar sabemos que reverenciaban y adoraban a un toro, llamado Apis, al igual que hacían los antiguos egipcios. Veneraban al sol, la luna, las estrellas y al resto de los habitantes del cielo. Adoraban al fuego, que maik

Joseph O'Callaghan, *Biblica*, 53 (1972), 91-100, ha identificado un fragmento griego «... cueva VII en Qumrán como un manuscrito de Marcos fechado hacia 50, aunque la mayoría de los eruditos han dudado de sus interpretaciones y rechazado su identificación. Algo más se puede decirse de la famosa urna funeraria encontrada recientemente en Israel.

Joseph Affieless, op. cit.

estaban ardiendo en el altar, igual que hacían los persas y otras naciones. Adoraban a las piedras, reverenciaban a un roble y se postraban ante

imágenes». Rendían culto a una «Reina del Cielo», llamada diosa Astarte o Nilita, y «quemaban incienso» en su honor. Adoraban a Baal, Moloch y Chemosh y les ofrecían sacrificios humanos después de los cuales, en algunas ocasiones, comían la carne de las víctimas».

1

Dramatis Personae

1

Ya hemos apuntado que la historia de Jesús sería una recombina- 'combinación de varios relatos míticos y religiosos, la mayoría orientales, aun-

que también se aprecian influencias clásicas y egipcias. Una de las más

influencias es la del dios Atis. En tiempos del Imperio, Roma, contaba, al menos, con dos santuarios dedicados al culto del dios fri-

im 1 1 isto

erestaba ubicado desde dos siglos antes de Cristo en el monte Palatino y constituía el centro de las celebraciones públi-

esta figura sagrada, importada de Anatolia en la época romana, levantado ya con los primeros emperadores, en los mismos lugares donde habrían de

mi 10 Warse la basílica de San Pedro y los palacios pontificios de la cristianidad. El mito de este dios dice que nació el 25 de diciembre del vientre de la virgen Nana. Fue crucificado un viernes de marzo y resucitó al día siguiente,

El caso de Atis no es ni mucho menos único. Si repasamos las historias de Buda, Krishna, Mitra, Zoroastro, Dioniso, Hércules, Prometeo, Irus y Serapis nos daremos cuenta de que bás-

icamente se nos está contando la misma leyenda con pequeñas variaciones de una a otra y coincidentes con los Evangelios cristianos.

1 años. Por otro lado, existe una curiosa e innegable relación entre los mitos astrológicos,

mitos antiguos y las historias de la Biblia, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Esa relación tiene su traducción en

Birbar-1 Willker, *Ueivomatis eticiclopedia of myths atid secrets*, Harper and Row, San Francisco, 1991

la doble moral con que la Iglesia católica ha tratado desde antiguo a la

astrología, condenándola oficialmente a pesar de que muchos clérigos fueron o escondidas practicantes de este arte: «La astrología ha sobrevivido en nuestra cultura gracias a que el cristianismo la abrazó con una mano, mientras que la condenaba como una práctica demoníaca con la otra. Padres de la Iglesia como Agustín, Jerónimo, Eusebio, Crisóstomo, Lactancio y Ambrosio anatemizaron la astrología, y el gran concilio de Toledo la declaró prohibida para siempre. Sin

embargo, seis siglos más tarde los concilios y las fechas de las coronaciones de los papas eran determinadas por el zodiaco; los aristocráticos prela-

nían empleados a sus propios astrólogos personales y los signos del zodiaco aparecían en la decoración de las iglesias, mobiliario, puertas, manuscritos o pilas bautismales»`.

El dios sol

Este interés seguramente procede de una circunstancia que tiene una profunda relación con los orígenes del relato evangélico. Cuando decíamos que la personalidad de Jesús era en realidad un mosaico formado por las andanzas de diversos personajes anteriores procedentes de las más variadas culturas no mencionamos que, en realidad, todos esos

personajes no son sino diversas advocaciones de la divinidad solar, la forma más antigua y universal de manifestación religiosa. A lo largo de las épocas y las culturas este nudo solar mantiene, entre otros, una serie de elementos comunes que a buen seguro resultarán familiares a los cristianos:

* El sol muere durante tres días en el solsticio de invierno para resucitar el 25 de diciembre, cuando la constelación de Virgo (la virgen) asoma por el horizonte.

* El nacimiento del sol todos los días es precedido por la aparición de una brillante «estrella», que en realidad es el planeta Venus, el Lucero del Alba.

* Con su luz y su calor obra el milagro de transformar el agua de la lluvia en el vino que sale de la uva.

* Su reflejo «can-iina» sobre las aguas”.

* Es llamado por sus adeptos «luz del mundo».

* El sol tiene doce «seguidores», los signos del zodiaco.

Respecto a este último asunto, el de los apóstoles, se pueden hacer algunas matizaciones adicionales: «Los doce discípulos son a menudo presentados como garantes de la historicidad de Jesús, aunque no se-

pamos nada de muchos de ellos con excepción de sus nombres, a cuyo respecto ni siquiera las fuentes documentales terminan de ponerse de acuerdo. En Marcos y Mateo, de hecho, las enumeraciones de nombres están introducidas en el texto con bastante torpeza. Todo ello nos in-

dica que el número procede de una tradición más antigua que las personas; que la idea de “doce” obedece no a los doce discípulos actuales, sino a otras fuentes 1. 1» 14.

El número doce es un elemento fundamental en todas las leyendas basadas en mitos solares, incluso en aquéllas muy posteriores a la cristianización, como la del rey Arturo, que se sienta junto a sus doce ca-

balleros alrededor de una mesa redonda que no es sino la alegoría de un zodiaco. A esta misma categoría pertenecerían los doce trabajos de Hércules, los doce ayudantes del dios egipcio Horus o los doce generales que según la tradición acompañaban al dios Ahura Mazda.

Elementos prestados

Lo mismo sucede con el Antiguo Testamento, muchas de cuyas historias, en especial las del Génesis, han sido importadas de otras tradiciones, como la hindú, con una literalidad tal que ni tan siquiera han variado los nombres. Curiosamente, lo que sí varió fue el papel es-

telar que tenía la mujer en estas historias, dado el carácter profunda-

‘ Gerald Massey, *Historical Jesus and the Mythical Christ or Natural Genesis and Typology of Equinoctial Christolatry*, Kessinger Publishing Company, Kila (Montana), 1998.

mente patriarcal de la cultura hebrea arcaica: «La mujer, nunca más fue respetada como sagaz asesora o sabia consejera, intérprete humana de la divina voluntad de la diosa, sino odiada, ternida o, como poco, segregada o ignorada. [...] Las mujeres pasaron a ser representadas como criaturas carnales carentes de raciocinio, actitud

que se justificaba y “probaba” con el rmtó del paraíso. Argumentos cuidadosamente diseñados en aras de la supresión de antiguas estructuras sociales continúan presentes en el rmtó de Adán y Eva, como la divina prueba de que es el hombre quien en último extremo debe detentar la autoridad»`.

Otros elementos menores de carácter iconográfico o litúrgico tam-

bién fueron tomados de otras culturas y religiones, incluido el que actualmente es el símbolo indiscutible de la cristiandad, la propia cruz, que en un principio repelía a los mismos cristianos y que no fue adoptada oficialmente hasta entrado el siglo vii: «Los cristianos prirruitivos incluso repudiaban la cruz debido a su origen pagano. [... 1 Ninguna de las imágenes más antiguas de Jesús le representa en una cruz, sino como un “dios pastor” a la usanza de Osiris o Hermes, portando un

cordero»`. Por otro lado, las imágenes de épocas precristianas que se

pueden encontrar en diversos templos de la India representando a

Krisna con los brazos en cruz resultan tan sinudares a los crucifijos cristianos que, sacados de su contexto, resultan indistinguibles para un profano.

Elementos tan hondamente enralzados dentro de la tradición cristiana como el Santo Grial, el Apocalipsis, la Santísima Trinidad o el nUsmísimo Lucifer tienen un origen precristiano fácilmente rastreable a través del estudio de la rmitología de diversas culturas de la Antigüedad, en especial de la egipcia. Otro tanto ocurre con elementos litúrgicos como el bautismo o la transustanciación y la eucaristía, que ya formaban parte de ceremonias religiosas que se celebraban muchos siglos antes de Cristo.

De hecho, podemos decir que el Antiguo Testamento es un mero

plagio de las hazañas de los dioses cananeos, tal como puso de mani-

` Merlin Stone, “en God Was a Wornan, Harcourt, Brace & Company, NuevaYork, 1978.` B.Walker, op. cit.

fiesto el descubrimiento en 1975 de 20.000 tablillas de arcilla de más

Ebla, una gran urbe de 4.500 años de antigüedad en las ruínas de 1 1 prehistórica que se alzaba enel noroeste de la actual Siria. El punto de máximo apogeo de esta ciudad fue 1.000 años antes de la época atribuida a Salomón y David, siendo destruida por los acadios alrededor de 1600 a.C. 17. Las tablillas están escritas en cananeo antiguo, un lenguaje muy sirmilar al hebreo bíblico, empleando la escritura cunciforme sumeria, y en ellas aparecen uno tras otro todos y cada uno de los personajes principales del Antiguo Testamento. Así, las aventuras de Abraham, Esaú, Ismael, David y Saúl son narradas con le-

bíblica siglos antes de su presunto ves variaciones respecto a su versi nacimiento. Para los antiguos canancos estos personajes no eran «patriarcas», corno lo serían para los hebreos, sino que estaban investidos de cualidades divinas o serní'divinas e integraban el panteón particular de este pueblo. Las tablillas también contienen versiones virtualmente idénticas a las actuales de los mitos de la creación y el diluvio universal.

Asirru«sno, a través de la etimología podernos obtener una pista sobre el origen de los rruitos cristianos: «Todos estos nombres de Jesús, Jeosuah, Josías, Josué, etc., proceden de las palabras sánscritas Zeus y Jezeus, la primera de las cuales significa “el ser supremo” y la otra 1a esencia divina”. Es más, estos nombres no sólo eran comunes entre los judíos, sino que podían ser encontrados por todo Oriente»`. De hecho, los seguidores de Krisna aclaman a su dios durante sus liturgias gritándole «Jeye» o «leue», que pertenecen a la nuisma raíz sánscrita que «Jesús» y «Yahvé». Tan extendida estaba en la remota Antigüedad esta denominación de «el Salvador» a través de las letras «IE», que se encuentra incluso en el santuario de Delfos aplicada al dios Apolo. Algo sinillar ocurre con el título de «Cristo», cuyo origen lingüístico lo podemos encontrar de nuevo en «Krisna». Ambas palabras fueron unidas en una sola en el primer concilio de Nicea, en 325, antes de lo cual era completamente desconocida la denominación «Jesu Cristo».

John Fulton, A new chroriology. Synepsis of David Rohl@ book, A test of time. [J te.org@ uk/topics/history/roffl_, httn](http://deba-</p></div><div data-bbox=)

1, Louis acolliot, 77te Bible in India, S,. Books, Santa Fe (Nuevo México), 1992,

Aún más antiguo es el nombre de Satán, que procede ni más ni

manera que del antiguo Faisto, exactamente de Sat, el nombre de Hava y su

menos que del antiguo Egipto, concretamente de Set, el gemelo de Horus y su principal enemigo, que en ocasiones recibía también el

nombre de Sata.

Ni siquiera el Apocalipsis, el libro de la Revelación tan caro para

agoreros en general y buscadores de anticristos en particular, resiste una

revisión rigurosa. La fascinación que desde hace siglos ejerce este texto debido a su presunto carácter profético ha llevado a que haya sido estudiado e interpretado por legiones de exegetas que le han atribui-

do los más variados significados. En realidad, esta visión del juicio fi-

nal no es obra de un único autor sino que está construida a partir de imágenes y frases de diversa procedencia. No hay que olvidar que este

tipo de literatura era bastante común durante los primeros siglos del cristianismo, e incluso antes, haciendo de los «apocalipsis» un género

relativamente popular. El texto atribuido a san Juan es muy similar a la «Revelación de Cerinto» y posiblemente ambos textos procedan

de la misma fuente.

Incluso Eusebio, uno de los padres de la Iglesia, rechaza este título

por falso, ininteligible y engañoso, ya que, por mucho que se llame

«la Revelación» lejos de revelar nada se trata de un texto que lo vuelve todo más confuso y, yendo aún más allá, sostiene que el autor no

sólo no es Juan sino que probablemente no sea santo. 1 lo mismo cristiano. D'

nisió mantiene una opinión similar, así como otro buen número de au-

tores que convirtieron el debate sobre la autenticidad del Apocalipsis en uno de los temas recurrentes de las discusiones doctrinales de los

primeros tiempos de la Iglesia.

Diferencias de actitud

En la actualidad tenemos una imagen represiva respecto a la actitud del cristianismo hacia la manifestación de la sexualidad humana.

B, Walker, Op. cit.

Charles Wáte, History of the christian religion in the year four hundred, Book Tree, San Die-

go (California), 1992.

Sin embargo no siempre fue así. En los primeros tiempos del cristia-

nismo se mantuvo una postura considerablemente más abierta hacia el

cons' sexo, algo mucho más acorde con los orígenes paganos de las creen-

das cristianas.

En aquellos tiempos era relativamente común entre los cristianos la celebración de ágapes o «fiestas del amor», rito adaptado de las celebraciones sexuales paganas. Algunos de los menos tolerantes entre los padres de la Iglesia escribieron documentos censurando estas prácticas; aunque no sería hasta el siglo vi cuando se declararon heréticas y, como

tales, prohibidas. Ello no fue óbice para que el sexo continuara durante algún tiempo más formando parte de la liturgia de determinadas sec-

tas gnósticas, una circunstancia que fue profusamente utilizada por el sector ortodoxo de la Iglesia para desacreditar a estos grupos.

Así pues, una vez establecido que el cristianismo es una reconstruc-

ción de mitos y tradiciones religiosas de los más variados orígenes, queda en el aire la cuestión de cómo fue creado el mito y por quién. Si para localizar el germen ideológico hemos tenido que buscar entre diversas culturas y tradiciones, para encontrar el origen material del cristianismo tenemos que mirar hacia donde la tradición lo ubica, esto es, a la Palestina del siglo I. En aquella época el judaísmo dictaba mucho de ser una

estaba mucho de ser una

religión homogénea y estaba dividido en una compleja trama de sectas y subsectas escindidas las unas de las otras que aún hoy continúan dando quebraderos de cabeza a los estudiosos de estos temas`.

Entre estos grupos, esenos, celotas y saduceos contribuyeron de diversas maneras a la formación de lo que más tarde sería el cristia-

nismo.

El crisol de la cristiandad

Todos los elementos y tendencias que hemos repasado en las páginas anteriores se combinaron y fueron tomando forma en la ciudad de Alejandría de la mano de una secta nústérica denominada «los Te-

B.Walker, op. cit, Baigent y Leigh, Yle dead sea scrofis deception, Simon & S,h,,t,,

Nueva York, 1991.

rapeutas», un grupo de visionarios egipcios en cierta forma muy si í

a los esenos 23, a los que autores como Eusebio no dudan en calificar de cristianos a pesar de surgir y desarrollarse mucho antes de la época de Cristo. Fueron ellos quienes compilaron el Logia Iesou («Pbras del Salvador»), una antología de fuentes sirias, hindúes, pers

í í 1 lo egipcias, judías y griegas en las que se encuentra buena parte de lo más tarde serían los Evangelios.

Por otro lado, la ocupación de Israel provocó una verdadera fiebre mesiánica a consecuencia de la cual aparecieron decenas de presuntos «elegidos» dispuestos a convertirse en el salvador profetizado. Las posteriores revueltas que llevaron a la virtual destrucción del reino de Israel hicieron que extrañas historias comenzaran a circular por todo Oriente, mezclando rito y realidad y dando lugar a una corriente

espiritual que no tardó en adquirir forma e identidad propias, en especial a partir de su llegada a Roma.

Por encima del advenimiento y muerte de un eventual Cristo «real», el hecho más destacado de toda la historia de la cristiandad la conversión del emperador Constantino y la posterior celebración del primer concilio de Nicea en 325. En la repentina conversión del emperador Constantino tuvo mucho que ver la posibilidad de obtener un rápido y público perdón sobre algunos pecadillos -----co

el asesinato de algunos parientes-, una oportunidad que el emperador encontró en la posibilidad de obtener un rápido y público perdón sobre algunos pecadillos -----co

considerar la posibilidad de redimir los pecados por medio del arrepentimiento.

niento.

El concilio de Nicea fue una verdadera cumbre que reunió a los

representantes cristianos de Alejandría, Antioquía, Atenas, Jerusalén y Roma junto a los máximos representantes del resto de las sectas y religiones más representativas en el ámbito del Imperio romano, como los cultos de Apolo, Deméter/Ceres, Dionisio/Baco, Jano, Júpiter/Zeus, O

2' De hecho, aún está por aclarar si los unos son una rama o escisión de los otros, teoría que tiene no pocos valedores dentro de la comunidad académica. " PLeverendo Robert Taylor, The Diegesis: Being a Discovery of the Origin, Evidence, Early History of Christianity. Never yet Before or Elsewhere So Fully and Faithfully Set, Kessinger Publishing Company, Kyla (Montana), 1997.

nes/Dagón, Osiris e Isis y el Sol Invicto, objeto particular de la devoción del emperador. El fin específico de esta reunión era crear una

religión de Estado para Roma basada en el cristianismo, que a los

efectos tenía todas las características necesarias para asegurar una rápida expansión por el Imperio, así como un satisfactorio control de la población a través de su férreo código moral.

El asesinato de la historia

En el proceso de creación de su religión de Estado los conspiradores cristianos no se contentaron con patrocinar y cimentar la mayor falsificación histórica de todos los

contenar con paciencia y empujar la mayor falsificación histórica de todos los tiempos sino que, además, se me-

tieron de lleno en una desmedida campaña de censura a gran escala destinada a silenciar a millones de disidentes a través del asesinato, la quema de libros, la destrucción de obras de arte, la desacralización de templos y la eliminación de documentos, inscripciones o cualquier otro posible indicio que pudiera llevar a la verdad, un proceso que condujo a Occidente a unos niveles de ignorancia desconocidos des-

25 de el nacimiento de la civilización grecorromana .

Las autoridades eclesiásticas no pararon hasta obtener el derecho legal de destruir cualquier obra escrita que se opusiera a sus enseñanzas. Entre los siglos iii y vi bibliotecas enteras fueron arrasadas hasta los ci-

núentos, escuelas dispersadas y confiscados los libros de ciudadanos particulares a lo largo y ancho del Imperio romano so pretexto de proteger a la Iglesia contra el paganismo. Uno de los mayores crímenes de toda la historia humana fue la destrucción de la biblioteca de Alejandría en 391. Una leyenda tendenciosa fue enseñada durante siglos en los colegios, especialmente en los religiosos, según la cual los

«A fin de ocultar el hecho de que no existía base histórica alguna que justificase sus ficciones teológicas, el sacerdocio cristiano tuvo que incurrir en el deleznable crimen de destruir casi cualquier huella de lo ocurrido durante los dos primeros siglos de la era cristiana. Lo poco que fue permitido que llegase hasta nosotros lo habían alterado y distorsionado hasta dejarlo por completo carente de cualquier valor histórico.» onathan M. Roberts, *Antiquity unveiled: ancient voices from the spirit realms*, Health Research Books, Mokelumne Hill, California, 1970.

árabes habrían destruido la célebre biblioteca cuando conquistaron la ciudad en el siglo vii. Se trata de un cuento infamante y sin sentido his-

tórico destinado a enmascarar la verdad. Los árabes nunca pudieron in-

cendiar la biblioteca de Alejandría, sencillamente porque cuando las

tropas de Anirú llegaron a la ciudad en 641 ya hacía cientos de años que no existía ni rastro de esta institución ni de los edificios que la albergaban. Lo único que encontraron los árabes fue una ciudad dividida, arruinada y exhausta por siglos de luchas intestinas. El máximo

exponente de la belleza y cultura clásicas no fue destruido por los guerreros árabes que tomaron lo que quedaba de la ciudad sino por los

cristianos monofisitas un cuarto de siglo antes. Tras el mandato del emperador Teodosio I ordenando la clausura de todos los templos pa-

ganos, los cristianos destruyeron e incendiaron el Serapeum alejandrino. Las llamas arrasaron así la última biblioteca de la Antigüedad. Se-

gún las Crónicas Alejandrinas, un manuscrito del siglo v, el instigador de aquella hecatombe fue el patriarca monofisita de Alejandría Teófilo (385-412), caracterizado por su fanático fervor en la demolición de templos paganos. Los cristianos enardecidos rodearon el templo de Serapis. Fue el propio Teófilo, tras leer el decreto de Teodosio, quien dio el primer hachazo a la estatua de Serapis, cuya cabeza fue arras-

trada por las calles de la ciudad y luego enterrada. La ruina de la ciu-

dad fue tanta que uno de los padres de la Iglesia griega, san Juan Crisóstomo (347-407), escribió: «La desolación y la destrucción son tales

que ya no se podría decir dónde se encontraba el Soma.» Se refería a

la tumba de Alejandro, el mausoleo del fundador de la urbe y el mo-

numento más emblemático de la ciudad. Con este acto de barbarie

Teófilo creía cumplido para siempre su propósito de enterrar las ver-

dades ocultas sobre su religión y su presunto fundador, que seguramente no le eran desconocidas merced a sus contactos con los sacer-

dotes paganos. Aquella villanía nos ha afectado a todos pues se calcula que la pérdida de información científica, histórica, geográfica, filosó-

cualquier académico experto en el tema no tendría más remedio que reconocer que la fundación del cristianismo está cimentada en siglos de fraude e intriga. Admitirá que no existe ni una sola mención a Jesucristo por parte de los historiadores contemporáneos suyos, y que los textos bíblicos, aparte de no haber sido escritos por sus pretendidos au-

tores, están repletos de errores, contradicciones, imposibilidades y falacias. Si ahondamos un poco más, nos dirán que esos mismos textos han sido mutilados y adulterados por sucesivas intervenciones de la propia Iglesia durante siglos.

¿Cuál es pues la razón de que estos hechos de trascendental importancia cultural no sean de dominio público y enseñados en escue-

las e institutos? George Orwell supo ver en su genial 1984 que quien tiene la capacidad de alterar la historia dormina de facto la visión del

mundo que tiene la población. El cristianismo se diseñó y se manipuló desde el primer día por el Estado y, como tal, ha funcionado magníficamente durante 1.700 años. El incalculable poder de la Iglesia de Roma alcanza aún hoy a todos los estamentos sociales de Occidente. En el mundo protestante las cosas no pintan mucho mejor a juzgar por el éxito que han tenido los integristas en Estados Unidos al conseguir sacar la teoría de la evolución de los planes de enseñanza de más de un Estado. Éstos son los hechos. Sólo cabe reproducir a modo de conclusión una de las muchas frases maravillosas que contiene ese compendio de la espiritualidad antigua que son los Evangelios: «Os pongo en guardia contra los falsos profetas que vendrán a vosotros vestidos de oveja, mientras por dentro serán como lobos rapaces. Por sus obras los conoceréis.»

CAPÍTULO 11

LA SECTA DE LOS ASESINOS

Los orígenes de los terroristas suicidas del islam

o Los orígenes de los terroristas suicidas actuales hay que buscarlos en una secta de hace mil años cuyo legado ha llegado hasta nuestros días.

o Hassan bin Sabbah y su «secta de los asesinos» crearon un invisible imperio del terror que se extendía del mar Caspio a Egipto.

o Sofisticadas técnicas de lavado de cerebro eran ya practicadas en el

siglo X. * Los «asesinos» terminaron sirviendo de patrón y modelo de numerosas sociedades secretas occidentales, servicios de inteligencia y hasta para el mismísimo Bin Laden.

La historia de Hassan bin Sabbah y la «secta de los asesinos» es un apasionante relato en el que se mezclan sexo, drogas, veneración y asesinato. De nuevo nos encontramos ante una de esas ocasiones en que la realidad supera am-

plíamente la imaginación del más fértil escritor. Una fortaleza aislada en la cima de una montaña, un jardín paradisiaco poblado por bellas huríes, dagas enve-

nenadas e intrigas políticas son los ingredientes de esta mezcla alquímica, en la que se encuentra el germen (hace más de mil años) de uno de los más inquietantes fenómenos de la actualidad: el terrorismo suicida islámico.

Año 1092: dos hombres a caballo se encuentran en los terraplenes de una fortaleza inexpugnable conocida como Alamut, «el nido del águila», que se yergue majestuosa sobre los picos de las montañas de Persia. Uno de los hombres, el que va más ricamente ataviado, es

el representante personal del sultán de Persia. El otro, a pesar de ir ves-

tido solamente con una humilde túnica blanca y un sencillo turbante, es, sin embargo, alguien mucho más poderoso que su invitado. Se trata de Hassan, hijo de Sabbah, jefe de las montañas y líder de la te-

mida secta de los hashishíes, un ser que en vida había conseguido ac-

ceder al Olimpo de lo legendario y cuyo nombre, susurrado en mer-

cados y callejones, inspiraba el temor en todo el mundo árabe. El emisario se encuentra comprensiblemente inquieto, pues desconoce la razón por la que su anfitrión le ha conducido hasta las afueras del castillo, y la siniestra reputación de Hassan le hace temer por su vida. Sin embargo, no es ése el propósito del poderoso jefe de las mon-

tañas. Tras unos momentos de tenso silencio el señor del castillo se dirige finalmente

a su huésped: «¿Ve usted al centinela que se encuen-

tra sobre aquel torreón?» El centinela, uno de los fieros guerreros que había cimentado el poder de la secta, era una estatua imperturbable cuya figura se recortaba entre las almenas. Sabbali dio un silbido para llamar la atención del soldado y luego le hizo una escueta señal con la mano. No hizo falta más indicación. La figura de la túnica blanca saludó marcialmente a su líder, dejó caer la lanza y luego, sin dudarle un segundo, se precipitó en una caída de centenares de metros hasta ser tragado por los abismos que rodeaban la fortaleza. Hassan dio

a su boquiabierto visitante unos segundos para que asimilase lo que había visto y finalmente dijo: «Tengo setenta mil hombres y mujeres emplazados a lo largo de Asia, y cada uno de ellos está dispuesto a hacer por mí lo que acaba de ver. ¿Acaso puede su amo, Malik Sha, decir lo mismo? ¡Y él se atreve a exigir que le rinda pleitesía! Ésta es mi

respuesta. ¡Márchese!»

Esta escena, digna de una producción hollywoodiense de los años treinta, ocurrió realmente. Lo único ficticio fue la optimista estimación

que hizo Hassan del número de sus devotos, que por aquellas fechas se

calculaba en algo más de cuarenta mil, cantidad igualmente respetable. Cómo este hombre y sus seguidores levantaron un imperio invisible que se extendía del mar Caspio a Egipto es una de las historias más extraordinarias de todos los tiempos.

Históricamente, Hassan bin Sabbali podría ser considerado como el inventor oficial del terrorismo constituyendo su figura un antecedente perfecto de Osama bin Laden, quien comparte con él muchas características. Hombre de negocios, erudito, hereje, rústico, asesino, as-

ertado y revolucionario, tan polifacético personaje nació en Persia (la actual Irán) alrededor de 1034 en el seno de una familia acomodada de

un noble, el hombre que años más tarde sería conocido como el gran matemático. De niño, el hombre que años más tarde sería conocido como el gran matemático. De niño, el hombre que años más tarde sería conocido como el gran matemático.

derado como la encarnación de un dios, muy diferente de los que gozaban de teología, un celoso talibán no habría nacido en Afganistán años después. La posición económica de su familia favoreció el que disfrutara de una educación privilegiada. Por su época, siendo compañero de estudios de personajes de la talla de Ni-

zamani al mulk (que llegaría a convertirse en visir del sultán de Persia) y

Omar Jayyam' (aún hoy aclamado como gran poeta, astrónomo y matemático). Tal era la unión de los tres amigos que hicieron un pacto por

el cual si uno de ellos alcanzaba algún día una posición de poder o in-

fluencia asistiría a sus compañeros menos favorecidos por la fortuna.

En su juventud Hassan viajó a Egipto, donde permaneció por es-

pacio de un año y medio. Fue allí donde abrazó la doctrina shíi. Aprendió

que el mundo se dio a cuestionar el dogma islámico y comenzó a transformarse mediante acciones, llegando a la conclusión de que las creencias son distracciones inútiles usadas para esclavizar a las masas. Sin

descuidar su fervor religioso, el joven Sabbah se convirtió en un hom-

mucho más en la fuerza de las acciones que un pragmático que creía más adelante como patrón para en la de las plegarias, lo que le serviría 'dores... estructurar la organización de sus seguidores,

Aparte de lo aprendido en las escuelas shíies, su estancia en Egipto

resultó bastante accidentada. Hassan tuvo que abandonar precipitadamente

la región a causa de su participación en la controversia suscitada a raíz de la sucesión del difunto califa. Sabbah fue encarcelado

por apoyar a Nizar, uno de los pretendientes al trono, y podría haber

pasado el resto de su vida en prisión de no ser porque la suerte, una de

las constantes que marcaron su vida, quiso que la pared de la mazmorra

rra en la que se encontraba cautivo se derrumbara y pudiera, de es
manera, huir de vuelta a su Persia natal'.

Durante el viaje tuvo tiempo de madurar el que sería el gran p
yecto de su vida. Para ello necesitaba un lugar apartado y seguro en

Sesinos@ M_tínez P-oca, Barcelona, 1988Edward Burman, LOS t-
arcirews.ac.uk/~history/Mathematiciaas/Khayyam.ht"A

2 <http://www-groups-dcs>,

Ibid [http://www-groups-dcs](http://www-groups-dcs.ac.uk/~history/Mathematiciaas/Khayyam.ht),
agazine. corn/ Articles
/secrets%20oe/o2Othe%20ASsassinshhttp:liwwwnewdawnn,

que poder llevar a cabo sus planes sin ser molestado. Así, Hassan terininó por
encontrar una fortaleza aislada en lo más alto de las montañas de Qazvln. Este
castillo, llamado Alamut («El nido del águila»), era

la plaza fuerte ideal para la nueva secta que Hassan estaba a punto de fundar: los
ismailíes nizaríes (que más tarde serían conocidos como

los liashishins, palabra de la que deriva la actual «asesinos»). Además, Alamut se
encontraba en un emplazanúento geográfico estratégicaniente privilegiado que
pernutiría a Hassan hacer proselitismo de su

secta ismallí por toda Persía.

Los ismailíes son una escisión de la ortodoxia musulmana, algo así como los
protestantes dentro del cristianismo. Tras la -muerte de Mahorna en 632 su discípulo
Abú Bakr fue designado para sucederle, convirtiéndose en el primer califa del islam.
Desgraciadamente, Mahoma no dejó tan claro comojesús quién sería la roca sobre la
que edificaría su Iglesia y fueron muchos los musulmanes que no estuvieron

de acuerdo con esta decisión, considerando que Alí, el primo del Profeta, tenía
muchos más méritos para ser su sucesor. Así comenzó la pugna entre los suníes (la
ortodoxia musulmana) y los shiíes (defensores de la legitirinidad de Alí), que fueron
cruelmente perseguidos por los primeros, que los consideraban herejes. Esta
persecución culminó en

el año 680 con el asesinato de Fátima, la hija de Mahoma, que se unió a los valedores
de Alí. A partir de entonces los shUes tuvieron su pro~ pio califa (que recibió el
apelativo de imán) y se separaron por completo de los suníes, a la espera de la
llegada del Mahdl, un Mesías destinado a conducirles a la victoria sobre sus
enerruigos. Es precisamente en el seno de la tradición shií donde nacen las creencias
ismailíes como un cisma surgido por motivos sucesorios en la época del sexto imán, y
que iría cobrando fuerza poco a poco hasta la llegada en el siglo xii

de Sabbah.

Alanjut

Hassan se aseguró la propiedad de Alamut por medio de la sutil,za y el engaño. Su
formación privilegiada le sirvió en esta ocasión para emplear una treta que ya
aparece reflejada en la Odísea atribuida

a Ulises. Hassan llegó a un acuerdo con el dueño de Alamut por el que se le vendía
por un precio exiguo una porción de tierra que se podría abarcar con la piel de una
vaca. El dueño convino en ello pensando que el joven forastero pretendía establecer
un puesto de venta en el lugar, no dándose cuenta de hasta qué punto podía llegar la
inventiva de Hassan. Éste procedió a dividir la piel de la vaca en tiras sumamente

delgadas que le permitieron fabricar un largo cordón con el que abarcar por entero el
área de la fortaleza. Lógicamente, el propietario protestó, pero los seguidores de
Hassan se encargaron de persuadirle de cumplir con lo pactado.

Cuando los rumores de lo sucedido llegaron hasta el visir Nizam

al Mulk (su armigo de la niñez y virtual gobernante de la región, dado que el sultán
había delegado en él todas las funciones ejecutivas) ` , y anticipándose a las
intenciones de su antiguo camarada, comenzó a hacer preparativos para que el
ejército del sultán sitiara la fortaleza, algo que jamás sucedería. Al día siguiente, de
regreso a sus aposentos tras una audiencia con el sultán para informarle de sus
planes, Mulk fue abordado por un sufl que en realidad era Bu Tahir, un agente de
Hassan, que tras una breve conversación clavó su daga en el corazón de Nizam al
Mulk convirtiéndole de esta forma en la primera víctima registrada de los hashichins

muir, convirtiéndose de esta forma en la primera víctima registrada de los hashishins.

Una vez consolidado su dominio sobre Alamut, Hassan empleó una considerable cantidad de recursos en la construcción del denonúnado «Jardín legendario de los placeres terrenales», un lugar que desempeñaría un papel muy importante en los ritos iniciáticos de los hashishins. El jardín se encontraba en un hermoso valle flanqueado por dos altas montañas. Hasta allí habían sido llevados pájaros, plantas y animales exóticos de todo el mundo. Rodeando el jardín se cons-

truyeron lujosos palacetes de mármol y oro, adornados con hermosas pinturas, exquisitos muebles y tapices de fina seda. Por todos los rin-

cones de la reducida geografía de este paraíso terrenal se habían dispuesto los más succulentos manjares, nu*entras que en cada rincón se podían ver fuentes de vino y agua fresca.

1 Milip K. Hitti, History of the Arabs, from the earlier times to the present, Macraillan, Londres,

1970.

r_ Cuál era el propósito de este exótico decorado? Crear 'el marco adecuado para la escenificación de un inipactante rito iniciático que asegurase de por vida la lealtad absoluta de los nuevos acólitos. El miciado que era llevado al jardín de las delicias se encontraba en estado de inconsciencia tras haber quedado fuera de combate por una potente poción, cuyo principal ingrediente era el hachís (de ahí el nombre por el que era popularmente conocida la secta) en forma de aceite de cannahís y que además contenía diversos ingredientes psicotrópicos, como hongos alucinógenos. Al despertar de su sueño, el acólito se veía rodeado por un grupo de bellas adolescentes que le daban la bienvenida cantando, bailando y tocando instrumentos musicales en su honor. Mientras el boquiabierto joven aún intentaba reponerse de su asombro, las muchachas comenzaban a adrm'nistrarle un masaje que poco más tarde derivarla en una pequeña orgía que incluía la práctica de sofisticadas técnicas sexuales. Éste era el prólogo de una corta pero inolvidable estancia en el jardín que aseguraba a Hassan que podría exigir lealtad absoluta de su nuevo seguidor y que sus órdenes serían seguidas sin preguntas ni reparos. Tras las ruinas del castillo que todavía existen en Alamut hay un valle sernioculto por las escarpadas paredes que lo rodean por el que fluye un arroyo de agua fresca y cuyo verdor contrasta con la sequedad del entorrio circundante. Es inuy probable que fuera ésa la ubicación del mítico Jardín.

Aunque algunos autores han cuestionado la validez como dato histórico del uso del hachís por los asesinos, lo cierto es que se trata de un hecho cuidadosamente documentado. No obstante, no es cierto que los asesinos ingirieran este narcótico para relajarse antes de emprender alguna de sus expediciones de asesinato, como se piensa en la creencia popular, sino que lo más probable es que consumieran algo de droga antes de visitar el jardín de las delicias por última vez, como placentero prólogo de una misión suicida.

U"la sociedad esotérica

Su estancia en e, paraíso terrenal creado por Hassan era solamente el comienzo de la carrera del adepto en la secta, cuyo escalafón se

dividía en siete grados. Los hashishins combinaban las doctrinas exo-

s del islam. Sabbah era practicante de la alquinúa y -sotérica que parte del plan de estudios

oso del suf estudi ismo, de modo étodos oculticos para los futuros hashishins implicaba el donu'M'0 de In

ara alcanzar p anos más altos de conciencia, algo que en el otro 'ex tosp . aba en otra mítica sociedad de asesinos tremo del planeta ya se

Pract1c ditación y preprofesionales, los nínja íaponeses. Pero no todo era me

sino que también se aprendía cómo matar eficazparación Inental3 la daga. Los iniciados eran entrenados mente mediante el venerlO 0 ina que nada tiene que envidiar a la de concienzudainente de una for s de todo tipo de niaterias

1 los secretos actuales. Pecibían Clase los serv`c, es útiles para su cometido, aprendían varios idiomas, que pudieran serl propias de comerciantes, así como el modo de vestir y las maneras 1

monjes y soldados. Además, se les enseñaba a hacerse pasar por cre-

yentes y practicantes de las religiones más importantes de forma que un seguidor de Hassarí podía adoptar con éxito la identidad de cualquier persona, desde un comerciante acomodado a un místico sufi, un

cristiano o un soldado sarraceno'

para comprender mejor el éxito de los hashishíns hay que asumir que el asesinato político era una práctica muy extendida en el islarrí ya antes de la Ilceada de Hassan bin Sabbah. Otras sectas y grupos habían g recurrido a tan expeditivo método en el pasado, e incluso el propio Profeta ya señaló a deternu'nados individuos manifestando que «no merecían vivir», a la espera de que sus seguidores entendieran la indirecta. Una secta extremista shíí fue conocida en su nioniento como (los estranguladores» debido a que éste era el método que preferían a la hora de ejecutar a sus víctimas'. El mundo musulmán de la Edad Media era un entorno confuso en el que la autoridad siempre pasaba a manos de aquellos que tenían la voluntad y la osadía necesarias para tomarla y retenerla mediante la violencia o la astucia. Los derechos hereditarios pesaban tanto como las espadas al servicio de los pretendientes al trono Y más de un gran imperio se desmoronó a causa de estas luchas intestinas. Imanes y califas eran con frecuencia víctimas

--- --- history of secret societies, citadel Press, NuevaYork, 1989,

Arkon Daraul, A E. Burman, op. cit.

de asesinos a sueldo pagados por aspirantes al cargo que, en bastantes ocasiones, ternimaban sus días de la nuisma forma que sus antecesores.

Lo que introduce de novedoso Hassan bin Sabbali en este entorno es la práctica sistemática del asesinato como elemento primordial de su estrategia, por medio de la que pretende alcanzar deternuinadas nietas mediante la extirpación «quirúrgica» de ciertos elementos clave de la escena nulitar y política.

Para que este planteamiento tuviera éxito la organización era un factor esencial. La orden hashishin se basaba en una estructura adallnistrativa que, a juzgar por los resultados obtenidos, resultó ser tre-

mendamente eficaz. En la cima de la jerarquía estaba Hassan, el viejo de la montañla, cuya privilegiada mente lo nuismo se encontraba ocupada en trazar complejos planes que jugaban con el equilibrio político de todo Oriente que meditando sobre la interpretación de algún pasaje del Corán. Debajo de él estaban los priores magníficos -inísticos y clérigos que daban sustento espiritual al grupo-, los propagandistas o daí - encargados de predicar la palabra de Sabbali por todo el orbe musulmán y reclutar nuevos adeptos a la causa- y finalmente losfidai, que eran el escalafón más bajo dentro de los haAishins, aunque en modo alguno el menos importante. Losfidai («ángeles destructores» o «autosacrificados») tenían un voto de obediencia absoluta y una convicción fanática que les mantenía dispuestos a llevar a cabo cualquier atrocidad que su señor exigiera de ellos, incluyendo el suicidio y el asesinato. Vestían túmicas blancas con fajines y tur-

bantes rojos: colores que representaban la inocencia y la sangre. Llama la atención que los terroristas suicidas actuales mantengan en su ico-

nografía ritual un atuendo muy parecido.

La figura clave en esta organización eran los dai. Se trata de una figura que en muchos sentidos resulta exclusiva de la cultura persa. Si tu-

viéramos que compararlos con algo conocido, los nuisioneros cristia-

nos resultarían la figura más cercana a nuestra cultura. Como los misioneros, los M

recibían una extensa formación que les convertía en

vendedores perfectos de las ideas a las que servían, estando investidos además de una autoridad de la que en principio carece un nusionero cristiano. Su tarea era principalmente la de impresionar a las gentes con las que se encontraban, excitar su curiosidad e imbuirles el deseo de sa-

ber más sobre ellos y sus creencias. Una vez enganchado un buen número de acólitos potenciales, revelaba los misterios de la orden sólo a aquellos más prometedores, siempre y cuando accediesen a prestar juramento de fidelidad al imán, el representante de Dios sobre la Tierra, que, en este caso, no era otro que Sabbah.

Dado que los hashishíns ganaban influencia en la región con un ímpetu que parecía imparable, el salí de Persia se sentía inseguro en su posición, lo que le llevó a cometer el mismo error que cometiera tiem~

po atrás su visir y a pagarlo de similar modo. Apenas habían llegado las tropas a las cercanías de Alamut cuando el atrevido monarca moría envenenado. Tras su muerte, el reino de Persia quedó dividido en facciones que guerreaban constantemente entre sí, situación que convir-

tió a los «asesinos» en el grupo más poderoso e influyente de la región durante años.

Durante ese tiempo la secta fue sofisticando sus métodos, convir-

tiendo el asesinato en una forma de arte, desarrollando técnicas cada vez más audaces e imaginativas, en las que el veneno y la daga eran sus-

tituidos por sofisticadas trampas y técnicas que pernuitían al asesino

alcanzar su objetivo por muy protegido que éste estuviera. Cabe destacar que pese a lo dicho hasta el momento no estamos hablando de una horda sedienta de sangre y dispuesta a alcanzar sus objetivos a

cualquier precio. Los Ideólogos y estrategas de los hashishins eran in-

telectuales que preferían utilizar la persuasión en lugar de la violencia siempre que ello fuera posible. Entre los métodos indirectos de persuasión, uno de sus favoritos consistía en obtener la ayuda de mujeres y niños que ejercían una especial influencia ante padres y maridos poderosos. Les sobornaban con vestidos, joyas y fantásticos juguetes traídos a tal efecto por mercaderes que viajaban por todo el mundo en

busca de las más exquisitas plezas. También supieron cautivar a algunas de las mentes más distinguidas de Oriente Próximo para emplearlas como profesores en sus escuelas o como consejeros en asuntos mun-

danos. Esta sabia combinación de mano de hierro en guante de terciopelo sirvió para que, en poco tiempo, la mayoría de la población de Persia profesara las creencias ismailíes.

MI`stíco y asceta

Sin embargo, a medida que sus hazañas se multiplicaban y eran cantada' Y '01ltadas por todo el mundo árabe, Llassan bin Sabbali fue convirtiéndose en un personaje cada vez niás el resto de su vida nusterioso Y reservado, que vivió

confinado Por Propia voluntad taleza. Se dice que durante entre IOs muros de la for-

ese Período abandonó sus a osentos tan sólo en dos ocasiones. Llevaba una vida propia de p y a la redacción de tratados teol un asceta, consagrado a la Illística racterizaba a la secta de Hassan óg'cOs- La ambilión expansiorlista que ca- (Y los exped't"os niedios que empleaba) no se debía a una ambición persong sino a @undante devoto de la fe su condición de creyente pro_

ismailí, que quería convertir en la Úni-ca corri ente IMPerante en el islarn. De este carácter rnodesto Y hondamente religioso nos habla la c-

Ircunstancia de que Hassan Podía aspirar a declararse descendiente directo del Pr`!>fea con más legitiffidad que otros que ya 1 llabían hecho, pero un buen si , rechazó uffl'zar esto como ventaja Política: «Prefiero s 0

rviente del Profeta antes que su hijo - er Su celo religioso indigno.»

le llevó a cometer no pocos Propias filas. En Alanlut, cornoi excesos entre sus talibanes, estaba terminante s 910s más tarde en el Afganistán de los Mentos

MCnte Prohibido beber y tocar '

Musicales. Estas prohib', InstruXtrenlado celo y Ha,,an xi @'c'Olics Y muchas otras se aplicaban con

gia a SUS seguidores una total obediencia. Era de una severidad inflexible, tanto que 11, cos lujos: a uno Por beber y al 0 lizo ejecutar a sus dos úni-

tro por saltarse la cadena de mando cometiendo un asesinato que no había sido ordenado.

Durante 13 última época de la vídalde Hassan la secta combatió en dos fntes bien definidos. En las cruzadas lucharon indistintamente en

irviera ni anibo, bandos en función de cuál de ellos s ejoj a sus necesidades del niornento,Al su domin- IIIIInio tienipo, no se detuvieron en expandir

lo Por toda Persla Y su influencia llegó hasta Siria, donde comellzó a actuar una rarna particularmente activa de la orden.

Hassan bin Sabbal fanec - -

1 1 . lo en 1124 a la edad de 90 años Cudón de sus dos unicos herederos h@ - La eje-

izo que tuviera que designar a dos de sus generales para que continuaran su obra como sucesores. Uno asunlió el control de JOs elementos nústicos e

ideológicos de la orden, Illien,ras que el otro se encargó de los asuntos militares y políticos.

Durante ese período, y aprovechando el desconcierto que trajo con-

sigo la muerte de Sabbah, la dinastía selyúcida tomó de nuevo el control

en Persia, lo que provocó una nueva oleada de asesinatos. El primogénito y sucesor de Nizam al Mulk cayó bajo la daga de unfidai. El nuevo sultán, que había sucedido a su padre Mafik Sha y recuperado el control de grandes zonas del país, decidió, como su padre antes que él, marchar contra Alamut. Una mañana despertó con una daga clavada en

su almohada. El sultán hizo un pacto con los «asesinos» por el que se les otorgaba la autonomía a cambio de reducir sus fuerzas militares y un

compromiso de no injerencia en los asuntos de Estado. Fue también en esta época cuando Marco Polo llegó a las proximidades de Alarnut y se

enteró de la existencia de la orden, incluyéndola en el relato de sus viajes y haciendo que su fama se extendiera por toda Europa.

Los hashishíns sobrevivieron durante más de cien años tras la muerte de Sabbah, hasta que Alamut fue finalmente sitiado y conquistado en 1256 por los invasores mongoles al mando de Halaku Kan, hijo de Gengis Kan. Halaku era un gran admirador de la figura de Hassan y encargó a su principal consejero que recopilara una historia completa de los «asesinos» basándose en los registros de la biblioteca de Alamut. De este trabajo es de donde proceden la mayoría de los datos históricos de los que actualmente se dispone sobre la orden.

El legado de los «asesínos»

Tras la caída de Alamut, la mayoría de los supervivientes del grupo se vieron forzados a la clandestinidad, manteniendo sus creencias y tradiciones en estado latente. En la actualidad, los ismailíes nizaríes todavía existen, y están liderados por el Aga Kan, una de las figuras progresistas del islam. La Aga Khan Development Network es una organización creada basándose en las condiciones de vida en las sociedades en donde los musulmanes tienen una presencia significamia, si bien se esfuerzan en dejar muy claro que no son una organización de carácter religioso'.

'<http://www.akdn.org/>

La sociedad secreta que creó Hassan bin Sabbali marcó un antes y

influyó deu'n 'después en el desarrofic) de este tipo de organizacoiroldneds.eD' urante las cism~arnente en las que fueron creadas con postesiciristianos, según becruzadas, los hashishíns lucharon para y contra lo neficiara a sus planes, si bien las férreas estructuras jerárquicas de las órdenes militares mermaba considerablemente la eficacia de su táctica de asesiniatos selectivos, ya que tan pronto un personaje clave fallecía era inmediatamente sustituido por otro.

Ricardo Corazón de León fue acusado en su rriorriente de haber solicitado la ayuda del SeiSor de las montañas; 1 (She'k alYébel, que no

ino el “efe de la rama sirla de era Sabbah, como vulgarniente se cree, s’ j la secta) para cometer el asesinato de Conrado de Monferrato. Según cuentan las crónicas, se escogió a dos asesinos que aceptaron ser bautizados y que fieron emplazados a ambos lados de Monferrato, fin-

1 giendo rezar. En el momento en que se presentó una ocasión favorable le apuñalaron y corrieron a reffigiarse en una iglesia. No obstante, flegÓ hasta sus oídos la noticia de que habían fallado en su intentona y el príncipe aún se encontraba con vida, por lo que abandonaron su escondite y se dirigieron al lugar donde yacía Conrado de Monferrato para apuñalarle por segunda vez. Después de esto fueron capturados v murieron sin una sola palabra de confesión o arrepentimiento a pesar de la crueldad de los tormentos que les fueron aplicados 9.

Algo de aprovechable debieron ver los cruzados en los métodos de los «asesinos» cuando los importaron a Europa y terminaron sirviendo de patrón y modelo de numerosas sociedades secretas occidentales. Los templarlos, la Compañía de Jesús, el Priorato de Sión, la francmasonería, los rosacruces... todos deben su eficacia organizativa al trabajo originario de Hassan. De hecho, los célebres Iluminati tuvieron su origen en el aspecto místico de la orden hashishín `.

Tamb,én los servicios de inteligencia, las modernas «sectas de asesinos @>, han incorporado en sus metodologías muchas de las técnicas milenarias de los hashishíns. Por ejemplo, en un manual de entrena-

Arkon Daraul, op. cit. Destaca al respecto el brillante análisis que hace Tim O’NeiU en el artículo titulado «Una historia de la venganza y el ase-unato en las sociedades secretas», incluido en el libro Cultura (lí>i,lpo(-ali@sis, Editorial Valdernar, Madrid, 2002.

miento de la CIA titulado sin eufemismos Un estudio del asesinato “, se

pueden encontrar rastros de la influencia de los antiguos habitantes de Alarnut por todas partes, siendo Hassan bin Sabbali mencionado expresamente en el documento-na figura

Con el paso de los siglos, Sabbali se ha convertido en u

rnítica que ha servido de inspiración a artistas y literatos. El irreal

triundo de Alamut, con sus sueños de placeres inenarrables administrados por bellas huríes entre vapores narcóticos y exóticos perfumes, resultó particularmente atractivo para los románticos. En el célebre poerria de Coleridge Kublai Khan, escrito según se cuenta inmediata~

mente después del despertar de un sueño de opio, se describe detalla~

damente la leyenda de Sabbah y de su paraíso terrenal. Coleridge lla-

ma a su Alamut de ficción «Ainhara», el lugar en que se yergue la bóveda del placer, inspirada en el jardín legendario de los hashishins.

Casi un siglo más tarde, los escritores y artistas de la generación beatnik también consideraron a los hashishins como una de sus fuentes

de inspiración, identificándose con esa mezcla de nÚsticismo oriental, experimentación con drogas y transgresión social que tifie la leyenda de la secta. El poeta y pintor Brion Gysin” menciona a Sabbah en mu~

chas de sus composiciones, y William S. Burroughs escribió un brillante

poerna titulado Las palabras pasadas de Hassan Sabbah ` , donde conde~ na como terroristas a organizaciones modernas, como las agencias de inteligencia y las grandes multinacionales.

Corno vemos, Hassan bin Sabbali es una de esas figuras que rom-

pe la barrera del tiempo y se mantiene vigente según las sucesivas ge-

neraciones la enriquecen con nuevas lecturas que no son sino un fiel reflejo de la situación de cada época. Además, supone un precedente directo sin el que resultaría imposible comprender tanto a esos faná-

ticos suicidas que tanta intriga e inquietud causan entre los occidentales, como la propia figura de Osama bin Laden, místico, terrorista, ce

propia figura de Osama bin Laden, misico, terrorista, estratega y líder, una versión renovada del mítico adalid de los «asesinos».

<http://www.iraniari-coin.com/History/Aug97/Sabbah/index.htm> i@ <http://.at/~.brainwashed.com/~ni/h3o/ctrearnachiie/start.html>
<http://v~.interpe.fr/mapage/westerrlands/Derniersinots.html>

Bín Sabbah1Bin Laden

Dicen que no hay nada nuevo bajo el sol, y la historia tendría mucho que enseñarnos en la guerra contra el terrorismo que actualmente está presenciando el mundo. En esta ocasión, el aforismo «quien olvida el pasado está condenado a repetirlo» parece ser algo más que un mero tópico.

Osama bin Laden y su ejército de guerreros fanáticos no son sino una versión contemporánea, casi un calco, de Hassan bin Sabbah y su orden de asesinos. Su escondrijo en las cordilleras de Afganistán es un

recordatorio de la plaza fuerte de Sabbah, ubicada en montañas no muy alejadas de los túneles de Tora Bora. Como Sabbah, Bin Laden ha educado a sus guerreros desde la adolescencia para que acepten la muerte sin dudas ni vacilaciones, como parte de un programa político revestido de contundentes lemas religiosos que se encuentran, por fortuna, muy al Jados de lo que representa la corriente mayoritaria del islam. Las creencias de Bín Laden tienen su fiel reflejo en las enseñanzas wahabíes, desviación estrecha y fanática de la providencial tolerancia mostrada históricamente por el islam suní.

La puritana versión wahabí del islam es un movimiento sectario que emergió en la Arabia del siglo xviii y cobró nuevos bríos a principios del siglo xx con la fundación del reino saudí. Según Ibri Jaldún, gran historiador musulmán del siglo xiv, un tema recurrente en la historia musulmana es el asalto periódico a la civilización islámica por parte de los pri-

111ltivos nómadas del desierto, los bárbaros. El waliabismo es un claro ejemplo de esta circunstancia. El propio Bin Laden -al romper con su

origen saudí y todo lo que representa- confirma la teoría de Ibri jaldún de la lucha cíchca entre los habitantes del desierto y los que han preferido una cultura sedentaria instalándose en las ciudades. Por CEO, decir que las posturas de Bin Laden no son representativas del mundo musulmán y que han hecho un daño inmenso al islam y a la civilización que representa es algo más que una justificación más o menos bienintencionada.

Sin embargo, aquellos que opinan que la muerte de Bin Laden es la solución de este problema deberían asumir algunas enseñanzas de lo ocurrido hace casi n-ul años en Alamut. En el caso de Sabbah, su au-

sencia física no extinguió el fanatismo de sus seguidores hasta más de

100 años después de su muerte, y ello tras una aplastante derrota nu* -

litar precedida por encarnizadas batallas. La enseñanza histórica de esto es que podemos acabar con Bin Laden y dispersar su organización, pero ello no supondría el final del problema y la civilización occidental puede verse en la necesidad de permanecer en guardia indefinidamente para contener el fanatismo de los guerreros ocultos de Al Qaeda.

Por lo que sabemos de esta organización, no se trata tanto de un grupo terrorista con unos fines políticos claros y definidos como de una sec-

ta religiosa de corte similar a la liderada en su momento por Sabbah. Ése es uno de los factores deternÚnantes que ha provocado la desorientación de los expertos en terrorismo. La mayoría de sus ririembros no se aprOXÍman m de lejos al perfil de los desposeídos de la fi-anja de Gaza, sino que pertenecen a la clase media y alta musulmana, cuyos jóvenes han recibido una completa educación, muchos de ellos, como el propio Bin Laden, en

las aulas de las más exclusivas universidades de Occidente. Probablemente, la miseria fiiera algo desconocido para la mayoría de estos jóvenes hasta el momento en que decidieron acudir como voluntarios a Afgam'stán. Al Qaeda encaja a la perfección en las definiciones más aceptadas de secta destructiva. Adoctrmía y se asegura la obediencia de sus nuiembros mediante técnicas de control mental; forma una sociedad cerrada y totalitaria en la que la figura del líder (autoproclamado, inesiárnico v carismático) es todopoderosa: v están plenamente convencidos de que

medios, y finalmente, es el propósito, y es un propósito concreto de que el finjustifica los medios.

Al Qaeda recluta también el mismo perfil de adeptos que una secta

destruccionista. Según el Centro Estadounidense de Información sobre Sectas, el candidato perfecto para este tipo de grupos tiende a ser una persona inteligente, idealista, instruida, acomodada económicamente e inte-

lectual o espiritualmente 'inquieta. Unas características que encajan a la perfección con las de Zacarías Musaul, miembro del comando encargado de secuestrar el avión estrellado en Pensilvania y que fue detenido por el FBI días antes de los atentados. Graduado con máster en Comercio Internacional y educado en Francia y Gran Bretaña, Musauli, como todos los reclutas de la secta, experimentó un visible cambio de personalidad tras

regresar de su estancia en el campo de entrenamiento de Al Qaeda. Su propia familia llegó a la conclusión de que le habían lavado el cerebro.

Los estudiantes musulmanes en Europa, desarraigados culturalmente, enajenados por Occidente, resultan particularmente vulnerables al señuelo de Osama bin Laden. No tienen necesariamente que ser apasionados

defensores de la causa palestina o vibrar de indignación ante la presencia de bases de EE UU en el suelo sagrado de Arabia Saudí. Al Qaeda les lle-

va a dar un importante vacío espiritual y psicológico: les da un sentido de propósito en la vida, de trascendencia, seguridad e identidad. La organización conoce a la perfección la psicología de estos jóvenes musulmanes y pulsa con maestría los resortes precisos para convertirlos a su causa. En primer lugar, y como todas las sectas, enseña a sus miembros a subordinar su individualidad a la meta del grupo. El manual que Al Qaeda entrega a sus te-

legramas contiene una larga serie de consuetudines íntimamente detalladas y exige que sigan con precisión ciertos rituales que ayudarán a cumplir la

sensación de pertenecer a una comunidad exclusiva.

Corno otras sectas tristemente célebres, tales como el Templo del Pueblo del reverendo Jim Jones, que protagonizó en Guayana el mayor suicidio colectivo de la historia, La Puerta del Cielo o la Orden del Templo Solar, Al Qaeda persuade a sus miembros para que sacrifiquen sus vidas con la promesa de un paraíso. Más allá de la muerte, una técnica que, como hemos visto, ya fue utilizada con éxito hace un milenio por Hassan bin Sabbah.

Conclusión

Son demasiadas las semejanzas como para no pensar que Bin Laden no haya tomado elementos de la secta de los hashishíes como modelo para levantar su propio reino de terror. Osama bin Laden es, a fin de cuentas, una persona culta con un profundo conocimiento de la cultura islámica. Visto de esta manera, los hashishíes tuvieron finalmente éxito a la hora de hacer perdurar su siniestro legado: una herencia de violencia que se ha extendido a través de los siglos y ha sido capaz de infectar las mentes de los niños de Gaza, de los jóvenes musulmanes de los barrios obreros de Londres o de los ricos estudiantes árabes de los colegios mayores de París. Como dijo en su momento Luis Racionero: «El Viejo de la Montaña se ha reencarnado en alguien, es un arquetipo de la impotencia combinada con la maldad nacida del fanatismo: una mezcla explosiva» 14.

<http://www.estrellaeconomica.com/010913/economia/opinion-rationero.htm>

CAPÍTULO 11

LA GARDUÑA El secreto mejor guardado de la Inquisición

La Garduña fue una sociedad secreta española cuya existencia prolongó durante varios siglos.

Como si de un precedente del Ku Klux Klan se tratara, su primer propósito fue la persecución ilegal de judíos y musulmanes.

Más tarde derivó en una sociedad de delincuentes que dio origen, entre

otras, a la Camorra napolitana.

Secuestradores y asesinos a sueldo, la Inquisición utilizó a menudo sus servicios para actuar contra personas sobre las que legalmente no podía actuar.

nía jurisdicción.

La herencia de la Garduña aún se encuentra presente en el hamp.¿española.

Durante algunos de los momentos más oscuros de la historia española sí'

sola mención, siempre en voz baja, infundía el panico en los corazones. La Sati-@

ta Garduñafue una sociedad secreta de criminales cuyo poder desafiaba por igtjl.a la Iglesia y a la Corona. Eran picaros, prostitutas y espadachines a sueld&

Durante más de doscientos años reinaron como los monarcas indiscutibles de bajosfondos de la península Ibérica, y aún en nuestros días su legado no h@, desaparecido del todo.

La Reconquista española es uno de esos períodos históricos en lo:O que la confusión y la visceralidad a flor de piel hacen posible cosas que, en otros tiempos más ordenados hubieran sido impensables. En uliwépoca de intensa exaltación religiosa y nacionalista, los judíos y mu---l

sulmanes que vivían en territorio cristiano se encontraban en un es..1 1

tado de virtual indefensión que los convirtió en víctimas favoritas de'.,'

bandidos y malhechores que, en no pocas ocasiones, ponían la defen---11

sa de la fe como Justificación de sus tropelías, lo que les granjeaba la aprobación tácita de la Iglesia. A fin de cuentas, los musulmanes eran

el enemigo que aún controlaba amplios territorios del suelo patrio Y los judíos los miembros de una raza maldita responsable de la igno-

1 rniniosa ejecución de Jesucristo. Por ello, no es de extrañar que los no-

bles y esforzados caballeros que formaban las huestes de la Reconquista recibieran el inesperado refuerzo de una auténtica legión de rufianes que veían en esta campaña una oportunidad para obtener un buen botín. La Santa Garduña nació como consecuencia de este orden de cosas.

Los orígenes reales de la Garduña como fuerza unificada no se remontan mucho más allá de la época de los Reyes Católicos', quienes en el siglo xv emprendieron su cruzada contra los últimos reductos de influencia musulmana en la península Ibérica. A consecuencia del éxito de aquella campaña muchos islamitas fueron muertos o desterrados al norte de África, con la única excepción de varios reductos guerrilleros que permanecieron en las montañas durante algún tiempo. No fueron pocos los que decidieron abrazar el cristianismo para conservar

sus viviendas y posesiones. Eran principalmente súbditos de sangre tan española como la de los cristianos y religión musulmana o judía que no tenían ningún otro lugar adonde ir. Antes de la expulsión de judíos (1492) y moriscos (1609), estos colectivos sufrieron toda una panoplia de arbitrariedades que incluía la expedición de órdenes de arresto o de desahucio basadas en cargos falsos, de las que se beneficiaron en no pocas ocasiones los miembros del clero y de la Garduña. Era una época en que la balanza de poder variaba, y si bien nobles y señores feudales estaban perdiendo grandes porciones de su poder, lo cierto es que aún no se había desarrollado adecuadamente una nueva oligarquía que ocupase su lugar, por lo que existía en determinados ámbitos un claro vacío de poder que permitió a la Garduña actuar en muchos lugares casi con total impunidad.

La Santa Inquisición centró su atención en casos de judíos y musulmanes convertidos a la fe católica -los conocidos despectivamen-

' Charles William Heckethorn, Secret societies of all ages and countries, Kessinger Publishing Company, Montana, 2000.

te como «marranos»- pero que eran sospechosos de seguir practicando en secreto su religión original. Algunos eran ricos y otros incluso miembros de la Iglesia. Sin embargo, a pesar de lo que dice la leyenda negra, la Inquisición no era una institución todopoderosa y en muchos

casos resultaba imposible proceder abiertamente contra deterriu»nados

individuos, que habían conseguido comprar su ininunidad merced a su fortuna o influencia.

Aliados de la Inquisición

En estos casos particulares era donde entraba en juego la Garduña, cuya actividad de

En estos casos particulares era donde entraba en juego la Garduña, cuya actividad de aquellos días podríamos compararla a la del Ku

Klux Klan, esto es, una sociedad secreta esencialmente de carácter racista encargada de la persecución ilegal de los ciudadanos por razones

xenóforas. Los rruembros de esta sociedad secreta trataban a estos judíos y musulmanes influyentes de maneras nada católicas, recurriendo generalmente al asesinato de cualquiera que difundiera o practicara ideas heterodoxas. De este modo, este consorcio criminal se convirtió en un arma extraoficial del Santo Oficio.

El férreo adiestrarramiento y disciplina de sus rruembros, así como una

extremada crueldad a la hora de llevar a cabo sus rruisiones, convirtió a la Garduña en un rruito por derecho propio. En el seno de la sociedad se enseñaba a los neófitos que ésta había nacido poco después de la batalla de Covadonga, una pretensión completamente ficticia e in-

fundada. Igualmente, se les inculcaba que fue el disgusto de Dios Padre el que perrrrn'tló a los musulmanes conquistar la mayor parte de la península Ibérica a modo de castigo para los impíos cristianos de la época. Las únicas personas a quienes el Todopoderoso pernuitió sobrevivir fue un reducido grupo de elegidos, sobre quienes recaería la tarea de reconquistar el país y limpiarlo de infieles. Para ello, este escogido grupo tuvo que esforzarse durante setecientos años y esto sólo gracias a la intermediación de laVirgen de Córdoba, cuyos lamentos habían evitado la destrucción total del pueblo español, y permitido que la Gar-

@ Ibid.

duña llevara a cabo su misión divina: hacer Prevalecer la pureza de la sangre española. Grupos de Patriotas tomaron las regiones montañosas organizándose en bandas y luchando como guerrlleros en aras de cuniplir su sagrado destino.

Otro de los elementos fundamentales del folclore garduño era la historia de Aípolinario, un ernútaño que según la leyetida habitaba en un remoto rincón de Sierra Morena dedicado únicamente al culto a laVirgen y a la recolección de las hierbas con las que se sustentaba. La virgen, conmovida por su fervor y ascética virtud, le escogió como su mensajero y le hizo una revelación con el encargo de difundirla y cumplir fielmente las iba a dar. Para expiar sus mu-

instrucciones que le í

chos pecados los españoles tenían que ofrecer al Señor la victoria sobre los musulmanes. A partir de ese día el ermitaño tendría que predicar este mensaje para, así, irripulsar la cruzada que salvaría a España.

Aunque abrumado por la responsabilidad que se había depositado

na por en sus manos, el anacoreta aceptó el singular encargo. Recluta í

ej 1 iotas cristianos Y si fuera nececarrunos y pueblos un "érc'to de patri sario los conduciría él "Sino al campo de batalla en nombre de la Sagrada Virgen. Como pren-lío, los guerreros serían recoxilpensados con todas las tierras y otras posesiones que consiguieran arrebatar a los musulmanes. La riqueza de los mahometanos en manos cristianas sería la prueba irrefutable que aclararía de una vez por todas cuál era la verdadera religión. LaVirgen un ió al ermitaño, le d' icion y

91 lo su bend' --le invistió con un botón que ella misma había obtenido de la túnica de su Hijo. Presuntamente, esta reliquia, aparte de su valor simbólico, estaba dotada de poderes inilagrosos y cualquiera que la llevara consigo se salvaría de la muerte y de ser capturado por los niusuln-lanes.

Licencia para matar

Así pues, los miembros de la denominada Santa Garduña situaban el nacin-liento de su sociedad secreta en un mandato de laVirgen María en persona, dado a conocer a través de un hombre santo que recibió de tan alto poder el mandato de reconquistar la Península Ibérica y de acabar con el mayor núirero de mahometanos. Alrededor de esta

leyenda crecieron otras, así corno una compleja liturgia que incluía la costumbre de encomendarse a laVirgen antes de un ataque o la con-

sulta de la Biblia a modo de oráculo antes de tomar importantes decisiones, abriéndola al azar y buscando un significado alegórico para el pasaje revelado de esta manera.

Los inquisidores encontraron en aquella sociedad de fanáticos rufianes un valioso aliado, pero durante la época inmediatamente anterior al reinado de los Reyes Católicos el grupo había experimentado uno de sus períodos de mayor actividad, consolidando en gran medida su poder e influencia posterior. Saquearon y quemaron, ejecutaron por su cuenta en la hoguera a quienes consideraban herejes, y reclamaron sus propiedades'. No se sabe con exactitud con cuántos inlembros contaba la Garduña, pero no cabe duda de que desempeñaron un papel significativo en la campaña contra los musulmanes y que sus hazañas pasaron en no pocas ocasiones al ámbito de la leyenda. No obstante, una vez finalizada la Reconquista, la Garduña se convirtió en un lastre engorroso para las autoridades. En primer lugar, se trataba de un grupo especialmente celoso en lo tocante a la cuantía de sus botines. Además, personajes de cierto renombre que fueron considerados herejes por la Garduña sufrieron la persecución indiscriminada del grupo a pesar de contar con influencias y amistades. Ello motivó más de una situación embarazosa que dejaba en eritrecho la autoridad real de determinados personajes de la nobleza, ya que cuando la Garduña elegía un objetivo llevaba a cabo su cometido con notable rruinciosidad sin atender a ruegos ni razones. Esto colmó la paciencia de la Corte, decidiéndose llevar a cabo una acción armada que incluía el envío de tropas contra las bandas de la Garduña, que desaparecieron de la escena pública sin apenas ofrecer resistencia. Aunque el poder seglar estaba en aquellos momentos contra ellos, la Inquisición todavía les protegía de farnia encubierta. El paso a la clandestinidad supuso un antes y un después para el grupo. La ciudad de Sevilla, en la que el grupo había alcanzado una notable iniplantación, se convirtió en la sede principal del movimiento, y la Garduña se dio a sí misma una constitución confidencial y unos estatutos fundacionales con los que tomó su forma definitiva de sociedad secreta.

io un consejo Con este fin se reunido formado por los trece rufianes más poderosos de la ciudad que dieron a la Garduña la estructura final que tendría durante los siguientes tres siglos.

Tal como correspondía a su nuevo carácter, la Garduña adoptó una forma de organización iniciática dividida en nueve grados a los que se accedía en función de los méritos que realizaban los iniciados, no sin antes completar una ceremonia de iniciación exclusiva para cada rango'. El escalafón más bajo de la jerarquía estaba formado por los nuevos reclutas, que pasaban a engrosar las filas de los llamados «chivatos», a quienes se encargaban las tareas más pesadas y eran poco más que los sirvientes del resto de la organización. Pertenecían a este

rango los espías (de donde procede el actual significado de esta palabra como confidentes), los exploradores y los porteros de la orden.

Parte fundamental del entrenamiento de los chivatos nada más ser iniciados en los misterios del grupo era el aprendizaje de cómo imitar los sonidos de animales, que eran empleados como signo y seña del grupo, aparte de servirles como medio secreto de comunicación y de alarma en caso de peligro. Durante la noche se utilizaban para este fin el sonido de grillos, búhos, ranas y gatos, mientras que de día se utilizaban diversas modalidades de ladrido de perro.

Otro de los grados inferiores de la Garduña estaba constituido por las llamadas «coberteras», prostitutas que el grupo empleaba en

multitud de tareas de apoyo e información. Eran ellas quienes comprometían a los viajeros en los caminos y los entretenían con su con-

versación y sus encantos mientras el resto de la banda se preparaba para el ataque a la desprevenida víctima. En otras ocasiones se hacían pasar por mujeres honradas, como vendedoras ambulantes o sirvientas, que con los más variados pretextos podían entrar en las casas de sus víctimas para espiarles o estudiar la mejor manera de introducirse en el hogar o tenderles una emboscada. Para casos especiales que requerían un carácter más refinado, la Garduña no empleaba a las toscas coberteras sino a las llamadas «sirenas», jóvenes de aspecto cándido que se hacían pasar por amas de cría. Las sirenas tenían una gran in-

‘ Ibid.

antes de los fluencia en el grupo ya que eran frecuentemente las am je-
fes de la Garduña.

Los «fuelles» o «soplones», hombres de cierta edad, de apariencia respetable y frecuentadores de la Iglesia, eran los encargados de la gestión del botíri, granjearse la arruistad de las futuras víctimas y negociar con la Inquisición y otros empleadores. Por su capacidad para introducirse en círculos sociales que estaban completamente vedados a

otros miembros del grupo también eran los encargados del chantaje o la extorsión a familias acomodadas.

Los «floreadores» constituían la fuerza de choque del grupo para aquellos trabajos en los que la fuerza física resultaba fundamental. A menudo se trataba de antiguos convictos o galeotes y eran el grupo más numeroso dentro de la Garduña. Ejecutaban en la práctica los ro-

bos y asaltos que habían sido planeados y preparados por otros. En

cambio, los «punteadores» eran espadachines refinados que, como los

fuelles, podían moverse con soltura en todas las extracciones sociales y desempeñaban en el grupo la función de asesinos y duelistas a suel-

do. Entre ellos reclutaba la Garduña a la mayoría de sus oficiales, llama-

dos «guapos», los cuales lideraban las diferentes bandas que, aunque con una enorme autonomía de acción, estaban supeditadas en última

instancia a la autoridad central del grupo.

El liderazgo supremo de varias de estas pequeñas bandas o de una

banda de cierta entidad recaía en los conocidos como «maestros». Oficiaban las ceremonias de iniciación del resto de los miembros de la so-

ciudad y preservaban fielmente las leyes, costumbres y tradiciones. Los «capataces» eran jefes regionales que cumplían al pie de la letra las ór-

denes del jefe de todos los jefes, conocido como el «Hermano Mayor» o gran maestro. La palabra del Hermano Mayor era ley, siendo un per-

sonaje temido y respetado tanto dentro como fuera del grupo. Por encima de las invidencias de la vida del hampa no era extraño que

el Hermano Mayor fuera un importante personaje de la Corte o de la sociedad sevillana que llevaba una doble vida.

Como cualquier otra sociedad secreta que se precie, la Garduña también disponía de contraseñas, signos de reconocimiento y claves

para solicitar el auxilio de otros miembros en caso de necesidad.

Cuando un miembro del grupo se encontraba en compañía de desconocidos y quería saber si alguno de ellos pertenecía a su misma

hermandad no tenía más que pasarse el pulgar derecho por el lado izquierdo de la nariz. Si otro miembro se encontraba presente se aproximaba a él discretamente y le susurraba al oído una contraseña, en respuesta a la cual debía darse una nueva palabra clave. En ese mo-

mento, y para asegurarse aún más, se procedía a un completo intercambio de signos

mento, y para asegurarse aun más, se procedía a un complejo intercambio de signos y apretones de manos, similar al adoptado más tar-

de por los masones con el mismo propósito. Sólo entonces los dos desconocidos podrían ponerse a conversar en la jerga del grupo, un

dialecto especialmente diseñado para que nadie que escuchase la con-

lón pudiera extraer ni información sobre su contenido. versac ninguna 1
ormaci 1 Otras formas de comunicación permitían a los miembros del grupo, aun estando en prisión, mantenerse en contacto con el exterior y entre ellos.

Esa jerga, con sucesivos añadidos y variaciones, pasó casi en su to-

talidad al argot de los delincuentes españoles y muchas de sus palabras aún se utilizan a diario en las cárceles, sin que quienes las emplean sospechen siquiera su remoto origen. Otro símbolo de reconocimiento eran tres puntos tatuados en la palma de la mano. Este símbolo ha pasado a la Camorra italiana y, al mismo tiempo, es patrimonio de otras sociedades secretas, como la masonería -5.

Un entramado maffioso

A pesar de sus orígenes racistas, los miembros de la Garduña no deben ser considerados exclusivamente fanáticos de la limpieza de san-

gre cristiana, movidos simplemente por el odio y la xenofobia. Ante todo, la Garduña era una sociedad de delincuentes. Ellos fueron quienes controlaron durante el siglo de Oro las conocidas «cortes de los milagros» que aglutinaban a mendigos, prostitutas y rufianes de todo pelaje y que tan buen juego literario dieron en el marco de la novela Picaresca. La Garduña mantenía un entramado mafioso para finan-

@ Ernesto Milá, La conspiración de los marginados. [Http://usuarios.lycos.es/disidentes/@irt'8\(.html](http://usuarios.lycos.es/disidentes/@irt'8(.html)

ciarse que incluía actividades ilegales de todo tipo, como el secuestro, el lucrativo negocio de la venta de falsos testimonios en los juicios, la trata de blancas y la falsificación de documentos. Uno de los «servicios»

más solicitados del nutrido catálogo de la Garduña consistía en la captura, previo pago, de algún enerruigo o rival molesto para el cliente. El desdichado era raudamente embarcado en un buque a punto de zar-

par para ser vendido más tarde como esclavo en alguna lejana plantación de ultramar. El negocio era redondo ya que se cobraba de quien había encargado el secuestro y se obtenía una suma adicional por el esclavo.

Curiosamente, muchas de estas actividades sólo eran posibles mer-

ced a su complicidad con la Iglesia y las autoridades locales, que hacían la vista gorda en algunas ocasiones y en otras, cuando la víctima se consideraba un enerruigo de la fe, participaban de manera más o menos activa en las operaciones.

No obstante, a pesar de lo sórdido de sus actividades, la Garduña se

regía por normas sumamente rígidas. La palabra dada era escrupulosamente respetada en el seno de la sociedad, lo cual constituía uno de los pilares más sólidos de su prestigio. Se podían contratar sus servicios con la tranquilidad de que «amás se recibiría un chanta e a cambio de

j su silencio, y si la Garduña se comprometía a que un hombre fuera ase-

sinado en un lugar, forma y momento específicos, el asesinato ocurría exactamente como había sido pactado. Estos trabajos se pagaban en dos plazos: la mitad de la cuota convenida era pagada por adelantado y el resto una vez realizado el trabajo. También existían reglas que regulaban con todo detalle la forma en que este dinero era repartido y utilizado. Estaba estipulado como norma que un tercio debía ir directamente a los fondos generales de la Santa Garduña, una cantidad similar se dedicaba a gastos corrientes y el resto del dinero era repartido a

partes iguales entre aquellos que realizaron el trabajo.

El fondo general no se empleaba jamás: constituía la reserva de poder económico del grupo, su «seguro de vida». Harina de otro cos-

tal era el capítulo denominado «gastos corrientes», en el que se in-

cluían cantidades destinadas al soborno de funcionarios públicos y otros personajes

influyentes. Durante un período considerable las ar-
cas de la sociedad se encontraban en un estado financiero envidiable,
pudiendo mantener en nómina a un buen número de funcionarios e

aj 1 1 incluso a algún person 'e de la Corte. jueces, alcaídes
de prisión y funcionarios de justicia debían, a cambio de recibir estos pagos regulares,
facilitar la fuga de cualquier miembro de la sociedad que pudiera haber caído en
manos de la ley.

El fin de la Garduña

Dada la dimensión de este imperio criminal en la sombra no es extraño que hasta
1822 no cuajara ningún esfuerzo serio para acabar con la sociedad. La persecución
de la Garduña suscitó bastante interés en la opinión pública de la época y puso al
descubierto no pocos escándalos. Sin embargo, las fuerzas del orden se encontraron
ante la dificultad de que la organización había tenido especial cuidado en no
conservar ningún documento en el que quedasen registradas sus tran-

sacciones comerciales, su constitución o sus leyes, por lo que era su-

mamente difícil obtener pruebas incriminatorias suficientes para dismantelar la
organización y hacerse una idea del carácter y la amplitud de sus actividades.

No obstante, en 1822 un hecho fortuito ocurrido en el domicilio de Francisco Cortina,
que a la sazón era el Hermano Mayor de la Garduña, permitió el hallazgo de un libro
repleto de anotaciones que se convertiría en la principal prueba acusatoria contra el
grupo. Se trataba de un relato escrito en el que se guardaban para la posteridad los
hechos y tradiciones de la sociedad delictiva. El manuscrito demostraba

«En agosto de 1822 se descubrieron en una casa sevillana los cadáveres de una
muchacha secuestrada días antes, María de Guznián, y los de sus tres asesinos y
violadores. El dueño de la casa, un personaje influyente, confesó y delató a otros
cómplices. Al parecer, los tres

secuestradores violaron y asesinaron a la joven sin autorización de su jefe, que les
asesinó a su vez al enterarse de que habían desobedecido sus órdenes. En la misma
casa donde apareció el cuerpo de María de Guznián se halló un texto manuscrito: la
crónica de La Garduña. Los es-

tatutos que jamás habían sido transcritos, las cuentas de la sociedad que nunca se
llevaron a cabo, y las actas de las tropelías sin contabilizar, amparadas durante
siglos por el secreto; el error de los guarduños ochocentistas fue pretender redactar
una crónica "heroica" de su sociedad.» E. Milá, op. cit.

que había ramas activas en Toledo, Barcelona, Córdoba y otras ciudades y pueblos
españoles. Igualmente, las páginas no dejaban ninguna duda de la íntima conexión
que existió entre ellos y la Inquisición hasta el siglo xvii. A este respecto, las cifras
estimadas que generó esta

asociación eclesiástico-criminal son sumamente interesantes. Se calculó que durante
los 147 años que presuntamente duró la alianza entre la

sociedad secreta y el Santo Oficio, entre 1520 y 1667, casi dos mil

propiedades de condenados fueron confiadas, tras ser confiscadas por el Santo
Oficio, a miembros de la Garduña. Las ganancias que generó esta serie de
transacciones irregulares se cifraron en su momento en

200.000 francos de oro (una cifra muy considerable para la época). Análisis
detallados de la documentación mostraron que las actividades criminales de la
Garduña se dividían a partes más o menos iguales en-

tre los asesinatos, el rapto de mujeres y el robo, el perjurio y otras ac-
tividades consideradas «menores» por el grupo.

El 25 de noviembre de 1822 Francisco Cortina, el último Hermano Mayor de la
Garduña, fue ejecutado públicamente en Sevilla junto a dieciséis de sus principales
colaboradores. Oficialmente, éste es

el fin de la historia. Sin embargo, se sospecha que aquello no fue ni mucho menos el
epílogo de la siniestra historia de la Santa Garduña, algo completamente lógico si
tenemos en cuenta la honda raigambre de esta sociedad secreta. Se tienen noticias
de ramas suramericanas

que actuaron y se extendieron por el nuevo mundo durante los dos primeros tercios del siglo XIX. Por otro lado, debemos considerar que sociedades delictivas tan exitosas como la Camorra napolitana o la

Mafia siciliana, nacidas ambas en territorios antaño dominados por la Corona de Aragón, le deben mucho de su organización a su precursora española, que exportó sus métodos a aquellas tierras en la época que Nápoles se encontraba bajo la soberanía de España.

Otra de las envolturas en las que sobrevivió el espíritu de la Garduña fue a través del bandolerismo organizado que dorruinó los cami-

nos y carreteras de la Andalucía del siglo XIX. En las ventas y posadas más aisladas que se erigían al borde de estas rutas era común la figura de los «aseguradores», quienes, a cambio de cierta suma de dinero, garantizaban la integridad física y patrimonial de los viajeros contra la

eventual acción de los bandoleros, que actuaban en connivencia con

estos extorsionadores encubiertos, centrando sus ataques en aquellos que se habían negado a pagar la cuota. En el Madrid de 1823 era sabido que aquellos viajeros que deseaban desplazarse a Cádiz sin sufrir percances de ningún tipo no tenían otro remedio que sacar su billete en las diligencias de Pedro Ruiz. El precio del billete era tres veces más caro pero a cambio se obtenía la completa seguridad de que el viaje no

sería interrumpido por ningún incidente inesperado. En Mérida, el patrón de la fonda de las Tres Cruces vendía el santo y seña para librarse de los bandidos a cambio de una módica suma de dinero. Don Manuel de Cuendías, prologuista de la Historia de la Inquisición de Féréal', cuenta en esta misma obra cómo en cierta ocasión pagó a un hombre para que le diera la contraseña Vade retro, mediante la cual pudo librarse de una situación comprometida al ser asaltado súbitamente por cuatro

individuos de aspecto más que patibularlo que, como si la frase en cuestión hubiera sido un hechizo mágico, se convirtieron al poco en un

apacible grupo de paseantes.

Dar una definición apropiada del fenómeno del bandolerismo es

difícil, puesto que en ocasiones resulta complicado separar la simple y llana delincuencia de un importante factor de rebeldía social. Para en-

revesar aún más la cuestión, la literatura primero y más tarde el cine, e incluso la televisión, han ayudado a formar en la conciencia colectiva una imagen romántica del bandolero como individuo portador de determinados valores como el honor, la justicia, la virtud y la independencia. Baste recordar al legendario merodeador del bosque de Sherwood, Robert de Locksley (Robin Hood), al justiciero griego Magnosalessandros o, mucho más cerca de nosotros, al catalán Serrallonga (Joan Sala), al andaluz José María el Tempranillo o al televisivo Curro Jiménez. Más allá de romanticismos, lo cierto es que durante buena parte del siglo XIX la delincuencia rural armada se convirtió en uno de los grandes problemas de Estado en España.

La palabra bandido o bandolero tiene la misma raíz que «bando» o

«bandera», y en su origen designaba a aquellos que actuaban a favor de

-M V de Féréal, *Mystères de l'Inquisition et autres sociétés secrètes d'Espagne* par. avec notes historiques et une introduction par M. Manuel de Cuendías. Illustrés de 200 dessins par les artistes les plus

4istingués, P. Boizard, París, 1845.

un bando o bandería. Estas banderías, emparentadas con la Garduña especialmente a nivel metodológico y organizativo, también actuaban como sociedades secretas, con sus grados, ritos de iniciación, contraseñas y demás elementos definitorios.

A pesar de que fuera en Andalucía donde el fenómeno alcanzó sus más altas cotas de popularidad, lo cierto es que la acepción etimológica del término se refiere a una zona muy concreta de la península Ibérica: Cataluña. Allí, la palabra bandoler era utilizada para designar a

los mercenarios al servicio de los grandes señores feudales de esta región, y que participaron activamente en las llamadas «luchas de banderías» que se

desarrollaron entre los siglos XIV y XV. Los dos bandos principales de estas contiendas eran denominados *cadells* y *nyerros*, re-

presentando los primeros a la nobleza feudal y los segundos a la pequeña nobleza, que contó en ocasiones con la simpatía de los campesinos acomodados, la incipiente burguesía y los pequeños propietarios. Para complicar aún más la cosa, la situación de inestabilidad de los campos catalanes, en especial en la zona de Vic, se veía agravada por el conflicto existente entre los campesinos remensas, que derivó en la época de Juan II de Aragón en un conflicto bélico entre la Corona y las autoridades municipales de Barcelona entre los años 1462 y 1472.

No sería ésta la única ocasión en que existieron movimientos de «bandidos» con raíces políticas en nuestro país. Tras la guerra de la Independencia, muchos grupos de guerrilleros quedaron sin desmovilizarse, prefiriendo continuar su vida montando a regresar a la vida civil. Por otro lado, y dentro de un sentido etimológicamente estricto de la palabra «bandido», liberales y carlistas actuaron en partidas de bandidos -esto es, defensores de un determinado bando- más o menos incontroladas. En cualquier caso, en estos últimos reductos poco queda del carácter seudomasónico y gremial que caracterizó a la *Garduña*. Tendríamos que buscar ya a sus herederos muy lejos de España, con-

cretamente en las agrupaciones criminales organizadas de Italia y en-

tre la conocida como «hermandad de la costa», constituida por los pi-

‘ Simplificando mucho, ya que un análisis exhaustivo de esta temática requeriría mucho más espacio del que aquí disponemos. ‘La Generahtat y el Consell de Cent.

ratas que asolaron el Caribe y cuyos usos, costumbres y tradiciones se

encontraban muy influidos por los instituidos pri

1 1 1 lilitivanicilte por la *Garduña* `.

Conclusión

A pesar de ser una gran desconocida, la *Garduña* es una de las ma-

yores influencias de la historia negra española. Su huella se aprecia en

1 in~ sitios tan dispares como la novela picaresca o el argot de los del’ cuentos actuales. Su herencia permanece viva en organizaciones delictivas como la Camorra napolitana, cuyos códigos y rituales sol, vir-

tualmente los mismos que los de los *garduños* del siglo XVI.

‘ Se pueden encontrar al respecto referencias a algunos hechos, @ -juv p, Yco --- onocidos de la piratería en Martha de Jarmy Chapa, Un eslabón perdido en la en el Caribe, siglos XVI y XVII, Universidad Nacional Autónoma, México, 1% 3

CAPÍTULO IV JESUITAS El ejército sin espadas

o La Compañía de Jesús se forma como un verdadero ejército cuyo principal propósito es la defensa a ultranza y por cualquier medio del catolicismo.

o Entre sus generales destaca Lorenzo Ricci, a quien se atribuye la jugada más brillante y audaz de la historia de la Compañía: su aparente disolución por orden del papa para así, lejos de cualquier escrutinio, poder actuar con mayor comodidad.

o Existen indicios que apuntan hacia la posibilidad de que la guerra de la independencia norteamericana hubiera respondido a un plan cuidadosamente trazado al unísono por masones y jesuitas, supervisado personalmente por Ricci.

- Abraham Lincoln denunció a los jesuitas como instigadores de la guerra civil de su país antes de ser asesinado por un grupo de conspiradores, casualmente católicos.

La Compañía de Jesús fue fundada para auxiliar a la Iglesia en la tremenda crisis que supuso para el cristianismo la reforma protestante. Desde en-

tonces, estos «soldados de Cristo» se han valido de todos los medios imaginables para cumplir sus fines, urdiendo algunas de las intrigas más maquiavélicas y rebuscadas de la historia.

Cuando en el año 1992 la prestigiosa revista *Time* anunciaba en su portada la existencia de un complot entre el presidente de Estados Unidos Ronald Reagan, y el papa Juan Pablo II para acabar con el régimen comunista que imperaba en Polonia, fueron muchos los norteamericanos que se sintieron sorprendidos al comprobar la in-

fluencia que la Santa Sede ejerce sobre la política exterior de su

país'. Tal vez esa sorpresa habría sido algo menor de saber que, desde su fundación, el Comité de Relaciones Exteriores del Senado estadounidense es un feudo gobernado por católicos, al igual que lo son

otros importantes órganos gubernamentales, como los subcomités de Asuntos Europeos, Terrorismo, Narcóticos y Comunicaciones Internacionales. El poder del lobby católico dentro de la política estadounidense es equiparable al de la comunidad judía, e incluye a figuras de la talla del ex director de la CIA William Casey, el diplomático Vernon Walters o el antiguo secretario de Estado Alexander Haig.

Los estadounidenses ignoran hasta qué punto están sujetos a Roma

por las raíces de la historia. Sin ir más lejos, el territorio conocido ac-

tualmente como Washington DC está inscrito con el nombre de «Koina» en los registros de propiedad de 1663, y la franja del río Potomac que bañaba las tierras de aquella nueva Roma recibía el nombre de «Tíber» 3.

Todas estas circunstancias bien pudieran ser debidas a la simple ca-

sualidad. Sin embargo, parece ser que no es así, sino que se trata de los in-

dicios visibles de una historia que ha permanecido oculta durante mu-

cho tiempo y que, de comprobarse su veracidad, sería de un valor

incalculable a la hora de aportar un novedoso punto de vista para comprender la historia desde el siglo XVIII a nuestros días. Nos estamos refiriendo al papel decisivo que pudo desempeñar la Compañía de Jesús en

la revolución norteamericana y el nacimiento de Estados Unidos.

' «Holy Alliance: How Reagan and the Pope conspired to assist Poland's Solidarity movement and hasten the demise of communism», Time, 24 de febrero de 1992. , Según el 106º Congreso de Colegios y Universidades jesuitas e históricas no menos de 40

personajes públicos importantes en la Administración norteamericana que eran antiguos alumnos de 17 instituciones de la Compañía de Jesús. La Universidad de Georgetown estaba

siempre a la cabeza de ese palmarés, pues contaba con 15 antiguos alumnos en el Congreso de Estados Unidos y uno, Bill Clinton, en la presidencia. Este dato puede encontrarse en la edición de 1902 de la Enciclopedia Católica. La Nueva Enciclopedia Católica de 1967 lo ornita.

Textos sagrados, textos secretos

Cada sociedad posee sus textos sagrados. Todos los pueblos alfabetizados han sentido la necesidad de poseer un corpus escrito que compendiasen su mitología, sus creencias trascendentes y su moral. Eran es-

critos de una importancia tal que se consideraban secretos y sólo podían ser leídos por un reducido número de elegidos. Curiosamente, durante más de mil años la Biblia tuvo ese mismo carácter restringido dentro del catolicismo romano'. La Inquisición perseguía implacablemente a quienes osaran leer el libro sagrado sin estar autoriza-

dos. La doctrina consideraba herético acceder directamente al cono-

cimiento bíblico sin la guía e interpretación de un sacerdote. No fueron pocos los temerarios lectores que sucumbieron en el cadalso por

esta causa, pasando sus propiedades a formar parte del patrimonio de

la Iglesia, tras servir de salario para confidentes, verdugos e inquisidores.

La invención de la imprenta cambió radicalmente este panorama.

A partir de ese momento la Biblia estuvo al alcance de miles de personas que ya no tenían que depender de las interpretaciones oficiales'. Como consecuencia de ello, las disonancias entre la letra del libro

sagrado y las más que liberales interpretaciones que daban los teólo-

gos oficiales se fueron haciendo cada vez más escandalosas, hasta que

Martín Lutero inició su cruzada para la reforma del cristianismo. La Reforma protestante puso en peligro la supervivencia misma de la Iglesia católica, pero la aparición en escena de un hombre providencial sirvió para invertir el curso de los acontecimientos...

‘ En el siglo XIII el papa declaró como herejía el estudio no autorizado de la Biblia, recordando una prohibición secular que parece ser que comenzaba a relajarse por aquellas

fechas. *Vicars of Christ: The dark side of the Papacy*, C-n Publishers, Nueva York, ‘ Peter de la Rosa,

1988. *Manuscritos iluminados* confeccionadas a mano por calígrafos especializados, con anterioridad a 1450, las biblias, como

que trabajaban en los conventos, eran un auténtico artículo de lujo, cuyo precio era comparable

a unas diez veces los ingresos anuales de un artesano próspero de la época.

El hombre del destino

Ignacio de Oñaz y Loyola nació en 1491 en el seno de una antigua familia cristiana, noble y bien relacionada. Tras una carrera militar trunca por una grave herida y un repentino e intenso interés por la mística durante su convalecencia, comenzó un peregrinaje que le llevaría hasta Jerusalén, donde trabó amistad con Diego Manes, comandante

de los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén. Finalizada su aventura en Tierra Santa, Ignacio regresó a España en la primavera de 1524 decidido firmemente a abrazar la carrera religiosa. Más tarde, el 2 de febrero de 1528, con treinta y siete años de edad, viajó a la Universidad de París para completar su formación. Comenzando con sus dos compañeros de habitación en la universidad, Ignacio se hizo pronto con un reducido y fiel círculo de jóvenes amigos cautivados por su carisma. Se trataba de jóvenes entusiastas e inteligentes,

católicos que, como el propio Ignacio, veían con inquietud los acontecimientos que amenazaban la unidad de la Iglesia. Años después, Loyola y sus acólitos tomaron el nombre de la Compañía de Jesús. El 15 de agosto de 1534, festividad de la Asunción de la Virgen, los miembros de la Compañía hicieron voto solemne de servicio a Nuestra

Señora en la iglesia de Santa María, en Montmartre, añadiendo el voto de llevar a cabo sin preguntas ni reparos cualquier tarea encomendada

por el papa.

La ceremonia de ordenación de los nuevos mandos de la orden daba fe del fanático antiprottestantismo de aquellos primeros tiempos: «Además, prometo y declaro que, cuando se presente la oportunidad, haré la guerra sin descanso ni cuartel, secreta o abiertamente, contra todos los herejes, protestantes y liberales, tal y como me ha sido ordenado hacer, hasta exterminarlos y extirparlos de la faz de la Tierra; y que no

los respetaré por su edad, sexo o condición: y que ahorcaré, abrasaré, mataré, herviré, desollaré o enterraré vivos a todos los infames herejes cortando los estómagos y vientres de sus mujeres y estrellando las cabezas de sus infantes contra los muros, a fin de aniquilar para siempre

Pre su execrable raza. Cuando esto no pueda ser hecho abiertamente, eniplearé secretamente la copa envenenada, la cuerda que estrangula, el acero del puñal o el plomo de la bala sin menoscabar el honor, rango,

dignidad o autoridad de la persona o personas, cualquiera que sea su

condición en la vida pública o privada

Un ejército sin espadas

Gracias al eficaz trabajo de los jesuitas, cuando el concilio de Trento fue disuelto el 4 de diciembre de 1563 sus decretos y cánones otorgaban ni una sola concesión a los reformadores protestantes. La doctrina reformista fue anatemizada sin piedad y a los inquisidores les dieron instrucciones muy precisas respecto al modo de tratar a los

protestantes: «El hereje merece las penas del fuego. [...] A cualquier le es pernicioso
reparar a un hereje y todo aquel que denuncie a uno

ellos será recompensado. Los inquisidores permitirán a los he

jes declarar contra otros herejes, pero no a su favor». [...] 1

Pronto, los jesuitas se convirtieron en los confesores y directores espirituales más
prestigiosos de la cristiandad, ganándose el favor y confianza de reyes y primeros
ministros, que dejaban trascendentes decisiones de Estado en sus manos. La educación
de las masas en los sermones de la Iglesia de Roma tampoco fue olvidada, y para ello se

currió a un método novedoso en aquella época: el teatro, convirtiéndose la Compañía en
pionera en el empleo de los medios de comunicación

con fines propagandísticos, al tiempo que los colegios regentados por ellos se
multiplicaban por Europa.

El artificio y la astucia estratégica fueron desde el principio esenciales del repertorio de
la orden. No es casualidad que El arte de la guerra, obra reconocida como el más
prestigioso tratado de estrategia de todos los tiempos y atribuida a Sun Tzu, un general
chino del siglo VI a.

fuera un libro desconocido en Occidente hasta que el jesuita Joseph Marie Amiot,
astrónomo del emperador de China, realizó la primera traducción al francés en
1772. Junto con El principio de la guerra, de Nicolás Maquiavelo,

por lo tanto, la obra de Sun Tzu es una verdadera enciclopedia sobre el arte

de la guerra. Documento facsímil depositado en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos el
número BX3705.S56. ' Directorium inquisitorum (1584)

artificio, el engaño y la actuación indirecta. Curiosamente, la traducción de esta obra
coincide con el período en que estuvo al frente de la orden Lorenzo Ricci, uno de los
mejores generales y más lúcidos estrategas con los que haya contado la Compañía
de Jesús. Inspirado por Sun Tzu, Ricci, aristócrata de nacimiento, con reputación de
imperturbable y jefe-

suita de corazón, se embarcó en una compleja trama de operaciones en-

cubiertas, virtualmente imposibles de documentar en la actualidad, que tenían como
propósito llevar a los jesuitas a controlar territorios donde nunca antes habían osado
pisar.

A él se atribuye la jugada de ajedrez más brillante y audaz de la historia de la
Compañía: su aparente disolución por orden del papa para así, lejos, de cualquier
escrúpulo, poder actuar con mayor comodidad. En primer lugar, llama la atención
que los jesuitas fueran expulsados, primero de Portugal (1759) y más tarde de
Francia (1762), sin que el brillante y combativo Ricci moviera un dedo para evitarlo.
En España, Carlos III no dudó un instante en tomar la misma determinación en 1767:
«Todos los reinos de la Compañía de Jesús deberán abandonar sus reinos, y sus
bienes son declarados confiscados.» Parecía que los monarcas europeos se habían
confabulado para dictar el final de la Compañía. El golpe definitivo lo daría Clemente
XIII, que años atrás se había aliado con Ricci y de ser el principal valedor de la
orden, decretando su disolución en 1773.

El aparente declive jesuítico coincidió con la expansión de la masonería, cuya ideología
religiosa, el deísmo, no se alejaba mucho de los ideales gnósticos de la Compañía.
Como escribiera el masón Albert Pike en su obra Moralidad y dogma (1871): «El
cristiano, el hebreo, el musulmán, el brahmán, los seguidores de Confucio y
Zoroastro, podrían unirse y dirigir sus plegarias hacia el Dios que está por encima de
todos los dioses... [El masón] estudia las maravillas de los cielos, los ritmos y
revoluciones de la Tierra, las misteriosas bellezas y adaptaciones de la existencia
animal, todo ello tan maravillosamente ejecutado que no tiene más remedio que
quedar satisfecho ante lo que Dios es.» Se podría definir el deísmo como la creencia
en un Dios racional sin dogmas ni obligaciones para quienes la practican, al con-

“ No cabe duda de que Ricci era un gran conocedor de la obra del estratega chino,
ya que fue el autor de la introducción a la primera traducción occidental de su obra.

Uno de los que sucede en los credos tradicionales. Erigido en el Reino Unido
al nacimiento, su primer y principal centro
de formulación está en In-

glaterra, si bien Francia reelaboró su núcleo doctrinal aportando una

influencia masónica de la que carecía en las islas Británicas

El ensayista norteamericano E Tupper Saussy está firmemente con-,y vencido de que este punto de encuentro a través de la filosofía deísta supuso la implantación de fuertes vínculos de unión entre la masonería y la Compañía de Jesús. Para Saussy, el momento culminante de esta colaboración lo habría marcado precisamente el generalato de Lorenzo de Kicci, que coincidió con la guerra de la independencia norteamericana, la cual habría respondido a un plan cuidadosamente trazado por masones y jesuitas

Esta posible colaboración entre ambos no es tan descabellada como pudiera parecer a primera vista. Robert Bellarmine fue teólogo de cámara del papa Clemente VIII (1592-1605), que le nombró cardenal, en 1599. Las teorías de Bellarmine constituyen una «teología de la liberación», y se oponen a la existencia del «derecho divino», en el que, presuntamente se basa el poder de las monarquías: «Es derecho de Dios el pueblo el abolir a un gobierno injusto» 12. Patriarca, su principal obra, sirvió para justificar teológicamente a los antiabsolutistas. Promovido por el eficaz aparato propagandístico de los jesuitas, el Patriarcado suministró el auxilio teórico-teológico que los colonos necesitaban para respaldar su empeño de crear una nueva nación.

En otro frente, una inexplicable serie de errores políticos cometidos por el rey Jorge III fueron el factor desencadenante que agotó finalmente la paciencia de los americanos. El nuevo rey era Meto del anterior

El anterior monarca y había recibido una educación esmerada de su madre la Augusta de Sajonia, y de su preceptor escocés, John Bute, adscrito al partido tory. El camino lo inicia Locke (1632-1704) con su obra El cristianismo racional, publicada en 1694, y culmina en Toland (1670-1722), cuyo Cristianismo sin misterio (1696) es un tratado de filosofía deísta, lleno de ideas de sus predecesores, que levantó gran escándalo e incluso fue condenado por el Parlamento irlandés.

F. Tupper Saussy, Rulers of evil, Harper Collins, Nueva York, 2001. Una excepcional muestra del pensamiento político religioso de Bellarmine es su Treatise on Civil Government, cuyo texto completo se encuentra en Internet en la siguiente dirección: <http://www.jbi.ffi.ox.ac.uk/op/doctors/delaicis.htm>

El partido tory, quien no sólo le familiarizó con los asuntos de gobierno sino que le aconsejó aumentar las prerrogativas reales y tomar las riendas de los problemas de ultramar, decide volcarse en los asuntos irlandeses. Firmemente inhibido de esa idea, Jorge III, poco interesado en reforzar el papel del ejecutivo -al que liberó de la tutela parlamentaria- y creando un nuevo partido -los Amigos del Rey, sobran los comentarios- al margen de los tradicionales que no tuvieron que responder más que ante la Corona y que le sirviera de apoyo para romper la primacía whig en la vida política, restableciendo, de paso, una monarquía fuerte. Lo que pocos sabían es que su tutor, lord Bute, responsable de haber introducido tan revolucionarias ideas en la real cabeza, se encontraba íntimamente vinculado con los jesuitas, quienes a través de él dirigieron la política exterior inglesa según las indicaciones que desde Roma enviaba Lorenzo de Kicci.

Paranoíaca

Una de las medidas más impopulares decretadas durante el reinado de Jorge III fue la llamada Acta de los Sellos, que obligaba a colocar sellos reales en todos los bienes exportados desde la colonia, así como en facturas, presupuestos, escrituras, panfletos, periódicos, a nuncios, libros de contabilidad, minutas, testamentos y contratos. En aquella época, Bute ya se encontraba oficialmente apartado de los asuntos de Estado, pero su influencia entre los Amigos del Rey continuaba siendo muy importante.

Pasado el furor por el Acta de los Sellos, Ricci no tardó en encontrar un nuevo modo de soliviantar a los colonos americanos: gracias a sus agentes en Londres consiguió

que en 1764 la Iglesia anglicana diera un Paso en falso ordenando a un obispo para las colonias americanas. La indignación, convenientemente azuzada por agitadores independentistas, se extendió por América. Una carta aparecida en The New York Gazette el 14 de marzo de 1768 afirmaba que un obispo americano no serviría sino para «establecer un sistema de palacios pontificios, de recaudación de in-

' <http://Od'ir.let.rug.nl/~Lisa/E/sugar/~stafiip/actxx.htrn>

gresos y cortes espirituales revestidas de toda la pompa, grandeza, lujo y parafernalia de un Lambeth "americano».

La puntilla la proporcionaría un tradicional aliado de la Compañía de Jesús: la East India Company, la antigua Compañía de las Indias que, a la sazón, era el mayor socio comercial de las misiones jesuitas en Pekín, man-

teniendo con la Compañía una fructífera colaboración. A raíz de la crisis bancaria que sufrió Inglaterra en julio de 1772, la East India Company inició en el entorno de la Corona una serie de maniobras encaminadas a gravar el té que se exportaba a las colonias con un impuesto especial. Sumada a las anteriores ofensas, el Acta del Té sacudió a las trece colonias americanas como una bofetada en pleno rostro. Mientras, en Roma, el papa había fallecido y, a pesar de la no existencia oficial de la Compañía, la influencia del antiguo general de los jesuitas aún alcanzaba para que, tras un larguísimo cónclave de más de ciento treinta días, fuera elegido como

sucesor Giovanni Braschi, uno de los mejores amigos de Ricci, que subió al trono de Pedro con el nombre de Pío VI. Ahora a Lorenzo Ricci, el más brillante y audaz general de los jesuitas, ya sólo le restaba dar un último golpe maestro a su gran obra: la puesta en escena de su propia muerte.

«El profesor»

Unos tres meses después de la presunta muerte del general de los jesuitas, en la primavera de 1775, hace su aparición en el entorno de los revolucionarios americanos un misterioso personaje al que sólo se

conoce como «el profesor». En los escasos documentos que hacen re-

ferencia a este personaje sólo se menciona que habla con «acento eu-

ropeo». Sin embargo, a pesar de ser un desconocido, los revolucionarios le tratan con especial deferencia.

“ El palacio de Lambeth es la residencia del arzobispo de Canterbury; cabeza de la Iglesia de Inglaterra por detrás del rey. * <http://ahp.gatech.edu/tea-acLbp-1773.htrrd>
* Desde que la Compañía fue «disuelta», Ricci se encontraba confinado en las lujosas de-

dencias del castillo de Sant'Angelo, que en ocasiones fue utilizado como residencia de descanso de los pontífices. Los rumores de la época decían que el castillo y el Vaticano se encontra-

ban unidos por un túnel que empleaba Ricci para mantener intacta su influencia en la Santa Sede.

Se hospedaba en una habitación alquilada en una casa parti-

cular de más detalladas e interesantes descripciones de este oscuro personaje. Se trata de un hombre discreto y apacible. Se trata en general de un hombre bondadoso y de carácter

apacible. Se trata en general de un hombre bondadoso y de carácter

o. A juicio de la Patria, debía de rondar los setenta años de edad. No se sabe si hablaba con fluidez varias lenguas y demostraba una gran cultura

cultura tan amplia que no dejaba de asombrar a sus eventuales tertulianos, algo que también encaja a la perfección con lo que sabemos de Ricci-

1

i, que era Profesor de literatura, teología

1. Relaciones personales y epistolario de filosofía, además de haber mantenido relaciones personales con la flor y nata de la intelectualidad europea de su época. No desparecían tan de súbito de desconocidos que

Ita corrie habían llegado. Cuál no sería la sorpresa de la patria cuando el 13 de

no corrio habian llegado.. Cual no seria la sorpresa de la patrona cuando, el 15 de diciembre de

1775, se presentó en su casa una delegación de dignatarios de la recién nacida república para reunirse con «el Profesor». Curiosamente,

pero fue que de las llamó la atención de la Inu lo que más decía que la figura de mayo, auto actitudes de los Presentes se de-

alidad era, precisamente, el misterioso ar, COMPañía de los revoluc- recuentar la ciano. A Partir de ese MOMento, el desconocido comenzó a f quien se hizo ionarios, en especial la de Benjamin Frankhn, de es tal que í inseparable. La Importancia que llega a cobrar este personaje

Incluso toma parte activa en el diseño de la bandera de la nueva república, para la que se 1 de

torna co`coipno0delo la de la Compañía 'al Indias-Tanibién Darece seguro que parti en la "da nadá», la primera legación diplomática que enviaron los re: Misión a Ca-

len nacidos EE uu, y estuvo presente en el acto de la firma de la Declaración de Independencia, electrizando a los '

asistentes con un breve y enotivó discurso s.

utra

que unum

Con los acontecim'entOs saliendo a Mente e - 1

Wicci en aquel momento tendría 72 años. unda en 1789 la Uni-

IsPoJohn Carroll f ci Inta Compañía, el ob entera satisfacción de la ofi -al-

F Tupper Saussy, op, cit.

versidad de Georgetown, que a lo largo de su lústoria ha albergado como

alumnos a personajes de la talla política de Bill Clinton, y que actualmente sigue regentada por los jesuitas. El escudo de esta prestigiosa institución es posible que nos hable con mayor elocuencia que ningún libro de lus-

toria sobre el origen de EE UU. Un águila sostiene en una pata una

cruz, rruientras que la otra agarra firmemente un compás masónico, todo ello bajo el lema «Utraque unum» («Unc, y otro»).

Había nacido un coloso que estaba en deuda tanto con la Compañía

de Jesús como con los masones, de cuyas filas habían salido la gran ma-

yoría de los firmantes de la Declaración de Independencia. El conde de Aranda, uno de los más finos analistas políticos de aquella época, resumía

en una carta al rey la importancia histórica de lo que acababa de suceder: «Dejando esto aparte, corno he dicho, me ceñiré al punto del día, que es

el recelo de que la nueva potencia formada en un país (Estados Unuidos) donde no hay otra que pueda contener sus proyectos, nos ha de incomodar cuando se halle en disposición de hacerlos. Esta república federatíva ha nacido, digámoslo así, pigmea, porque la han formado y dado el

ser dos potencias como España y Francia, auxiliándola con sus fuerzas para hacerla independiente. Mañana será gigante, conforme vaya consolidando su constitución, y después un coloso irresistible en aquellas regiones.

En este estado se olvidará de los beneficios que ha recibido de ambas potencias y no pensará más que en su engrandecimiento.

»La libertad de religión, la facilidad de establecer las gentes en tér-

nunos inmensos y las ventajas que ofrece aquel nuevo gobierno, llamarán a labradores y artesanos de todas las naciones, porque el hombre va

donde piensa mejorar de fortuna y dentro de pocos años veremos con

el mayor sentinuento levantado el coloso que he indicado»

Sic Semper Tyrannis

Curiosamente, y a pesar de que los jesuitas son sujetos pasivos de un gran número de teorías de la conspiración, si se profundiza un poco,

Memoria secreta presentada al rey de España por el conde de Aranda sobre la independencia de las colonias inglesas después de haber firmado el Tratado de París de 1783, Biblioteca Nacional,

Manuscritos, 12966/33.

se descubre la influencia de fuerzas afines al Vaticano y a los jesuitas en la formulación y difusión de teorías de este tipo, a menudo referidas a

sociedades secretas legendarias, como los Iluminados de Baviera fundados por el doctor Adam Weishaupt profesor de Derecho canónico en

la Universidad de Ingolstadt y muy próximo a la Compañía de Jesús. Curiosamente, los Iluminados tenían presuntamente como propósito «abolir la Cristiandad» así como todos los gobiernos, especialmente las monarquías, pernutiendo de esta forma a los partidarios de los Iluminados establecer un gobierno mundial bajo su dirección. En el li-

bro Rousseau y la Revolución 2,1 se afirma que Weishaupt era jesuita y que los Iluminados -cuyo primer nombre fue Perfektibilisten- fueron organizados a imagen y semejanza de la Compañía.

También se sospecha que hubo implicación de los jesuitas en falsificaciones, como la de Los Protocolos de los Sabios de Sión, destinadas a

fomentar el odio hacia los judíos y desviar las posibles sospechas respecto a una conspiración para la dominación del mundo hacia una cá-

bala imaginaria de sociedades secretas, banqueros judíos y políticos corruptos cuyo único fin sería esclavizar al mundo.

En 1815 los jesuitas son restituidos y la orden resurge milagrosamente con toda su infraestructura e influencia intactas, como si no

hubiera desaparecido nunca.

No volvemos a saber de los Jesuitas en EE UU hasta 1861, en plena guerra civil estadounidense, cuando el presidente Abraham Lincoln hacía partícipe a un amigo de sus más íntimas sospechas: «Cada día siento de una manera más clara que no estoy luchando solamente contra los americanos del sur. Creo que detrás de ellos se encuentra el Papa de Roma, sus jesuitas y sus esclavos. Muy pocos son los fideles sureños que no se encuentran

bajo la influencia de los jesuitas, ya sea directamente, a través de sus esposas, sus relaciones familiares o sus amistades. Varios nombres de la familia de Jefferson Davis pertenecen a la Iglesia de Roma. Incluso los ministros protestantes se encuentran bajo la influencia de los jesuitas sin siquiera sospecharlo. Divide nuestra nación para debilitarla, someterla y controlarla ... » 2'.

«W. H. R. Rivers y Ariel Durant, Simon & Schuster, Nueva York, 1967. Joseph George, «The Lincoln writings of Charles P. T. C.», Journal of the Illinois State Historical Society, febrero de 1976.

Es más, el presidente parecía completamente convencido de la existencia de un complot que resulta para acabar con su vida: «Sus amigos, los jesuitas, aún no me han matado. Pero seguramente lo habrían hecho cuando

pasé por su ciudad más fiel, Baltimore, de no haberme ocupado de desbaratar sus proyectos pasando de incógnito unas horas antes de lo que ellos esperaban. Tenemos pruebas de la existencia de un grupo seleccionado y organizado para asesinarme dirigido por un rabioso católico llamado Byrne, y casi completamente compuesto de católicos romanos. [...] Hace unos días me reuní con el Sr. [Samuel E. B.] Morse, el inventor de la telegrafía eléctrica; me dijo que, cuando estuvo de visita en Roma [...], obtuvo las pruebas de una conspiración formidable contra este país y todas sus instituciones. Es evidente que es a las intrigas y los planes del Papa a quien debemos, en gran parte, la horrible guerra civil que amenaza con cubrir el país de sangre y ruinas» 22.

En abril de 1865, la caída de Richmond en manos de las tropas de Ulises S. Grant

marca el final de la guerra civil estadounidense. Menos de una semana más tarde, el 14 de abril, cuando el público del teatro

Ford reía con ganas durante la representación de una comedia, uno de los actores más populares del país, John Wilkes Booth, gritando una frase sacada de la teología de la liberación del cardenal Robert Bellarmine: «Sic Semper Tyrannís» («Así siempre con los tiranos»), disparó a

bocajarro a la cabeza del presidente Abraham Lincoln. Booth había conspirado junto a otras siete personas que se sentaron en el banquillo de los acusados un mes más tarde. Llamó mucho la atención del público de la época que todos los presuntos conspiradores fueran católicos practicantes. No se trataba de un tribunal ordinario, sino de una corte militar formada con el propósito de esclarecer la muerte del presidente. El tribunal fue bautizado por los medios de comunicación como la «Corrusión Hunter».

Terminadas las sesiones, la comisión encontró pruebas suficientes de la existencia de una conspiración para matar al presidente, y cuatro de los acusados fueron condenados a la horca por alta traición. Sin embargo, en periódicos y tertulias el descontento era palpable, ya que a na-

die se le escapaba que debía de haber algún grupo de interés y algún

22 Ibid.

ito tras la conspi - ' propós' 1 Iracion, asuntos ambos sobre los que la Comí-

1 ión Hunter corrió un tupido velo. si S* Treinta años después del asesinato, un miembro de la Comí ión Hunter, el general de brigada Thomas M. Harris, publicó un pequeño Ebro titulado: Rome@ Responsibility for the Assassination of Abraham Lincoln, en el que revelaba que la muerte del presidente había sido fruto de un elaborado compl6tjesuita destinado a extirpar de la cabeza del gobierno estadourlidense a un Eder que no estaba dispuesto a plegarse a sus exigen-

1 ~ 1 cias ` . La cabeza pensante del complot habría sido el sacerdote Jesuita B. E. Wiget, director del Gonzaga College Y simpatizante reconocido de los confederados. El padre Wiget debió de ser un niagnífico director espiritual, ya que transformó a alguien como John Wilkes Booth, con faim de borracho, libertino e indiferente a todo lo que tuviera que ver con la política o la religión, en un católico ferviente y comprometido capaz de

Í la Madre Iglesia así lo requería. matar si

Conclusión

Desde entonces ya han transcurrido má, de cien años. ¿Qué queda del poderío de los jesuitas en el actual Estados Unidos? Aparte de lo que sugeríamos al principio de este capítulo, poco es lo que sabemos. Sólo que en los últimos cien años la Compañía dejesús se ha embarcado en aventuras mucho más cercanas a los intereses de los más desfavorecidos,

ción en como la extensión de la teología de la libera Í Latinoamerica, y que continúa siendo una formidable fuerza en el seno de la Iglesia y, por ende, del planeta. Sin embargo, su tradicional preenuiriencia es actualfflente amenazada por una organización emergente que, con la mi-sina

inicios, osa disputarle a la CoinPujanza que tuvieron losiesuitas en sus ' ' ^ pañía algunos de sus feudos tradicionales. Pero ésa es otra historia 24...

od on the moon, University Press of Kentuc1cY, 2001.

4' Edward Steers, Blo en el Vaticano entre la

Un magnífico resumen de la pugna que actualmente se vive Compañía de jesús y el Opus Dei lo podemos encontrar en el libro Mentiras y crímenes en el

1 @tico (Ediciones B., Barcelona, 2000), escrito por un colectivo de sacerdotes que se hacen llaniar «Discípulos de la verdad».

CAPÍTULO V

Los PROTOCOLOS DE LOS SABIOS DE SIÓN

La gran conspiración contra los judíos

- Los Protocolos de los sabios de Sión han sido la fuente en la que se han basado quienes han querido convencer a la opinión pública de que los judíos controlan los

destinos M mundo y tienen un maquiavélico plan para apoderarse del planeta y esclavizar a todos los no hebreos.

- Se trata de un documento apócrifo que en Rusia sirvió para alimentar la ira y la histeria de masas que condujo a los infames pogromos.

o Los Protocolos son responsables en gran medida del antisemitismo nazi que condujo a los campos de exterminio.

o Durante la década de 1920 los Protocolos encontraron su principal valedor en Estados Unidos en la figura del magnate automovilístico Henry Ford.

- Durante la dictadura militar argentina de los años setenta se llevaron a cabo persecuciones a miembros de la comunidad judía por sospechase su presunta vinculación con los «sabios de Sión».

Más que los diarios de Hítler o el hombre de Piltown, los Protocolos de los sabios de Sión son con seguridad el mayor fraude histórico de todos los tiempos. Este documento supone el ejemplo perfecto de la cara menos agradable de la teon'a de la conspiración, la que en un momento dado puede utilizar el miedo y los prejuicios para construir una mentira que perdura a través de los tiempos'.

No debemos olvidar que precisamente los Protocolos han sido la fuente perenne en la que se han basado quienes han querido conven-

' <http://www.waztlan.org/protocolos.htm> es una de las incontables páginas de Internet en

las que se puede acceder al texto íntegro de los Protocolos.

cer al pueblo de que los udíos controlan los destinos del mundo al esil ill on un maquiavét' o de los v' anos de las películas de James Bond, c lico plan para apoderarse del planeta y esclavizar a todos los no hebreos. Entre otras tristes situaciones, este libelo fue el inspirador de la

ilii

masacre de 60.000 Judíos, a los que se les responsabilizó de la Revolución de 1917, a manos de los rusos blancos. Su lectura por parte de Hider, evidenciada en Mein Kampf, fue determinante para avivar los prejuicios fanáticos del futuro dictador. Con el paso del tiempo se ha convertido en libro de texto entre los grupos de ultraderecha, compartiendo estantería en las librerías dedicadas a este tipo de literatura con panfletos supremacistas blancos y obras en las que se niega el holocausto. Incluso el magnate estadounidense Henry Ford, que tenía una fotografía de Hitler sobre la mesa de su despacho, escribió un extenso libro en cuatro volúmenes titulado El judío internacional 12 con el que pretendía demostrar a través de diversos ejemplos la veracidad de los Protocolos.

Su tufillo racista y antisemita impregna incluso teorías y planteamientos muy alejados de la derecha tradicional, como quienes teorizan con que tras la globalización o el nuevo orden mundial se encuentra la mano negra de las grandes familias de banqueros judíos. Tales planteamientos han calado hondo en sitios tan insospechados como Asia, donde la presencia hebrea es insignificante. En efecto, tanto en Japón (donde los Protocolos se venden muy bien en las librerías) como en las econoirías asiáticas de rápido crecimiento (Corea, Malasia, etc.) se ha convertido en popular la creencia de que todos los males económicos que sufren los países asiáticos están provocados por las elites bancarias judías, temerosas de perder su hegemonía frente a la pujanza de esta región'.

Ni que decir tiene que el mito de la conspiración judía ha encontrado en los países islán-iicos un público excepcionalmente receptivo a este mensaje. Así, las versiones en árabe de los Protocolos se multiplican difundidas por todos los medios posibles, desde fotocopias a Internet. Como ejemplo del predicamento que este texto ha llega~

Henry Ford, International Jeti@ Gerald L. K. Smith, Los Ángeles, 1960. 'David G. Goodrnan y Masanori NEyazawa Jews in the Japanese mind, Free Press, Nueva York, 1995.

do a tener en el mundo islámico podemos citar el caso de Hafez el Barguti, director del periódico La voz de Palestina, que en noviembre de 1997 escribía la siguiente frase en un artículo: «El plan de Netanyahu se corresponde totalmente con el plan general sionista, organizado sobre la base de fases específicas establecidas cuando se escribieron los Protocolos de Sión.» ¿Cómo una mentira de tan monumental calibre ha llegado a imponerse? La historia del nacimiento y difusión de los Protocolos de los sabios de Sión es un fascinante relato de in-

de los sabios de Sion es un fascinante relato de in-

triga que tiene su origen en los tiempos inmediatamente posteriores a la Revolución francesa, cuando Europa se encontraba en medio de

un marasmo político sin precedentes que llevó el miedo y la incertidumbre a grandes sectores de la población.

El origen de los Protocolos

En diciembre del año 1901 un oscuro personaje conocido por el alias de Serguéi Nilus tradujo al ruso unos textos que en conjunto se titularon Los Protocolos de los sabios de Sión. Un libro que demostraba la conspiración judía, de carácter planetario, para hacerse con el dominio absoluto del mundo. El origen de los Protocolos y del rmito consiguiente es especialmente instructivo para quienes estudian la psicología social y la teoría de la información. Como toda buena mentira, los Protocolos tienen un germen de verdad, constituyendo una amalgama de documentos inventados y genuinos patffietos políticos de carácter más o menos revolucionario que se distribuían por las convulsionadas calles de la Europa del siglo xix. Si tuviéramos que en-

contrar un antecedente remoto habría que buscarlo en el jesuita francés Agustín Barruel. Canónigo de la catedral de París, escribió una demoledora obra titulada Memorias sobre el jacobinismo en la que sostenía que una serie de sociedades secretas como los Iluminatí y la francmasonería eran quienes dirigían en secreto la revolución.

A pesar de ser el tatarabuelo de la conjura judeomasónica que tan- > to entusiasmaba al general Franco, el abate Barruel no mencionaba, expresamente a los judíos en su obra. Éstos entrarían a formar parte de la teoría de la conspiración pergeñada por Barruel a partir de una c

ta que éste recibe en 1806 filiri, da Por uy, tal j. _)3. S. retirado del ejército que en esos inomerltos re,

mi, un Oficial davía hoy ni siquiera tenernos cons 'día en Florenc-a.

tancla de la TOMonlnl, que bien pudo ser un vehícul
existencia de este S' Presar sus p O utilizad

rOPIas paranoias. Siffloru Por Barruel para exexistenc-a de una día
n' ady dable poder, s- bólica sectajudía que co e"tía a Barruel
de la dis 1 uno considera la gran ri l)stituía «el más formi_

fruta en cas' lclueza y, la Protección de que

1 todos los países europeos ». El relato de S'InOn" adqulcre tintes ta cómo descubrió
la conspirac dose en un lón di novele'NcOs cuando nos cuen-

encuentro de conspi sfrazádo,,@e de judío e 1

iradores celebra, nfiltránhanO. Una bonibilla de súb- 30 el,
el Piamonte itade Barruel cuando leYó que los consp.

lta comPrensióli debió de iluininar el cerebro

1 financiación de los lllumínatí y franemasones t,@n odiados por él, ha-

1ra(10res abían sido la fuente de Wndose, además9 infiltrado en todos los ni guiente,
Agustín Barruel alertaba al Got) - Yek's del clcrO. Al año sicomplot iudío -
iernO de la existencia de un

j internacional «que transformia,,á g,,, rtiese en Papa: «F'nahment, fienos que
c1)nsegucuyo objetivo final era ni más ni r las en sinagogas» y Se convi
1

tuado clan destinamente di sale a la luz el ir que un judío

los judíos habtían goverri urante quince Sanedrín, que ha a,-

ado 1 'W05-15 Durante ese Período, notar lo mal que les había el triundo
secre

ido en ese gGb- tamente (nadie parecía Inarginal Y su periódico
ern(@,, Porque su eondic. @ había variado lo más ""Olneún-úentO a
pe ion

árno). Así nacía rsecilciOnes de todo tipo no de la modernidad: la consp- 1
'l P"i me, inito J udeofóbl- co

Irac ónjudía mundial.

En el cementeríojudlo de Pra

ga

. Aproximadamente sesenta años después de, 14 n1, Ist"Os Planteamientos aparecen recogidos en carta de S rri tZ OscrIta por un funcí 'nlolúnj'los

Onario del servi . tina novela titulada Bia~ l-Jernian Goedsche, que escribía bajo el 'cro Postal prusiano llainado cliffe. Parece ser que, aparte seudónimo de sirJohn Ret-

de funcionario PO-Stal, Goedsche también, SirJ, hn Petchffe R,;

1 rritz, C- S. Licbrcllt, Berlítl, 1868.

trabajó durante una temporada para la policía secreta prusiana, en puestos como escolta del político Benedict Waldeck. Esta obra de ficción contiene un capítulo titulado «El cementerio judío de Praga y el Concilio de los Representantes de las Doce Tribus de Israel» en el que se

describe un espeluznante encuentro en la necrópoli de los representantes de las Doce Tribus de Israel para sellar el propósito de conspirar contra el mundo: «Cuando el último sonido de la campana que anun-

cia la medianoche en Praga se hubo perdido, en el cementerio judío, junto a la tumba del Gran Maestro de la Cábala, Simeón ben Jehuda, se encendió una luz débil, ilirruinando a 13 extrañas figuras vestidas de blanco, con las túnicas rituales (de los levitas). Una voz ronca, como salida del feéretro, se dirigió a los congregados: "Os saludo a vosotros los elegidos, los representantes de las Doce Tribus de Israel."»

Se trata de una extraña reunión de judíos llamada Sanedrín Cabalístico que se llevaba a cabo una vez cada noventa años desde 1491, siendo aquél el quinto de estos encuentros. En la reunión se hacen constantes alusiones a unos misteriosos personajes denorm"nados «los Sabios». Goedsche adaptó más tarde el material contenido en este ca-

pítulo ficticio dándole forma de discurso, alegando haber sido erruti-

do realmente por un rabino de la ciudad de Lemberg. Sin embargo, el examen de este documento reveló que Goedsche había utilizado para su propósito un fragmento de un raro libro de 1864, cuyo autor era el francés Maurice Joly, *Dialogues aux enfers* (Diálogos en el Infierno), un volumen en el que se presentaba un ataque político contra Napoleón III en forma de diálogos imaginarios entre Montesquicu y Maquiavelo.

Muchos antijudíos de Europa publicaron folletos y panfletos en los que se extractaba aquel capítulo. La primera de estas publicaciones fue hecha en San Petersburgo en 1872 bajo el título *En el cementeríojudio de la Praga checa*. Más tarde, en 1876, el texto vio de nuevo la luz en Moscú, y en la propia Praga en 1880. En Francia fue el escritor Gougenot des Mousseaux quien lo reprodujo en su libro *Lejufi, lejuda-sme et lajuda-sation des peuples clirefiens* editado en París en 1869. Sin duda aquel texto sirvió de inspiración para que en 1881 el abate Chabauty, de San Andrés en Mirabeau, en Poltou, publicara un grueso volumen titulado *l-es Frarics-Masons et lesjufis* en el que denunciaba la conspira-

j como prueba el texto de del Rcetchffe -y dándole un nada velado tinte cristiano al asociarlo con el

udaísmo y la masonería, Poniendo advenimiento del Anticristo.

La eclosión de los protocolos

1 0 XX aparecen en Rusia los Protocolos tal conocemos actualn-lente. En términos generales, lo que se comCoolnosla llegada del sig1

describe en este texto es un supuesto anteproyecto suscrito por «los representantes de Sión del Grado 33» para la completa dorrúnación del inundo por parte de los Judíos. A lo largo de sus páginas se plantea un programa para la imposlción de un nuevo orden mundial donde los j Udios acabarían convirtiéndose en déspotas suprnos del planeta. El progran-la establece una conspiración con diversas cabezas rectoras y

1 rquia, a múltiples tentáculos defficados a sembrar el desorden y la ana í derribar ciertos regímenes -en especial las monarquías-,

infiltrarse en la francmasonería y otras organizaciones similares y, como remate, adquirir el control de las instituciones políticas, sociales y económicas del mundo occidental. Ahí es nada. Este plan estaría siendo aplicado -según sus anónimos autores- al control de pueblos enteros sin que nadie se hubiera percatado de la verdad. Son 24 capítulos y más de doscientas páginas de desvaríos en las que los pretendidos déspotas -

1 justifican sus maquiavélicos planes aduciendo que ya que el pueblo es incapaz de gobernarse por sí mismo serán ellos quienes le guíen desde la sombra.

Más aún, los Protocolos afirman que los judíos, como fase preparatoria para lo que debería ser una revolución a escala mundial, se estaban ocupando de soliviantar lo más posible a los ciudadanos en con-

nocuos. Es de suponer que a más tra de sus dirigentes políticos y eco ' í

de uno se le pondrían los pelos de punta al leer esto en un ambiente social tan convulso como el que caracterizaba a la Europa de principios del siglo XX. Una vez completada la revolución mundial, los dirigentes del complot judío mantendrían a la población bajo control mediante la institución de un Estado de bienestar basado en una organización gubernamental fuertemente centralizada. Las bases de esta

dependencia total del Estado serían el pleno empleo, los impuestos en función de la riqueza, la educación pública y el apoyo a las pequeñas. Sería como agitar constantemente la zanahoria de la libererripre 1

1 tad frente a los ojos de los ciudadanos pero sin permitirles nunca llegar a alcanzarla.

El hecho de que los Protocolos aparecieran en Rusia no es casual, pues tiene mucho que ver con la marcada tendencia del zar Ni-

colás 11 de buscar apoyo en el mundo de lo espiritual y lo esotérico, como quedó de manifiesto en el caso de Pasputín. La dependencia era tan grande que el consejero espiritual de turno ternunaba adquiriendo un poder considerable, lo suficientemente grande como para hacerse acreedor de las más feroces envidias de la Corte. Una de las peculiaridades más notables de la Corte rusa era su gusto casi obsesivo por todo lo francés, tanto que la familia real apenas se comunicaba en

otro idioma que no fuera el gallo. Las modas de París se seguían como

si de preceptos divinos se tratara, y el ocultismo era una de las novedades francesas más importantes de finales del XIX. En la Rusia impe-

rial era práctica común intentar colocar a los charnanes, brujos o rna- gos favoritos de duques y condesas lo más cerca posible al trono del zar.

De esta forma, la gran duquesa Isabel allegó al zar un oscuro persona-

je del que actualmente sólo conocemos su seudónimo: Serguéi Nilus. Decidido a aprovechar en su favor las paranoias del zar, le presentó ciertos documentos pretendidamente secretos que al parecer probaban la existencia de una conspiración contra su Gobierno. El partido comu-

nista ruso tenía por aquel entonces un papel relativamente modesto, muy alejado del que alcanzaría años más tarde, pero, aun así, suficiente para lograr cierto nivel protagónico, por lo que no es difícil suponer que fue empleado por Nilus para legitimar su propuesta. La inc

i i « ón le pernútiría por lus'ón de los masones en la presunta consp raci

añadidura dejar en una posición muy incómoda a sus contrincantes de las órdenes ocultistas que operaban en la corte imperial. El zar, sin

embargo y a pesar de sus muchos defectos, debía de conservar el suficiente criterio como para deternuinar la falsedad evidente del docu~

mento, por lo que ordenó la destrucción del nu"smo y Nilus fue desterrado de la Corte, debiendo dar gracias por no sufrir un castigo

mayer. Sin embargo, hacia 1902 o 1903 esta obra comenzó a circular

mayor. Sin embargo, hacia 1902 o 1903 esta obra comenzó a circular

masivamente, siendo publicada por los periódicos y incluida como anexo en 1905 en el libro de un místico ruso llamado Vladímir SoloViov. Al parecer, Nilus también se había ocupado de difundir el libelo por París, donde se tiene noticia de su existencia en 1884.

Se extiende la epidemia

En Rusia, el documento apócrifo sirvió para alimentar la ira y la histeria de masas que condujo a los infames pogromos'. Esas persecuciones se hicieron especialmente intensas tras la promulgación del Manifiesto de Octubre de 1905. Este documento era fruto de los esfuerzos de los sectores Eberales por modernizar el =isino. Sin embargo, el inmovilismo ruso

no estaba dispuesto en modo alguno a convertir el país en una monarquía parlamentaria. Con un malestar público innegable tras la humillante derrota militar sufrida frente a Japón, hubo quien pensó que exacerbar el odio hacia los judíos era una jugada política rentable.

Ya en la época inmediatamente previa a la revolución bolchevique, la Okrana, la tenida policía secreta zarista, utilizó otra versión para justificar la represión contra los comuruístas, tanto dentro como fuera de Rusia. Incluso en los momentos en que la revolución bolchevique se encontraba en su momento de mayor auge, Trotski, uno de sus dirigentes más im-

portantes, tuvo que apresurarse a desmentir públicamente que fuera un

agente de la conspiración judía internacional en Rusia, Trotski no podía negar su origen judío, pero su actitud personal no podía estar más alejada del judaísmo, fe y cultura a la que miraba con profundo desdén. De hecho, su seudónimo Trotski había sido tomado tanto por razones de clandestinidad como para distanciarse definitivamente de su verdadero nombre, Lev Davidovich Bronstei, el último vínculo que le unía con sus raíces.

@ La primera edición de los Protocolos apareció seriada en la revista La Bandera de San Petersburgo entre el 26 de agosto y el 7 de septiembre de 1903. ' En su sentido restringido, la palabra pogromo (que en ruso significa «destrucción», «exterminio») se emplea para designar los tumultos antijudíos que sacudieron la Rusia zarista, con

la connivencia de las autoridades imperiales, a finales del siglo xix y principios del xx. En un

sentido más amplio, también designa las persecuciones sufridas por la comunidad judía desde la época medieval.

Curiosamente, la guerra civil rusa se caracterizó porque ambos bandos cometieron actos de antisemitismo igualmente deleznable. Para los rojos, los judíos eran un residuo del pasado y para los blancos eran el enemigo invisible que había terminado por derribar el orden establecido de las cosas.

Extendiéndose con la velocidad de una epidemia, los Protocolos no

tardaron en llegar a Alemania, donde encontraron un caldo de cultivo perfecto para que su contenido fuera creído por una audiencia ávida de encontrar un chivo expiatorio para sus males. Así pues, en este país se terminó culpando a los judíos tanto de la derrota en la primera guerra mundial como de la galopante crisis económica que azotaba la nación'. Más tarde, el documento se convertiría en una pieza fundamental de la parafernalia ideológica del partido nazi. Durante el

111 Reich los Protocolos fueron profusamente reeditados, convirtiéndose en un verdadero best-seller. Además, fueron usados como material de estudio oficial en las escuelas alemanas y buena parte de las matanzas

industriales de seres humanos en campos de exterminio se hicieron en su nombre. Hitler lo consideraba su libro de cabecera.

En poco tiempo, el renombre de los Protocolos fue tal que condujo a que los principales periódicos británicos hicieran amplias reseñas al respecto, siendo creídos en primera instancia por rotativos tan prestigiosos como The Times'.

Henry Ford: antisemitismo en cadena

Durante la década de los veinte los Protocolos encontraron su principal valedor en Estados Unidos en la figura del magnate Henry Ford'. En la cúspide de su carrera empresarial fundó un pequeño periódico en Detroit llamado Dearborn Independent, que usó para difundir su propaganda antisemita, acusando a los judíos a través de

... sus pá-

' Norman Cohn, El mito de la conspiración judía internacional, Alianza Editorial, Madrid, 1983. ' Es de justicia reconocer que posteriormente el The Times fue uno de los primeros me-

dios de Europa en señalar que el documento era claramente fraudulento. ' Neil Baldwin, Henry Ford And The Jews The Mass Production Of Hate, Public Affairs, Nueva York, 200 1,

1 in g*nas de ser los Í stigadores de los más grandes niales de la humanidad. En diversas oportunidades Ford declaró que existían dos Wall Street,

1 1 uno pos t vo, encabezado por la antisemita Banca Morgan, y otro destructivo y que debería ser erradicado, el encabezado por los banqueros de origen judío.

V117111

El contenido del Dearborti Independent llegó a ser tan ' ento que motivó la renuncia de su director original, E. G. PÍPp- Ford nombró como nuevo director a Ernest G. Liebold, hijo de un inmigrante alemán. Liebold era el secretario privado de Henry Ford y un ferviente nazi ` . Liebold utilizó su ascendiente sobre el industr'al para convencer a Ford de la necesidad de crear una agencia de detectives en el número 20 de la neoyorquina Broad Street con el fin de investigar las vidas privadas de los J.udíos más prominentes de Estados Unidos y las conexiones que pudieran tener con diferentes hombres de negocios norteamericanos. Entre los diferentes investigadores contratados por esta oficina se encontraban numerosos exifiados rusos que lucharon a favor del zar en la guerra civil rusa que siguió a la revolución soviética, empleando también a H. Houghton, ex jefe de la oficina de Inteligencia Militar de Nueva York.

Otro de los principales colaboradores de Ford en esta empresa fue Boris Brasol, un inmigrante ruso miembro de la organización antisemita «Los Cien Negros». Brasol fue quien, con la ayuda de la secretaria de Houghlton, Natahe de Bogory, tradujo al inglés los Protocolos. Otro de los miembros de la peculiar agencia de investigaciones de Ford fue el alemán Lars Jacobsen, que fue enviado a Mongolia y al Tíbet en busca de ciertos libros secretos que probarían que los judíos tenían un maquiavélico plan para conquistar el mundo y que eran una subraza alejada del tronco fundamental de los humanos.

Resulta asombroso comprobar cómo los Protocolos se han ' do adaptando como un guante a los puntos de vista de quienes los han adoptado como parte de su discurso. De hecho, en no pocas ocasiones han sido invocados por defensores de puntos de vista muy diferentes, cuando no dianietralmente opuestos. Por ejemplo, en los Estados Unidos de Heriry Ford se le atribuían significados completamente diferentes a los que se le habían dado en Rusia unos años antes. En Rusia, los

Carol Gelderman, Henry Ford. The wayward capitalist, St. Martins Press, Nueva York, 198 1.

Protocolos fueron utilizados en un intento de legitimar el poder de la oligarquía, acusando a los judíos de ser la fuerza oculta tras los disturbios y la agitación social. Para Ford, en cambio, los Protocolos eran la clave para entender los rápidos cambios que la industrialización había impuesto en la sociedad estadolimidense tras la guerra civil. Culpaba a

los judíos no sólo del aumento de, la inmigración o del éxito del movimi,ento obrero, sino también del creciente poder del Gobierno federal y de dirigir el país desde Wall Street. Ni siquiera Cristóbal Colón se libraba de las diatribas de Henry Ford, que denunciaba que su expedición a través del Atlántico había sido un complot judío.

Resultaba lógico que con tales planteamientos Ford terminase es-

tableciendo relación de alguna manera con la Alemaluía nazi. El primer contacto conocido entre Ford y el naciente movinuento nacionalsocialista se produjo, según lo relata un informe de la embajada norteamericana en Berlín, en 1921, cuando el ideólogo nazi Dietrich Elchart entra en contacto con la conipañía Ford para la adquisición de maquinaria agrícola destinada al Land alemán de Baviera. Los empleados de la compañía son quienes ponen en contacto por vez primera a Elchart y Henry Ford, que decide apoyar financieramente el nuevo

movimiento, hasta el punto de que el New York Times y el Berliner Tageblatt acusan a Ford de ser el principal patrocinador de la revolución nacionalista de 1923, cuyo fracaso cuesta a Hitler dos años de prisión. Pero el apoyo de Ford a Hltler no fue solamente material. Su libro El judío internacional se convertiría en una de las principales fuentes de inspiración del futuro dictador a la hora de escribir su obra Mein Kampf

La Ford Motor Company se estableció en Alemania en 1925 abriendo una sucursal en Berlín. En 1928 Ford une su factoría alemana al holding de la compañía química I. G. Farben. Entre los directivos de la nueva compañía se encuentran Max Figner y E. Ter Meer (ambos fueron condenados por crímenes de guerra durante los juicios de Núrnberg). Cabe recordar que I. G. Farben sería la compañía encargada de producir el Clklon B, el elemento utilizado en las cámaras de los campos de exterminio. Una comisión senatorial estadounidense

se establecida tras la guerra para investigar cómo los nazis se hicieron con fondos estadounidenses para financiar la guerra presentó pruebas de cómo Ford-Werke A. G. quedó convertida en

una empresa netamente alemana que colaboró activamente con el esfuerzo para la producción de material militar. Así, no es de extrañar que en el ejército alemán contra los aliados, y empleó mano de obra esclava

En 1938 el gobierno alemán condecoró a Henry Ford en su 75 cumpleaños con la Gran Cruz del Águila alemana, el más alto honor al que podía aspirar un extranjero en aquel país, siendo aquella la primera vez que esta condecoración era otorgada a un ciudadano estadounidense.

En 1941, a raíz de la movilización general del ejército alemán y la llamada a filas de todos los hombres disponibles, la producción de la planta alemana de Ford sufrió

1

un descenso considerable, por lo que se empezó a utilizar mano de obra esclava y prisioneros de guerra, algo expresamente prohibido por la convención de Ginebra. La planta empezó a ser ocupada por prisioneros de guerra franceses, rusos, ucranianos y belgas. En 1943 la mitad de los trabajadores eran prisioneros de guerra y mano de obra esclava; en 1944 se sumaron a la plantilla decenas de prisioneros del campo de concentración de Buchenwald.

Las últimas fronteras

Como ya mencionábamos al principio del capítulo, el caso de Japón es especialmente interesante en cuanto al tema que nos ocupa. Los Protocolos llegan a la tierra del Sol Naciente

desde 1917. Tras la revolución bolchevique un contingente de tropas niponas trabó contacto en la parte oriental del imperio ruso con grupos de rusos blancos. Así, son muchos los soldados y oficiales japoneses que regresan a casa con su ejemplar de los Protocolos. Ellos serán los que, sin quererlo, plantarán la semilla de la conspiración judía en suelo ruso. Como en

los casos alemán, ruso o estadounidense, en cada lugar al que era trasplantado, el mito de los Protocolos reflejaba los miedos y obsesiones locales. El caso de Japón no fue una excepción, reflejando uno de los caracteres menos agradables del carácter japonés, como es el exacerbado nacionalismo etnocéntrico y ligeramente xenófobo. Como en Estados Unidos, el mito dio pie a

David G. Goodman y Masanori Nishiyama, op. cit.

teorías de la conspiración en las que indefectiblemente la amenaza, interna o externa, real o ficticia, terminaba por tomar un

rostro de rasgos judíos.

Aunque resulte difícil de creer, en períodos históricos tan recientes

como la dictadura militar que castigó Argentina durante los años setenta,

se llevaron a cabo persecuciones a miembros de la comunidad judía por sospecharse su presunta vinculación con los sabios de Sión. Ejemplo de ello es el caso del periodista Jacobo Timerman, apresado, torturado y profusamente interrogado por esta razón. También existe un conocido anexo suramericano de los Protocolos escrito por el profesor Walter Beveraggi denominado «Plan Andina», que pretende desvelar el siniestro plan de los judíos para conquistar la Patagonia chileno-argentina.

Más aún. El colapso de la Unión Soviética dio paso a un sorprendente reverdecimiento del antisemitismo ruso y volvió a sacar a la palestra los Protocolos. A fin de cuentas, el cambio de modelo socioeconómico ha resultado sumamente traumático para la población rusa. La pobreza y la corrupción no eran percibidas sin embargo como consecuencia

de la persistencia en el poder de los antiguos funcionarios comunistas, sino que era más fácil achacarlas a la conspiración judía internacional. Personajes como Zhirinovski han conseguido popularidad y votos

explotando de nuevo un discurso que ya parece firmemente implantado en el ideario colectivo ruso.

Conclusión

Estamos en una época en la que los nacionalismos excluyentes vuelven a reclamar su lugar bajo el sol y donde la globalización económica es contemplada con recelo. La situación en Palestina añade una nueva variable al ejercicio del nudo antisemita. Por desgracia, es la ductilidad del nudo, la forma en que unos y otros lo adaptan a sus intereses e ideologías, lo que augura que durante el siglo XXI aún lo veremos campar por el mundo.

12 Jacobo Timerman, Preso sin Nombre, Celda sin Número, Random, Nueva York, 1981. El artículo Vacaciones en la Tierra Prometida de la revista nacional socialista chilena Pendragón (núm. 9, 1997) es una pequeña joya a este respecto, en la que se da a entender que los mo-

chileros israelíes que visitan el sur de Chile forman parte del «Plan Andinia».

CAPÍTULO VI

JACK EL DESTRIPIADOR Al servicio de Su Majestad

- Existe la sospecha de que los misteriosos asesinatos de Jack el Destripador pudieron ser fruto de una conspiración que buscaba enterrar las pruebas de un escándalo que afectaba a la familia real al más alto nivel.

o El príncipe Albert Victor, segundo en la línea de sucesión al trono, habría contraído matrimonio en secreto con una modesta dependiente católica con la que tuvo una hija.

o Las víctimas de Jack el Destripador habrían sido un grupo de prostitutas que, conocedoras del escándalo, intentaron chantajear a la reina Victoria.

o Los crímenes habrían sido perpetrados por el médico de la reina, el doctor Guil, hábil cirujano al que un reciente infarto cerebral había alterado sus facultades mentales.

o La masonería británica, con un control absoluto sobre Scotland Yard, habría puesto los medios para mantener oculta la verdad.

Ningún asesino ha sido capaz de cautivar la imaginación del público con

mayor intensidad que el individuo desconocido que perpetró la infame cacería humana que tuvo lugar en el barrio londinense de Mitechapel durante el oto-

ño de 1888. La identidad de este psicópata, verdadero prólogo a lo que serían

los asesinatos en serie del siglo XX, nunca ha sido descubierta, sí bien algunos es-

critores creen que existen indicios suficientes para relacionar los asesinatos con

el palacio de Buckingham y más concretamente con el príncipe Albert Víctor, Eddy para los amigos, duque de Clarence y nieto de la reina Victoria.

Ésta es una teoría que tiene tantos defensores como detractores, siendo muchas veces unos y otros igualmente subjetivos en sus juicios, en los que en muchas ocasiones se mezclan sus filias o fobias ha-

cia la institución monárquica. Lo cierto es que en el cúmulo de pruebas que dejó tras de sí el caso de Jack el Destripador existen suficientes indicios para establecer una conexión válida entre la casa real y los asesinatos. De hecho, existe el testimonio de un tal John Terrapin que afirmaba que él escuchó por casualidad al inspector Abberline de Scotland Yard, el investigador que estaba a cargo del asunto, referirse a la implicación en el caso de alguien que respondía a las iniciales P. A. Y, que se corresponden con las de «Príncipe Albert Víctor».

Sin embargo, la mejor fuente de información sobre esta teoría procede de un libro publicado en 1986 que lleva por título Jack The Ripper: The Final Solution, escrito por Stephen Knight, quien vertió luz sobre los pormenores de la posible conexión del duque. Según Knight, el príncipe Eddy tuvo en su día un acalorado romance con una joven llamada Anne Elizabeth Crook, dependiente de una confitería y modelo ocasional de su arruigo, el pintor Walter Sickert. Si ya de por sí el príncipe era

sumamente propenso a la vida disipada, la amistad con Sickert, una suerte de Toulouse-Lautrec londinense que frecuentaba la compañía de bohemios, libertinos y prostitutas, fue sumamente propicia para la satisfacción de tales inclinaciones. Sickert fue el cicerone que abrió al joven príncipe las puertas del Londres más licencioso. Él fue quien le presentó a Annie Elizabeth Crook, de la que cayó perdidamente enamorado. Fue mudo testigo de su amor y en mil ocasiones se tuvo que morder la lengua para no prevenir a la que había sido su modelo y arruga sobre la verdadera identidad de su amante que, a la sazón, se hacía pasar por hermano del pintor.

Armie y el príncipe se habrían casado en secreto, y en abril de

1885 tuvieron una niña a la que pusieron el nombre de Alice Margaret Crook. La boda real tan sólo contó con dos testigos: Sickert por

Chapman Pincher, *The Private World of StJohn Terrapin*, Sidgwick & Jackson, Londres, 1982. Stephen Knight, *Jack The Ripper: The Final Solution*, Academy Chicago Publishers, Illinois,

1986. En los últimos tiempos, las teorías de Knight han sido atacadas y ridiculizadas por otros expertos en el tema de Jack el Destripador. Sin embargo, estos críticos han fallado lamentablemente a la hora de ofrecer una refutación convincente de las alegaciones fundamentales de Knight, por lo que aún deben de considerárselas dignas de ser tenidas en cuenta, máxime cuando existen pruebas objetivas que apoyan muy firmemente algunas de ellas.

parte del novio y Mary Kelly, la mejor amiga de la novia y compañera en la confitería. Enterada de la situación, la reina Victoria hizo un desesperado intento de acallar el escándalo mandando internar a Annie en un manicomio, en donde murió olvidada en febrero de 1920. Kelly, posiblemente advertida por el propio Sickert del peligro que corría, huyó a su Irlanda natal llevándose consigo a la pequeña Alice, el fruto del matrimonio de su amiga y el príncipe.

Eddy fue enviado al extranjero y el matrimonio borrado de cualquier registro. El palacio de Buckingham ha negado desde siem-

pre esta historia a pesar de que existe el acta de nacimiento de Alice Margaret Crook, fechada el 18 de abril de 1885, en la que no figura dato alguno del padre de la niña. Todo habría acabado de esta

forma si Mary Kelly hubiera permanecido en Irlanda guardando silencio sobre el secreto que custodiaba. Desgraciadamente no

fue así.

Mary Kelly

Pocos años después, Kelly regresa al East End huyendo de las hambrunas que sacuden Irlanda. Pero las cosas han cambiado y ahora la única fuente de ingresos viable de la que puede disponer se encuentra bajo su falda. Así, pasa a engrosar la legión de prostitutas que malvivían en los barrios bajos de la capital británica. La primera visita que hace en Londres es a Sickert, a quien entrega la niña para que se haga cargo de ella. Éste localiza a los abuelos de la pequeña, dejándola en su casa, si bien hace frecuentes visitas al domicilio de los Crook para interesarse por la pequeña hasta que, finalmente, termina por ca-

sarse con ella años después.

Toda la literatura relacionada con el otoño de terror de White~ chapel coincide en que, en la época de su asesinato, Mary Kelly con~

vía con un tal Joe Barnett en una mísera habitación del número 13 de Miller's Court, un sucio patio que salía de Dorset Street. Los edificios del patio, una especie de corrala, eran propiedad de un sujeto apellidado McCarthy y recibían el nombre de McCarthy's Rents (Alquileres McCarthy) si bien hay varios autores que sostienen que

este término se refería más a las chicas que vivían allí que a las habitaciones.

No tarda en hacerse con un grupo de amigas que comparten ginebras, cervezas y confidencias en el pub Britannia o en el Ten Bells. Era previsible que en el transcurso de estas conversaciones, más tarde

o más temprano, Mary terminase por contar a sus compañeras la historia de la boda secreta, el bebé real y la desdichada Annie Crook pudriéndose en un manicomio. No es de extrañar que sus no enteramente

sobrias cabezas desarrollen un plan para sacarle un partido

econorrucos a aquel secreto de Estado. No era simplemente un afán por escapar de la miseria que les rodeaba. Era una cuestión de supervivencia. La banda de Old Nichol, un grupo de proxenetas y rufianes de la peor catadura que tenía atemorizadas a las prostitutas del barrio, se había vuelto cada vez más exigente y ya había apuñalado a un par de mujeres que no habían conseguido dinero suficiente como para pagar la «protección». De hecho, cuando comenzaron las macabras andanzas del Destripador ésta y otras bandas similares constituyeron el grueso de los primeros sospechosos investigados por la policía.

El chantaje

Así pues, inconscientes del terrible peligro en el que se ponían, o

tal vez conscientes pero pensando que nada podía ser peor que el in-

ferno de Whitechapel, pusieron en marcha su ingenuo plan de chantaje. Los integrantes del complot eran, aparte de la propia Kelly, Polly Nicholls, Elizabeth Stride y Annie Chapman. Las cuatro serían víctimas del Destripador. Fue Kelly la encargada de visitar a Sickert, con-

virtiéndole en portavoz de sus pretensiones ante el palacio de Buckingham. Tanto debió de impresionar esta visita al pintor que la inmortalizó en un cuadro al que puso por título El chantaje, y cuya protagonista guarda un notable parecido con Mary Kelly'.

' Paul Begg Jack the Ripper: The uncensored facts, Robson Books, Londres, 1988. 'Jean Overton Ffyller, Sickert and the Ripper Crimes: An investigation into the relationship between the Whitechapel murders of 1888 and the English portrait painter Walter Richard Sickert, Mandrake, Oxford, 1990.

Estamos pues ante una auténtica lucha entre David y Goliat. Por un

lado tenemos a cuatro míseras prostitutas y por el otro al grueso de la oligarquía más poderosa de Europa, con la Corona británica y la ma-

sonería a la cabeza. Una batalla enormemente desigual cuyo resultado era previsible.

Enterada de la existencia del chantaje a través de la princesa Alexandra, la madre de Eddy, y antigua íntima de Walter Sickert -diversos autores han especulado en cuanto al grado de esta intimidad-, la reina Victoria, cabeza visible del imperio británico, resolvió que lo apropiado era poner el asunto en manos de lord Robert Salisbury, primer ministro de Inglaterra y uno de los masones de mayor rango del país. Salisbury era un conservador que desconfiaba de la democracia, algo que le mantuvo incapacitado para hacer frente a los graves problemas sociales de la Inglaterra de su tiempo, así como de dar una so-

lución al problema de Irlanda. Centró sus esfuerzos en la política ex-

terior y en mantener el imperio colonial británico, ya que, durante buena parte del tiempo en el que fue primer ministro, ocupó también la cartera de Asuntos Exteriores. Era un patriota de la vieja escuela, de los que pensaban que ningún sacrificio era excesivo si se trataba de mantener la estabilidad de la Corona. Por otro lado, su posición política era extremadamente delicada y un escándalo como la boda secreta del duque de Clarence indudablemente también le arrastraría a él.

Un poder en la sombra

Y a su vez, su lealtad hacia la masonería, a la que le debía toda su carrera política, le empujaba a dar al problema una solución lo más rápida y definitiva posible. No debemos olvidar que en Gran Bretaña la

masonería y la monarquía son dos instituciones que tienen fortísimos lazos de unión. Tanto es así, que tradicionalmente el puesto de Gran Maestro de Inglaterra está reservado para el príncipe de Gales. La historia de Gran Bretaña, especialmente la de los últimos 250 años, ha es-

tado notablemente influida por la hermandad, que se ha erigido en una

suerte de «poder en la sombra» dentro de la vida pública británica. En nuestros días, la masonería, que en aquel país tiene unos 350.000

miembros activos, está en el punto de ruina del Gobierno laborista. Resuelto a quebrar el tradicional secretismo de la asociación, el primer ministro, Tony Blair, ha conminado a los policías y jueces masones a

que desvelen su afiliación. De no acceder voluntariamente, dicho gesto podría serles

exigido por ley.

La historia de este «Registro de Masones» viene a raíz de la denuncia interpuesta por los abogados de los «seis de Birmingham». A mediados de los ochenta, seis ciudadanos de Birmingham fueron con-

fundidos con miembros del Ejército Republicano Irlandés y condenados a duras penas de prisión. Los acusados siempre sostuvieron no sólo su inocencia sino haber sido sometidos a malos tratos y torturas en las dependencias policiales. En 1995, después de una revisión del juicio, resultaron exonerados de cualquier responsabilidad. Pero la investigación prosiguió y en marzo de 1997 se supo que desde el principio Scotland Yard conocía la inocencia de los acusados. Sin embargo, nadie hizo nada al respecto para descubrir el error de los primeros funcionarios que realizaron las detenciones, miembros de la mason-

ería inglesa. Sus hermanos de la orden, fiscales, jueces y abogados pertenecientes todos ellos a la misma logia, decidieron falsear las pruebas presentadas por la defensa y condenar a los acusados aun a sabiendas de su inocencia. El caso de los «seis de Birmingham» puso de manifiesto un secreto a voces desde los tiempos de Jack el Destripador: que la mason-

ería en la masonería es una buena credencial para ascender en Scotland Yard, institución cuya cúpula, tradicionalmente, cuenta con un número de masones excepcionalmente alto.

Blair no ha sido el primer inquilino de Downing Street en preocuparse por el exceso de poder que acumula la masonería en Gran Bretaña. De hecho, ésta era una inquietud que ya manifestó el antecesor de lord Salisbury en el cargo, Benjamín Disraeli, que era cons-

ciente de la peligrosa simbiosis entre la Corona inglesa y la masonería.

Es por ello que Salisbury se enfrentaba con el problema de Eddy ante algo que le concernía doblemente, como primer ministro y como masón.

Para resolver el asunto había que escoger a alguien de extrema

confianza que fuera un prominente hermano comprometido en gra-

‘ El País, 26 de mayo de 1999.

do máximo con la orden. El encargo recaería sobre sir William Gull, el médico de la farmacia real, que ya había mostrado su discreción y lealtad en más de una ocasión, bien fuera curando al incorregible Eddy de alguna enfermedad venérea, bien practicando algún aborto cuya noticia jamás debía salir de los muros del palacio. También había mos-

trado ser probo servidor de la orden al declarar como perito a favor de Florence Bravo, hija de un prominente masón y acusada de haber envenenado a su marido. Al parecer, Florence era culpable, pero el testimonio de Gull fue decisivo para que, finalmente, resultara absuelta.

Para ejecutar la macabra tarea de poner fuera de la circulación a las chantajistas, lord Salisbury habría otorgado plenos poderes al doctor Gull, que haría amplio uso de ellos en especial ante el también masón sir Charles Warren, jefe de Scotland Yard, cuya colaboración fue solicitada para hacer efectivo el encubrimiento de los hechos. Warren debió de acceder a regañadientes, ya que su carrera profesional se en-

contraba por aquellas fechas en un punto extraordinariamente delicado. Hacía poco que había dimitido James Monro, el subjefe de la policía metropolitana. De hecho, la fecha oficial de su retiro fue el 31 de

agosto de 1888, el mismo día del asesinato de Polly Nicholls. Ese mismo día, The Pall Mall Gazette publicó un artículo en el que el jefe Warren era blanco de una feroz crítica en la que se le acusaba de ser el causante del deterioro de la policía londinense. Warren estaba en la

picota desde que el 13 de noviembre de 1887 interviniese para disolver una manifestación de parados en Trafalgar Square solicitando la intervención del ejército, saldándose el enfrentamiento consiguiente con una víctima mortal.

Como cómplice de sus correrías, el doctor Gull escogió al cochero John Netley, uno de los hombres de confianza de palacio que ya había servido como conductor durante las excursiones del príncipe Eddy

‘ Bernard Taylor y Kate Clarke, Murder At The Priory: the mysterious poisoning of Charles Bravo. Grafton. Londres. 1988.

- Stephen Knight, op. cit. 'Paul Begg, Martin Fido y Keith Skinner Jack The Ripper A-Z, Headhne Book Publishing, Londres, 1991. 'Melvin Harris, The Ripper File, W H. Allen and Co., Londres, 1989.

en la época en que conoció a Armie Crook. Algunos autores han especulado con la posibilidad de que hubiera otros cómplices implicados, pero es poco probable.

Una vez puesta en marcha la conjura para silenciar a las chantajistas, llama poderosamente la atención la excepcional saña con que fueron ejecutados los crímenes, muy alejada de lo que parece exigir la fría eficacia de una operación secreta destinada a quitar de en medio a unos testigos inoportunos. Los asesinatos de Jack el Destripador no son propios de un profesional que lleva a cabo una labor de limpieza, sino de un psicópata que disfruta de alguna forma con lo que hace. Los cadáveres fueron sometidos a mutilaciones realizadas con precisión quirúrgica, y guardan cierto paralelismo con rituales y tradiciones masónicas. ¿Pretendemos con esto plantear un escenario en el que los masones británicos se embarcan en una serie de sacrificios rituales? En absoluto. Casi con toda seguridad los macabros añadidos tras la muerte de las víctimas

se debieran a la inspiración e iniciativa personal del asesino. En 1887 sir

William Gull sufrió un infarto cerebral que, al parecer, alteró profundamente sus facultades mentales. Es posible que su trastorno le llevara a extremar la crueldad en el cumplimiento de su misión.

La teoría de Knight tuvo un éxito inmediato entre el gran público. Tanto es así que incluso ha sido llevada en dos ocasiones al cine. En la primera de ellas, Asesinato por decreto, era ni más ni menos el mismo Sherlock Holmes el encargado de desentrañar la conspiración. Más cer-

cana a nosotros está From Hell, narrada desde el punto de vista de un

inspector Abberline que tiene que bregar con fuerzas que le superan y, finalmente, se convierte sin quererlo en una pieza más del complot. En am-

bas películas se refleja el papel preponderante que Knight da en toda esta narrativa a la masonería. De hecho, cuando murió, el autor se encontraba preparando un libro monográfico sobre este tema.

Malos tiempos para la monarquía

Analizando la situación de la época, la trama de Knight, lejos de ser descabellada, se nos empieza a dibujar como estremecedoramente posible.

La última parte del siglo XIX estuvo marcada por una conflictividad social sin precedentes en aquel país. Las clases populares albergaban un profundo resentimiento hacia la aristocracia en general y hacia la familia real en particular. Las desigualdades sociales eran grandes, y el escandalosamente lujoso estilo de vida de la oligarquía contrastaba

amargamente con la descarnada miseria que se sufría en barrios como Whitechapel. Tres peniques bastaban para hacerse con los servicios de cualquiera de las miles de prostitutas que poblaban la zona, eso sí uno tenía el coraje de tener relaciones con una de estas mujeres, víctimas de las enfermedades venéreas, la malnutrición y el alcoholismo.

Prueba de estas convulsiones fueron los no menos de siete atentados que sufrió en esta época la reina Victoria. El escándalo de un príncipe heredero contrayendo matrimonio con una plebeya, católica por más señas, excedía con mucho el nivel de lo que podía soportar la institución monárquica en una época tan delicada como la que nos ocupa. La actitud de Eddy, con sus continuos deslices, no ayudaba mucho al desarrollo de las cosas. Un análisis de los datos biográficos de los que disponemos nos señala que ni la inteligencia ni la fortaleza de espíritu fueron atributos que adornaran al que fue segundo en el orden de sucesión al trono británico. Su bisexualidad y tendencia al travestismo

eran conocidas por sus futuros súbditos y motivo de toda clase de chanzas y chascarrillos en los pubs de la capital. La divulgación de su

aventura con la dependienta y de la existencia de una hija secreta habría sido un regalo para los republicanos, dispuestos a asestarle el golpe definitivo a la institución monárquica.

De todos los actores principales del que sería el drama de Jack el Destripador, llama la atención especialmente uno que, sin participar directamente en los hechos, tuvo un

la atención, especialmente uno que, sin participar directamente en los hechos, tuvo un gran peso en su desarrollo, tanto que incluso él mismo ha sido sospechoso en más de una ocasión de ser el asesino de Whitechapel. Nos referimos a Walter Sickert, baquiano del príncipe Eddy en sus escapadas por los bajos fondos de Londres, cóm-

London Labour and the London Poor, de Henry Mayhew (Penguin Books, Londres, 1985), ofrece un descorazonador retrato de cómo vivían las clases más desfavorecidas de la época.

plice y encubridor de sus devaneos, intermediario del intento de chantaje a la casa real y mudo testigo de los atroces acontecimientos que vieron a continuación.

Tal es la implicación de Sickert en todo este asunto que la escri-

tora estadounidense Patricia Cornwell está convencida de que Sickert fue en realidad Jack el Destripador. Tras gastarse cerca de 4 mill-

ones de euros en investigar el asunto, a la novelista no le cabe la menor duda: «Estoy segura al cien por cien de que fue Walter Richard Sickert quien cometió aquellos crímenes. Él fue el asesino de White-

chapel»¹.

El torturado Walter Sickert

Tan segura está Cornwell de lo que dice, que esta popular novelista de misterio no ha dudado en invertir parte de su inmensa fortuna,

valorada en casi 200 millones de euros, en buscar pistas sobre las que cimentar su teoría. Compró nada menos que 31 lienzos de Sickert, uno

de los más cotizados impresionistas 'ingleses, llegando a desgarrar uno de

ellos en su frenética búsqueda de pruebas. Asinuismo, se ha hecho con

varias cartas de puño y letra del artista, e incluso ha comprado la que fue su mesa de despacho. Por si fuera poco, en 2001 envió a Londres

a un equipo de forenses estadounidenses con la misión de examinar al-

gunas de las cartas presuntamente escritas por Jack el Destripador. ¿Qué es lo que ha llevado a la escritora a estar tan convencida de la culpabilidad de Sickert? Básicamente sus cuadros. En 1908, 20 años después de los crímenes de Jack el Destripador, Sickert pintó una serie de

cuadros inspirados, según él, en el asesinato de una prostituta en Can-

dem. En uno de ellos, por ejemplo, se ve a una mujer con un collar de perlas en una postura que, en opinión de Patricia Cornwell, es idéntica

a la que guardaba Mary Kelly cuando fue hallada muerta por la policía. Y en otro cuadro, Sickert pintó la cara de una mujer mutilada, con

unas heridas muy similares a las que Jack el Destripador le ocasionó a

otra víctima, Catherine Eddowes.

¹ El Mundo, 9 de diciembre de 2001.

Durante los últimos años de su vida se obsesionó con la idea del

crimen, convirtiéndose en uno de los temas recurrentes de sus obras. Siempre llevaba consigo un pañuelo rojo de mujer que, de alguna forma, asociaba con los temas más sórdidos de sus obras. Según cuenta su propio hijo Joseph, había algo que le torturaba: «Era un hombre extraño. A veces comenzaba a llorar sin que hubiera razón aparente para ello, terriblemente conmovido por algo que debió de suceder hace mucho tiempo.»

Efectivamente, Sickert era un hombre culpable, pero no de los asesinatos de Jack el Destripador, sino de su encubrimiento y, en cierto modo, de haber sido la causa de ellos.

¿Un asesino masón?

Fuera quien fuese el asesino, lo cierto es que poseía un conocimiento poco común de la tradición y el folclore masónico. En un muro cercano al escenario de uno de los crímenes el asesino escribió una enigmática frase que el jefe de policía Warren ordenó que fuera inmediatamente borrada sin dar tiempo siquiera a que el fotógrafo tomase

que fuera inmediatamente borrada sin dar tiempo siquiera a que el fotógrafo tomase una instantánea de la pared. La frase en cuestión era: «Los Juwes son aquellos a los que nadie echará la culpa de nada»`. La razón aducida por sir Charles para destruir esta prueba fue que la palabra «Juwes» era fonéticamente parecida a «Jews» (judíos), así que sólo intentaba evitar un posible estallido de violencia antisemita. Sin embargo, como masón, él sabía que ese térrruno también podía referirse a los tres Jubes: Jubela, Jubelo y Jubelum, los asesinos que torturaron y asesinaron al arquitecto del templo de Salomón, Hiram Abiff, el primer mártir de los nu'tos masónicos, que prefirió morir antes que revelar sus secretos. El cahficativo «Jubes», aunque ya prácticamente ha desaparecido del folclore masónico, era muy popular entre los masones británicos de prin-

La princesa Alexandra había encargado a Walter Sickert que cuidara al príncipe Eddy durante sus frecuentes salidas por la ciudad. ` «The Juwes are the men who will not be blamed for this for nothing. » Nótese que la maYúscula inicial en «Juwes» denota claramente que se trata de un nombre propio.

ciplos del siglo xix, y en la fecha de los asesinatos no debía de ser des-. conocido para muchos masones. Hiram fue un célebre orfebre, arquitecto y escultor de Tiro, hijo de padre tirlo y de madre perteneciente a la tribu de Neftalí, que vivió alrededor de 1032 a.C. Sobresalió en el

arte de fundir los metales y de emplearlos en toda clase de obras, y fue enviado a Jerusalén por el rey Hiram 1 a fin de que tomara parte en las obras del templo de Salomón. Esculpió los querubines y otros adornos del templo, fundió las dos columnas de bronce que había a la en-

trada del rm"smo, y que se llamaban Hackin y Boaz; hizo asirnismo la gran concha de bronce sostenida por doce toros del rmismo metal, llamada Mar de bronce, y en la que se conservaba el agua para el uso del templo. Según las tradiciones masónicas, Hiram fue asesinado por tres

de sus principales obreros, envidiosos de su mérito y del favor que gozaba cerca de Salomón. En la recepción al grado de maestro se sim-

bolíza todavía en las logias la muerte del arquitecto del templo de Jerusalén.

De igual manera, la forma en que fueron ejecutados los asesinatos

--cortando los cuellos de izquierda a derecha, de forma similar a como se ejecuta cierto signo de reconocimiento masónico-, y muy especialmente el de la cuarta víctima, Catherine Eddowes, cuyo tracto digestivo fue colocado sobre su hombro izquierdo a semejanza de las atroces heridas que presuntamente sufrió el mítico Abiff, demuestra a

las claras que el ejecutor no era del todo ajeno a esta tradición. Para colmo, el cadáver de Eddowes fue abandonado en Mitre Square, uno de los lugares de Londres con mayor significado masónico y en el que se encontraban algunos conocidos lugares de reunión de los masones

londinenses, como la Mitre Tavern, de la que era parroquiano habitual el doctor Gull.

Desde el Infierno

'ó la ú íca de las

Fue tras este asesinato cuando el Destripador envi ni

cartas que se admite generalmente como auténtica, ya que iba acom-

pañada de la mitad de un riñón humano, casi con seguridad perteneciente a Catherine Eddowes. La carta iba dirigida al señor Lusk, jefe del

corru"té de vigilancia de Whitechapel y su texto era el siguiente: «Desde el Infierno. Le envío la rru*tad del riñón que me llevé de una inujer. Es un regalo para usted. El otro trozo lo he freído y me lo he conudo. Estaba inuy bueno. Puede que le envíe el cuchillo ensangrentado con el que lo saqué si espera un poco más. Firmado: Atrápeme si puede, señor Lusk.»

Llegados a este punto cabe preguntarse por la razón del especial en-

sañanuento con el cadáver de Eddowes, la única que no pertenecía al grupo original de chantajistas. Eddowes fue confundida con Kelly. La razón de tal error es sumamente interesante. Esa misma noche, Cathe-

1 rm 1 rine Eddowes había estado deten'da en la co *saría de Bishopgate por escándalo público. Lo curioso de este hecho es que dio a los agentes

un nombre falso: Mary Ann Kelly`. No hay que ser muy suspicaz para suponer que alguien de la cornisaría avisó al asesino o asesinos de que la última de las mujeres que estaban buscando, Mary KeHy, se en-

contraba detenida. De ahí también el que se rubricara este asesinato

con una inscripción. A fin de cuentas iba a ser el último y, por tanto, merecía ponerle un punto final adecuado. Suponemos que la decepción debió de ser mayúscula al descubrir que se habían equivocado de presa. Tal vez por eso hubo una espera de 39 días hasta el siguiente in-

tento, siendo el 39 un número considerado como «perfecto» en las tradiciones masónicas.

Para apoyar estas afirmaciones, adquiere cierta importancia lo dicho por el inspector Abberline en el café Royal poco después del cuarto asesinato. Su interlocutor le comentó que él creía que ahora la matanza se detendría. Abberline contestó: «Así debiera haber sido, pero esos necios sanguinarios eligieron a la mujer equivocada. La que realmente querían, Kelly, todavía sigue viva. Pensaron que la asesinada era ella porque estuvo viviendo con un hombre llamado Kelly». John Terrapin escuchó esta conversación desde otra mesa y la apuntó en su diario. No es probable que inventara esta historia, salvo que falsease las fechas, y para eso tendría que haber sabido que su diario iba a pasar a la posteridad y es imposible que asociara el nombre «Kelly» a las an-

Paul Begg, op. cit. Chapman Pincher, op. cit.

danzas de Jack el Destripador antes de que se convirtiera en la quinta víctima.

Cuando finalmente dieron con ella, el cuerpo de Mary Kelly fue el que sufrió las peores mutilaciones. El suceso tuvo lugar en el número

13 de Miller's Court y se cree que el asesino trabajó de forma ininterrumpida durante varias horas, dado el desmedido alcance de las am-

putaciones y cortes que sufrió. El caso de Mary Kelly es el que más claramente muestra que el culpable de los asesinatos era una persona con un grave trastorno psicológico que encaja a la perfección con el perfil de un psicópata. Realizó numerosas mutilaciones faciales al cuerpo, algo que este tipo de individuos suelen hacer al principio de sus ma-

cabras sesiones a fin de deshumanizar a la víctima y hacer más fácil su

tarea. En este caso también existen connotaciones rituales, aunque mucho más caóticas y difíciles de identificar con las tradiciones masónicas, como el hecho de que dejase sus entrañas en la mesilla de noche y el hígado entre sus pies. Un detalle curioso es que el corazón de Mary Kelly jamás fue encontrado. En el folclore masón sí existen

referencias a la incineración del corazón y la dispersión de sus cenizas

al viento. ¿Pudo haber sucedido esto con el corazón de Mary Kelly? Es posible. Un hecho que sorprendió a los investigadores de Scotland Yard es que la tetera que había sobre la chimenea se había fundido, lo que indicaba que el fuego había sido alimentado hasta alcanzar una

temperatura sumamente elevada. Pues bien, se da la circunstancia de que el corazón humano es un órgano especialmente difícil de quemar", lo cual explicaría tanto la desaparición del órgano como la insólita temperatura que alcanzó el fuego aquella noche, encajando ambos hechos a la perfección con nuestra teoría del psicópata masón. Los expertos en ciencias del comportamiento del FBI consideran que cuando un asesino en serie llega a tal grado de ritualización de sus ac-

tos es que ha llegado a la culminación de su patología, desarrollando una especie de psicodrama mágico repleto de símbolos y significantes que sólo tienen sentido para él. No es cierto, como opinan muchos ex-

pertos, que los asesinos en serie sean incapaces de detenerse. En algu-

no Más de un milagro se ha atribuido a este fenómeno cuando el corazón del santo martirizado de turno aparecía intacto entre las cenizas del martirio.

nos casos, tras una acción especialmente violenta como pudo ser la mutilación de Kelly, parecen llegar a un anticlímax que les hace dar por termina

da su «mision». Porque en el caso de Jack el Destripador, las

rm loso. motivaciones que le condujeron a estos actos son lo más No abusó sexualmente de ninguna de sus víctimas. Las mutilaciones se llevaron a cabo de una forma metódica y pausada, lo que descarta la rab

la como motivé era un sádico, pues las víct'mas fueron í aci

asesinadas 'invariablemente de forma rápida y eficaz, sin sufrimiento innecesario. De hecho, la propia Mary Kelly, a pesar del espantoso aspecto que mostraba su cadáver, es muy probable que estuviera dormida en el momento de la muerte.

Conclusión

Más de cien años después, la historia de Jack el Destripador aún continúa estremeciendo a las generaciones actuales. Más que la crueldad de los crímenes, es el profundo misterio que los rodea lo que ha mantenido vivo el mito. Los asesinatos de Jack el Destripador son fruto de un lugar y una época muy determinados, constituyen un melodrama que nos evoca niebla, coches de caballos, sombreros de copa y luz de gas. La conspiración era el único ingrediente que le faltaba a esta historia, una conspiración probable que, sin embargo, no despeja la mayor incógnita de cuantas plantea esta historia. ¿Qué oscuras ideas se escondían en la cabeza de Jack el Destripador?

El secreto del doctor Stein

La historia de la íntima relación de Hitler y el III Reich. con la denominada «lanza del Destino» nunca habría sido conocida por nosotros de no mediar la intervención de Walter Johannes Stein.

Stein formó parte del equipo de asesores de Winston Churchill en lo referente a la psicología y motivaciones de Adolf Hitler durante la segunda guerra mundial. Stein era uno de los mejores conocedores del entramado mágico y ocultista que se escondía tras la fachada aparente del III Reich. Él sabía muy bien que la cúpula dirigente del Partido Nacionalsocialista, procedente en su mayoría de exclusivas sociedades secre-

tas de corte marcadamente esotérico, tenía motivaciones muy diferentes de las que anunciaban públicamente en sus discursos, cosas que el racionalismo propio de la era industrial no podía aceptar que tu-

vieran aún influencia alguna en la vida social y política de Europa: ciencias ocultas, magia negra, paganismo...

La cruz cristiana fue sustituida en toda Alemania por la esvástica de la inusual forma que en el partido nazi la religión había sido reemplazada por la magia. Por su configuración geográfica y su propia identidad antropológica, Alemania era un país de sueños oscuros nunca

apagados. Allí, los años treinta supusieron una época dorada para el ocultismo. Fruto de ello es que el propio Adolf Hitler fue un verdadero fanático de las ciencias ocultas y un profundo conocedor de las más an-

tiguas tradiciones germánicas. El doctor Stein, un judío austriaco emigrado al Reino Unido en 1933, fue elegido por Churchill como ase-

sor por varias razones. Para empezar, era uno de los más notables medievalistas de su época y una auténtica autoridad en lo referente a las leyendas griegas, simbolismo y alquimia, siendo autor además de varios libros sobre estas materias que gozaron de gran prestigio en círculos académicos. Aparte de esto, aunque tenía buen cuidado de no revelar en público, era poseedor de una extensa cultura esotérica que tuvo que adquirir como herramienta imprescindible para una

comprensión adecuada de multitud de textos medievales, en los que el

lenguaje aparente (exotérico) es una mera fachada de un mensaje significativo (esotérico) que es el que realmente trata de transmitir el autor. Estas cualidades le convertían en un profundo conocedor de la leyenda

de la lanza, lo que unido al hecho de haber mantenido una relación personal con Hitler en su juventud le hacían ser el candidato perfecto para interpretar los propósitos ocultos del dictador.

El mundo en sus manos

Desde que tenía apenas quince años, Hitler desarrolló el convencimiento

mesianico de que algún día el destino del mundo recaería en sus manos: «Aquel que se une a mí es elegido. Por haberse unido a mí por la ca-

idad de la ayuda que me preste. El gran significado revolucionario de nuestra larga y tenaz lucha por el poder es la de provocar el nacimiento de una nueva clase de jefes, llamados a dirigir no sólo el destino del pueblo alemán sino también el del mundo entero.» Años después, siendo poco más que un bohemio medio indigente que malvivía en Viena donde había fracasado en su propósito de 'ingresar en la Escuela de Bellas Artes, esas visiones de adolescente parecían muy lejos de haberse cumplido. Subsistía precariamente pintando acuarelas que vendía a los turistas para tener algo que comer y, no siempre, un techo donde cobijarse. Los que le conocieron en aquella época destacan cómo su existencia miserable contrastaba con su apariencia altiva y sus modales cultos y educados. Tal era la fuerza de su convencimiento en lo tocante a su destino que lo adverso de sus circunstancias no hacía mella alguna en su ánimo.

No tenía amigos. Todo su tiempo lo empleaba en estudiar incansablemente gruesos volúmenes de ocultismo, mitología nórdica y germana, filosofía y política, que sacaba en préstamo de la Biblioteca Imperial. Su pasión llegaba a tal extremo que su evidente malnutrición de aquella época se debía no tanto a la falta de recursos económicos como a las veces que, embebido en sus estudios, se olvidaba incluso de comer. La culminación de este proceso llegó cierto día que se encontraba haciendo bocetos en el Museo del Hofburg, la casa del tesoro de los Habsburgo. Recorría el palacio con evidente mal humor, ya que odiaba profundamente a aquella dinastía que mostraba públicamente unas

riquezas que el espartano Hider consideraba decadentes y antigermánicas. Los cetros y coronas enjorjados despertaban en él una confesada repugnancia y desprecio.

Deambulando por las salas, su atención fue a fijarse en una anti-

gua punta de lanza que se exhibía en una vitrina. Según rezaba el cartel explicativo, era la misma que el centurión romano había clava-

do en el costado de Cristo y a la que las antiguas leyendas atribuían el poder de influir en el destino histórico del mundo. Importantes emperadores, como Constantino y Otón el Grande, creyeron en los

atributos místicos del arma y la empuñaron en sus conquistas. Casi sin

darse cuenta, Hitler se sintió fascinado por el objeto. Era una punta de lanza de hierro oxidado que reposaba sobre un lecho de terciopelo dentro de una modesta caja. Sin embargo, para aquel joven obsesionado con el ocultismo y las leyendas medievales era mucho más que eso: «Supe de inmediato que aquél era el momento más importante de mi vida... Me sentí como un sonámbulo cuyos actos están dictados por la providencia», explicaba años después. «Sin embargo, no

podía adivinar por qué un símbolo cristiano me causaba semejante impresión. Me quedé muy quieto durante unos minutos contem-

plando la lanza, y me olvidé del lugar en que me encontraba. Parecía poseer cierto significado oculto que se me escapaba, un significado que de algún modo ya conocía... Me sentía como si la hubiese sostenido en mis manos en algún siglo anterior, como si yo mismo la hubiera reclamado para mí como talismán de poder y hubiera tenido el destino del mundo en mis manos. ¿Cómo era posible aquello? ¿Qué clase de locura se estaba apoderando de mi mente y estaba creando tal tumulto en mi pecho?».

Hitler permaneció largo rato ante aquella vitrina, hasta que un ce-

lador del museo le llamó la atención pues se acercaba la hora de cerrar. Al día siguiente, el joven Adolf se levantó transformado, presa de una

nueva y poderosa obsesión. Día y noche estudió toda la información disponible sobre la misteriosa lanza. Parecía poseído. El doctor Walter Stein fue testigo de una de las innumerables visitas al Hofburg que Hider realizó aquel mes de septiembre de 1912: «Cuando le vi frente

a la lanza del Destino me pareció que Hider caía en un profundo es-

tado de trance, aislado sensorialmente del mundo exterior, sin tener si-

quiera conciencia de sí mismo.»

- - -1 YTTY@ -1 íWeiser.York Beach, 1982.

En aquellas ocasiones, Hitler experimentaba visiones místicas en las que se veía a sí mismo reclamando la lanza y doliendo con ella el mundo. El objeto que tal

fascinación había despertado en él tenía una leyenda, y el joven Hider quería formar parte de ella. Los reyes y em-

peradores que la habían empuñado salieron victoriosos de sus batallas. Él no sería menos.

Según la leyenda, en la lanza se encuentran encerrados los espíritus del Bien y del Mal. De hecho, el príncipe hechicero Landolfo 11 de Capua vivió obsesionado con el potencial de esta reliquia en os-

culos rituales de magia negra. Este sanguinario príncipe lombardo del siglo ix tiene su importancia en esta historia, pues Hitler ternuino sus

días convencido de que se trataba de una reencarnación anterior suya 2.

Influido por la filosofía de Nietzsche y Schopenhauer eligió conscientemente el camino del mal, renegando de la moral judeocristiana para emular al Superhombre anunciado por estos filósofos. Con tan sólo veintiún años, el joven Adolf había tocado fondo en su vida y se disponía a renacer de sus cenizas para conquistar el mundo.

El libro del doctor Stein

Por aquella Inlisma época,Walterjohannes Stein estudiaba su doctorado en Ciencias en la Universidad de Viena. Al igual que Hifler, también él era un entusiasta de la leyenda griática y se encontraba fas~ cinado por el mágico objeto custodiado en laWeltliche SchatAaminer (Casa del Tesoro). Sin embargo, estaba muy lejos de suponer que aquella fascinación le valdría algún día una orden de arresto dictada personalmente por el jefe de las SS, Heinrich Himmler, así como la confiscación de sus documentos personales para engrosar el archivo de la Almenerbe, el departamento nazi especializado en ocultismo.

' Landolfo 11 de Capua fue el personaje lústórico en el que se inspiró Wolfram von Eschenbach pan crear el personaje de Klingsor, el arcluvillano de su Parsfial. Ue Mark of the Beast, Trevor Ravenscroft y T.Wallace Murphy, Red Wheel/Weiser, York Beach. 1997.

Todo comenzó un día de 1912 cuando Stein visitaba, como solía hacer con cierta Periodicidad, la librería de lance regentada por Ernst Pretzsche, uno de los locales más apreciados por los estudiantes vieneses'.

Buscando material para sus investigaciones dio con una pila de manoseados libros sobre los temas que le interesaban. Sus páginas es-

taban repletas de anotaciones al margen que le impresionaron por el nivel intelectual y acadénico que mostraba la persona que las había garabateado, en especial cuando al ir avanzando en la lectura comprobó que se trataba de apuntes realizados por alguien que había alcanzado un grado poco común de conocirruentos de ocultismo'. Un somero

interrogatorio al librero le hizo averiguar que el primer propietario de aquellos volúmenes había sido un joven pintor sin suerte llamado Adolf Hider. Esperando compartir conocinúentos y anustad con la

que intuía un alma gemela, Stein buscó a Hider y entabló con él una corta e infructuosa relación que terirninó tan bruscamente como ha-

bía comenzado, y en la que la condición de judío de Stein jugó una

baza decisiva. A pesar de lo fugaz de aquella relación, dio tiempo a

que Hider compartiera alguno de sus secretos con su nuevo arru'go'.

Pretzsche y Lodz no fueron en absoluto los únicos mentores esotéricos de Hider. Según August Kubizek -uno de los pocos anuigos

' «Uno de los mentores más influyentes de Hitler era el librero vienés llamado Ernst Pretzsche.

Pretschefue descrito en su momento por el doctor Stein como un hombre de mirada malévola con as-

pecto de sapo. Era devoto M misticismo germáni .co y predicaba la llegada de una raza aria superior. Hitlerfrecuentaba el negocio de Pretzsche, donde vendía sus libros cuando necesitaba dinero. Durante esas

visitas el librero le adoctrinaba en los conceptos del misticismo germánico y le animó

visitas al merero le descubrió en los conceptos del misticismo germánico y le animó con éxito a que utilizara el peyote, no como droga alucinógena, sino como herramienta para alcanzar la iluminación mística.» Wilharn. Braraley, *The Gods of Eden*, Avon Books, NuevaYork, 1989. ' «Terminó por comprar una copia del Parsifal de Eschenbach que había pertenecido una vez a

Hitler y que satisfacía particularmente al doctor Stein. Stein quedó impresionado por la meticulosidad de las notas al margen, aunque simultáneamente se sentía horrorizado por el odio racial patológico que demostraban. » Frank Snyth, *The Occult Connection*, Orbis, NuevaYork, 1992. ' «Hitler llevó al doctor Stein a la parte alta del Danubio para que conociera a su maestro en cues-

tiones místicas, un rústico leñador y herbalista llamado Hans Lodz, que conservaba en su sangre de campesino restos de la atávica clarividencia de las tribus germánicas antiguas y que se asemeja a un ena-

no malévolo sacado de las páginas de los cuentos de hadas o de una ilustración de un libro enfolklore germánico antiguo. Los amigos decidieron nadar en el río, momento en el cual el doctor Stein descubrió

que Hitler tenía solamente un testículo. » Jeffrey Steinberg, *7]le UnknouM Hitler: Nazi Roots in the Occult*, *The New Federalist*, NuevaYork, 1992.

que tuvo Hider durante su juventud-, el futuro dictador alemán pasaba mucho tiempo estudiando nuisticismo oriental, astrología, hipnotismo, rrutología germánica y otros aspectos del ocultismo. En 1909 estableció relaciones con el doctor Jorg Lanz von Llebenfels, antiguo monje cisterciense que, dos años antes, había abierto un templo de «la Orden de los Nuevos Templarios» en el castillo Werfenstein a orillas del Danubio'.

«Von Llebenfels había usurpado su sonoro nombre aristocrático: su nombre de nacimiento era simplemente Adolfo Lanz y vino al mundo en el seno de una familia burguesa acomodada. Sus seguidores eran

pocos pero adinerados. Como discípulo de Guido von List -quien adoptó la esvástica como emblema del movimiento neopagano alemán a finales del siglo- hizo ondear una bandera con la esvástica en las almenas del castillo, donde se practicaba habitualmente la magia ritual y se publicaba una revista titulada Ostara, un periódico de propaganda sobre ocultismo y nuisticismo racista del que el joven Hitler se con-

virtió en ávido suscriptor»'.

En cualquier caso, el propio Llebenfels parecía tener una inusitada fe en su joven pupilo. En una carta dirigida a un correligionario en 1932 escribía: «Hider es uno de nuestros alumnos... Regará el día en que él, y a través de él nosotros, salga victorioso y desarrolle un movimiento que hará temblar el mundo.»

Otros autores aportan explicaciones bastante más prosaicas para los delirios mesiánicos de Hitler. Durante la primera guerra mundial, aproximadamente dos meses después de ser condecorado con la Cruz de

Hierro, Hider sufrió una ceguera a causa del gas mostaza en el transcurso

de una batalla. Fue ingresado en el hospital militar de Pasewalk, en el

norte de Alemania, donde fue diagnosticado equivocadamente como

víctima de una histeria psicopática. Por consiguiente, Hitler fue puesto bajo la tutela de un psiquiatra, el doctor Edinund Forster. Lo que suce-

dió exactamente durante esa época es casi imposible de precisar, pues en

1933 la Gestapo confiscó y destruyó todos los archivos psiquiátricos de Hitler. Semanas más tarde, el doctor Forster se «suicidó».

'August Kubizek, *Young Hitler: friend of my youth*, Londres, 1954. ' Frank Snyth, op. cit.

ertí do en un Si la estancia de Hitler en Pasewalk se ha coriv 1 nusterio que ha generado inúltiples especulaciones ello se ha debido en

gran medida a las declaraciones del Propio dictador alemán. Según Hider, mientras se encontraba en el hospital experimentó lo que den

nimaba una «visión de otro mundo». En esa visión algo o alguien le oí decir que necesitaba recuperar la vista para que pudiera conducir a Alemania.

Le ayudó a la recuperación de la gloria de antaño. Según algunos de sus

biógrafos, el antisemitismo latente de Hitler, cuya semilla estaba ya plantada a través de sus lecturas místicas en Viena, se concretó y tomó

forma definitiva en Pasewalk.

En un magnífico trabajo publicado en la revista *History of Childhood Quarterly*, el psiquiatra doctor Ludolph Binion sugiere que las visiones de Hitler pudieron haber sido deliberadamente inducidas por

el psiquiatra Edinund Forster como un medio para ayudar a Hitler a

recuperar la vista ... El doctor Binion cita un libro de 1939 titulado *Der Augenzeuge* (El testigo), escrito por un médico judío llamado Ernst

Weiss que había huido de Alemania en 1933, y en el que se relata de

forma leve y novelada la «curación milagrosa de Hitler».

En los años siguientes, Stein siguió cuidadosamente la trayectoria

de su antiguo amigo y su meteórico ascenso al poder, consciente de que las inquietudes del tímido y desgarbado jovencito que conoció en

Viena no presagiaban nada bueno para el futuro de Alemania.

Así, en 1938 se produce el Anschluss, la anexión de Austria por

parte de Alemania, y Hitler, convertido con apenas 50 años en Führer del Reich alemán, tiene por fin ocasión de cumplir su sueño de ju-

ventud y alzar en sus manos la mítica lanza. Hitler llegó a Viena el 14 de marzo y su marcha triunfal por la ciudad fue acompañada por el

picar de las campanas de las iglesias. El *Neue Basler Zeitung* describió su edición de aquel día «las escenas de entusiasmo ante la llegada de Hitler». Hitler permaneció en una habitación del hotel imperial. Las siete de la tarde, los gritos del populacho presa del éxtasis no cesaban,

Hitler salió al balcón del hotel y pronunció el siguiente discurso: «¡Camaradas, damas y caballeros alemanes! Sé lo que sentís, pues mismo lo he experimentado profundamente en estos cinco días. X-JJn

1

gran cambio histórico ha llegado a nuestro pueblo alemán. Lo que vosotros experimentáis en este momento, el otro pueblo alemán tam-

bién lo experimenta con vosotros: ¡No sólo los dos millones de personas en esta ciudad, sino 65 millones de nuestro pueblo en todo el

Reich! Este cambio histórico me oprime y me conmueve. Y ante vo-

sotros pronuncio este juramento: en el porvenir, nadie romperá y ras-

gará el imperio alemán como lo ha estado hasta hoy.» Terminadas las celebraciones, y de forma mucho más discreta, Hitler se dirige al Hofburg al que accedió como visitante en sus años de

miseria. Una vez allí, se acerca directamente hacia la vitrina de la lanza y, extrayéndola de su estuche, se encierra con ella ordenando que na-

die le moleste. Tras unas horas de soledad, el Führer emerge de su en-

cierro y ordena que la reliquia sea trasladada a un búnker antiaéreo en Núremberg, la capital espiritual del movimiento nazi.

El retorno de los brujos

No sólo Hitler tenía este tipo de inquietudes. Rudolph Hess, Himmler y otros líderes del nacionalsocialismo alemán eran ocultistas

practicantes y estaban iniciados en los ritos de diversas sociedades secretas. En 1935 el gobierno del III Reich prohibió oficialmente las sec-

tas religiosas en su territorio, pero desde el mismo momento en que se produjo el

las religiones en su territorio, pero desde el mismo momento en que se produjo el ascenso de Hitler al poder y hasta la caída de Berlín a ma-

nos de las tropas soviéticas las ciencias ocultas guiaron las decisiones de Hitler. En la fase previa a la segunda guerra mundial Alemania llevó a

cabo solapadamente una extravagante campaña de reclutamiento de toda clase de magos y brujos. El propio doctor Stein fue invitado a formar parte de este grupo y su negativa provocó que en 1933 fuera arrestado por el que más tarde se convertiría en reichführer de las SS, Heinrich Himmler. En los calabozos de la Orden Negra se le intentó coaccionar de todas las maneras posibles para que accediera a formar parte del buró ocultista de las SS. Afortunadamente, pudo huir a Inglaterra y, finalmente, convertirse durante la guerra en asesor de Churchill y encargado de la «guerra mágica» que los ingleses dirigieron contra Hitler.

,William Branley, OP. cit.

El mago de los guantes verdes

Jan Eric Hanussen, conocido como «el mago de los guantes ver-

des», es uno de los mejores ejemplos de la influencia del mundo oculto en el nazismo alemán. De rostro cetrino y poco agraciado, y vien-

tre muy prominente, cuentan los que le conocieron que de su

personalidad emanaba un encanto tenebroso que le hacía irresistible. Dirigía la segunda parte del espectáculo del elegante Scala de Berlín, y sus exhibiciones paranormales eran tema habitual en las tertulias de los cafés. Toda clase de rumores surgían respecto a él: que si había sido tragasables en un circo, que si en Praga ejercía como vidente para la alta sociedad, que si era nazi incondicional y el astrólogo particular de Hitler. De esta presunta vinculación con los jerarcas nacionalsocialistas obtuvo protección y prestigio.

En las semanas previas al ascenso de Adolf Hitler al puesto de reichschancellor no había nada que presagara como inevitable la ascensión del cabo austriaco al poder. Los resultados de las elecciones al Reichstag en noviembre de 1932 fueron decepcionantes para el Partido Nacionalsocialista, que sólo pudo conservar un tercio de los asientos del Parlamento alemán.

Las arcas nazis se encontraban exhaustas por la campaña electoral. Hitler había tenido que soportar defecciones significativas entre los dirigentes de su movimiento y, presa de uno de sus ataques de histeria, había llegado a amenazar con el suicidio. En voz baja, algunos na-

zis comenzaban a plantearse si realmente aquel hombre tenía lo que había que tener para ser suführer.

Por enésima vez en su vida Hitler había tocado fondo, y echó mano de su creencia en lo oculto llamando a consulta para una sesión privada en su cuartel general en el hotel Kaiserhof de Berlín a Hanussen, el vidente más prestigioso de la época. Aquel fue el comienzo de una curiosa relación de dependencia mutua entre vidente y vi-

sionario en la que Hanussen, judío y homosexual, utilizaba a Hitler como escudo que le proporcionaba una insólita impunidad en aquel período histórico.

'Mel Gordon, Hanussen: Hitler's Jewish Clairvoyant, Feral House, Portland, 2001.

El 24 de febrero de 1933, en el transcurso de una sesión privada, Hanussen cayó en un trance particularmente violento: «La multitud

1...], una gran multitud en las calles . [...] Todo un pueblo aclamando los desfiles de nuestros SS. [...] Es de noche, desgarrada de fuego. f ...] Veo los reverberos iluminados, las luces de la alegría, la cruz en su voragine de fuego. Es la llama de la liberación alemana, el fuego sobre las viejas servidumbres, el fuego que canta la gran victoria del partido. f Ahora alcanza una gran casa. ... 1 ¡Un palacio! Las llamas salen por las ventanas f...], se extienden. [...] Una cúpula pronto va a derrumbarse.

¡Es la cúpula del Reichstag que flamea en la noche!» O. Efectivamente, el Parlamento alemán fue incendiado sólo tres días más tarde. Se intentó acusar del hecho a los comunistas pero pocos dudaban de que los nazis se encontraban detrás de todo.

A partir de ese momento, ciertos Jerarcas nazis, en particular Goebbels, comenzaron a considerar que las cosas habían ido demasiado lejos con el vidente, no sólo por la predicción de lo ocurrido en el Reichstag sino por la tremenda influencia que ejercía sobre notables militantes del partido y sobre el propio Hitler. El

7 de abril de 1933 Hanussen fue ejecutado a las afueras de Berlín por tres pistoleros de las SA. Nadie llegó a saber nunca quién dio la orden.

Guerra mágica

La obsesión de Hider por las ciencias ocultas era de tal calibre que decretó una ley que prohibía expresamente, con durísimas sentencias, la práctica de cualquier forma de adivinación. Se organizaron requisas a gran escala, confiscándose la práctica totalidad de libros y documentos que versaran sobre estos temas. Como última medida, todos aquellos considerados como una «amenaza mágica» para el régimen fueron eliminados o tuvieron que huir precipitadamente de Alemania.

Ibid.

“ Peter Leyenda y Norman Maffei, *Unholy Alliance: History of the Nazi Involvement With the Occult*, Continuum Pub Group, 2002.

Refiriéndose a la masonería, el propio Hider escribió: «Su organización jerárquica y la iniciación a través de ritos simbólicos, es decir sin molestar las inteligencias pero trabajando con la imaginación a través

de la magia y los símbolos de culto, son elementos peligrosos. [...] ¿No veis que nuestro partido debe participar de este carácter? Una or-

den [...] eso es lo que tiene que ser; una orden, la Orden jerárquica de un sacerdocio secular».

Gracias al asesoramiento de Stein, los británicos estaban al co-

rriente de estas peculiaridades de la cúpula nazi y no dudaron en tra-

zar diversos planes encaminados a sacar partido de esta debilidad. La magia podía ser el talón de Aquiles del Führer, algo que consideraba su

gran arma secreta y que, por el contrario, podía convertirse en el motivo de su perdición. Llama la atención cómo en algunos momentos de la guerra los aliados decidieron combatir a Hitler en su propio terreno.

no y recurrieron a notables ocultistas británicos para que emplearan su

talento en una especie de guerra mágica paralela a la carnicería que se

desarrollaba en los frentes. El caso más notable entre éstos es el de Aleister Crowley. Considerado como el mago negro más importante del siglo XX, era un peculiar personaje que se definía a sí mismo como «la bestia del Apocalipsis», pero demostró, a pesar de su impopularidad y mala prensa, ser también un gran patriota que sirvió a su país con lo mejor que tenía: sus conocimientos de ocultismo. Lo cierto es que Crowley ya había actuado como agente doble durante la primera guerra mundial, y al comenzar la segunda propuso al alto mando británico distribuir entre el enemigo panfletos con falsa información ocultista, una táctica que fue utilizada de diversas formas, como la impresión de ediciones sutilmente retocadas de las profecías de Nostradamus, o emisiones de radio en alemán que incluían predicciones astrológicas desfavorables para los nazis y supuestos mensajes de soldados alemanes muertos recibidos a través de una falsa médium. Existe la anécdota de una emisión en inglés de Radio Berlín en la que los alemanes mos-

traban su desagrado por estos hechos: «Aunque Crowley celebre una

misa negra en la catedral de Westminster eso no salvará a Inglaterra», declaraba el airado locutor. No consta que tal ceremonia ocurriese

12 Adolf Hitler, Mein Kampf

nunca, pero, a la luz de los acontecimientos, parece que los británicos tuvieron más acierto que los nazis a la hora de poner de su lado las fuerzas ocultas.

El imperio de la locura

Por su parte, Hitler continuaba con su obsesión mágica recurriendo a todos los medios que tenía a su alcance. Lo que empezó siendo un estudio erudito y metódico se había transformado en una loca carrera sin orden ni meta en la que ya no sólo corrían peligro su vida y su cordura, sino las de todo el país que le seguía ciegamente como líder indiscutible.

Uno de los métodos a los que recurría era el empleo de drogas para adquirir estados alterados de conciencia. Lo que empleado con mesura y en el marco de determinadas tradiciones religiosas es un medio válido y ampliamente utilizado de

determinadas tradiciones religiosas es un medio válido y ampliamente utilizado de introspección mística en las manos de Hitler se convirtió en algo fuera de control. El caudillo alemán terminó convertido en un adicto al peyote, por medio del cual entraba en frecuentes e intensos trances plagados de inquietantes alucinaciones, en las que decía comunicarse con unos rruísteriosos seres a los que denorrnaba «superiores desconocidos»

Pocos se salvaban en la cúpula de la organización nazi de caer en estas veleidades esotéricas. Son numerosos los expertos en ocultismo que han aportado pruebas de cómo tanto Hitler como sus más allegados colaboradores estudiaron concienzudamente oscuras técnicas y ceremonias ocultistas con la pretensión de aplicarlas a sus fines políticos y militares. Incluso el ministro de propaganda Goebbels, que con tanto ahínco se opuso a la influencia del psíquico Hanussen, se animaba a citar fragmentos de las cuartetos de Nostradamus durante sus mítines.

La que en tiempos fue la cabeza del desarrollo y la civilización europea se precipitaba sin remedio hacia un abismo oscurantista, empujada por la locura de sus dirigentes. La irracionalidad y la magia se habían apoderado de la nación a través de sus líderes y de las socieda-

' Lows Pauwels y Jacques Bergier, El retorno de los brujos, Plaza y Janés, Barcelona, 1989.

des secretas que les apoyaban. El Führer, convertido en el ídolo de la población alemana, fue elevado a la categoría de una nueva divinidad germánica, encarnada y enraizada en el oscuro simbolismo del mito wagneriano.

Durante la época nazi Alemania se convirtió en una isla en el aspecto intelectual. Teorías heterodoxas desechadas por la ciencia occidental, como la existencia de la Atlántida, considerada cuna ancestral de la raza aria, se convirtieron en dogmas favorecidos por aquel extraño caldo de cultivo. La religión, la historia, la psicología, incluso las ciencias físicas, se

transformaban distorsionadas por el extravagante prisma del régimen nazi. La cosmología oficial dictaba que la Tierra era hueca y que los se-

res humanos habitamos en su interior. La dinámica del cosmos se explicaba como una perpetua lucha entre el fuego y el hielo. La nueva

ciencia nazi se desarrollaba al margen de los límites impuestos por el mo-

delo cartesiano. La psicología era sustituida por una mezcla de misticismo de Gurdjieff, la teosofía de Madame Blavatsky y los arquetipos de la mitología nórdica. El lugar de la física newtoniana era ocupado impunemente por una misteriosa fuerza llamada M1, extravagantes doctrinas geológicas que afirmaban que la Tierra está hueca y la fría cos-

mología de Hans Hörbiger, la doctrina del hielo eterno, se enseñaban en

las escuelas a pesar de ser una completa superchería".

Estas extravagantes hipótesis eran creídas con tal convicción, que las trayectorias de los misiles V1 y V2 se trazaban teniendo en cuenta ta-

les principios, a pesar de lo cual algunos incluso llegaban a alcanzar maravillosamente sus objetivos.

IA Sociedad de Thule

El auge del III Reich no es fácil de explicar sin hablar de un grupo secreto llamado «La Sociedad de Thule». Diversos estudiosos opinan que esta sociedad secreta de carácter germano y arlo era el ver-

dadero poder oculto que se escondía tras el Partido Nacional-socialista.

" Vladimir Teráski, Secret research on antigravity and spaceflight organized by the german secret

societies during World War II, Stearnshovel Press, núm. 9, otoño de 1993.

Su idealismo propugnaba un regreso a la magia y la irracionalidad que dominaban el mundo durante la Edad Media. El bagaje doctrinal de la orden estaba formado por una extraña fusión de pangermanismo, an-

timaterialismo, espíritu medieval, aspectos del pensamiento rosacruz, enseñanzas alquímicas y, en general, todo aquello relacionado con la

15 tradición esotérica occidental .

Ellos fueron quienes se encargaron de alentar las más descabelladas aventuras de Hider, desde la captura de la lanza del Destino a las bús-

quedas del santo Grial o el Arca de la Alianza, que tan buen juego han dado en el cine de aventuras. Tal vez un ejemplo nos ayude a

mostrar hasta qué punto era influyente este grupo en la vida alemana. El 6 de abril de 1919 hubo en Baviera una verdadera revolución en la que socialistas y anarquistas tomaron las calles y proclamaron la República Soviética de Baviera. Sin saber cómo ni de dónde, surgió un

grupo de resistencia, «los blancos», compuesto por soldados desmovilizados conocidos como Frel Corps, equipados, entrenados y financiados por la Sociedad de Thule. Gracias a este misterioso ejército, la revolución bávara fue aplastada en pocas semanas sin necesidad de in-

tervención gubernamental. En palabras de un periodista francés de la época: «La hipótesis de una comunidad secreta en la base del nacionalsocialismo se ha ido imponiendo poco a poco. Una comunidad demoníaca, regida por dogmas ocultos mucho más complicados que las doctrinas elementales expresadas en el Mein Kampf y servida por ritos de los que no se advierten huellas, aisladas, pero cuya existencia parece indudable a los analistas de la patología nazi.»

Quizá el mejor ejemplo de esto sean las temidas SS, el cuerpo de elite de la maquinaria nazi. Elite de la guardia personal de Adolf Hitler, se transforma poco a poco en una orden religiosa-militar basada en

doctrinas ocultistas. Su credo racista y excluyente les condujo a intentar

cumplir todas las extrañas y terroríficas doctrinas del nacionalsocialismo. Básicamente, se trataba de una poderosa herramienta diseñada para subyugar a las consideradas «razas inferiores» y conseguir la máxima purificación de la estirpe aria a través de la selección y el linaje racial. Su amenazadora estética fue concebida para personificar la

“ Ken Anderson, Hitler and the occult, Prometheus Books, Nueva York, 1995.

imagen de la raza aria como clase dominante. Organizados como una

orden de caballería a la antigua usanza, en sus ritos siempre estaban presentes elementos tomados del paganismo germano y otras corrientes

ocultistas. No debe pues extrañarnos que uno de los requisitos para formar parte de esta elite del nazismo fuera el renegar de manera ca-

tegórica de la religión cristiana, a la que se consideraba fuente de todos los males de la raza aria -

Paranoia colectiva

Fue una época de paranoia colectiva en la que oficiales de las SS afirmaban sin rubor que, según la doctrina nacionalsocialista, el canal de la Mancha es mucho menos ancho de lo que dicen los mapas. Muchos de los jefes nazis eran hombres que creían en la magia, para los que el universo no era más que una ilusión, algo cuya es-

tructura podía ser modificada, doblegada por la voluntad de los iniciados. Tal fue la motivación que llevó a Hider a enviar sus tropas a

Rusia sin equipo invernal. «Yo me encargaré del invierno», dijo a sus

generales, convencido de que los fuegos arcos harían retroceder a los hielos eslavos

El imperio de la magia había alzado su fantasmal trono en Alemania. ¿Qué misterioso poder provocaba la fascinación que Hitler ejercía sobre su pueblo? Hubo quien vio en su potente y demencial ora-

toria a un hombre poseído por alguna suerte de espíritu maligno. La respuesta es mucho más sencilla. A través de sus estudios, Hider había aprendido el inmenso poder que ejercen los símbolos sobre las masas

Y emprendió la tarea de dar vida a los mitos que, si bien ignorados, se-

guían siendo poderosos en lo más profundo del inconsciente colectivo del pueblo alemán.

El entramado ocultista del régimen nazi sigue siendo una de las asinaturas

El ceremonial ocultista del régimen nazi sigue siendo una de las asignaturas pendientes de la historia contemporánea. Por desgracia, lo publicado hasta la fecha no ha contribuido en absoluto a levantar este

‘ Ibid.

‘ Pauwels y Bergier, op. cit.

velo. Hay probablemente mucha más mitología sobre el ocultismo nazi que sobre otros temas aparentemente más sabrosos para la especulación, como la vida sexual de Hitler o su presunta huida a Argentina o al polo Sur. Han sido demasiados los autores que se han dedicado a repetir «hechos» que han leído en otros libros, cuyos autores, a

su vez, hicieron lo mismo, haciendo prácticamente imposible remontarse a la fuente original de la información.

Afortunadamente, existen estudiosos serios de esta materia, como

Nicholas Goodrick-Clarke, cuyo libro ` es con toda seguridad el me-

mejor existente en la actualidad sobre la materia. Este doctor en Filosofía por la Universidad de Oxford nos presenta una estremecedora galería de antecedentes mágicos del nazismo cuya extensión nos da una idea de lo poco que sabemos de sus orígenes: ariosofía, wotanismo, la Armanenschaft, la Orden de los Nuevos Templarios, la Germanenorden, la Sociedad Edda, la Sociedad de Thule, la OrdenVril... Gracias

a este trabajo comprendemos que lo que sucedió en la Alemania de Hider no fue sino la terrible culminación de un proyecto que estas or-

ganizaciones fueron desarrollando con precisión y disciplina germánicas durante todo el siglo xix.

Son múltiples los enigmas que quedan por desvelar respecto al esoterismo nazi. Pongamos un ejemplo: cuando las tropas soviéticas en-

traron en Berlín se encontraron con un grupo de soldados de las SS que se habían suicidado en el cuartel general de la orden utilizando unas extrañas dagas rituales. Pero lo que realmente llamó la atención de los soldados que realizaron el macabro hallazgo fue que todos los ca-

dáveres eran de raza tibetana ` . ¿De dónde habían salido aquellos hombres? Nadie supo contestar a esta pregunta. Los soldados no llevaban consigo documentos ni insignias y sus nombres no figuraban en nin-

gún registro. Nada se sabe de su origen, pero este hecho sugiere que Hitler consiguió culminar otra de sus ambiciones ocultistas, mantener un «intercambio místico» con grupos de iniciados del Tíbet.

“ The Occult Roots of Nazism: Secret Aryan Cults and Their Influence on Nazi Ideology, The Ariosophists of Austria and Germany, 1890-1935, Tauris & CO., Ltd., Londres, 1992. ” Pauwels y Bergier, op. cit.

Conclusión

Para finalizar nuestra historia sobre la obsesión de Hitler con la mitología y el ocultismo aportaremos un epílogo tan poético como

real. El 20 de abril de 1945, el mismo día en que Hitler cumplía 56 años, la compaña C del Tercer Ejército norteamericano ocupa tras duros combates la ciudad de Núremberg. Diez días después, el 30 de abril, el teniente William Horri consigue abrirse paso hasta el búnker secreto donde la lanza del Destino era custodiada como uno de los mayores tesoros del III Reich. En ese mismo instante, a muchos kilómetros de allí, en otro refugio subterráneo situado en el corazón de Berlín, Adolf Hider se suicidaba disparándose una bala en la cabeza. Quién sabe si el dictador tenía razón y su destino estaba urdido realmente al de aquella lanza que le hizo soñar con la conquista del mundo.

CAPÍTULO VIII

MÁS BRILLANTE QUE MIL SOLES La verdadera historia de las pruebas nucleares

- El desarrollo del programa de armamento nuclear estadounidense supuso uno de los más graves casos de irresponsabilidad científica de la historia.

o Se hicieron detonar armas nucleares en maniobras militares en las

que participaban soldados que en un alto porcentaje sufrieron cáncer y otras enfermedades durante los años posteriores.

o La población autóctona de las islas Marshall sufrió un genocidio silencioso, deportados forzosamente para que su paradisíaca tierra natal fuera sistemáticamente achicharrada por las pruebas nucleares de la marina norteamericana.

o En 1954, un error de cálculo hizo que uno de estos artefactos explotara con una potencia cinco veces superior a la prevista, extendiendo una contaminación radiactiva que afectó a miles de seres humanos.

o Según el Instituto Nacional del Cáncer, las pruebas nucleares en el desierto de Nevada son culpables de 75.000 casos de cáncer de tiroides y de un 40 por 100 de las leucemias infantiles de la zona.

No siempre es precí .so merodear por los suburbios de la historia para encontrar un caso de conspiración. A veces, la mampulación de la verdad con-

siste en haber omitido deliberadamente ciertos detalles escabrosos y poco convenientes de hechos históricos conocidos y documentados. Tal es el caso de la carrera por la conquista del átomo. Durante las décadas de los 40 y 50, los hongos nucleares florecieron con mucha más profusión de la que el público en general pudiera suponer, y en unas condiciones que aún hoy nos producen escalofrío. Ésta es la historia de esa época y de los hombres que se sin-

tieron dioses creando la mayor pesadilla a la que jamás se haya enfrentado la humanidad.

Finalizada la guerra fría y con la promulgación del Acta de Libertad de Información, que regula la desclasificación de secretos oficiales cuando las circunstancias indican que ya han perdido su carácter de materia reservada, Estados Unidos -en la década de los noventa- parecía estar viviendo su peculiar versión de la perestroika. Los aficionados a la parapolítica se dieron un verdadero festín con la desclasificación de documentos que confirmaban todas aquellas extrañas teorías que les habían hecho acreedores al calificativo de «chiflados» por parte de sus conciudadanos más conformistas. Otros, suspicaces hasta las últimas consecuencias, ni aun así se dejaron llevar por el entusiasmo y pensaron que se trataba de uno de los trucos más viejos que existen en

política: el célebre «vamos a cambiar algo para que todo siga igual». Fueran cuales fuesen las intenciones escondidas tras esta hemorragia de sinceridad, lo cierto es que la opinión pública se vio beneficiada con el acceso a un material que, aunque algo caduco, ponía de manifiesto la alegría con que Estados Unidos pisoteó en muchos casos los derechos de sus propios ciudadanos mientras duraron las tensiones con el bloque del Este.

Un buen ejemplo de ello lo constituye la desconocida historia de las pruebas nucleares norteamericanas. En su sede de Albuquerque, el DOE (Departamento de Energía norteamericano) almacena 6.500 rollos de película cuyo visionado fue negado durante décadas a la opinión pública estadounidense, que tuvo que esperar hasta mediados de la década de los noventa para que perdieran su carácter de materia reservada'. En la actualidad, esas películas se están comercializando en video a un precio medio de 10 dólares la copia. En esos vídeos se recogen estremecedores documentos que constituyen la historia secreta

del armamento nuclear estadounidense: un impactante relato gráfico que resulta especialmente aleccionador precisamente ahora que vuel-

ven a producirse este tipo de experimentos, patrocinados esta vez por naciones del denominado Tercer Mundo.

¿Qué tiene de especial esta documentación para que hayamos fijado nuestra atención en ella? Muchas cosas. En principio, que no se

trata de nada remotamente parecido a aquellas filmaciones propagand-

' <http://www.nvdoe.gov/news%26pubs/photos%26films/testfilnis.htm>

dísticas de la guerra fría, en las que instaban a los ciudadanos estado-

idenses a ver al átomo como un amigo y al armamento nuclear un' como el garante de las libertades democráticas frente a la horda roja que acechaba al otro lado del océano. Todo lo contrario, estas imágenes muestran la realidad descarnada, sin endulzar ni maquillar de las pruebas atómicas. Muestran paisajes y situaciones en los

encuizan ni maquinaria, de las pruebas atómicas. Muestran paisajes y situaciones en los que el adjetivo «apocalíptico» deja de ser una licencia literaria gratuita para cobrar su verdadero sentido.

Uno tras otro se repasan lamentables episodios, como la existencia de pruebas nucleares en la catástrofe, ecológica y humana, provocada por las detonaciones Revadas a cabo en el atolón de Bikini, cuyas con-

secuencias aún tardarán muchos años en ser paliadas y que trajeron consigo la evacuación de la práctica totalidad de la población de las is-

las Marshall.

Damas y caballeros, bienvenidos al circo atómnico, sin lugar a duda el mayor y más terrible espectáculo del mundo.

«Somos unos h@os de puta»

Éstas fueron las históricas y poco solemnes palabras pronunciadas el 16 de julio de 1945, a las 5 horas, 29 minutos y 45 segundos, por el doctor Kermeth Bainbridge 2. Acababa de ser testigo de la primera explosión nuclear en el campo de tiro de Alarnogordo (Nuevo México), concretamente en un lugar que tenía el apropiado nombre de «Jornada del Muerto». Allí, en el grado 33 de latitud norte (hay quien ha querido ver en esto una retorcida muestra de humor masónico), la humanidad entró en la denominada «era atórmica». Con aquella ex-

plosión culminaba el Proyecto Manhattan, la mayor operación militar secreta de todos los tiempos. La mayor parte del mérito de aquel éxito correspondía al doctor J. Robert Oppenheimer, que había conse-

guido llevar a buen puerto la empresa que se le había encargado en

1942: fabricar una bomba atónu'ca antes que los alemanes.

' Stephane Groueff, The Manhattan Project: The Untold Story of the Making oj_ the Atomic Bomb, iUrúverse.com. Lincoln, Nebraska, 2000.

Sólo fueron 19 kilotones, pura pirotecruía en comparación con lo que vendría después, pero ninguno de los que tuvieron ocasión de presenciar aquello pudieron olvidarlo jamás, y quienes en aquel mo-

mento sintieron un vacío de vértigo en la boca del estómago pudieron al menos consolarse con la idea de que aquello se estaba haciendo en pro de una causa justa.

Apenas un mes después de esta prueba, 200.000 personas pere~ cían achicharradas en las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki. Ellas fueron las víctimas inmoladas en razón de la «causa justa» de acortar la guerra y quienes pasaron a la historia oficialmente como las primeras víctimas del armamento nuclear. Sin embargo, los primeros seres humanos que sufrieron en sus carnes la mordedura de la radiación de una bomba atórruca fueron en realidad estadounidenses.

No había precedentes -de hecho aún había quien tenía sus dudas sobre si la explosión no provocaba una reacción en cadena capaz de terrninar con la vida sobre la Tierra-, así que hubo que improvisar, lo que llevó a que en Alamogordo se cometieran las primeras, aunque M mucho menos las más graves, chapuzas nucleares norreamer-

ricanas. Por ejemplo, la autopista nacional 380, que pasaba a sólo 15 km del lugar de la explosión, recibió una considerable dosis de radiación. Desconocemos si había algún automóvil circulando por aquel paraje en el momento de la detonación, pero si lo había estamos seguros de que su conductor ya no permaneció con vida después de aquello. Una dosis similar de radiación cayó sobre las propiedades de dos familias de la cercana ciudad de Bingham, las cuales no fueron ni avisadas ni evacuadas por las autoridades militares. Incluso en puntos más alejados se

podieron apreciar efectos de la detonación sobre el ganado de algunas fincas de los alrededores, muchas de cuyas cabezas presentaban graves quemaduras producidas por la radiación beta.

La seguridad tampoco fue precisamente el aspecto más brillante del Proyecto Manhattan. En 1945 Klaus Fuclis, un físico británico que participaba en el proyecto, se reunió en dos ocasiones con un agente soviético cuyo nombre en clave era Raymond, proveyéndole de toda suerte de información técm'ca sobre el desarrollo del experimento de Alamogordo y sembrando la seniffila del programa nuclear soviético. Su arresto y posterior confesión sería el pistoletazo de salida de la cruz-

da anticomulu* sta del senador Joseph McCarthy, y constituiría el primer acto de la lamentable sucesión de acontecin-iiientos que culminaría en

1953 con la ejecución en la silla eléctrica del matrimonio Rosenberg’.

A pesar de todo este cúmulo de irresponsabilidades, en 1975 el lugar mereció la designación como monumento histórico nacional y un equipo de obreros, que recibieron una gratificación extraordinaria por trabajar allí, levantó un obelisco conmemorativo en el punto exacto

en el que tuvo lugar la explosión.

Expulsados del paraíso

No había pasado un año desde Hiroshima y Nagasaki, operaciones ambas diseñadas y llevadas a cabo por el ejército, cuando la marina de guerra estadounidense comenzó a preguntarse hasta qué punto la nueva

arma podría ser también de utilidad para ellos. Para dar respuesta a

esa pregunta se diseñó la denominada Operación Crossroads. La fecha establecida para esta nueva prueba fue el 1 de julio de 1946. A pesar de lo recientes que se encontraban los horrores de Hiroshima y Nagasaki, el mundo se encontraba aún en plena edad de la inocencia nuclear. El átomo era sólo una fuerza más de la naturaleza llamada a ser domesticada por el hombre.

La Operación Crossroads consistía básicamente en comprobar los efectos que tendría una detonación nuclear sobre una flota naval. El lugar elegido para la cuarta explosión nuclear de la historia fue el atolón

de Bikini, en el archipiélago de las islas Marshall, escenario de una de las más sangrientas batallas de la guerra del Pacífico. En febrero de

1946 el comodoro Ben H. Wyatt, gobernador militar de las islas, co-

municó oficialmente a sus habitantes que deberían abandonar temporalmente sus casas ya que el Gobierno de Estados Unidos tenía previsto llevar a cabo allí una prueba nuclear. Su sacrificio contaría con el agradecimiento de toda la humanidad, ya que esta prueba sería una

pieza fundamental en el futuro desarrollo tecnológico y en el final

de Ronald Radosh y Joyce Milton, *The Rosenberg File*, Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1983.

definitivo de todas las guerras. Boflito discurso, tanto que el rey Juda, soberano de la isla, no dudó en creerlo y accedió de buena fe a la petición norteamericana. Claro que tanipoco una negativa hubiese ser-

vido de mucho. Así, en marzo de 1946, comenzó el penoso éxodo de los 167 habitantes de Bikini, con su rey a la cabeza, que fueron deportados a otro atolón a doscientos kilómetros de distancia, Rongerik, un lugar mucho más pequeño, con escasos recursos de agua y corruída. Para colmo de humillaciones, Rongerik había sido considerado tradicionalmente como un lugar maldito por los habitantes de Bikini. Todo ello contribuyó a que los nativos se arrepintieran de haber aca-

tado tan mansamente la decisión estadounidense. Pero ya era dema-

siado tarde. Por aquel entonces, un ejército de 42.000 personas, 242 barcos y 156 aviones había invadido el atolón ultimando los preparativos del ensayo e instalando 25.000 detectores de radiación repartidos por toda la zona’.

Lo cierto es que Bikini era el lugar perfecto para este propósito; ais-

lado, desierto (una vez deportada la población aborigen, claro) y alejado de las rutas marítimas habituales. Que, además, se tratara de un dehcado ecosistema de gran riqueza natural fue una circunstancia que m

siquiera se tomó en consideración. Durante días fue desplegada en el área circundante una siniestra flota de barcos fantasma forniada por buques de todos los tipos y tamaños que se encontraban a punto de ser

desguazados y que servirían de «blanco», llevando a bordo una tripulación formada por 5.400 cerdos, ratones, cabras y ovejas que sustituirían a los marineros y permitirían estudiar los efectos de la radiación sobre los organismos afectados por el disparo.

El principal resultado de aquel experimento fue que los habitantes de Bikini jamás regresaron a su isla, convirtiéndose en el primer pueblo de la historia que ha sufrido un éxodo nuclear. En la actualidad, llevan una

un exodo nuclear. En la actualidad, llevan una

vida errante' dependiendo de la hospitalidad de otros pueblos y soñando con volver algún día a un paraíso que ya no existe.

' Nuclear Testing in the Marshall Islands. A Brief History, Micronitor News and Printing Company, Majuro, agosto de 1996.

5 La página web institucional de la República de las islas Marshall cuenta con todo deta-

lle la tragedia de este pueblo: <http://www.embassyus.org/relocniap.gif>

El arsenal atómico

1951 fue el año en que Estados Unidos se hizo con un arsenal nuclear tal como lo entendemos en la actualidad, que fue probado a lo largo de una serie de experimentos conocidos colectivamente como

Buster/Jangle y que tuvieron lugar en el campo de pruebas que a tal efecto se estableció en el desierto de Nevada. La vuelta a las pruebas nucleares en territorio estadounidense era algo obvio debido a los enormes costes económicos y logísticos que implicaba la experimentación en el mar del Coral, ello sin contar con que el ejército prefería probar sus artefactos lejos de las miradas de la marina. Por otro

lado, los científicos encargados del desarrollo del arsenal nuclear ne-

cesitaban algo más accesible y Nevada se convirtió en la opción perfecta.

Yucca Flat, un antiguo territorio de buscadores de oro situado a algo menos de cien kilómetros al norte de Las Vegas, fue el lugar es-

cogido para las siete detonaciones nucleares (Able, Barker, Charlie, Doc, Easy, Sugar y Uncle) que se realizaron mientras duró el proyecto. Científicos y militares tenían en esta ocasión diferentes intereses y las pruebas tuvieron que ser diseñadas para satisfacer las expectativas de ambos. Los científicos necesitaban afinar aspectos tecnológicos, como el desarrollo de dispositivos de disparo más fiables, o encontrar formas de obtener energías mayores de la misma cantidad de material fisible. Por su parte, los generales necesitaban desarrollar la táctica de la guerra nuclear, un estilo de combate inédito que necesitaría de sus propios procedimientos. Para desarrollar esas tácticas se llevó a cabo una serie de maniobras militares que coincidían con las pruebas, y en las que centenares de soldados fueron expuestos a la radiación de las explosiones atómicas. La primera de estas desgraciadas unidades fue el 354th Engineer Combat Group, con base en Fort Lewis, Washington, que fue el encargado de preparar el campo para las primeras maniobras atómicas de la historia'. Si atendemos a las circunstancias históricas no era

' En <http://v~.aracnet.com/~histgaz/atom/bires/table.html> encontraremos un magnífico repaso de lo que fueron estos demenciales juegos de guerra desde el punto de vista de los soldados que participaron en ellos.

129

de extrañar tanta prisa. En otoño de 1950 la guerra de Corea se en-

contraba en su apogeo y EE UU habían perdido el monopolio nuclear al haberse detonado con éxito el primer artefacto atómico soviético. La guerra fría era un hecho y el fantasma de un apocalipsis radiactivo se cernía sobre el mundo. La única manera viable de que el arsenal ter-

en sen "do era mononuclear no fuera una amenaza baldía en un pulso si ti

conseguir que su empleo no fuera un sinónimo del fin del mundo, quebrantando la doctrina de la «destrucción mutua asegurada» que mantenía el precario equilibrio entre las superpotencias. Se trataba de desarrollar armas más pequeñas que fueran susceptibles de ser utiliza-

das de manera «segura» en una batalla real. Sin embargo, los científicos tenían ideas propias al respecto. Ellos no se encontraban allí para probar un arma, sino una teoría. Concretamente, estaban muy interesados en los efectos de la radiación sobre los organismos vivos, algo que ya había comenzado a ser estudiado en el atolón de Bikini. La novedad esta vez fue que los centenares de animales que dieron sus vidas por el progreso atómico fueron piadosamente anestesiados antes de ser expuestos a los efectos de la explosión y más tarde viviseccionados. Claro que, si de verdad querían conocer los efectos de la radiación sobre el cuerpo humano, aquellos técnicos podían haber recurrido a los 75.000 enfermos de cáncer de tiroides que según el Instituto Nacional del Cáncer provocaron las pruebas nucleares de Nevada o

... a las víctimas del 40

por 100 de incremento en casos de leucemia infantil que se produjo en el vecino Estado de Utah entre 1951 y 1958.

juegos de guerra

La siguiente tanda de pruebas nucleares se verificó bajo el nombre en clave de Tumbler/Snapper y pasará a la historia como el experimento nuclear en el que más seres humanos se vieron implicados como conejillos de Indias. Bajo el patrocinio de la recién creada Co-

misión de Energía Atómica, cientos de seres humanos fueron ex-

puestos, ahora más directamente que nunca, a la acción de las detonaciones atómicas. Una actitud tan negligente como carente de respeto hacia las personas utilizadas como sujetos experimentales. Hubo abu-

sos de todo tipo e incluso se dio el caso de pilotos a los que les fue or-

denado volar a través del hongo radiactivo para tomar muestras de la atmósfera. Pero no eran las muestras atmosféricas lo que se estaba intentando estudiar. Ni siquiera importaba ya el efecto de la radiación so-

bre el cuerpo humano. El propósito de esta actitud aparentemente inexplicable era llevar a cabo un detallado estudio psicológico sobre el comportamiento de las tropas en un campo de batalla atómico. En caso de guerra era preciso contar con operativos eficaces que apoyasen de inmediato la contundente acción de los bombardeos nucleares y, al igual que se entrenaba a los antiguos caballos de batalla disparando armas de fuego cerca de ellos para que Regado el momento no se

asustaran, se llegó a la conclusión de que con los seres humanos se podía hacer lo mismo. Así comenzó una auténtica locura en la que en

cada sucesiva prueba los soldados eran ubicados cada vez un poco más cerca del núcleo de la explosión: «Antes de que estos hombres fueran asignados a la operación», dice en tono enfático el narrador del documental, «tenían un montón de prejuicios sobre la bomba y sus efectos. Algunos de ellos pensaban que nunca volverían a ser capaces de tener

familias. Otros temían quedar sordos o ciegos. Algunos creían que brillarían durante horas tras la explosión de la bomba. Como tantas

otras personas en su situación, muchos de ellos estaban asustados. Nunca habían dedicado tiempo o esfuerzo a aprender los hechos y lo que hay que hacer cuando se trata con armamento atómico. Estos hombres han sido adoctrinados sobre lo que sucede y lo que deberán hacer si

cae la bomba. Cualquier duda que quede en ellos quedará completamente eliminada tras la experiencia de esta operación».

Sin embargo, a pesar del entusiasmo del narrador, los resultados no pudieron ser más desalentadores. Según los psicólogos, los soldados sufrían un enorme estrés emocional cuando presenciaban una explosión nuclear y ello les hacía impredecibles en condiciones de combate. Ni siquiera las constantes sesiones de adoctrinamiento a las que fueron sometidas las tropas consiguieron que variase esta situación, y los casos de estrés postraumático se multiplicaban entre los conejillos

Operation Tumbler Snapper, 1952, 47 minutos. Documental producido por la USAF en el Lookout Mountain Laboratory, Hollywood, California. (Las partes consideradas aún como clasificadas han sido censuradas.)

de Indias humanos. Es comprensible que estuvieran asustados. Durante los años siguientes los miembros de este colectivo han desarrollado toda clase de cánceres, enfermedades sanguíneas, degenerativas y psíquicas. Eso sin contar los daños genéticos que han transnulado a sus hijos y nietos, y que hacen recordar amargamente a los afectados cómo sus instructores ridiculizaban sus ruidos respecto a cómo la radiación podría afectar a su capacidad reproductora. Lo peor de todo es que no les llega ninguna ayuda o indemnización ya que, dada la condición de alto secreto que tenían aquellos experimentos, no tienen manera de demostrar ante un tribunal la relación entre sus males y las pruebas nu-

cleares de las que fueron partícipes'.

Lógicamente, la opinión pública se mantenía a raya a todo esto, a

¡ pesar de que el programa de pruebas ni siquiera era un secreto y medios de comunicación como la revista Life mantenían a los norteamericanos informados de lo que estaba sucediendo en Nevada e incluso publicaban fotografías de las nubes nucleares. Por extraño que pueda parecer, semejante actitud era relativamente corriente en aquella época, ya que nos encontrábamos en el apogeo de una campaña propagandística a todos los niveles para que los estadounidenses vieran

lo relacionado con la energía nuclear -y muy especialmente lo relacionado con el armamento nuclear- con absoluta normalidad.

Durante el programa Tumbler/Snapper se probaron varios tipos de bomba atómica con potencias que oscilaban entre 1 y 30 kilotones. Una ciudad entera con edificios y árboles fue construida alrededor de la zona de pruebas para reproducir con la mayor fidelidad posible los efectos de una explosión atómica en un núcleo urbano.

Poco a poco, el campo de Yucca Flat se fue cubriendo de cráteres de diferente tamaño y profundidad dependiendo de la intensidad de cada explosión y de las condiciones geológicas del terreno. La Comisión de Energía Atómica nunca parecía tener suficiente y siempre so-

licitaba «una prueba más» para verificar sobre el terreno tal o cual idea.

‘ Las reivindicaciones de este colectivo pueden ser consultadas en la página web de la Asociación Nacional de Veteranos Atómicos: [http://www.wangelfire.com/tx/ato"cveteran/index.litnil](http://www.wangelfire.com/tx/ato)

La bomba H

1952. La pérdida del monopolio nuclear por parte de EE UU había colocado a las superpotencias en una incómoda situación de equilibrio. El desarrollo de la bomba de hidrógeno era el proyecto en el que Estados Unidos había puesto todas sus esperanzas de volver a decantar la balanza de su lado. Sobre el tablero de diseño, la construcción del nuevo artefacto atómico no revestía especial dificultad. Pero no bastaba con fabricarla: también era necesario comprobar sobre el terreno su potencial destructivo, para lo cual se volvió al Pacífico, donde tuvieron lugar las pruebas designadas bajo el nombre de Operación Ivy. Esta vez el escenario de la prueba sería el atolón de Enewetak, una vez más en las ya castigadas islas Marshall, donde se montaría y se haría estallar a Mike, la primera bomba de hidrógeno de la historia, cuyo nombre fue escogido por la «M» de megatón.

Nadie sabía a ciencia cierta lo que podía suceder, ya que hasta aquel momento la «bomba H» sólo había sido un mero planteamiento teórico. Pero el ritmo de los acontecimientos y las imposiciones que marcaron los militares hizo que no hubiera tiempo para contemplaciones; había que disponer de la bomba de hidrógeno antes que los soviéticos y, más allá de eso, las demás consideraciones carecían de importancia. En aquel momento histórico la posibilidad de una confrontación nuclear era real y cualquier posible ventaja podía decidir quién sería el «vencedor».

Mike era, pues, una verdadera incógnita, y estimaciones como las distancias de seguridad se establecieron prácticamente a ojo. Los 10,4 megatones del artefacto le otorgaban una potencia 750 veces superior a la bomba de Hiroshima, y eso despertaba cierta inquietud entre los encargados del experimento, el llamado «Comité Panda» dirigido en el laboratorio de Los Álamos por J. Carson Mark. Pero la tentación de ir más allá de lo que nadie había soñado, desencadenando una energía sólo comparable con la que vibra en el corazón del sol, era grande. Se trataba de llevar a cabo la mayor demostración de poder que jamás se

‘Mencionaremos como curiosidad que este nombre ha sido tomado por un grupo de científicos cuya consigna es «el gobierno es la ciencia de la represión».

hubiera realizado en la historia humana. Pero la naturaleza tenía una

sorpresa reservada para los científicos y militares responsables del proyecto. Mike fue un éxito más allá de las esperanzas de los que lo diseñaron, y aún hoy es la cuarta mayor explosión nuclear de la historia de Estados Unidos. Con el paso del tiempo fueron muchos los militares

que confesaron haberse sentido horrorizados al comprobar que te-

nían en sus manos el instrumento para borrar para siempre de la faz de

la Tierra enormes núcleos de población.

Pero como siempre, la Comisión de Energía Atómica no tenía su-

ficiente. y comenzó a fabricarse King -en este caso la «K» era de ki-

lotón-, un segundo prototipo completamente operativo y diseñado

para ser lanzado por un bombardero B-36 sobre la isla KwáJalein, también en el archipiélago de las Marshafi. King casi llegó a superar a

su hermano a pesar de tener un tarnano considerablemente menor.

Esta sola detonación supuso la liberación de más poder destructivo del que se había empleado durante la totalidad de la segunda guerra mundial. King fue el modelo para el desarrollo de la Mk-18, un arma nuclear de la que EE UU construyó decenas de unidades durante los

años posteriores.

Retorno a Bikiní

Con el tiempo, un nuevo concepto hizo aparición en la termino-

logía geopolítica: la «escalada nuclear». Ambas potencias se habían em-

ciega carrera por poseer más armas, cada vez más pobarcado en una Potentes, como si hubiese alguna diferencia en tener el poder para

destruir la Tierra dos o quince veces, salvo para beneficio de las em-

presas de armamento. En medio de este clirria se hizo necesaria una

nueva batería de pruebas nucleares que, bajo el nombre de Opera-

ción Castle, se realizaron en un escenario que ya se había convertido en un clásico de los experimentos atómicos: el atolón de Bikiní. El

propósito principal en esta ocasión consistía en probar artefactos nu-

11 Nornian Moss, Men »o Play God: The Story of the H-Bomb and How the World Came to

,Live With It, Harper Collins, NuevaYork, 1968.

cleares baratos y de poco peso que pudieran ser producidos en masa y empleados eficazmente como arma de bombardeo. Para ello tenía especial importancia la distancia mínima de seguridad desde la que un

avión podía arrojar una bomba atómica, máxime cuando el progresivamente reducido tamaño de los artefactos abría la posibilidad de ata-

car varios objetivos en una nuisma rruisión. Podemos hacernos una idea de las intenciones que animaban el proyecto a través de las palabras del general Clarkson, al mando de la junta de la Fuerza Operativa 7, en-

cargada de la ejecución del proyecto: «Castle fue, con diferencia, la más complej a y significativa operación en la corta pero impresionante historia de las pruebas nuilitares y, en rru opinión, absolutamente vital para la seguridad nacional y la del resto del mundo libre» “.

La isla de Perry fue elegida como el lugar donde se montarían las bombas y Enyu sería el sitio desde donde se dispararía el primer artefacto, conocido en clave como Bravo. La tecnología nuclear ya no era

algo nuevo, así que en esta ocasión se respiraba confianza entre los participantes en la misión y, como suele suceder, en este caso la confianza fue inevitablemente la antesala del error. La cantidad de radiación erIntida fue sensiblemente mayor que la esperada, y si las pruebas anteriores ya habían afectado a la isla, la Operación Castle la convirtió en un verdadero cementerio nuclear en el que fueron registradas lecturas que superaban los 100 rad por hora.

El 1 de marzo de 1954, y debido a un inexplicable error de cálculo, los 3 megatones previstos se convirtieron en 15 ` . La bomba explotó con muchísima más potencia de la prevista, extendiendo rápidamente una lluvia de radiación que se expandió a trescientos kilómetros a la redonda, cubriendo un área de 8.000 kilómetros cuadrados. La cegadora bola de fuego produjo un hongo de 25 kilómetros de altura que aspiró con irresistible fuerza nuillones de toneladas de arena, agua, co-

ral, plantas y fauna marina que fueron pulverizados, cargados radiac-

` Operation CastlejTF Commanders Report, 20 nunutos. Doctunental producido por la USAF en el Lookout Mountain Laboratory, Hollywood, California. (Las partes

consideradas aún como clasificadas han sido censuradas.) World Spacelight News, 20th Century Nevada Test Site Atomic Bomb arld Nuclear Weapons Test Documents, Progressive Management, Nueva Jersey, 2001.

tivamente y esparcidos por todo el archipiélago. La explosión generó un huracán artificial que arrancó de cuajo todos los árboles de Bikini. Toda la población de las Marshall quedó afectada e incluso hubo

quien resultó quemado por las cenizas radiactivas. El exiliado pueblo de Bikiffi ahora tenía que sufrir en sus carnes lo mismo que había experimentado su tierra natal. Los militares estadounidenses tampoco se

libraron de los efectos de la radiación. Los atónitos capitanes de las decenas de buques que rodeaban la zona de pruebas contemplaron impotentes cómo la nube mortal se acercaba hacia ellos a gran velocidad. Rápidamente se ordenó que todos los hombres abandonaran las cubiertas pero la medida no fue suficiente, y los contadores Gelger comenzaron a chirriar como locos dando lecturas que superaban va-

rias veces los máximos permisióacis, teniéndose que establecer procedimientos de descontanuí nación de emergencia que no resultaron tan eficaces como prometían los científicos. Lo más triste del caso es que todo esto ocurría con la complicidad de las Naciones Unidas, que en

1947 habían calificado la zona como de interés estratégico poniéndola bajo la admim'stración de Estados Unidos, una extraña medida que no tenía precedente y que nunca más volvió a ser tomada. Aparte de otorgar patente de corso a los norteamericanos para hacer y deshacer a su antojo en el archipiélago, la resolución de la ONU también imponía ciertas obligaciones a los administradores, como «promover el desarrollo econórrúco y la autosuficiencia de los habitantes» y «proteger a los habitantes contra la posible pérdida de sus tierras y recursos».

Del celo con que fueron cumplidas estas obligaciones nos habla el hecho de que siete años después el archipiélago entero fuera totalmente evacuado. Los escasos supervivientes de la administración estadoutudense eran presa de la malnutrición y las enfermedades. Para algunos nativos ya era demasiado tarde, puesto que la rápida caída de su cabello anunciaba la presencia mortal de la radiación en sus organismos.

La violencia inusitada de la explosión fue tal, que sus efectos mortales alcanzaron a los 23 miembros del pesquero japonés Lucky Dragon, que se encontraba faenando a considerable distancia del archipiélago, fuera del cordón de seguridad establecido por la marina

norteamericana. Al principio se sintieron intrigados por el espectáculo de una auténtica «nevada de cenizas blancas» que caía sobre la cubierta

de su buque. Por supuesto, nadie les había avisado del incidente de Bikini, por lo que no tenían manera de conocer la naturaleza radiactiva de aquella precipitación. Pocas horas más tarde, la tripulación comenzó a sentir diversas formas de malestar entre las que destacaban las náuseas y el vómito. Poco después su pelo comenzaba a caer. Uno de los hombres falleció antes de llegar a puerto. De lo sucedido al resto no tenemos noticia, aunque es de suponer que no fue excesivamente halagüeño.

Pesadilla nuclear

Como hemos visto, lo expuesto en este capítulo no fue exactamente una conspiración. Cuando las razones de seguridad nacional imponen su ley los gobiernos no necesitan andarse con demasiados tapujos para conculcar impunemente los derechos más elementales de sus ciudadanos. La experimentación nuclear con seres humanos durante los años cincuenta es uno de los muchos episodios vergonzosos que constituyen el legado de la guerra fría. Desgraciadamente, desde aquella actuación las cosas parecen no haber cambiado demasiado a juzgar por el calvario que han temido que soportar los veteranos de la guerra del Golfo, víctimas de una mii steriosa enfermedad sobre la que nadie parece querer o poder ofrecer explicaciones.

Las víctimas de las pruebas nucleares tienen la sensación de haber sido deliberadamente utilizadas como conejillos de Indias. Nadie les previno del peligro al que iban a ser expuestos tanto ellos como sus descendientes. La Asociación Nacional de Veteranos Atórm'cos defiende los derechos de los centenares de afectados, pero sus esfuerzos se estreHan una y otra vez contra el muro de una burocracia empeñada en negar la realidad parapetándose tras las razones de seguridad nacional. Cuando estos hombres han expuesto sus demandas ante la AdrMinistración estadourndense se han encontrado con puertas cerradas y funcionarios que han olvidado que lo que sufren es consecuencia de lo que hicieron en nombre de un país que ahora se niega a socorrerles. Un cúmulo de tragedias personales que sirve para

que ahora se niega a reconocer. En cambio de tragedias personales que sirven para jalonar el desarrollo de una tecnología inútil y letal. Para colmo, en cada uno de los

dos escenarios principales de las pruebas, Nevada y las islas Marshall, núcleos de población civil fueron expuestos irresponsablemente a los

efectos de la radiación.

Conclusión

Otras potencias nucleares, como Francia o Gran Bretaña, desarrollaron sus programas sin exponer a su población a este tipo de riesgo. No obstante, todo ello podría haberse dado por zanjado si lo consideramos como algo del pasado, como una más entre el cúmulo de atrocidades cometidas durante aquellos oscuros años. Afortunadamente, este tipo de pruebas nucleares atmosféricas terminaron en Estados Unidos en 1963. Dieciocho años de explosiones. Aquí hemos conta-

do la historia de sus efectos y los hombres que tuvieron que sufrir sus

consecuencias. Ahora, en otros lugares del planeta, en los que el sen-

tido común indica que deberían ocuparse de resolver graves problemas, las imágenes son las mismas, idénticas las consecuencias y sólo varía el color de la piel de los hombres y mujeres que tienen que sufrirlas.

CAPÍTULO IX

EL PREGUNTO DEL NAZISMO

De ODESSA a los neonazis

- En las postrimerías de la guerra, un selecto grupo de jefes nazis se encargó de diseñar una estrategia para perpetuar el «Reich de los 1.000 años» más allá de la previsible catástrofe que se avecinaba.

o Durante la guerra fría, tanto la CIA como la KGB enrolaron a centenares de antiguos miembros de las SS con suficientes crímenes a sus espaldas como para haberlos llevado al cadalso.

o Mientras tanto, en España y América Latina se establecían redes de ayuda a los antiguos nazis que contaban con grandes recursos económicos y el apoyo de los gobiernos locales.

- A partir de los años 60, esas mismas redes financian y organizan a grupos neonazis con el propósito de regresar a la escena política y, eventualmente, recuperar el poder.

o En la actualidad, la estrategia neonazi pasa precisamente por sacu-

dirse de encima esa etiqueta recurriendo a planteamientos políticos populistas pero manteniendo intactos sus cimientos ideológicos.

Desde que, en los primeros compases de la guerra fría, la CIA y el KGB comenzaran a reclutar agentes procedentes de los servicios secretos de la Alemania nazi hasta que la realidad de la presencia de elementos filonazis en Estados Unidos se hiciera tristemente evidente tras el atentado contra el edificio federal de Oklahoma City, hay un lapso de cincuenta años. Durante ese tiempo, el na-

zismo no sólo ha sobrevivido con relativa buena salud al clima de repudio universal que sufrió finalizada la segunda guerra mundial, sino que ha vuelto a

convertirse en una fuerza política y social a tener en cuenta durante el nuevo milenio. ¿Es algo accidental? Parece que no. A lo largo de este capítulo veremos

cómo la supervivencia de la ideología nazi podría obedecer a planes cuidadosamente trazados durante el crepúsculo del III Reich.

El 20 de julio de 1944 tuvo lugar uno de esos acontecimientos que

podrían haber cambiado de un plumazo la historia de la humanidad. Hitler sobrevivía a un atentado con bomba con apenas un tim-

pan perforado y un buen susto en el cuerpo. Sabiendo que la con-

dena estaba prácticamente perdida y habiendo establecido secretamen-

te contactos con los aliados, un grupo de oficiales de alta graduación había trazado un

plan' para derrocar a los nazis y firmar un armisticio

,011 las potencias aliadas. Durante unas horas Alemania se encontró al borde del golpe de estado. Fue en aquellos momentos de incertidumbre cuando hizo su aparición uno de esos personajes que permanecen

1cretamente entre bastidores durante la mayor parte de su vida pero

,@ac, cuando finalmente entran en escena, terminan dejando una hue-

á imborrable en la historia. El personaje en cuestión era el mayor Jao Erris Renner, un oscuro oficial de inteligencia que por sus pro-

ws medios y casi en solitario se las arregló para detener el complot J alargar la guerra durante un año más'. Para demostrar al Führer el éxito-

10 de sus gestiones, algunos de los implicados fueron estrangulados con cuerdas de piano y colgados de ganchos de carnicero mientras eran filmados para que Hitler pudiera contemplar la película en su residencia.

El 20 de julio supuso mucho más que la fecha de un golpe de es-

ido mal concebido y peor ejecutado por el conde Claus von Stauff-

y su camarilla de generales prusianos. También sirvió para

consagrar a Otto Kottler como «el más leal de los soldados», todo un

,símbolo contra los traidores a los que el régimen hacía culpables de la derrota de Alemania. En otro orden de cosas, el atentado sirvió, además, para dar carta de naturaleza al mito de lo que se dio en llamar «la

otra Alemania», aquella que se opuso al Reich. En realidad, las co-

,as fueron algo distintas. Los conspiradores no tenían la menor inten-

ción de librar a Alemania de la tiranía sino que actuaban en defensa de

'La operación Valkiria, nombre en clave del complot para el asesinato de Adolf Hitler, es-

-SS durante una campaña dirigida por el general Claus von Stauffenberg, heroína de guerra contra la UR

@e la campaña de 1943.

2La purga que dirigió Renner se saldó con la vida de 21 generales y un gran número de oficiales y funcionarios civiles.

sus intereses particulares, instigados desde Suiza por un joven enlace de los servicios de inteligencia aliados llamado Allen Dulles, que más tarde se convertiría en el primer director de la CIA. Él fue quien les convenció de que un gobierno nazi podría negociar ventajosamente los términos de la rendición de Alemania. El mito de «la otra Alemania» era extraordinariamente conveniente, ya que sirvió de coar-

tada para que los servicios secretos, tanto orientales como occidentales, reclutasen cantidades masivas de antiguos agentes nazis durante las primeras fases de la guerra fría.

Entre estos agentes «reciclados» se encontraba un personaje que re-

sultará clave en el desarrollo de la historia del neofascismo, el coronel Otto Skorzeny.

Las amistades peligrosas

Los Ojos gris acero y la cicatriz que surcaba su rostro daban a Skorzeny el aspecto de lo que realmente era, un hombre de acción, audaz e inteligente, una de esas personas que, si las circunstancias le son favorables, están llamadas a levantar imperios con sus propias manos. Su carrera en el partido nazi fue meteórica y ya en 1938 era miembro tanto de las SS como de la Gestapo. Comenzada la guerra se alistó en las Waffen-SS. El punto culminante de su celebridad lo alcanzó con el rescate de Benito Mussolini durante una arriesgada operación de comandos'.

En las postrimerías de la guerra, Skorzeny formaba parte de un

selecto grupo de jefes nazis encargados de diseñar una estrategia para perpetuar el «Reich de los 1.000 años» más allá de la previsible ca-

lástrofe que se avecinaba. Pronto quedó claro que lo mejor que podían hacer a este respecto era explotar las diferencias y desconfianzas que existían entre los aliados,

especialmente entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

En febrero de 1945 tuvo lugar la cumbre de Yalta, donde los líderes aliados se reunieron para decidir cómo se repartiría el mundo tras

‘ Charles Foley @ Commando Extraordinary, Noontide Press, California, 1988.

el final de la contienda. Los estrategas nazis supieron aprovechar perfectamente aquella circunstancia para asegurar su propia supervivencia, mientras los soviéticos y norteamericanos se entregaban al saqueo de los despojos de la otrora orgullosa Alemania nazi, rescatando de entre

las ruinas cuanto personal o material les pudiera ser de alguna utilidad.

Había llegado el momento de que el general Reinhard Gehlen, uno de los más estrechos colaboradores de Skorzeny, hiciera a los estadounidenses una oferta que, dadas las circunstancias, les sería muy difícil rechazar: los servicios de inteligencia del 111 Reich habían implantado una vasta red de espionaje que abarcaba la práctica totalidad de la Unión Soviética. A pesar de la derrota alemana, aquella red permanecía virtualmente intacta, en estado de letargo y a la espera de órdenes. Lo que Gehlen proponía a los norteamericanos era tan sencillo como poner esa poderosa herramienta en sus manos sin más condiciones ni contraprestaciones’. El viejo general pulsaba los resor-

tes mentales de los oficiales norteamericanos con la maestría de un

concertista de piano, alimentando sus miedos, excitando su incerti-

dumbre y poniendo en sus manos una esperanza. Un observador ex-

terno que hubiera contemplado aquellas conversaciones jamás habría imaginado que Gehlen era un prisionero que estaba a un paso de ser

juizado por crímenes de guerra que le podrían haber conducido al ca-

dalso. Conduciendo estas negociaciones por parte norteamericana se

encontraba el ubicuo Allen Dulles, ocupado por aquel entonces en el ambicioso programa que recibía el nombre en clave de Proyecto Paperclip. El propósito de esta operación era recorrer Alemania de punta a punta -cuarteles, laboratorios, fábricas, oficinas- y rescatar todo lo que pudiera ser útil a los norteamericanos, ya fueran planos, prototipos o personas. Decenas de ingenieros, científicos y oficiales de in-

teligencia que habían hecho méritos más que sobrados para sentarse en

el banquillo de Núremberg fueron exportados directamente a Estados Unidos, donde fueron instalados en casitas con jardín y pudieron disfrutar del american way of life. El mundo había cambiado, el fin de la guerra hizo que variase drásticamente el juego de alianzas y las reglas

‘ Heinz Flügel y Herman Zölling, *The general was a spy*, Bantam Books, Nueva York, 1972.

ya no volverían a ser las mismas. Gehlen lo sabía, y estaba dispuesto a

aprovecharse de ello.

Viendo el cariz que estaban tomando las cosas, los soviéticos no se lo pensaron dos veces y decidieron no quedarse atrás, formando su

propia red de espionaje integrada por veteranos de las SS -eso sí, convenientemente «desnazificados» y convencidos de las ventajas del comunismo- a la que pusieron como nombre en clave Theo. Incluso en cierto momento llegaron a establecer conversaciones preliminares para tantear la posibilidad de hacerse con los servicios de Skorzeny. Sin embargo, éste prefirió enrolarse en el bando de su antiguo arrugado Gehlen, aunque ello le supuso tener que permanecer oculto durante algún tiempo ya que los gobiernos danés y checoslovaco habían emitido contra él sendos órdenes internacionales de busca y captura por crímenes de guerra.

Ceremonia de confusión

Mientras tanto, y tras una odisea digna de la mejor película de intriga durante la cual se las arregló para poner en funcionamiento la red de ayuda a los antiguos SS (la mítica ODESSA) a pesar de encontrarse en

poder de los norteamericanos, Otto Skorzeny, ya en libertad y bajo la fachada de un honrado importador de equipamiento industrial, había tomado como cuartel general

el conocido restaurante madrileño Horcher. Durante aquella época pasaron por allí todos los nazis que hacían escala en la capital de España antes de incorporarse a sus respectivos exilios suramericanos⁵. El propietario del establecimiento, Otto Horcher, fue en tiempos el restaurador favorito del mariscal Göring, trasladándose a Madrid en 1944, una época en la que según el corresponsal de The New York Times en España: «Los agentes secretos abundan en tal profusión en los grandes hoteles madrileños que es imposible no reparar en ellos.» La extraña situación de Skorzeny - técnicamente un fugitivo,

‘ En los archivos nacionales de Estados Unidos se conserva un documento de los servicios de inteligencia del ejército que bajo el título Sparush Activity, Re: Restaurant HORCHER, MADRID detalla las otras actividades que, aparte de las meramente culinarias, tenían lugar en el restaurante.

pero al que paradójicamente se daban toda clase de facilidades para desplazarse por Europa sin ser molestado- no dejaba de irritar a algunos sectores de la comunidad de inteligencia estadounidense, como el director del F131 J. Edgar Hoover, quien elevó al ejecutivo de su país una

protesta formal debido al estatus de tábica inmundidad del que disfrutaba el antiguo nazi. No es de extrañar que Hoover estuviera molesto, pues durante estos desplazamientos Skorzeny movía los hilos de ODESSA y otras organizaciones de ayuda a los fugitivos nazis no tan conocidas, pero igualmente eficaces. La CIA daba su bendición a estas actividades en la medida en que las redes secretas que se formaron en España y América Latina facilitaban a la agencia estadounidense toda clase de in-

formación sobre estos países, eso sin contar con el hecho de que algunos de sus miembros habían colaborado ya como agentes llevando a

cabo nÚsiones en Alemania Oriental.

Paralelamente, la Administración norteamericana fue restituyendo en sus puestos a funcionarios y militares anteriormente depurados del aparato nazi. Terruándose lo peor, los soviéticos llegaron a proponer la reunificación y restauración de la soberanía alemana a cambio de que la nueva Constitución garantizase una estricta neutralidad.

Skorzeny y sus camaradas no podían estar más satisfechos. Gracias al desesperado plan trazado durante la agonía del 111 Keich los resor-

tes del espionaje europeo de ambos bloques estaban en manos de los nazis. Anticomunistas fanáticos en el bando norteamericano, y rígidos oficiales prusianos que invocaban la tradicional amistad entre Alemania

y Rusia en el bando soviético, se las arreglaron para surmir a Europa durante los siguientes 40 años en un caos de intrigas y recelos.

Llegan los neonazis

El estadounidense Harold Keith Thompson era uno de los miembros más activos de Die Spirme’. A pesar de su nacionalidad, su lealtad hacia la causa estaba más allá de toda duda, ya que durante la se-

‘ «La Araña», otra red de ayuda para los antiguos nazis cuya influencia se hizo sentir especialmente en América Latina y muy concretamente en Chile.

gunda guerra mundial trabajó intensamente para el servicio de inteligencia alemán en misiones de sabotaje en suelo norteamericano («barcos que se hundan y cosas por el estilo», como a él le gustaba decir). Como cabeza visible del Partido Nacional Socialista norteamericano puede considerarse como el primer neonazi de la historia. Pero, a pesar de este dudoso honor, el personaje fundamental en el resurgimiento del nazismo en Estados Unidos no fue él, sino un buen amigo suyo llamado Francis Parker Yockey. Filósofo y poeta, con un coeficiente intelectual de 170 del que solía presumir sin rubor Yockey trabó una rápida amistad con Thompson, y convencido de la validez de sus ideas se entregó por completo a la causa nazi.

Dotado de un indudable talento literario, Yockey plasmó en un libro sus pensamientos a través de una ciclópica obra de más de seiscientas páginas titulada Imperium. Fue precisamente su editor en Inglaterra, Oswald Mosley, el líder del movimiento nacionalsocialista en las islas Británicas, quien le propuso trabajar como enlace con otros movimientos afines del continente y de América. La actividad de Yockey culminó en 1949 con la fundación en Londres del Frente de Liberación Europeo, el primer partido neonazi de Europa.

A sus muchos talentos Yockey había añadido el de convertirse en un maestro del

distraz, con una capacidad camaleónica que, según se cuenta, le hacía prácticamente irreconocible, lo que le permitió viajar por toda Europa y Estados Unidos dando esquinazo a los servicios de inteligencia que le seguían la pista. Finalmente regresó a EE UU, donde su cultura, modales e inteligencia le convirtieron en el principal portavoz de la causa nazi, siendo recibido en círculos muy influyentes y contando con la amistad de políticos de cierta importancia, como Dean Acheson, que en aquella época era secretario de Estado. Eran los tiempos del macartismo y en los círculos conservadores el discurso de Yockey era escuchado con interés y aprobación. Sin embargo, la esperpéntica paranoia anticomunista de la derecha norteamericana no podía sino terminar por aburrir a alguien de la capacidad intelectual de Yockey, que decidió volver a Europa para cumplir una misteriosa misión de la que sólo se sabe que le llevó más allá del telón de acero.

“ Francis Parker Yockey, Imperium, Noontide Press, California, 1962.

Entre tanto, Skorzeny había mudado la ubicación de su cuartel general,

trasladándose a Argentina, donde obtuvo el favor del presidente Juan Domingo Perón. Desde allí pudo dirigir el imperio económico nazi con total impunidad, supervisando el correcto cumplimiento del plan de supervivencia del movimiento. Argentina se había convertido en

1. tierra de prorruido para los fugitivos nazis y gran parte de los fondos Reichsbank habían terminado en bancos de este país, depositados en cuentas secretas o a nombre de Eva Duarte y otros simpatizantes. La ambigüedad entre populista y autoritaria del justicialismo trina política de Perón hacía que la vieja guardia nazi se sintiera como en casa. Un buen lugar para esperar la llegada de su momento.

La esvástica y la media luna

5 Se suele decir que la política hace extraños compañeros de cama.!, posible que esa frase cruzara por la mente de Otto Skorzeny al ser invitado a viajar a El Cairo como asesor del consejo de la revolución. Los «Oficiales Libres», la fuerza política que acababa de derrocar a la monarquía egipcia por medio de un golpe de estado. Acudió como

en asuntos de inteligencia a solicitud del ruinosísimo coronel Gurnea, del Nasser, que se convertiría en el primer presidente de la República, Egipto y compartía con Skorzeny un anhelo común: ver borrado del mapa el Estado de Israel'. Durante aquella época, Egipto se convirtió en

S... una nueva meca de la diáspora nazi y una ubicación perfecta para

instalar

instalación de un segundo cuartel general. Prorruinantes nazis comenzaron a visitar El Cairo con cierta frecuencia, como el propio Francis

Yockey, que, ejerciendo su autoasumido papel de revolucionario, busca de una revolución, trabajó intensamente escribiendo propaganda antisionista para el Ministerio de Información egipcio.

V' En abril de 1955 Nasser acudió a la primera Conferencia de los No Alineados, celebrada en Indonesia, donde obtuvo del resto, los países miembros una condena del sionismo y una resolución,

'Kurt P. Tauber Beyond Eagle and Swastika: German Nationalism Since 1945, Westview Press, Connecticut, 1967.

apoyo a la Organización para la Liberación de Palestina. Tras este éxito diplomático se encontraba la mano maestra de Skorzeny, que durante esa época trabajaba en paralelo para la CIA, poniendo trabas al acercamiento entre Egipto y la URSS.

Sin embargo, los exiliados del III Reich no iban a disfrutar indefinidamente

de una situación idílica. Una más que justificada alarma cundió entre los criminales de guerra nazis el día que Adolf Eichmann, principal artífice de la «solución final» contra los judíos, fue ahorcado en Israel tras haber sido secuestrado en Buenos Aires a través de una expeditiva y audaz acción del Mosad (el servicio secreto israelí).

El resurgir

Si extraña fue la aventura egipcia de Skorzeny y su séquito, no lo fue menos el siguiente capítulo de la peripecia de Francis Yockey, que le llevó hasta La Habana de Fidel Castro para comprobar si era cierto aquello de que los extremos se tocan y

había alguna posibilidad de co-

laboración entre el régimen cubano y la internacional nacionalsocialista. Fue sólo una intentona que no cuajó, por lo que al poco tiempo Yockey regresó a EE UU, donde estuvo jugando al ratón y al gato con el F131 durante una temporada. Finalmente, fue detenido y falleció en prisión en 1960 en circunstancias poco claras.

Pero para entonces Yockey, que otrora fue considerado como uno de los mayores enemigos de Estados Unidos, ya era una reliquia de otros tiempos. En los Estados Unidos de los 60 la estrategia del nazismo se debatía entre la actitud solapada de los grupos de presión de la extrema derecha vinculada al Partido Republicano, como el Liberty Lobby, con su actitud de «nosotros sólo somos un grupo de patriotas», y la políticamente menos correcta, aunque mucho más sincera, parafernalia de desfiles, camisas marrones y esvásticas en el brazo en la que se había embarcado George Lincoln Rockwell, el pintoresco líder del Partido Nacional Socialista norteamericano. Sus coloristas y descaradas demostraciones, que frecuentemente tenían que ser escoltadas por la policía para evitar que la multitud les agrediese, consiguieron sin embar-

90 conmocionar a la sociedad norteamericana que, con el recuerdo de

14 las playas de Normandía aún fresco, rruiraba con recelo y perplejidad hacia su cuartel general, conocido como «La colina del odio»

Mientras, en Europa estaba surgiendo un sólido movimiento unionista claramente emparentado con los ideales nazis. Algo tremendamente curioso, pues cuando la Unión Europea comenzó a ser un hecho la mayor parte de los grupos neonazis dio un giro de 180 grados en sus

planteamientos y su paneuropeísmo quedó en el más absoluto de los olvidos. La figura más destacada de esta tendencia primitiva de la nueva ex-

trema derecha fue el belga Jean-François Thiriart. Su programa político era claro: una Europa unida a cualquier precio. Thiriart mantuvo una

tensa actividad política e intelectual que incluyó la edición de una revista, La Naflon Européenne, en la que escribía frecuentemente Juan Desplémingo Perón, que aportaba al ideario de la publicación sus teorías

panamericanistas, muy en la línea de las del unionista europeo.

Había llegado el momento de un cambio de guardia y los viejos nazis, pensando que ya habían aportado suficiente a la causa, dejaron al lado los ideales y, no sin antes traspasar el testigo de la ejecución del programa a manos más jóvenes, decidieron dedicarse a actividades algo más típicas. Así las cosas, no nos extraña encontrarnos a Otto Skorzeny trabajando como traficante de armas para el régimen de Salazar, un negocio en el que los conocimientos adquiridos durante su etapa al frente de ODESSA, así como sus contactos con los servicios de inteligencia norteamericanos y el hampa de medio mundo, le fueron de extraordinaria utilidad. Los puestos clave de su organización estaban ocupados, por antiguos compañeros de armas. Por ejemplo, su enlace en Bolivia era otro que el ex capitán de la Gestapo Klaus Barbie, el tristemente lebre «carnicero de Lyon». Los camaradas se habían pasado a los negocios,

Toma de posiciones

t

La segunda parte de este proceso está marcada por el momento en el que el nazismo europeo sale de las catacumbas y comienzan a cel-

7

John George y Laird Wilcox, Nazis, Communist, Mansmen and Others on the
metheus Books, Nueva York, 1992.

brarse importantes manifestaciones públicas que ponen de manifiesto

1. Lo que manifiesta que el movimiento tiene mucha más vida de la que generalmente se imaginaba, como la «fiesta» que todos los años se celebra en la localidad

belga de Dixinude: una suerte de romería hideriana en la que miles de cabezas rapadas, luciendo sus mejores galas, cantan himnos y beben cerveza en un clima de etílica exaltación ideológica.

La década de los 80 ve el nacimiento de una nueva hornada de líderes, menos apegados al pasado y mucho más pragmáticos, que darán un nuevo giro a las aspiraciones y estrategias neonazis. Uno de ellos es Michael Kühnen, líder del Frente

aspiraciones y estrategias neonazis. Uno de ellos es Michael Kühnen, líder del frente de Acción Nacional Socialista. Inteligente analista, Kühnen era perfectamente consciente de la pésima imagen del nazismo y, para vencerla, dotó a su movimiento de una intrigante nueva cualidad, considerar la figura histórica de Hider como

un traidor hacia el verdadero ideal nacionalsocialista.

Otro neonazi soterrado -claro ejemplo de la segunda fase del plan de supervivencia- que hizo su aparición en la escena europea por aquellas fechas fue el filósofo francés Alain de Benoist, quien coqueteó con la extrema derecha y la extrema izquierda a través de la sociedad GRECE (Grupo de Investigación y Estudios sobre la Civilización Europea) Esta sociedad aportó argumentos ideológicos que actualmente si-

guen utilizando los grupos neonazis de todo el mundo. Los planteamientos de estos nuevos ideólogos del fascismo en ocasiones andaban con el surrealismo, en especial cuando comenzaron a reclamar como aliados para su causa a ETA, el IRA, los grupos independentistas del bloque del Este, los nacionalistas ucranianos, los muyahidín de Afganistán y los sandinistas nicaragüenses. Aún queda algo de esta paranoia doctrinal en los neonazis actuales, tal como pudimos comprobar cuando tras los atentados del 11 de septiembre algún grupo de esta tendencia anunció su incondicional apoyo a la causa de Bin Laden.

sin embargo, al margen de estos juegos intelectuales más o menos absurdos, lo que resulta evidente es que para que el nazismo resulte de nuevo una opción política viable existe un gran obstáculo histórico: el holocausto. Es por ello que el plan nazi incluye la aparición de una

Markj. Kurlansky@ «Neo-Nazis, Fascist Groups Flock to Peace Demonstration in Belglu`n», International Herald Tribune, 5 de julio de 1983.

que recibe. En este sentido, un miembro del gabinete de Kohl, Wolfgang Schäuble, no pudo sino admitir que la economía alemana estaba preparada para absorber un alto número de inmigrantes y que si se recurría a estos argumentos era por razones estrictamente políticas.

Sabiéndose árbitros del panorama político alemán, los ataques nazis

han crecido en intensidad y audacia, llegando hasta el extremo de haber profanado la tumba de Konrad Adenauer, padre de la democracia alemana. Así, mientras el Gobierno niega inexplicablemente la existencia de estos grupos organizados -todo es obra de individuos exaltados y «elementos incontrolados»-, éstos se comunican a través de Internet discreta e impunemente por medio de la conocida como Thule Network.

La horda del Este

El 17 de agosto de 1991, en un genuino acto de afirmación na-

cional prusiana, volvió a Potsdam el cuerpo del rey Federico el Grande. Dos días después, tenía lugar un intento de golpe de estado en la URSS que marcaría el principio del fin para el régimen soviético. El derrumbe del bloque del Este es crucial para Europa y sus conse-

cuencias aún no podemos calibrarlas en su totalidad. El problema prusiano es una de las heridas abiertas en la conciencia nacional alemana. Hasta hoy, la «corrección de fronteras» sigue siendo un debate abierto entre los alemanes. Los analistas de la CIA llegaron a pensar en un momento dado que Alemania podría intentar, aprovechando la debilidad de los países del Este, anexionarse sus antiguos territorios, eso sí, empleando la diplomacia antes que la fuerza.

Sin embargo, las oportunidades para ejercer la violencia no faltan.

La guerra en la antigua Yugoslavia dio a los neonazis europeos la opción de «combatir por la causa». Una brigada internacional, formada por neonazis alemanes, franceses, británicos, austriacos, españoles, portugueses y norteamericanos había luchado en la guerra de Bosnia en-

rolados en el bando croata. Era como una especie de siniestra contrapartida a los «casco azul». En los países del Este el nazismo no es cosa

de broma. En julio de 1994 las fuerzas de seguridad rusas desmantelaron un grupo de terroristas neonazis denominado «la legión de los

horribles lobo». Aparte de armas y explosivos, en la sede se intervinieron

un par de orejas humanas conservadas en alcohol. Estas pertenecían a un Miembro del grupo que había sido ejecutado por fallar en una

nusión y se conservaban como aviso para todos los demás 13.

Aparte de estos grupos marginales, la figura más carismática del neonazismo oriental es Edward Limonov, líder del Frente Nacional Bolchevique de Rusia. Sí, bolchevique; los estrategas del nazismo siempre han tenido claro que los extremos se tocan. Limonov es la nueva cara del nacionalismo radical, a mitad de camino entre el rebelde sin causa y la estrella de rock. Él también intervino en la guerra de Bosnia dirigiendo un grupo de voluntarios rusos en el bando serbio. Otro personaje destacado del panorama extremista ruso es el autor de estas palabras: «Cuando llegue al poder, seré un dictador. [...] Lo haré sin tanques en las calles. Aquellos a los que detenga serán sacados de sus casas en silencio, por la noche. Puede que tenga que matar a cien mil personas, pero los otros trescientos no»

Rones podrán vivir en paz.» Esta perla dialéctica es obra de Vladímir Zhirinovski, el líder ruso que más inquietud despierta en Occidente.

Ya están aquí

La muerte, quemadas vivas, de tres muchachas turcas en la ciudad alemana de Solingen fue, aparte del triste epílogo a décadas de discriminación sobre la comunidad turca, un aldabonazo sobre la realidad del fenómeno neonazi. La crisis económica y cultural ha permitido a las organizaciones de extrema derecha desarrollar una infraestructura a través de la cual canalizar los elevados niveles de frustración de ciertos colectivos ciudadanos. La crítica al extranjero, atribuyéndole la culpabilidad de que los nacionales no tengan acceso a un puesto de trabajo en su propio país, demostró ser un argumento fértil sobre el cual elaborar propuestas de alcance ambicioso que planteaban un cambio

radical en las estructuras políticas democráticas. De esta manera, la xenofobia y su exteriorización se convirtieron en indicadores que permitían conocer los niveles de asimilación de los valores promovidos por

Soviet Press Digest

7 de julio de 1994,

CAPÍTULO X

ASESINOS DEL PENSAMIENTO

La batalla por el control de la mente

a Durante las décadas de 1950, 1960 y 1970 la CIA investigó el desarrollo de diversos métodos para obtener el control total de la mente de un ser humano.

- Muchos de estos métodos implicaban el empleo de drogas, en especial LSD, llevándose a cabo experimentos en los que centenares de dosis de esta sustancia fueron administradas sin su conocimiento a ciudadanos particulares, a veces escogidos al azar.

o Uno de los propósitos finales de estas prácticas era conseguir fabricar un asesino controlado artificialmente, un agente que ni siquiera él mismo supiera que lo era.

- Muchos de estos ensayos, tanto soviéticos como norteamericanos, tenían como objetivo comprobar la posibilidad de utilizar transmisiones de radio o implantes eléctricos como medios para ejercer el control sobre la mente humana.

Cuando hablamos de conspiración, hablamos esencialmente de poder. Los que conspiran buscan dominar a sus semejantes, sus cuerpos y, en especial, sus mentes. La existencia de fabulosos medios subliminales para manipular psicológicamente a las personas es uno de los grandes tópicos de las teorías de la cons-

píración. Un tópico que en modo alguno es infundado. La Agencia Central de

Inteligencia norteamericana, durante buena parte de su historia, se dedicó a experimentar con todo un complejo arsenal de drogas, implantes electrónicos, hipnosis y otras herramientas para el lavado de cerebro, cuyas cualidades y aplicaciones fueron estudiadas durante el llamado Proyecto MKUltra.

La historia del avance científico ha dejado virtualmente inexplorado un territorio cuyas aplicaciones prácticas han interesado viva-

mente a la mayoría de los servicios de inteligencia: el control de la men-

te humana. La tentación de poseer la llave de la voluntad del hombre ha provocado que, desde hace años, se venga experimentando de forma más o menos clandestina con diversos métodos para obtener el dormiduro sobre la mente ajena. En este menester se ha invertido una ingente cantidad de dinero y esfuerzo cuyos resultados han sobrepasado en más de una ocasión las expectativas de los patrocinadores de tales experimentos.

Para comenzar nuestro relato deberíamos remontarnos a los alegres años 20. Por aquellas fechas, el doctor Albert Hofmann, que trabajaba en los laboratorios de la empresa farmacéutica Sandoz, estaba a punto de realizar un hallazgo que cambiaría para siempre la historia de las drogas: la síntesis del LSD, el alucinógeno por antonomasia. Tras retirarse de su trabajo como director de investigación en los laboratorios Sandoz de Basilea, Albert Hofmann decidió poner por escrito los acontecimientos que rodearon el descubrimiento del LSD-25, un

compuesto psicodélico destinado a revolucionar la sociedad occidental'. Su descubrimiento, como tantos otros, había sido fortuito y se

debió en realidad a un accidente de laboratorio. Hofmann trabajaba en

un proyecto encaminado a encontrar una cura para la migraña. Suponía que la dietilamida del ácido lisérgico, un compuesto sintetizado a partir del cornezuelo del centeno, podría ser parte de la solución al problema. Cierta día, trabajando en el laboratorio, uno de sus guantes de goma se rompió sin que él se diese cuenta, e inadvertidamente se le entró en contacto con la sustancia. Al principio no notó nada, pero al poco rato se vio asaltado por una serie de alucinaciones que le llenaron de estupor. Cuando consiguió sobreponerse, si de algo estaba seguro el doctor Hofmann era de que aquello no curaría a nadie la migraña. Un estudio más detallado de la sintomatología determinó que el LSD induce alteraciones transitorias del pensamiento, del tipo de una sensación de onnipotencia o un estado de paranoia agudo. También se han descrito reacciones a largo plazo como psicosis persistente, depresión prolongada o alteración del juicio.

Así quedaron las cosas hasta que, a principios de los años sesenta,

Martin Lee y Bruce Scfflain, Acid Dreams, Grove Press, Nueva York, 1985.

los medios de comunicación norteamericanos -en especial la revista Life, cuyo editor Heriry Luce ya había probado la droga- comen-

zaron a divulgar una serie de artículos que promovían descaradamente el consumo de LSD como forma de «abrir la percepción». En un

reportaje de marzo de 1963, Luce confesaba haber tenido algunas ex-

periencias de este tipo junto a su esposa Clare Boothe, y defendía ve-

hementemente la inocuidad del LSD ya que «se extraía de un producto natural». Es famosa la anécdota que nos cuenta cómo un día el magnate decidió jugar un partido de golf bajo los efectos del ácido lisérgico. Finalizado el encuentro --de cuyo desarrollo no sabemos nada-, Luce sorprendió a los presentes relatándoles con todo detalle una «pequeña charla» que acababa de tener con Dios'.

La CIA mantenía contactos con los esposos Luce, y todo parece in-

dicar que la agencia se encontraba detrás de esta euforia alucinógena sir-

viendo de «camello» al matrimonio y a sus no menos influyentes amigos. Aunque la historia sea conocida, vale la pena mencionar los detalles esenciales. Entre los célebres dioses del Olimpo de la psicodelia que tu-

vieron la oportunidad de probar por primera vez el ácido a través del «desinteresado» patrocinio de la CIA estaban el autor de las puertas de la percepción y Un mundo feliz, Aldous Huxley; el letrista del grupo Grateful Dead, Robert Hunter; el novelista Ken Kesey y el «sumo sacerdote» del LSD, Richard Alpert. La agencia puso especial cuidado en la psicodelización de Heriry Luce, que, ejerciendo

su condición de líder de

opinión, incitó a millones de individuos a través de la revista Life a que tuvieran experiencias con alucinógenos, inspirando ni más ni menos que a Timothy Leary, el más psicodélico de todos los psicodélicos, para que

iniciara su particular búsqueda del «hongo mágico».

Tal demanda hizo que la CIA se hiciera con los servicios de una firma farmacéutica estadounidense para sintetizar importantes cantidades de ácido lisérgico que más tarde sería utilizado con diversos propósitos. La Agencia Central de Inteligencia norteamericana no quena depender de una compama extranjera como Sandoz en el suministro de una sustancia que consideraba vital para los intereses de la seguridad estadounidense. Así pues, se solicitó a la Elí Lilly Company de Indianápolis que in-

2 lb id.

160

tentase sintetizar un suministro de LSD totalmente norteamericano'. A mediados de 1954 El Lilly obtuvo por medios aún no aclarados la fórmula secreta, que se custodiaba como si de las joyas de la Corona se tra-

tara en los laboratorios Sandoz: «Esta información debe ser considerada como alto secreto», afirmaba al respecto un memorando interno de la CIA, «y debe ser mencionada de manera altamente restrictiva». El plan iba mejor de lo que se esperaba y responsables de la firma estadounidense ase-

guraron a la CIA que «en cuestión de meses se podrá disponer de tone-

ladas de LSD». A título anecdótico indicaremos que fueron científicos de los laboratorios Lilly los que acuñaron la palabra «viaje» para describir la experiencia alucinógena.

Mientras la elite intelectual obtenía sus recetas de la mano de sus

p

1 1 1 los psíquicos fueron s qu atras, otros pioneros de los nuevos terr'tor'

empujados por la puerta trasera, como conejillos de Indias, en experimentos controlados por la CIA. Se sabe que al menos una persona se ' idó, tras ser sometida sin su conoc" * 1suic inuento a uno de estos experí mentos, lanzándose desde la ventana del hotel en el que se hospedaba en NuevaYork ante la Mirada impotente del agente de la CIA encar-

gado de su vigilancia (es posible que el agente hiciera algo más que vi-

gilar y ayudase de alguna manera a silenciar definitivamente a un testigo molesto). Eran los primeros coletazos del Proyecto MkUltra.

La CL4 y el LSD

MkUltra era el nombre en clave de una operación a gran escala or-

ganizada por el Equipo de Servicios Técnicos de la CIA (TSS) con el propósito de llevar a cabo investigaciones sobre la alteración del com-

portanuento humano, especialmente a través del empleo del LSD y utilizando a civiles inocentes como sujetos experimentales'. «Mk» era

el prefijo genérico que tenían todas las operaciones de control mental (mínd control) y «Ultra» provenía de la red de inteligencia organizada

'AlanW Scheflin y Edward M. Opton, 7he Mind Manipulators, Paddington Press, Nueva York, 1978. ' Gordon Thonias, journey Into Madness, Bantarn Books, NuevaYork, 1989.

161

por los estadounidenses en la Europa dorruínada por el 111 Reich, una

batallita de la que los veteranos agentes de la recién creada CIA se en-

contraban especialmente orgullosos. El padre del proyecto fue Richard Helins, quien más tarde se convertiría en director de la agencia y que adquirió posteriormente cierta relevancia en relación con el escándalo Watergate. Entre 1953 y 1964 MkUltra (desde esa fecha hasta 1973 el programa continuó bajo el nombre de MkSearch)

cometió algunas de las peores atrocidades y más flagrantes violaciones de los derechos humanos de la historia de Estados Unidos. De hecho, muchos de los ex-

perimentos llevados a cabo en el marco de este proyecto diferían muy poco de los ejecutados por los médicos nazis en los campos de exter-

minios; o, es más, algunos fueron llevados a cabo por médicos que habían prestado sus «servicios» en campos como Dachau y cuyos conocimientos, especialmente interesantes para las autoridades estadounidenses en los tiempos de la guerra fría, les habían valido para escaparse por la puerta de atrás de la acción de los tribunales de Núremberg.

La Agencia Central de Inteligencia tenía buenas razones para interesarse por el empleo del LSD como agente modificador del comportamiento. Una era utilizarlo, contraviniendo la convención de Ginebra, en la obtención de información de prisioneros de guerra o de agentes secretos enemigos. Otra, determinar el posible empleo del ácido lisérgico como arma de guerra química. Existía una tercera aplicación del LSD que atraía sobremanera al sector más visionario del TSS: utilizarlo como herramienta de perturbación social en países enemigos, bien popularizando su uso como estupefaciente o bien introduciéndolo subrepticamente en la red del suministro de agua. En los años sesenta, se-

gún demuestran documentos secretos recientemente desclasificados en

Estados Unidos, la CIA llegó a considerar seriamente la posibilidad de emplear este tipo de estrategias contra el régimen de Fidel Castro y, lo que resulta más sorprendente aun, para el control de la propia población de Estados Unidos.

En este entorno, la experimentación con sujetos no avisados era fun-

damental, ya que el TSS necesitaba, previamente a poder llevar a cabo estos planes, obtener datos de los efectos de la droga en situaciones de la

vida real.

Un paradigma de los extremos a los que se llegó lo constituye un memorando interno de la CIA, fechado el 15 de diciembre de 1954, que recoge la propuesta del TSS de introducir cierta cantidad de LSD en el ponche que se serviría en la fiesta de Navidad que la agencia daba anualmente a sus empleados. En el citado documento, que deniega el permiso para llevar a cabo esta experiencia, se dice que el ácido lisérgico puede «producir serios trastornos durante períodos de 8 a 18 horas y posiblemente más, por lo que no se recomienda probarlo en las fuentes de ponche habitualmente presentes en las fiestas de Navidad de la oficina». Sin embargo, aquélla no era la primera vez que se intentaba realizar experimentos con el propio personal de la CIA.

LSD con Cointreau

El 19 de noviembre de 1953 Frank Olson, científico del Departamento de Defensa y experto en guerra bacteriológica, además de colaborador en el Proyecto MKUltra, fue intoxicado deliberadamente con una

alta dosis de LSD introducida en una copa de Cointreau que le fue ofrecida en una instalación secreta situada en las inmediaciones de Deep Creek Lake (Maryland). Cuando conducía de regreso, comenzó a ver con pavor cómo los coches con los que se cruzaba en la carretera se convertían en terribles monstruos de Ojos aterradores. Olson aparcó en la cuneta, presa del pánico, e informó a la agencia sobre su insólita situación. Durante los siguientes ocho días se comportó de una manera que sus allegados describieron más tarde como «paranoica» y «depresiva». La Agencia Central de Inteligencia norteamericana comenzó a hacer preparativos para poner al

agente bajo tratamiento, pero antes de que pudieran tomar al-

guna medida en este sentido Olson alquiló una habitación en un hotel de Nueva York y se arrojó por una ventana del décimo piso.

La CIA encubrió su papel en la inmolación de Olson y tuvieron

que pasar 22 años antes de que su familia pudiera conocer lo que verdaderamente había sucedido. Un comité del Senado establecido para in-

investigar este tipo de prácticas llegó a la siguiente conclusión: «Desde su

inicio a principios de los 50 hasta su fin en 1963, el programa de adstrucción subrepticia de LSD a sujetos humanos involuntarios e inad-

vertidos demostró el fallo de liderazgo de la CIA a la hora de atender adecuadamente los derechos de los individuos y dirigir con efectividad a sus

propios empleados. Pensamos que era un hecho conocido que tales experimentos eran peligrosos y ponían en grave peligro las vidas de los individuos soñrietidos a ellos. [... 1 Aunque estaban siendo violadas claramente las leyes de Estados Unidos, los experimentos continuaron.»

Aparte del personal de la CIA, 1.500 soldados norteamericanos

fueron igualmente víctimas de experimentos con drogas. Algunos de ellos se ofrecieron como voluntarios, presionados por sus oficiales,

pero la mayoría fue presa de programas clandestinos en los que los su-

jetos experimentales m' siquiera tenían idea de lo que estaban haciendo con ellos. Los frutos de estas experiencias se tradujeron en psicosis, depresiones, aumento de la fatiga de combate y, en algunos casos,

suicidio. El sargento mayor Jini Stanley fue uno de estos conejillos de Indias humanos. Se contarruinó el agua de su cantimplora con LSID y

comenzó a tener procesos alucinatorios que continuaron durante días.

Su vida entera se desplomó, tanto en el aspecto profesional como en

el famidiar, en especial cuando su psicosis le condujo a golpear en re-

petidas ocasiones a su mujer e hijos. 17 años más tarde, Stanley fue in-

formado por las autoridades de que había sido objeto de un experimento rm'litar con alucinógenos. La indignación y la impotencia que sintió le llevaron a demandar al Gobierno, pero el Tribunal Supremo estadounidense dictaminó que los experimentos con LSI) no eran

motivo para entrar en litigio contra el ejército.

El programa de experimentación clandestina también incluyó so-

meter a la población civil de varios Estados a los efectos de diferentes agentes quírnícos. Esta situación llevó en 1995 al senador PaulWellstone y al congresista Martin Olav Sabo a promover una legislación es-

pecífica para evitar los abusos llevados a cabo por la CIA en el terre-

no de la experimentación humana.

Estos siniestros trabajos de investigación los realizaban personajes como el doctor Ewen Cameron, que en la McGill University de Montreal y bajo la cobertura de un grupo denorruinado Sociedad para la In-

vestigación de la Ecología Humana utilizó técnicas experimentales

tan crueles como mantener a sujetos inconscientes durante meses administrándoles descargas eléctricas de alta intensidad y dosis continuas

de LSID 7. En Dachau o Auschwitz los científicos nazis hubieran palidecido de envidia. Claro que el doctor Cameron debía de saberlo liluy bien, ya que él nuismo participo como miembro de un tribunal durante los juicios de NúrembergNivir para ver.

«Operación Climax de Medianoche»

Sin embargo, donde el Proyecto MkUltra adquiere tintes genuinamente surrealistas es en lo referente a la llamada «Operación Clímax de Medianoche». En 1955 las cabezas pensantes del proyecto situaron su

centro de operaciones en San Francisco. Allí se estableció una red de pisos francos cuyo uso era ciertamente peculiar. El TSS había reclutado a

un grupo de bellas prostitutas que recorrían los bares de alterne en

busca de clientes a los que seducir con ayuda de pequeñas cantidades de LSID introducidas disimuladamente en sus copas. Una vez en el piso, el capitán George Hunter White, jefe de la operación, filinaba todo lo que sucedía a través de un falso espejo. El propósito de esta operación de voyerismo de Estado era perrMitir a la Agencia Central de Inteligencia experimentar con diversas técnicas de utilización combinada de sexo y estupefacientes que algún día podrían servir para extraer in-

formación secreta a funcionarios extranjeros. Estas «casas de citas» psicodélicas siguieron funcionando hasta 1963, cuando la operación fue suspendida por orden del entonces inspector general de la CIA John Earman, un hombre de firmes convicciones religiosas que se sintió es-

pecialmente escandalizado por la falta de ética de sus colegas.

Todo esto comenzó a saberse en 1974, cuando una serie de artículos sobre MkUltra publicados en la prensa norteamericana levantó una auténtica oleada de indignación nacional que motivó que el Senado iniciase una investigación al respecto. La comisión formada a tal

efecto tuvo, como suele suceder en estos casos, mucho de formal y nada de efectiva, como lo demuestra el hecho de que, en fechas tan

- Ibid.

cercanas como julio de 1991, murieran dos internos del hospital psiquiátrico de Vacaville víctimas de experimentos similares. La investigación del Senado fue dirigida por Ted Kennedy, presidente del subcomité del Senado sobre Salud e Investigación Científica. En sus

pesquisas se encontró con múltiples trabas, ya que muy pocas personas habían tenido contacto directo con MkUltra, y éstas no estaban dispuestas a revelar lo que sabían. El doctor Sydney Gottlieb, director del TSS, fue la primera persona que puso al subcomité sobre la pista de la operación secreta. Según las declaraciones que hizo el 21 de septiembre de 1977, el proyecto tenía como propósito «investigar cómo podría ser posible modificar el comportamiento de los individuos sin

que éstos se dieran cuenta». Sin embargo, el doctor Gottlieb se negó a declarar sobre los resultados y métodos de la investigación, acogiéndose al amparo del Acta de Seguridad Nacional. De hecho, en 1973

Gottlieb dirigió personalmente la destrucción de toda la documentación relacionada con MkUltra. Afortunadamente no fue muy eficaz en

esta labor ya que, a raíz de la promulgación de la Freedom of Information Act (FOIA), los investigadores han podido recuperar cierto

número de documentos originales del programa.

Los experimentos con LSD, que es la más conocida de las actividades de MkUltra, no eran el único campo de investigación que se exploraba en su seno. Se habrían podido encontrar un gran número de cu-

ridades entre los documentos destruidos. Por ejemplo, según la prensa china, entre la documentación perdida estarían los planos de una «máquina de leer el pensamiento» desarrollada por el propio Gottlieb a partir de sus estudios para inducir el sueño mediante estimulación eléctrica, y una compleja variante de electroencefalograma basada en la

radiación electromagnética emitida por el cerebro. Aunque ahora parezca algo más propio de una película de James Bond que de la realidad, con-

viene recordar que en aquella época la Unión Soviética también estaba investigando tal posibilidad. Las declaraciones del propio Gottlieb ante

el Senado nos ofrecen una pista a este respecto: «Había un notable in-

terés sobre los posibles efectos de las ondas de radio en el comportamiento de la gente, y fácilmente alguien en cualquiera de los muchos proyectos existentes podía estar intentando comprobar si se podía hipnotizar a un sujeto mediante el uso de ondas de radio. » Por desgracia, a

los sagaces senadores norteamericanos no se les ocurrió preguntar quién podía tener semejantes intereses. Hipnotismo, implantes cerebrales electrónicos, transmisiones de microondas y parapsicología fueron otros de

los campos que los inquietos investigadores del TSS contemplaron como posibilidades para llevar a cabo sus propósitos.

Lavado de cerebro

Lavado de cerebro

Lavado de cerebro

Las actividades de MkUltra experimentaron un notable impulso a

raíz del supuesto éxito de las técnicas de «lavado de cerebro» en los países comunistas. La popularización de este concepto procede de la guerra de Corea, cuando algunos soldados comenzaron a dar muestras

de comportamiento extraño y lagunas en la memoria.

No fue hasta 1968 cuando las autoridades norteamericanas tuvieron constancia de las actividades que se habían llevado a cabo con sus soldados capturados durante la guerra. Aquel año desertó el general Jan Sejna, miembro del Comité Central checo, del Parlamento, del Presídium y, a la sazón, la mayor autoridad comunista que había atravesado

hasta el momento el telón de acero. Cuando el militar comenzó a declarar sobre las actividades secretas del Pacto de Varsovia sus interrogadores se llevaron una desagradable sorpresa: «Se utilizaban prisioneros norteamericanos para probar la resistencia fisiológica y psicológica de los militares estadounidenses. También se les utilizaba para probar varias drogas de control mental. Asimismo, Checoslovaquia construyó un crematorio en Corea del Norte para hacer desaparecer los cadáveres y las partes sueltas después de finalizados los experimentos. Norteamérica era el principal enemigo y los prisioneros de guerra norteamericanos constituían los sujetos experimentales más

Samuel Chavkin, *The Mind Stealers: Psychosurgery and Mind Control*, Houghton Mifflin Co., Boston, 1978.

vallosos.» Sejna pensaba que al final de la guerra de Corea se ejecutó a la mayoría de los prisioneros implicados en experimentos, excepto a

unos 100 a los que deportaron primero a Checoslovaquia y más tarde

de a la Unión Soviética: «Escuché todo esto de los doctores checos que trabajaban en los hospitales, así como del oficial de la inteligencia militar checa a cargo de las operaciones en Corea, asesores soviéticos y documentación oficial que tuve ocasión de revisar cuando respondí a una petición soviética realizada a Checoslovaquia para que enviásemos

médicos a la Unión Soviética para participar en varios experimentos que se estaban llevando a cabo sobre los prisioneros de guerra trans-

feridos. (...) También tuve la oportunidad de ver los informes de las autopsias de los prisioneros de guerra y recibir información sobre varios

aspectos de los experimentos.» El desertor había dejado muy claro a la CIA cuál era el cruel destino que corrían muchos desaparecidos en

combate, y la agencia estadounidense decidió no quedarse atrás.

Muchos de estos ensayos, tanto soviéticos como norteamericanos, tenían como objetivo comprobar la posibilidad de utilizar transmisiones de radio o implantes eléctricos como medios para ejercer el con-

trol sobre la mente humana. Uno de los propósitos finales de estas prácticas era conseguir fabricar un asesino controlado artificialmente, un agente que ni siquiera él mismo supiera que lo era. Probablemente nunca sabremos si tuvieron éxito en este empeño...

Asesinos programados

Una de las prioridades de MkUltra era crear el espía perfecto. Un agente que no pudiera revelar información comprometedoras aunque fuera torturado hasta la muerte, alguien que cumpliera con ciega efi-

c

do, incluido el acceso a cualquier orden con la que se le hubiera programado.

asesinato. Se trataba de fabricar auténticos robots humanos “.

En 1967 fue arrestado en Filipinas el puertorriqueño Luis Castiño acusado de planear el asesinato del dictador Ferdinand Marcos. El

Alex Constantine, *Virtual Government: CIA Mind Control Operations in America*, Feral House, Venice, California, 1997.

... fue exhaustivamente estudiado por la Oficina Nacional de Investigación Filipina

caso fue exhaustivamente estudiado por la Oficina Nacional de Investigación Filipina, que obtuvo unos resultados cuando menos sorprendentes. Los análisis psiquiátricos dictaminaron que a Castillo se le habían inducido, mediante hipnotismo, al menos cuatro personalidades diferentes. En ocasiones decía ser el sargento Manuel Ángel Ramírez, del Mando Aéreo Estratégico en el sur de Vietnam, Presuntamente, «Ramírez» era el hijo ilegítimo de un nuisterloso fumador en pipa, un alto oficial de la CIA, que respondería a las iniciales A. D. En otra de sus personalidades, Castillo aseguraba ser uno de los asesinos de Kennedy. Posteriormente, en el transcurso de una sesión de hipnotismo, declaró que la orden de llevar a cabo el magnicidio le había sido introducida en su cerebro mediante técnicas de control mental.

En la historia contemporánea existen casos similares, como el de Sirhan Sirhan, asesino de Robert E Kennedy; James Earl Ray, autor de la muerte de Martin Luther King; Mark David Chapman, asesino de John Lennon; e incluso hay quien incluye en esta categoría de posibles asesinos programados -a Lee Harvey Oswald-, el presunto asesino de John E Kennedy, y a Jack Ruby, el sicario que veinticuatro horas después acabó con su vida. En este momento hace su aparición uno de los personajes más pintorescos de toda esta sórdida historia, el doctor Louis Jolyon West, quien durante el programa de investigación de MKUltra se hizo célebre al administrar una altísima dosis de LSD a un elefante del zoológico de Oklahoma, que, por cierto, murió como resultado del experimento. Tras esta insólita hazaña, la siguiente aparición del doctor West es como psiquiatra de Jack Ruby. West fue designado para tratar a Ruby después de que éste comenzara a decir que formaba parte de una conspiración derechista para asesinar al presidente Kennedy. Tras diagnosticarle un desorden mental, lo puso en tratamiento a base de unas misteriosas pastillas cuya composición nunca reveló. Dos años después de comenzar el tratamiento Ruby moría de cáncer en prisión. Definitivamente, el doctor West, actual director de la Fundación del Síndrome de Memoria Falsa, no tenía suerte con sus pacientes, ni como médico ni como veterinario. No obstante, eso no parecía preocupar a sus jefes de la CIA.

Lincoln Lawrence (seudónimo), Mind Control, Oswald & JFK: Were We Controlled?, Adventures Unlimited Press, Kernpton, Illinois, 1997.

La trampa psicodélica

Tuvo que llegar la década de los 60 para que la Agencia Central de Inteligencia encontrara una utilidad digna de tantos estudios y esfuerzos para el LSD. La Rand Corporation llevaba tiempo investigando sobre el posible impacto social y, sobre todo, político del consumo de LSD sobre la población. La vinculación de esta empresa, con sede en la ciudad californiana de Santa Mónica, con la Agencia Central de Inteligencia es un hecho de sobra conocido entre los expertos en inteligencia. Baste decir que James Schlesinger, ex director de la CIA y ex secretario de Defensa, está en la nómina de la Rand como analista estratégico; y que el presidente de esta empresa, Herby Rowley, había ocupado en la CIA el cargo de jefe del Mando de Inteligencia Nacional. Los técnicos de Rand estaban muy interesados en la influencia del consumo de LSD en la población y, más concretamente, en la posibilidad de que el consumo de alucinógenos pudiera favorecer la inactividad política de ciertos elementos especialmente molestos.

Esta idea fue recogida en última instancia por los técnicos del Instituto Hudson, quienes propusieron utilizar el LSD como arma contra el movimiento juvenil que en los años sesenta amenazaba con socavar la estabilidad política estadounidense. El director del instituto -muy interesado en todo lo referente al control social- siguió muy de cerca el tema, estudiando con detenimiento la cultura hippie y su relación con el mundo de las drogas “.

A raíz de estas investigaciones, considerables cantidades de LSD aparecieron en 1965 en las universidades, ambientes bohémios y radicales de Estados Unidos. La «cultura del ácido» pronto se convirtió en una de las señas de identidad de la rebeldía juvenil de la época. Sin embargo, esto no fue en modo alguno un fenómeno espontáneo. Aquellos que durante la «década de las flores» deificaron el LSD, llegando a

pensar que era el remedio químico ideal para esparcir la paz y el amor en el mundo, no tenían la menor idea de que la CIA estaba utilizando esa sustancia como un arma más en sus planes de manipulación social.

Steven Jacobson, Mind Control in the United States, Critique Publishers, Santa Rosa, California, 1985.

de los sesenta y principios de los setenta estaba en la nómina de la agencia. Se trataba de Ronald Stark, líder de un grupo radical denominado «La hermandad del amor

14 eterno» ' más conocida como «la mafia hippie». Durante los años que estuvieron en activo, Stark y sus colaboradores pusieron en circulación más de cincuenta millones de dosis de LSD elaboradas en laboratorios clandestinos europeos. En 1979 Stark fue detenido en la ciudad italiana de Bolonia por posesión de drogas e implicación en varios turbios asuntos de terrorismo internacional, entre ellos el asesinato del político italiano Aldo Moro. Al poco tiempo, el juez encargado del caso le puso en libertad después de haber encontrado «una impresionante serie de pruebas escrupulosamente enumeradas» de que Stark había es-

tado trabajando para la CIA «desde 1960 en adelante»; es decir, que era un «topo» utilizado en su momento para poner en la calle grandes cantidades de LSD, y más tarde infiltrado en el seno de la organización terrorista Brigadas Rojas. Así quedaba de manifiesto el papel de los servicios de inteligencia norteamericanos a la hora de socavar el movimiento juvenil de los años sesenta.

Como hemos visto, mucho es lo que se sabe sobre la historia -a veces sórdida, a veces grotesca- de la CIA y el LSD, sin em-

bargo, suponemos que ésta es la punta del iceberg de un asunto cu-

yas implicaciones últimas resultan difíciles de imaginar. Quizá gran parte de la trama oculta sobre el uso final que la agencia decidió dar a esta sustancia se hubiera puesto al descubierto de no haber sido destruidos todos los ejemplares de un manual interno de la CIA que llevaba por título LSD: Some UnPsychodelic Implications. En cualquier caso, el material revelado a raíz de la entrada en vigor del Acta de Libertad de Información es lo suficientemente significativo como para poner al descubierto toda la panoplia de atrocidades que se han expuesto en el presente capítulo. MKUltra es historia, pero es posible que en otro lugar, bajo otras siglas, haya un grupo de investigadores experimentando con técnicas más avanzadas y de efectos más sutiles. Por todo el planeta grupos extremistas radicales

“ Stewart Tandler y David May, The brotherhood of eternal love, Pandier Books, Londres, 1984.

171

llenar los espacios informativos con la triste hazaña de sus atrocidades. Sus planteamientos y actuaciones parecen obra de dementes o enajenados. ¿Quién sabe? Finalizada la guerra fría, los servicios

secretos tienen nuevos objetivos y nuevos enemigos. Tal vez también nuevos métodos.

Alto secreto

Tras revisar los resultados de los experimentos cinco años después de finalizado el programa, un auditor de la CIA escribió en su informe: «Deben ser tomadas todas las precauciones, no sólo para proteger las operaciones de su exposición a las potencias enemigas, sino también para sustraer estas actividades del conocimiento del público nortea-

americano en general. Saber que la agencia está implicada en actividades ilícitas y poco éticas podría tener graves repercusiones en círculos políticos y diplomáticos.»

Estos estudios no fueron llevados a cabo simplemente para satisfacer la curiosidad científica de la CIA. La agencia buscaba armas que otorgasen a Estados Unidos la superioridad en el campo del control mental. Para la consecución de ese objetivo la agencia invirtió millones de dólares en

estudios que exploraron las posibilidades de decenas de métodos para influir y controlar la mente humana. Un documento de 1955, parte del escaso material impreso que pudo salvarse de la destrucción «por acci-

dente», puede servir para darnos una indicación del tamaño y la amplitud de este esfuerzo. Se trata de una nota referida al estudio de un catálogo de sustancias que, entre otras cosas, servían para:

* «Potenciar el pensamiento ilógico y la impulsividad hasta el punto de que el sujeto quede desacreditado en público.»

* «Incrementar la eficacia del pensamiento y de la percepción.»

* «Prevenir o contrarrestar los efectos de la intoxicación alcohólica.»

* «Prevenir o contrarrestar los efectos de la intoxicación etílica.»

* «Potenciar los efectos de la intoxicación etílica.»

Jim Keith, Mind Control World Control: The Encyclopedia of Mind Control, Adventures Unlimited Press, Illinois, 1998.

* «Producir los síntomas aparentes de enfermedades reconocidas de manera reversible para poderlos utilizar con el fin de fingirse enfermo, etc.»

* «Hacer la hipnosis más fácil o realzar de alguna manera la utilidad de esta técnica.»

* «Potenciar la capacidad de los individuos para soportar privaciones, tortura y coerción durante los interrogatorios, así como impedir el "lavado de cerebro".»

* «Producir amnesia respecto a los acontecimientos que preceden al empleo de la sustancia.»

* «Producir reacciones de trauma y confusión durante períodos dilatados de tiempo, susceptibles de ser empleados con diversos propósitos.»

* «Producir incapacidades físicas tales como parálisis de las Piernas, de anemia aguda, etc.»

* «Producir estados de euforia "pura" sin ningún tipo de resaca.»

* «Alterar la estructura de la personalidad de manera tal que la tendencia del sujeto para llegar a ser dependiente de otra persona se potencie.»

* «Causar una confusión mental de tal intensidad que el individuo bajo su influencia encuentre difícil mantener una mentira en el transcurso de un interrogatorio.»

* «Rebajar la ambición y la eficacia laboral de los individuos cuando sea administrada en cantidades imperceptibles. »

* «Potenciar la debilidad o la distorsión de las facultades visuales o auditivas, preferiblemente sin efectos permanentes. »

El control de la mente

El concepto de control mental es contemplado por la mayoría de las personas como algo futurista o fabuloso. Suelen decir los teólogos cristianos que la mayor astucia del diablo es hacer creer en su no existencia.

Con el control de la mente sucede lo mismo. Sin embargo, los seres humanos han empleado técnicas eficaces de manipulación del pensamiento desde tiempos inmemoriales, cuando los primeros oligarcas se sintieron tentados de explotar los remedos y deseos de sus

súbditos; desde que los primeros místicos comenzaron a caminar ac-

tivamente por la senda que los llevaría a obtener la comunión con sus deidades, o desde el primer momento en que un hombre decidió aventurarse por los resbaladizos terrenos del entendimiento de la psique humana. El control mental, definido ampliamente, ha estado con

nosotros de una forma u otra desde el principio de la civilización.

Parece ser que los propagandistas estadounidenses de la guerra fría no estaban tan desencarminados al afirmar que los rusos habían sido los primeros manipuladores mentales de la historia. Hace 4.500 años las tribus koyak y wíros de la región central de Rusia llevaron a cabo lo

que podría definirse como los primeros experimentos en estimulación de la violencia a través de las drogas. De la seta Amanita muscaria consiguieron sintetizar una sustancia que, administrada a sus guerreros, eliminaba por completo sus sensaciones de Miedo y ansiedad, aparte de incrementar considerablemente su fortaleza física, su agresividad y ha-

cerlos inmunes al dolor mientras durasen los efectos de la droga. Era la versión real de la conocida pócima milagrosa que ingieren los guerreros galos de los cómics de Astérix. En el caso de las tribus rusas, los chamanes poseían un pequeño truco para incrementar la potencia de la sustancia: la seta era previamente dada a comer a un reno, y lo que bebían los guerreros en la víspera de la batalla no era otra cosa que la orina del animal. No fueron los únicos que recurrieron a tan poco ortodoxos bebedizos. La ferocidad de los guerreros vikingos también dependía en gran medida de la ingesta de orina de ciervo. Los ejércitos hindúes recurrían regularmente a ayudas químicas para reforzar su valor, así como los nativos norteamericanos. Los guerreros incas

utilizaban la hoja de coca con los mismos fines. Esta antigua tradición ha tenido fiel reflejo en el siglo xx- Sin ir más lejos, durante la guerra de Vietnam los soldados estadounidenses disponían de una amplia gama de narcóticos, desde marihuana a heroína, o arifetarruinas y demerol para los más sofisticados. Aún hoy, los grupos tribales más levantiscos de Sornalia, Kuanda y Liberia no salen al combate sin llevar en la mochila abundantes provisiones de drogas locales.

En las culturas tribales, el chamán se prepara para la curación o el contacto con los espíritus retirándose a una cueva o a un lugar similar con tal de que sea extremadamente oscuro y silencioso; en otras palabras, una cámara de privación sensorial como la que utilizaba el doc-

tor Cameron para comprobar qué sucedía en las mentes de sus pacientes tras pasar largos períodos de tiempo privados de estímulos visuales y auditivos. En otras culturas, la magia sólo tiene lugar tras largas sesiones de cánticos repetitivos y rítmicos tambores, una técnica que en nuestros entornos urbanos occidentales utilizan no pocas sectas destructivas. Como dijo en su momento el conocido psiquiatra británico William Sargant respecto a este tipo de rituales, «algunas personas pueden producir un estado de trance y disociación en sí mismos

o en otros, con tal de someter al sujeto a una serie de tensiones emocionales fuertes y repetidas, hasta convertir ese estado en un patrón condicionado de la actividad del cerebro que se dé incluso ante estímulos de menor importancia; por ejemplo, en el contexto religioso primitivo, el golpeo rítmico del tambor o el griterío de los asistentes y el estridente colorido de la ceremonia. [...] Si el trance es acompañado por un estado de disociación mental, la persona que lo experimenta puede ser profundamente influenciada en su pensamiento y comportamiento subsecuentes».

Prácticas similares obtuvieron resultados parecidos incluso en el estricto marco de la Iglesia católica. Santa Teresa de Jesús fue la más importante mística del siglo xvi, y su famosa frase en la que afirmaba que Dios se encuentra entre los pucheros se ha convertido en tónica. Sin embargo, la santa de Ávila no recibió sus visiones espontáneamente mientras se encontraba en la cocina del convento. Por el contrario, para experimentar el contacto directo con la divinidad necesitó pasar penurias, soledad, disciplina ternuante, cantos y rezos. Todo un proceso de autoinducción hipnótica continua que dio lugar al éxtasis místico presa del cual aparece representada en la famosa estatua de Berrúni.

Como vemos, las técnicas son tan antiguas como el hombre. La posibilidad existía desde antiguo: lo único que hicieron los científicos de MkUltra fue perfeccionar y sistematizar las técnicas de control mental con objeto de obtener determinados fines.

En 1996 el programa de televisión 60 Minutos, referencia obligada en el periodismo de investigación estadounidense, presentaba ante

[' Don Gillmor, I Swear by Apollo: doctor Ewn Cameron, the CM, and the Canadian Mind-Control Experiments, Eden Press, Montreal, 1986.

los atónitos Ojos del público norteamericano los entresijos de MkU-

tra. Por primera vez se pudo escuchar en un medio de alcance nacional que tras los experimentos de la CIA se encontraba algo más que el relativamente inocente propósito de encontrar un suero de la ver-

dad. De hecho, la agencia sabía que el LSD no tenía utilidad alguna

para este propósito, pero aun así los experimentos continuaron en pos de fines mucho menos confesables. Los periodistas de 60 Minutos descubrieron, además, que la intoxicación del doctor Olson no había sido

truto de un experimento irresponsable, como se creía hasta ese momento, sino un deliberado intento de silenciar a un testigo molesto que

amenazaba con denunciar una línea de investigación científica que consideraba tan inmoral como ilegal. También se descubrieron indicios que hacen sospechar que su presunto suicidio pudo ser un asesinato.

Conclusión

Probablemente nunca se terminará de conocer toda la verdad respecto a este oscuro y lamentable capítulo de la historia reciente. Todo lo que queda del Proyecto Mktftra cabe en los siete archivadores de cartón que contenían los escasos documentos a los que pudo tener acceso el Co-

mlté del senador Ted Kennedy. A pesar de que sus nombres son cono~

cidos, nunca se ha tomado acción legal alguna contra los participantes del proyecto. Ninguno de ellos fue siquiera expulsado de la agencia o llamado

ante sus superiores para rendir cuentas de sus actos. Tal vez lo que mejor resume la situación sean las palabras que el senador Kennedy pronunció en su momento ante el Senado estadounidense: «La Comurnidad de In-

teligencia de esta nación, que requiere un velo de secreto para operar, cuenta con la sacrosanta corifianza del pueblo americano. El programa de experimentación con seres humanos llevado a cabo por la CIA durante los años cincuenta y sesenta defrauda esa confianza. Esta violación se rei-

teró el día de 1973 en que fueron destruidos todos los documentos so-

bre este tema. Y la confianza del pueblo americano se vuelve a defraudar

cada vez que un responsable oficial se ruega a dar detalles sobre este pro-

yecto.» Más de veinte años después de pronunciadas estas palabras, la CIA continúa sin ofrecer información sobre MkUltra.

CAPÍTULO XI

MARILYN MONROE

Las diosas también mueren

- Existen pruebas suficientes para sospechar que el presunto suicidio de Marilyn Monroe fue en realidad un asesinato.

o Al hacerse la autopsia se descubrió que el estómago de la actriz no guardaba el menor rastro de los presuntos ocho frascos de barbitúricos que había ingerido antes de morir.

- Marilyn llevaba un diario en el que registraba las confidencias que le habían hecho tanto John como Robert Kennedy.

o La cadena de televisión norteamericana ABC realizó un reportaje de investigación sobre el tema cuyo coste de producción ascendió a varios cientos de miles de dólares. Sin embargo, lo averiguado se consideró tan desestabilizador por los responsables del canal que el reportaje fue suspendido minutos antes del momento de su emisión, siendo sustituido por un documental sobre perros policía.

o Cierta vez, la actriz comentó a uno de sus amigos más íntimos: «Yo conozco un montón de secretos de los Kennedy. Secretos peligrosos.»

Ha 0 0 y casos en los que, sin que se sepa muy bien la razón, la versión oficial de los hechos es automáticamente puesta en duda por la opinión pública. El presunto suicidio de Marilyn Monroe es uno de esos casos. Nadie se atrevió a decirlo en los periódicos, ni es algo que ni siquiera se contemple como posibilidad en las biografías políticamente correctas de la actriz, pero mucha gente creyó firmemente desde el principio que la estrella cinematográfica más famosa de to-

dos los tiempos había sido asesinada, una creencia que, a juzgar por las pruebas, no resulta en absoluto descabellada'.

'Aparte de las fuentes documentales que para casos concretos se citarán en las sucesivas notas a pie de página, quisiera destacar de manera muy especial el tributo que la investigación

«La rubia y bella Marilyn Monroe, símbolo esplendoroso de la alegre y emocionante vida de Hollywood, murió trágicamente el do-

rrungo, probablemente como consecuencia de un suicidio. Su cuerpo fue encontrado desnudo en la cama. Tenía 36 años. La estrella, con un

largo historial de trastornos, tenía el teléfono asido con una mano.

Cerca había un frasco de somníferos vacío». Con esta escueta nota de

prensa fue como el mundo se enteró del trágico fallecimiento de la es-

trella más rutilante que jamás haya dado el firmamento hollywoodiense. Sin embargo, lo que no contó la casi infinita sucesión de ar-

tículos y reportajes que se escribieron sobre el tema en los días sucesivos

fue cierto número de incongruencias que se dieron en este caso y que

apuntaban hacia una hipótesis muy diferente de la del suicidio.

Tomemos por ejemplo el caso del agente Lynn Franklin, que durante las primeras horas de aquella madrugada detuvo por exceso de velocidad en las proximidades de la residencia de la estrella un lujoso Mercedes cuyos ocupantes eran ni más ni menos que Robert Kennedy, fiscal general de Estados Unidos, Peter Lawford, cuñado de los hermanos Keri-

ned y el doctor Kalph Greeson, psiquiatra de Marilyn. Hasta la fecha

nadie ha explicado aún que hacían aquellos tres singulares personajes tan

cerca en el espacio y el tiempo del escenario en el que la actriz representaba su drama póstumo. Se da la circunstancia de que Peter Lawford fue la última persona que escuchó la voz de la fallecida merced a una ex-

traña llamada de teléfono que, según comentó a la prensa, le hizo sospechar que algo extraño estaba sucediendo en casa de Marilyn, si bien de-

cidó no intervenir en previsión de un posible escándalo ya que estaba casado con Patricia, la hermana del presidente Kermedy.

Tampoco está aclarado por qué Eunice Murray' dio a lo largo del tiempo hasta cuatro versiones diferentes de lo sucedido aquella noche,

o como es posible que un cuerpo que sólo llevaba muerto alrededor

de la muerte de Marilyn Monroe en general, y de este capítulo en particular, le debe al libro de Donald H. Wolfe, *The last days of Marilyn Monroe*, con seguridad el más fino y exhaustivo trabajo de periodismo de investigación realizado hasta la fecha sobre este tema. Existe una edi-

ción en castellano de esta obra con el título *Marilyn Monroe. Investigación de un asesinato*, Eme-

cé, Barcelona, 1999.

2 Associated Press, 5 de agosto de 1962.

1 Eunice Murray, *Marilyn, the last months*, Pyramid, Nueva York, 1975.

de un par de horas presentase todos los síntomas del rigor mortis, tal como atestigua Guy Hockett, el empresario de pompas fúnebres en-

cargado de retirar el cadáver.

La noticia de que Marilyn Monroe se había suicidado sacudió a Hollywood. Sin embargo, muchos de sus allegados no sólo se negaban a adrru'tlr esta posibilidad, sino que la veían como algo altamente im-

probable. El consejero y aniiigo de la actriz, Lee Strasberg, hizo en su

momento una extraña declaración al *New York Herald Tribune*: «No se suicidó[... 1 de haber sido un suicidio, habría ocurrido de otra mane-

ra. Para empezar, nunca lo hubiera hecho sin dejar una nota. Además, hay otras razones fuera de toda duda, que nos permiten pensar que no

intentaba poner fin a su vida.»

En el depósito de cadáveres del Palacio de justicia de Los Ángeles, Marilyn Monroe pasó a ser el caso 81128. De la autopsia se hizo cargo el doctor Thomas Noguchi, que más tarde se encargaría de otros ca-

dáveres famosos, como Robert Kennedy, Sharon Tate, Janis Joplin, Wiliani Holden, Nathahe Wood o John Belushi y sería conocido como

«el forense de las estrellas»'. Principalmente fueron dos las incon-

gruencias que llamaron la atención del doctor Noguchi a la hora de realizar su examen. Para empezar, el cuerpo presentaba magulladuras de diversa consideración así como un impresionante hematoma en la cadera izquierda. Otro hecho notable es que el estómago de la actriz no guardaba el menor rastro de los presuntos ocho frascos de barbitúricos que había ingerido antes de morir, algo que, unido a la ausencia de vómito en el escenario del suceso, convierte al de Marilyn en

el suicidio por ingestión de barbitúricos más raro de la historia.

Sin embargo, a pesar de estas contradicciones, el análisis toxicológico llevado a cabo el lunes 6 de agosto por el doctor R.J. Abernethy no dejaba dudas respecto a la causa de la muerte: una sobredosis masiva de barbitúricos de aproximadamente entre 50 y 80 comprimidos.

'Thomas T. Noguchi, Coroner, Pocket, Nueva York, 1983.

dos. El doctor Noguchi no podía comprender que semejante cantidad de fármacos no hubiera dejado el menor rastro en el estómago, así que encargó un análisis detallado de los riñones, el estómago, la orina

y los intestinos. Desgraciadamente, este examen jamás llegó a realizarse ya que las muestras de órganos desaparecieron misteriosamente de los laboratorios. Además, se da la circunstancia de que la concen-

tración de pentobarbital e hidrato de cloral en la sangre era tan alta que, de haber sido ingerida por vía oral, la víctima hubiese muerto ine-

vitablemente antes de alcanzar tales niveles, lo que nos indica que tal sobredosis sólo pudo ser administrada a través de una inyección. Las conclusiones a las que nos conduce este hecho resultan tan obvias como estremecedoras: el suicidio de Marilyn Monroe fue cuidadosamente escenificado para ocultar algo mucho más grave, un asesinato.

No fueron éstas las únicas pruebas perdidas de este caso. El diario personal de la actriz desapareció de una caja fuerte del Palacio de justicia de Los Ángeles. Una nota garabateada en un pedazo de papel arru-

gado que se encontró sobre la colcha de Marilyn, y que al parecer tenía escrito el teléfono de Robert Kenriedy, tampoco fue vuelta a ver tras ser

retirada del escenario del suceso. Por último, el contador telefónico que contenía el registro de llamadas realizadas aquella noche desde la casa de la víctima fue confiscado por unos «hombres de traje oscuro y zapatos relucientes», según declaró el encargado de la compañía telefónica. Una de esas llamadas fue la que hizo a su peluquero, Sidney Guilaroff- «Marilyn estaba muy trastornada. Lloraba histéricamente. Dijo que Bobby Kennedy había estado en su casa con Lawford y que la había amenazado. Hubo una

discusión violenta. Tenía miedo. Estaba aterrorizada. Intenté calmarla.» La presunta suicida también llamó aquella noche a uno de sus ex amantes, el guionista mexicano José Bolaños: «Marilyn me dijo esa noche algo que, algún día, conmocionará al mundo entero.»

El diario de Marilyn Monroe

A propósito del diario perdido, cobra especial importancia el tes-

timonio de Robert Slatzer, uno de los mejores amigos de la actriz. Slatzer recuerda que unos 15 días antes de su muerte ella lo llamó, vi-

siblemente alterada, para citarse con él. Emocionalmente se encon-

traba hundida. Primero John Kennedy y luego su hermano Robert la

habían seducido y abandonado sin más explicaciones. El despecho de la humillación la tenían loca de rabia. En un momento de la conversación con Slatzer ella sacó del bolso un pequeño diario de tapas ro-

jas al que denuncaba «su libro de secretos». Entre otras cosas, en él se

hablaba de los planes del gobierno para matar a Fidel Castro, de pruebas atóxicas, de las relaciones de Sinatra con la Mafia, del movimiento negro por los derechos civiles y de cómo había sido idea de Bobby

Kennedy el retirar el apoyo aéreo a la aventura de bahía de Cochinos. Todas estas revelaciones provenían de sus conversaciones de alcoba con Robert, el menos discreto de los hermanos, y según su amigo, anunciaba que ahora estaba dispuesta a convocar una rueda de prensa y contarle al mundo quiénes eran de verdad los Kennedy.

Nadie sabe hasta qué punto los Kennedy se tornaron en serio ta-

les amenazas. Pero lo cierto es que, aparte del ya citado «patrullero», existen otros testigos que sitúan a Bobby Kennedy aquella noche en

la casa que Marilyn Monroe tenía en Fifth Helena Drive. Elizabeth Pollard era una vecina que la noche del sábado 4 de agosto se encontra-

ba jugando a las cartas en el porche de su casa en compañía de unos

amigos cuando uno de sus invitados súbitamente exclamó: «¡Mirad, es

Robert Kennedy!» 5. Ninguno de los presentes pudo resistir la tenta-

ción de curiosear y vieron como el fiscal general de EE UU penetraba en el dormitorio de la actriz en compañía de otros dos hombres a los

que no pudieron identificar.

Por otro lado, Robert Kennedy mantuvo un encendido interés

sobre todo lo que se publicaba sobre este tema, tal como lo demuestra una nota fechada el 8 de julio de 1964 en la que el director general del FBI J. Edgar Hoover comunicaba al fiscal general lo siguiente: «El señor Frank A. Capell se propone publicar un libro barato de 70

páginas titulado 'La extraña muerte de Marilyn Monroe', que saldrá a la venta el 10 de julio de 1964. Según el señor Capell, su libro da la referencia

1 1 Marilyn Monroe. de la supuesta amistad de usted con la difunta Marilyn

Robert Slatzer, The Marilynfiles, SPI, Nueva York, 1992. Frank Capell, The strange death of Marilyn Monroe, Herald of Freedom, Nueva York, 1969.

Afirma que demostrará en su libro que usted y Monroe tenían una

relación íntima y que usted estaba en la residencia de la actriz en el momento de su muerte. Se le comunicará cualquier información adicional referida a la publicación de este libro.»

La ambulancia perdida

Pero tuvieron que transcurrir más de veinte años hasta que un

nuevo testimonio arroja una nueva luz sobre lo sucedido aquella fatídica noche. El 23 de noviembre de 1982 el rotativo The Globe publicaba una entrevista con el conductor de ambulancias James Hall, en la que éste relataba como la noche del 4 de agosto de 1962 acudió a

una llamada procedente de la residencia de la actriz en el 12.305 de Fifth Helena Drive. El panorama que allí encontró constituía una es-

cena dantesca. Marilyn aún no había muerto, pero agonizaba sobre la alfombra del bungalow de invitados. Según Hall, tanto el doctor Greeson como Peter Lawford se encontraban presentes cuando él llegó y, de hecho, achaca la muerte de la estrella a la negligencia del psiquiatra de ésta a la hora de intervenir en la reanimación que, hasta aquel momento, se estaba verificando positivamente.

Esta declaración resultó tremendamente controvertida, si bien más tarde pudo ser confirmada tanto por los vecinos de la calle que te-

niendo haber visto la ambulancia aparcada frente al domicilio de Marilyn, como por Robert Slatzer, dueño de la empresa de ambulancias, quien, si bien lo negó todo en primera instancia por miedo a perder los contratos gubernamentales de los que dependía su empresa, más tarde no dudó en corroborar la versión de su antiguo empleado. La declaración de Hall es de vital importancia en su papel de manifestar

empleado. La declaración de Hall es de vital importancia ya que pone de manifiesto que varios testigos principales del caso intentaron ocultar la presencia de Peter Lawford, el doctor Greeson y, muy probablemente, Robert Kennedy en la casa.

En 1985 la cadena de televisión británica BBC produjo un documental de investigación sobre la muerte de Marilyn titulado *Say goodbye to the president*, que incluía entrevistas con los principales testigos y personajes implicados. Uno de éstos era Eunice Murray quien,

creyendo finalizada la grabación, realizó unas sorprendentes revelaciones que fueron registradas por un micrófono que aún permanecía abierto: «A tu edad, ¿debo seguir encubriendo todo esto?» Preguntada sobre a qué se refería, la señora Murray relató que Robert Kennedy había estado allí esa noche y que había mantenido con Marilyn una

discusión extraordinariamente violenta. Ahondando sobre esta historia, el programa de investigación *20/20* de la cadena de televisión norteamericana ABC realizó un reportaje de media hora en el que tra-

bajaron los reporteros estrella de la emisora Sylvia Chase y Geraldo Rivera, y cuyo coste de producción ascendió a varios cientos de miles de dólares. Sin embargo, lo averiguado por los periodistas fue considerado tan desestabilizador que el reportaje fue suspendido poco antes del

momento de su emisión, siendo sustituido por un documental sobre perros policía.

En el ojo del huracán

Fue precisamente en medio de este clima, en el que la verdad parecía por fin querer abrirse paso, cuando tuvo lugar una de las mayores infamias relacionadas con el caso de Marilyn Monroe. En marzo de

1993 se ponía a la venta *Marilyn Monroe: The biography* de Donald Spoto'. Se desconoce si había algún tipo de mano negra o grupo de presión tras los actos de este autor, pero lo que sí se sabe es que cons-

tituyó uno de los intentos de desinformación más flagrantes, lamentables y vergonzosos de todos los tiempos. En este libro, a despecho de las pruebas, se pretendía negar cualquier relación entre la actriz y los hermanos Kennedy. Y, no contento con esto, el autor se despachaba utilizando todo tipo de descalificaciones personales hacia los investigadores más famosos del caso, algo que, tras pasar por los tribunales, le costó el pago de cuantiosas indemnizaciones y la inclusión de una retractación en las sucesivas ediciones de su libro.

En cualquier caso, aparte de las tenebrosas circunstancias que rodearon su muerte, si algo llama la atención en la historia de Marilyn

-Donald Spoto, *Marilyn Monroe: The biography*, Harper Collins, Nueva York, 1993.

Monroe es la forma en que, voluntaria o involuntariamente, se vio inmersa en los entresijos, manejos y conspiraciones de la élite del poder en una de las épocas más convulsas de la historia de EE UU, como

lo fue aquel principio de la década de los 60.

Su intimidad con John y Robert Kennedy la convirtió en un objetivo más que apetecible para los enenigos de ambos hermanos. El gánster Sam «Morneo» Giancana jefe de la mafia en Chicago y Las Vegas, investigó con sumo interés esta relación para sacar algún partido de la incontinencia sexual de los hermanos que regían el país. Con sinulares propósitos, el turbulento sindicalista Jimmy Hoffa contrató al detective privado más caro y prestigioso de Hollywood, Fred Otash, para que, literalmente, sembrara de micrófonos la residencia de la ac-

triz y, muy especialmente, la mansión de Peter Lawford, en donde tenían lugar los encuentros de Marilyn y sus dos influyentes amantes. De

hecho, las cintas de Fred Otash, desaparecidas tras la muerte del detective, son una de las pruebas de cargo que aclararían multitud de puntos oscuros de este caso.

El último de los interesados, aunque no el menos importante, en

la intimidad de Marilyn Monroe fue J. Edgar Hoover, que tenía destacado un equipo de agentes del FBI con el único propósito de man-

tenerle informado de los movimientos de la estrella.

Con tal cantidad de Ojos y oídos pendientes de lo que sucedía en aquella casa de Fifth Helena Drive no sería de extrañar que alguien tuviera una grabadora funcionando en el preciso instante de la muerte de Marilyn. De hecho, la casa donde Marilyn perdió la vida fue adquirida muchos años más tarde por la actriz de televisión Veronica Hamell, que se haría popular a raíz de su intervención en la serie Canción triste de Hill Street. Pues bien, cuando estaba redecorando su

nueva casa descubrió un insólito cableado que cubría diversos lugares de la residencia y salía al exterior camuflado entre la instalación eléctrica. Un experto le confirmó que aquello era parte de una primitiva instalación de escucha de las que existían a principios de los años 60.

Así pues, si tenemos la confirmación de que existían esos iruicrófonos, no debería extrañarnos de que en algún lugar desconocido se

encuentren ocultas las cintas que aclararían definitivamente lo sucedi-

do la noche de autos. Tal posibilidad aparece recogida en el libro Goddess 1 de Anthony Summers, autor que afirma haber podido escuchar el contenido de una de esas grabaciones. En la cinta se podría escuchar perfectamente a Peter Lawford intentando mediar en una violenta discusión entre Marilyn y Bobby Kermedy. Poco a poco la cosa parece ir subiendo de tono hasta que conu*enzan a oírse sonidos de un forcejeo en el que al parecer Marilyn se llevará la peor parte. La cinta

parece dejar suficientemente claro que cuando el fiscal general abandona la casa la actriz ya habría fallecido, si bien no arroja ninguna luz respecto a la forma en que se produjo la muerte.

Amor y despecho

En cuanto a las circunstancias que condujeron a los trágicos aconte-

cimientos de aquella noche, Summers plantea una fascinante variación sobre el tema. Bobby habría iniciado su relación con Marilyn principalmente para proteger a su hermano. Para Johri, la actriz no

era más que un ligue, una más de una lista no precisamente corta. En

la bella cabeza de la artista había, sin embargo, otro tipo de aspiraciones mucho más elevadas, que no descartaban ni el matrimonio ni los honores de primera dama. Cuando su presidencial amante se aburrió

de ella, Marilyn decidió no rendirse sin luchar. Ese es precisamente el momento en el que Bobby entra en escena, seduciendo a la actriz

para distraer su atención del presidente, una estrategia que no hizo sino empeorar las cosas.

Según la versión de Summers, Robert llegó a la casa cuando Marilyn aún estaba viva, aunque agonizante. Se procedió a llamar a una ambulancia, pero ya era demasiado tarde y la actriz murió de camino hacia el hospital. Así que, ya que no había nada que hacer, se organizó una compleja operación de encubrimiento destinada a ocultar cualquier relación entre Marilyn y el aspirante a futuro presidente de EE UU.

Haciendo gala de una honestidad profesional que le honra, Summers admite que su versión de los hechos no tiene por qué ser la co-

'Anthony Summers, Las vidas secretas de Marilyn Monroe, Planeta, Barcelona, 1986.

recta, si bien hace notar que se trata de una hipótesis de trabajo perfectamente coherente con los datos conocidos hasta el momento. Efectivamente, cabe la posibilidad de que la intervención de Robert Kennedy en los acontecimientos de aquella noche no fuera tan sifflestm como pudiera deducirse en primera instancia. Sin embargo, existe una

posibilidad apuntada por varios biógrafos que añadiría un elemento extra de confusión alrededor de todo este asunto. En el momento de su muerte Marilyn Monroe podría haber estado esperando un hijo de uno de los Kermedy.

Anthony Summers es de los que cree que los Kermedy tuvieron mucho que ver con los acontecimientos de aquella noche. Las continuas llamadas de Marilyn a la Casa Blanca y al Departamento de justicia no sólo irritaban a los hermanos sino que comenzaban a ponerles nerviosos, ya que en cualquier momento podrían llamar la atención de sus enemigos políticos. La amenaza de convocar una rueda de prensa por parte de la actriz no debió de contribuir en absoluto a que se

por parte de la actriz no debió de contribuir en absoluto a que se

serenaran los ánimos de los hermanos Kermedy. A partir de ese mo-

mento, el asunto Marilyn Monroe pasaba de ser un lío de faldas a convertirse en materia de seguridad nacional. De ahí al «suicidio» hay un solo paso.

Recapitulando

Para entender el final de Marilyn Monroe es de vital importancia recapitular los acontecimientos de su vida en las semanas previas a su

trágico final. En abril de 1962 Marilyn Monroe comienza el rodaje de *Something's Got to Give* para la Twentieth Century Fox. Habían transcurrido 17 meses desde su papel estelar en *Vidas rebeldes* con Clark Gable y Montgomery Clift, 15 desde su divorcio del escritor Arthur Miller (autor del guión de aquella película) y 14 desde que decidiera ponerse en tratamiento de su adicción a los barbitúricos y al alcohol. Los problemas respiratorios de la actriz y su miedo escénico crónico ya habían retrasado mucho el rodaje. Fue justo entonces, el 19 de mayo, cuando Monroe decidió viajar a Nueva York, a pesar de en-

contrarse enferma y de las amenazas de despido por parte de la Fox si

había más ausencias injustificadas, para cantar su célebre *Cumpleaños feliz* en un homenaje al presidente John F. Kennedy.

Marilyn estaba sola, en pie, deslumbrante sobre el escenario del Madison Square Garden. Peter Lawford y otros muchos de los presentes sonreían maliciosamente, pues sabían perfectamente que la que tan sensualmente le estaba dedicando la canción era en realidad la amante del presidente. Cuando empezó a cantar, Marilyn parecía car-

gada de energía, tal vez por efecto de las píldoras de dexedrina pres-

1 1 1 mi critas por los méd«cos del estud'o. Tras s«ete 'nutos de actuación Monroe se derrumbó en su camerino presa de la fiebre. Sin embargo, consiguió reponerse y dos horas más tarde asistía a una fiesta dada por el magnate teatral Arthur Kr1m. Allí se pudo ver a los dos hermanos Kennedy hablando en privado con la actriz durante aproximadamente 15 minutos.

Poco más tarde el fiscal general observaba intranquilo como el periodista Merriman Srru'th charlaba con Monroe rm'entras tomaba notas en su libreta. Cuando un agente del servicio secreto le dijo que otro

periodista había tomado una fotografía de Marilyn hablando con los hermanos Kennedy, su ceño se frunció con visible irritación'. A la una de la madrugada, agentes del servicio secreto escoltaban al presidente y a Marilyn hasta el hotel Carlyle donde JFK tenía alquilado un

ático. El encuentro duró varias horas y aquella fue la última vez que se vieron en tales circunstancias. Mientras esto sucedía, a las 2.30 horas Merriman Snu'th era despertado por dos agentes del servicio de asuntos confidenciales que mantuvieron con él una larga charla para ex-

plicarle que no era conveniente ni para su salud ni para su futuro profesional escribir sobre Marilyn y los Kennedy.

Abandonada

Monroe regresó al rodaje dos días después con una grave infección nasal que enmascaró con arifetarruinas y analgésicos. El fin de semana

s1guiente ella supo que el presidente estaba a punto de terminar con

' Earl Wilson, *Show Business Laid Bare*, Putnam, Nueva York, 1974.

su relación a instancias de sus consejeros, que opinaban que aquella fri~ volidad ponía en grave riesgo su futuro político. La brusca despedida dejó a la actriz en estado de shock y el rodaje fue retrasado de nuevo.

El 8 de junio los ejecutivos de la compañía cinematográfica decidie~ ron cancelar el contrato de Marilyn Monroe. Para justificar esta acción, los agentes de prensa de la Fox se embarcaron en una campaña de publicidad negativa que presentaba a la estrella como un ser caprichoso e inestable.

Poco después, Marilyn recibía la visita de Robert Kenriedy, El presidente había cambiado el número del teléfono privado del despacho oval por lo que Marilyn ahora llamaba varias veces al día a la centralita de la Casa Blanca, discutiendo con las

operadoras, que tenían or-

den de no pasarle la llamada al presidente. El fiscal general había ido allí para pedirle que cesaran esas Ramadas. Como gesto de buena voluntad, Bobby le dio a la actriz su propio número privado del Departamento de justicia.

Robert Kermedy ya estaba acostumbrado a reparar los desatinos sexuales de su hermano. Sin embargo, en esta ocasión fue él quien cometió una imprudencia al embarcarse en una incierta aventura amor-

rosa con Marilyn. Aquella primera visita, dos meses antes de su muerte, fue el preludio de una relación a distancia tan intensa y apasionada que Hazel Washington, una de las sirvientas de Marilyn, la describió como

«hacer el amor encima del teléfono. Y quiero decir literalmente hacer el amor». La apretada agenda del fiscal le impedía visitar a Marilyn con la frecuencia deseada, así que la pareja no tuvo más remedio que convertirse en pionera del sexo telefónico.

Poco después, Robert tuvo el pretexto perfecto para poder visitar a Marilyn en Hollywood gracias al rodaje de *The enemy within* una

adaptación de un libro sobre su cruzada contra el crimen organizado. La estancia de Bobby en Los Ángeles dio paso a una idílica etapa de largos encuentros hasta bien entrada la madrugada. Es probable que fuera en aquella época cuando Marilyn obtuvo la mayor parte del ma-

terial para su «cuaderno rojo». Cabe destacar que no apuntaba a queHa información con ánimo de hacer un mal uso de ella, sino a fin de

“ Robert E Kennedy, *El enemigo en casa*, Plaza y Janés, Barcelona, 1968.

documentarse sobre los asuntos que interesaban a Bobby y así tener

siempre tema de conversación con su nuevo amante, en un desesperado intento de evitar que le sucediera lo irrisorio que con su hermano.

Abandonada (II)

A mediados de julio, Marilyn se encontró con la desagradable sorpresa de que Robert comenzaba a alejarse de ella de la misma mane-

ra que antes lo había hecho Jolin. La ofensa final fue cuando Bobby también cambió el número de su teléfono privado. Aquella fue la puntilla del desgraciado idilio de Marilyn con la familia Kermedy.

Las razones para el súbito cambio en la actitud de Robert Kennedy

no son ningún misterio: con su hermano Teddy presentándose en septiembre a la elección como senador y J. Edgar Hoover bromeando

con sus colegas del FBI acerca de un archivo «especialmente caliente» sobre Bobby y la actriz, Marilyn era un obstáculo en las ambiciones políticas del clan Kermedy. Pero la estrella no aceptaría tan fácilmente

este nuevo desprecio. Los expertos que han estudiado el perfil psicológico de la estrella piensan que el rechazo de los hermanos Kennedy reabrió la herida que supuso para ella el completo abandono que su-

frío en su infancia por parte de su padre. De hecho, afirman que este lejano suceso de su niñez es la clave para comprender toda su biografía ya que creó su personaje de diosa del sexo muy posiblemente para evitar que alguien la volviera a abandonar como había hecho su padre.

Contrariamente a los rumores sobre su inestabilidad emocional e

histeria durante el período de sus romances con los Kermedy, la dolencia real de Marilyn durante el verano de 1962 era el insomnio.

Además, comenzaba a dar señales de anorexia. Hoy día, una estrella de

Hollywood que se encontrara en su estado se apresuraría a pasar 10 sesiones en el centro Betty Ford. Pero en 1962 el doctor Greeson y sus

otros médicos tenían pocas opciones para tratar sus males, aparte de los somníferos y las vitaminas. Las anfetaminas, causa más que probable de su insomnio, eran cortesía de los doctores del estudio. A este cóctel le

tenemos que sumar la propia iniciativa de la actriz que, en materia de pastillas, no era poca. La mayoría de las presuntas tentativas de suicidio

de Marilyn Monroe fueron realmente sobredosis, según se deduce del testimonio de arruigos íntimos que insisten en que la actriz hacía un uso indiscriminado y bastante irresponsable de la farmacología.

Desaparecida

El 19 de julio Marilyn sale de casa anunciando que pasará algún tiempo fuera sin dar más explicaciones. Regresaría tres días después, el

22 de julio, con el rostro terriblemente pálido y el aspecto de una

persona exhausta. Según algunos amigos íntimos, aquellos días los pasó registrada bajo nombre supuesto en el hospital Cedros del Líbano, adonde había acudido con la intención de abortar. En cuanto a la paternidad del presunto bebé, existe división de opiniones respecto a si

se trataba de uno u otro de los hermanos Kermedy '1.

A finales de julio, el asunto Marilyn Monroe se había convertido

para los Kennedy en un bidón de nitroglicerina a punto de estallar. Demasiada gente, amigos, enerruigos y periodistas sabía ya de las relaciones de Marilyn con el presidente y su hermano, y era cuestión de tiempo que alguien consiguiera las pruebas del affaire y tuviera la oportunidad de utilizarlas. Así pues, se designó a un nuevo mediador que intentase apaciguar a la airada Marilyn. De la misma forma que John había enviado a

su hermano Bobby para desligarse de la actriz, ahora, el cuñado de am-

bos, Peter LawfÓrd era requerido para convencer a la actriz de que lo me-

gor para todos sería que rompiera todo contacto con la familia Kerinedy. En este tira y afloja estaban las cosas cuando amaneció el día que estaba destinado a ser el último para Marilyn Monroe.

El último día de Marílyn Monroe

Muy poco sabríamos actualmente sobre el último día de Marílyn Monroe de no ser por el testimonio de alguien que durante más de

“ Marilyn habló sobre su embarazo, entre otros, con su esteticista Agnes Flanagan, su an-ú-

go Arthur Jarnes y su publicista, Rupert Allan.

veinte años llevó consigo la carga de saber lo que realmente sucedió durante las últimas horas de la estrella. Se trata de Normanjefferles,jardinero, chófer, chico de los recados y manitas en general de la resi-

dencia de Monroe.Jefferies era una de esas personas grises que tienen un talento especial para pasar desapercibidas. Tal vez por eso ni policías ni periodistas repararon jamás en él y nunca fue interrogado so-

bre los acontecinúentos de aquella noche. Entrada ya la década de los noventa, Jefferies vivía en Pusseflvffle,Arkansas. Se encontraba confinado en una silla de ruedas y una enfermedad ternuinal estaba a punto de acabar con su vida.Tal vez por eso se decidió a hablar de una vez por todas y revelar al mundo toda la verdad.

Aquella mañana Marilyn se levantó temprano. No había dormido bien pues estaba preocupada por unas llamadas amenazantes que había recibido la noche anterior. Una de ellas, en la que una mujer le llamaba «mujerzuela» y le ordenaba que «dejara en paz a Bobby», había hecho especial mella en su ánimo. Alrededor de las 11 de la mañana tuvo lugar la primera discusión del día. Pat Newcomb era la jefa de prensa de Marilyn y amiga personal de la fanuía Kennedy. Marilyn y ella mantuvieron un agrio enfrentanamiento aquella mañana durante el cual la actriz le reprochó su excesiva afinidad con los Kermedy y la es-

casa lealtad que sentía hacia ella. Después de la coinida, alrededor de las tres de la tarde, hizo su aparición en escena el visitante estelar del día: Bobby Kermedy en persona acompañado de Peter Lawford.

Ambos visitantes manifestaron su deseo de conversar a solas con la

actriz y despidieron al servicio. Cuando Eunice Murray y Jefferies regresaron una hora después el coche ya no estaba en la puerta, los visitantes se habían marchado y Marilyn estaba en un estado de tremenda excitación nerviosa, presa de un ataque de pánico. En 1985 Mark Monsky, de los servicios informativos de la NBC, pudo acceder a un funcionario del Gobierno estadounidense que había tenido ocasión de escuchar las grabaciones realizadas en casa de Marilyn. Este testimonio anónimo no sólo confirma la existencia de una fuerte discusión entre Marilyn y Bobby Kennedy sino que señala que este último continuamente buscaba algo y preguntaba «¿dónde está?».

El lamentable estado anímico en el que se encontraba Marilyn hizo que el ama de llaves llamara rápidamente al psiquiatra de la actriz,

el doctor Greeson, que llegó a la residencia alrededor de las cuatro y media de la tarde. El doctor Greeson abandonó la residencia alrededor de las siete y Marilyn comenzó una ronda de llamadas telefónicas a algunos de sus amigos más íntimos para contarles lo sucedido. Uno de ellos, Sidney Guilaroff, se quedó algo preocupado ante un comentario de la actriz: «¿Sabes, Sidney?, yo conozco un montón de secretos de los Kennedy. Secretos peligrosos.» Y tanto que debían serlo porque, según la declaración de Jefferies, Bobby Kennedy regresó alrededor de las diez de la noche acompañado por dos hombres, uno de los cuales llevaba un maletín de médico.

Media hora más tarde, Eunice Murray y Norman Jefferies, vieron salir

de la casa a los tres hombres, por lo que se decidieron a regresar a la casa. Tendida en el suelo del bungalow de invitados se encontraba Marilyn, inconsciente y aferrando el teléfono. Se llamó a una ambulancia y en el ínterin llegaron a la casa Peter Lawford y el doctor Greeson, que tam-

bién había sido llamado para asistir a la actriz. Aquí es donde encajaría la historia del conductor de ambulancia, que relataba los infructuosos intentos de reanimar a Marilyn y la impericia del doctor Greeson, que pudo contribuir definitivamente al fallecimiento de la paciente. El ca-

dáver fue trasladado a su dormitorio y cuando llegó el primer grupo de agentes de paisano, entre los que se encontraba el capitán James Hamilton, amigo personal de Bobby Kennedy, y formuló la idea del suicidio nadie tenía la menor intención de contradecirles.

Conclusión

El domingo 5 de agosto el cuerpo de Marilyn Monroe quedó preparado para ser entregado a sus parientes más cercanos. Se hizo cargo su ex marido Joe DiMaggio, que organizó las exequias excluyendo deliberadamente a cualquiera que tuviera algo que ver con el mundillo de Hollywood. Personajes de la talla de Frank Sinatra y Dean Martin fueron retenidos en la puerta por los guardias de seguridad mientras en el interior del cementerio se celebraba una sencilla ceremonia a la que fueron invitados solamente los amigos más íntimos de la actriz. Más tarde, DiMaggio confesaría a algunos de ellos que in-

culpaba de la muerte de Norma Jean, la que había sido su gran amor, a Hollywood y, muy especialmente, a los Kennedy.

Tal vez fuera el pastor que celebró su funeral quien involuntariamente diera una de las claves de su muerte al decir: «¡Cuán temible y maravillosamente fue hecha por el Creador!»

CAPÍTULO XII LA «MALDICIÓN» DE LOS KENNEDY

¿Casualidad o conspiración?

o Desde la muerte de todos los Kennedy que han pretendido acceder a la Casa Blanca han sido apartados de la carrera presidencial

por algún suceso violento ocurrido en circunstancias poco claras.

o El asesinato de John Fitzgerald Kennedy se gestó entre altos funcionarios del Gobierno estadounidense y miembros de poderosos grupos

de presión próximos a la industria petrolífera y de armamento.

a Su hermano Robert fue asesinado cinco años después en circuns-

tancias igualmente oscuras. * Ted Kennedy tuvo que abandonar sus ambiciones presidenciales a

consecuencia de un misterioso accidente de tráfico en el que falleció una

de sus colaboradoras de la campaña.

o John, el hijo del presidente Kennedy, falleció en un accidente de

aviación justo en el momento en que iba a comenzar una prometedora carrera política.

Ambición y tragedia, debilidades y logros. Los Kennedy han sido siempre una familia más grande que la vida. El fallecimiento de John-John Kermedy, la última de la larga serie de muertes violentas que parece haberse cebado con la familia, ha reabierto la vieja leyenda sobre la maldición que pesa sobre el clan. Pero ¿existe realmente tal maldición o, por el contrario, hay algo mucho más sórdido y real tras las muertes de los Kennedy?

Los Kermedy, un apellido de leyenda, son una familia que, si sus

peripecias ocurrieran en el marco de un culebrón televisivo, provo-

1 canan el cese fiihriante del guionista capaz de idear una historia tan

recargada de desgracias y poco creíble. Siendo una de las dinastías más poderosas de Estados Unidos, asesinatos y escándalos parecen haber-

se cebado con ellos de manera especial. Repasemos siquiera breve-

1 1 g 1 mente este cúmulo de des racías para hacernos una

idea de las dimensiones de lo que estamos hablando.

La considerable fortuna de los Kermedy procede del contrabando de licor en los viejos tiempos de la Ley Seca. Aquellos primeros tiem-

pos reportarían a la familia importantes lazos con algunos nuiembros pronuntes del crimen organizado que serían de crucial importancia en los acontecimientos de los años venideros. Joe Kermedy, el patriarca de la familia, no era sin embargo un gángster al uso, sino más bien un emprendedor que vio en la legislación contra el licor un

lucrativo nicho de mercado. Sin embargo, tampoco se puede decir que fuera un santo. Las desgracias familiares comenzaron oficialmente cuando en 1941 Joe ordenó que a su hija Rosemary le fuera practicada una lobotomía para curarla de sus frecuentes crisis epilépticas. Esta intervención se llevó a cabo sin el conocirm'ento de Rose, su

madre, aunque no era lo único que ignoraba la señora Kermedy. Por ejemplo, tampoco estaba al corriente de la relación sentimental que mantenía su esposo con la conocida actriz Gloria Swanson. Según el autor Ronald Kessler, Joe sería una de las mayores influencias en el trágico destino de sus hijos y nietos: «La familia Kermedy tiene una

larga historia de valor imprudente y eso conlleva que es víctima fre~ cuenta de accidentes absurdos. [...] Fue el viejo Joseph -el patriar~ ca del clan- el que inculcó a los suyos el principio de que para los Kermedy no hay reglas que valgan ni lírmites que puedan pararles. Él decía que un Kermedy nunca conoce el rmiedo y nunca muestra sus

emociones» 1.

La tragedia visitó por segunda vez al matrimonio Kermedy con la muerte de su hijo mayor Josepli, caído en combate durante la segunda guerra mundial, rm-entras se encontraba pilotando un bombarde-

ro en una peligrosa rruisión de la que se le había advertido que se abstuviera. Joseph era un gran conocedor de nuestro país. Cubrió como

periodista la guerra civil española primero en Barcelona, desde donde marchó aValencia y luego a Madrid, de donde partió para ocupar el

' Ronald Kessler The Sins of thefather:inseñ Kennedy and the dynasty hefounded

Ronald Kessler, *The Sins of Fathers: Joseph Kennedy and the Family Heirloom*, Warner Books, Nueva York, 1996.

puesto de agregado de prensa de la embajada de EE UU en París.

Según parece, en el Madrid republicano entró en contacto con un

grupo de partidarios de la causa nacional pertenecientes a la quinta

columna y llevó a cabo una misión secreta por encargo del Gobierno británico.

Poco más tarde, en 1948, falleció en Francia como consecuencia de un accidente de aviación Kathleen Kennedy, la hija rebelde que había roto los lazos con la familia a causa de sus desavenencias con su padre.

Con la muerte de Joseph, que se había iniciado en el mundo de

la política como delegado en la convención demócrata de 1940, todas las esperanzas del patriarca se centraron en su siguiente hijo, John Fitzgerald. Como su padre, el joven Kennedy incurrió en numerosas

infidelidades matrimoniales, entre ellas la más sonada fue la aventura

que mantuvo con Marilyn Monroe, a la que hemos dedicado el capítulo anterior. También parecía haber heredado su mala suerte con los hijos. En 1963 John Kennedy lloraba la pérdida de uno de sus hijos, Patrick, fallecido apenas dos días después de su nacimiento. Al parecer, su esposa Jacqueline era propensa a los partos problemáticos, ya

que una niña que tuvo de soltera, antes de su relación con Kennedy, nació muerta. Aparte de esto, seguiría el aciago destino que persigue a los Kennedy, y así, el 22 de noviembre de 1963, el que fue primer presidente católico de EE UU era asesinado en Dallas en circunstan-

cias aún no aclaradas.

John Fitzgerald no fue el único Kennedy en ser sacado violentamente de la escena política. En 1968 Robert Kennedy fue asesinado durante su campaña para la nominación a la presidencia por el Partido Demócrata, un asesinato que presenta tantos o más puntos oscuros que el de su hermano. Poco después, tras una fiesta, el coche del senador Ted Kennedy se precipitaba desde lo alto de un puente en la isla de Chappaquiddick, Massachusetts. Como resultado del

‘La mejor fuente de información disponible en nuestro idioma sobre el asesinato del pre-

sidente Kennedy se encuentra en <http://www.terra.es/personal/amestu/home.htm>, una pá-

gina web que en volumen, rigor y calidad supera por amplio margen a cualquier libro pu-

blicado en nuestro país sobre este tema.

accidente murió su secretaria Mary Jo Kopechne. El escándalo susci-

tado a raíz de este incidente terriblería para siempre con las aspiraciones presidenciales del senador, que fue declarado culpable de homicidio por imprudencia, si bien se libró de un cargo de denegación de auxilio.

La siguiente generación Kennedy sufrió también en sus propias carnes los efectos de la «maldición». En 1973 el hijo mayor del sena-

dor, Ted, sufrió la amputación de una pierna a consecuencia de un

cáncer. El otro hijo de Ted, Patrick (actualmente congresista), abandonó en 1986 cualquier ambición presidencial al ser sometido a un tratamiento para superar su adicción a la cocaína.

La descendencia del malogrado Robert tampoco parece ser ajena a las desgracias. El hijo mayor, Joe II, se vio envuelto en un accidente de tráfico muy singular al sufrirlo por su tío en el que su acompañante resultó paralizada de por vida. Por añadidura, se vio convertido en personaje habitual de la prensa sensacionalista a consecuencia

de su pretensión de obtener la nulidad matrimonial tras doce años de

convivencia con su esposa.

Michael Kennedy, el otro hijo de Robert, se vio envuelto en otro escándalo al

asignársele una presunta relación sentimental con una

menor que trabajaba como «canguro» de la familia. En 1998 moría en un accidente de esquí en la estación invernal de Aspen ante la mirada atónita de sus tres hijos, con los que se encontraba jugando una modalidad de fútbol americano sobre esquís cuando se estrelló contra un árbol fracturándose el cuello.

El último capítulo de esta luctuosa lista lo escribió la muerte de Jolin-Johri, el hijo del ex presidente, a los mandos de una avioneta que se estrelló en el Atlántico a pocos kilómetros de la costa. Lo cierto es que con tal cúmulo de desgracias no nos extraña que haya quien hable de una maldición que persigue a los Kennedy.

Pudiera ser así, pero, aplicando el viejo aforismo de los relatos de Sherlock Holmes, cuando se elimina todo lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad. Así pues, ya que no

creemos en sortilegios ni en hados fatales, sólo nos resta suponer que alguien está colaborando activamente para que la presunta maldición se convierta en realidad.

El coronel Fletcher Prouty fue un personaje muy relevante dentro de la comunidad de inteligencia estadounidense, llegando a ser

director de planes especiales (un eufemismo para referirse a las operaciones clandestinas que, a fin de cuentas, es otro eufemismo para calificar las actividades criminales que llevan a cabo los servicios de inteligencia) en la junta de jefes de Estado Mayor'. Antes de alistarse en la fuerza aérea, Prouty se graduó en ciencias empresariales y

en las universidades de Massachusetts y Wisconsin. En 1964 banca en las universidades
1 se retira del ejército y comienza una igualmente notable
carrera en

el sector privado, llegando a ser vicepresidente de dos bancos. Al contrario que otros conspiracionistas, Prouty tiene un conocimiento

de primera mano de lo que se cuece en las trastiendas del poder. En su libro, 'The secret team', describe a la perfección cómo este cono-

cimiento privilegiado le llevó a la conclusión de que los destinos del mundo están regidos por personajes y fuerzas muy alejados de lo que llega al conocimiento de la opinión pública. En el caso que nos ocupa, Prouty cree que el asesinato de John Fitzgerald Kennedy se

gestó entre altos funcionarios del Gobierno estadounidense y miembros de poderosos grupos de presión próximos a la industria petrolífera y de armamento.

La pretensión del presidente de retirar las tropas norteamericanas de Vietnam fue lo que puso el sello a su sentencia de muerte. Tras el

asesinato, el presidente en funciones, Lyndon B. Johnson, fue víctima de una extorsión mafiosa que le empujaba a apoyar la actuación nor-

eamericana en Asia --que Kennedy quería finalizar-, y que le hizo

caer en una profunda crisis personal de la que ya nunca se recuperaría. Prueba de ello es que en su lecho de muerte confesaba a su gran

Se da como cierto que Prouty fue quien inspiró el personaje que aparece en la película como un alto funcionario que revela al fiscal de Nueva Orleans, Jim Garrison, la existencia de un complot para asesinar al presidente Kennedy. De hecho, fue uno de los asesores

con los que contó el director Oliver Stone para escribir el guión de la película.

Fletcher Prouty, 'The secret team', Prentice-Hall, Nueva Jersey, 1973. El coronel Prouty también tiene una página web: <http://www.astridmm.com/prouty/>

amigo Tori, Janos que Lee Harvey Oswald no había matado a John Fitzgerald Kennedy.

A pesar de lo novelesca que nos parezca la versión Presentada por Prouty, existe una prueba objetiva que la apoya. Se trata de la llamada película Zapruder
lones tomadas en el momento, una de las dos filmaciones
1 lo tuvo
to del asesinato y que demuestra claramente que el magnicidio lugar en un lapso de
apenas ocho segundos, durante los cuales Oswald habría disparado tres balas,
haciendo blanco sobre Kennedy y el senador Connally, toda una hazaña si tenemos
en cuenta que el tirador estaba en una posición pésima, con mal ángulo y la
visibilidad entorpecida por los árboles. Para colmo, el Mannlicher-Carcano que

presuntamente utilizó era un rifle antiguo, no automático, de pés1ffla calidad y con el punto de mira mal calibrado.

Como éste, existen suficientes cabos sueltos en este caso como para llenar varios libros, incongruencias para las que sólo hay una explicación coherente: que el asesinato de John Fitzgerald Kennedy fue fruto de una conspiración. Pero no estaríamos hablando de una conspiración cualquiera, ya que para el éxito absoluto del plan era necesario el concurso de personajes muy cercanos a la Casa Blanca. De hecho, el día del asesinato el dispositivo de protección del presidente sufrió una serie de clamorosos fallos sólo explicables si pensamos que fueron premeditados.

Entonces, si no fue Lee Harvey Oswald el culpable del magnicidio, ¿cómo se llevó a cabo? Los análisis fotográficos preparados por el experto Richard Sprague nos presentan un aterrador escenario de la ejecución del atentado, que habría sido en realidad una emboscada en la que tres tiradores profesionales cazan literalmente a Kennedy entre su fuego cruzado. De hecho, la película Zapruder deja sumamente claro que el disparo mortal provenía de la parte frontal derecha del presidente y no de atrás, donde se encontraba el presunto asesino. Para completar la operación sólo faltaba la presencia de Lee Harvey Oswald, un loco solitario que cargase con la

culpa y alejase a la opinión pública de la idea de una conspiración.

Entre los elementos más intrigantes de cuantos concurren en el asesinato se encuentra la presencia del denominado «hombre del

in una nube en el cielo, alguparaguas». En un mediodía soleado, si
len

haber asesinado al antiguo fiscal general de EE UU porque el disparo fatal vino desde un ángulo diferente del lugar donde se encontra-

ba. La bala asesina entró por detrás de la oreja izquierda del candidato y fue disparada a sólo tres centímetros de distancia, a quemarropa, tal como atestiguan las abundantes quemaduras de pólvora que se

encontraron alrededor de la herida. Sirlian en ningún momento estuvo tan cerca de su presunta víctima y, además, se encontraba justo frente a ella, de forma que es materialmente imposible que realizara el disparo desde detrás. Pero además, la fiscal de Los Ángeles, Barbara Warner Blelir, ha demostrado que el entonces jefe del laboratorio criminológico del departamento de Policía de la ciudad, DeWayne Wolfer, incurrió en no menos de tres faltas graves a la hora de ase-

gurar que sólo el arma de Sirlian se había visto envuelta en el atentado. Es más, la bala extraída del cuerpo de Kennedy y las de los otros heridos en el atentado no pertenecen a la misma arma, como demostró en su momento el cirujano nólogo William Harper.

Como añadido a los informes de balística que demostraban la presencia de una segunda arma en el lugar de los hechos apareció la conclusión de los psiquiatras que estudiaron a Sirlian, los cuales afirmaban que éste probablemente había «actuado bajo influencia hipnótica». En relación con esto es conveniente recordar que el Proyecto MkUltra de la CIA, que ya hemos analizado en el capítulo X, aparte de explorar otras formas de control mental, investigó la posibilidad de programar asesinos que fueran incapaces de recordar su condicionamiento. Este subproyecto dentro de MkUltra recibió el nombre de ApaicHoKE. El mecanismo para «disparar» la sugestión poshipnótica, que habría estado durante meses latente en la mente de Sirhan, habría sido la presencia en el salón del hotel de una chica que llevaba un llamativo vestido de lunares, la cual nunca ha podido ser

identificada, pero a la que algunos testigos aseguran haber visto abandonar precipitadamente el hotel mientras decía: «Le hemos matado [... 1 le hemos matado.» Por su parte, Sirlian, como quedó de manifiesto en la prueba del polígrafo, no recordaba haber disparado con-

tra nadie. El psiquiatra forense Bernard L. Diamond fue el primero en hipnotizar al reo, pudiendo comprobar no sin cierta sorpresa que éste caía en trance con extremada facilidad, como si estuviera muy

acostumbrado a la hipnosis. Al salir de estos trances Sirlian sufría violentos temblores, similares a los que experimentó en el momento de su detención. Las sesiones de hipnosis con el doctor se prolongaron durante semanas. Las respuestas de Sirlian a las preguntas que se le hacían en este estado eran coherentes y fluidas, salvo cuando se llegaba a una cuestión cuya respuesta iba invariablemente precedida de una larga

pausa, como si en su cerebro hubiera algún mecanismo que se atascara súbitamente al tratar este tema. La pregunta era: «¿Hay alguien más implicado?» Desgraciadamente, tras esos instantes de vacilación, el reo siempre contestaba lo mismo: «... no.»

En cuanto al autor del disparo mortal, todos los indicios apuntan en dirección a Eugene Cesar, un esbirro a sueldo que Presuntamente habría trabajado para la CIA en otras ocasiones'. Cesar declaró que había vendido su arma previamente al asesinato, pero un recibo demuestra que la compraventa se produjo con posterioridad. Con todas estas pruebas, y algunas más, Kaiser construye un escenario perfectamente posible en el que un asesino ficticio y sin control sobre su

propia voluntad crea una distracción para que el asesino real pueda disparar a quemarropa y escapar, dejando que el señuelo cargue con

las culpas.

A pesar de las bien fundadas y dramáticas revelaciones que en él se hacían, el libro de Kaiser tuvo escaso éxito de ventas, debido en

gran parte a una inteligente campaña de desprestigio dirigida desde The New York Times. Más de treinta años después de los hechos, la familia del presunto horruicida, que permanece en prisión, ha iniciado una movilización para reabrir el caso solicitando una nueva vista ante el Tribunal Supremo del Estado de California.

El peso de la amenaza

El siguiente en la dinastía, Edward, no tardó en experimentar los desagradables efectos de la «maldición» que se había cebado en su

'Wilham Turner y John Christian, The assassination of Robert E Kennedy:]le conspiracy and coverup, Thunder's Mouth Press, Nueva York, 1993.

1 Ítuía un fanuilia. El también asl@)Iraaba a la presidencia, lo que consti problema añadido para los responsables de los asesinatos de John y Robert, ya que la muerte de un tercer Kennedy aspirante a la presidencia habría sido algo demasiado llamativo. Había, pues, que recurrir a otro método@ si lo que se pretendía era mantener a la familia Kennedy alejada de la Casa Blanca... La historia del drama de Edward Kennedy conlienza cuando, tras una fiesta, el candidato se

ofrece a acompañar a casa a su secretaria, Mary Jo Kopecline. El tra-

yecto transcurre con normalidad hasta que, al cruzar un puente sobre el lago Chappaquidlick, el coche de Edward Kennedy rompe la barandilla y se precipita en las aguas. En un esfuerzo de supervivencia el senador pudo salir del automóvil, pero su joven ayudante tuvo

menos suerte y fallece ahogada.

El triste suceso constituía una ocasión de oro para echar a la cuneta la carrera presidencial de otro Kermedy que, en principio, tenía todas las papeletas para salir victorioso, y esta vez sin necesidad de asesinarlo. Se puso en marcha una gigantesca campaña propagandística en contra del senador, convirtiendo el accidente en un escándalo de primera magnitud. Curiosamente, como dos de los mayores voceros de esta carripiafia aparecen E. Howard Hunt y Frank Sturgis --que incluso escribió al respecto un libro que nunca llegó a ser

publicado-', aquellos) agentes de la CIA que tan asombroso parecido tenían con los «vagabundos» evacuados del escenario del asesinato del presidente Ke@nnedy, juntos inventaron e hicieron correr una siniestra historia de sexo y alcohol en la que el senador aparecía

como un ser depravado e inconsciente que había conducido a la muerte a una inocente muchacha a la que, de no haber matado en el accidente, seguramente hubiera violado en algún desértico paraje. No es de extrañar que con este tipo de argumentos en su contra Edward Kennedy se ganara por aquella época el título de «el hombre más odiado de América» .

' Senatorial Prííilege: The Chappaquidick Cover-Up de Leo Damore (Pegnerly Publishing, Inc., Washington, 1988) es un libro que refleja a la perfección el tipo de extrañas teorías que aún siguen siendo de consLimo común entre la derecha estadounidense respecto al asunto del accidente.

Los Kennedy han sido tradicionalmente la bestia negra del conservadurismo estadounidense. Durante el J ulcio del caso Watergate, John Dean, uno de los ayudantes de Richard Nixon, reveló que el presidente había ordenado mantener bajo

vigilancia continua al senador Kennedy. En esas circunstancias, es lícito fantasear sobre si este accidente automovilístico fue realmente tan accidental como se dijo en primera instancia. A este respecto, el propio P. Richard Nixon hizo un enigmático comentario que quedó reflejado, entre otras muchas intinuidades del despacho oval, en las célebres cintas del caso Watergate: «Si Teddy Kennedy hubiera sabido la trampa para osos en la que se estaba metiendo en Chappaquiddick ... »

El investigador Robert Cuder afirma haber encontrado pruebas suficientes como para demostrar que el presunto accidente no fue sino una trampa tendida al senador Kennedy, al que más tarde se estuvo presionando durante algún tiempo con amenazas de muerte sobre sí mismo y su familia en caso de que pensara contar la verdad. Según Cutler, la pareja fue abordada poco antes de llegar al puente. Se les dejó inconscientes a ambos y se procedió a simular el accidente, dejando que la joven secretaria se ahogase en el interior del coche. Cuando Ted despertó en su habitación del hotel al día siguiente no tuvo ni la menor idea del lío en el que había sido metido hasta que recibió una llamada de teléfono en la que se le recomendaba que se hiciera responsable del «accidente» si no quería que algo similar les sucediera a sus hijos`.

A primera vista, la teoría de Robert Cutler nos hace esbozar una sonrisa de incredulidad, pero existen pruebas materiales que parecen confirmar que algo extraño sucedió en aquel puente. Para empezar, las marcas de neumáticos en el suelo indican que el coche estaba parado cuando aceleró súbitamente, precipitándose contra la barandilla. Además, la blusa de Mary Jo estaba profusamente manchada de sangre, algo imposible si las heridas hubieran sido producidas por el choque contra el agua y la hemorragia hubiera ocurrido debajo de la superficie del lago. Es más, la blusa tenía sangre coagulada, lo que indica que dio tiempo a que se secara antes de que el cadáver fuera introducido en el agua.

‘Robert Cutler, You the Jury, edición del autor, Boston, 1974.

La renuncia de Edward Kennedy en 1975 a la candidatura para la presidencia de Estados Unidos también tiene una historia secreta. Nadie ha explicado aún por qué, tal como figura en los registros, cinco días antes del anuncio de su abandono de la carrera electoral los hijos del senador fueron puestos bajo la protección del servicio

secreto, que les asignó un dispositivo de máxima seguridad. Una posible explicación podría ser una amenaza que pesara sobre ellos en el

caso de que su padre decidiera continuar con sus aspiraciones a la Casa Blanca. Esto quedaría confirmado por el hecho de que 24 horas después del anuncio de su renuncia se suspendiera la vigilancia sobre los hijos del candidato a petición de éste. ¿Por qué ese súbito cambio de opinión? Obviamente porque el peligro había pasado. Pero la amenaza de un simple perturbado no hubiera bastado para que un Kennedy renunciara a la presidencia. No obstante, Ted recordaba muy bien lo que les había ocurrido a sus hermanos, cuyo poder y carisma no les había hecho inmunes a las balas de los conspiradores y, además, sólo él sabía realmente lo sucedido en el lago Chappaquiddick. No es de extrañar, dados estos precedentes, que Ted fuera el último Kennedy en aspirar a la presidencia. Al menos así fue hasta que a

mediados de la década de los noventa un nombre comenzó a sonar con especial fuerza en los medios de comunicación y los foros de la opinión pública norteamericana: John Kennedy hijo, la gran esperanza de la familia Kennedy.

El heredero de Camelot

John Kennedy hijo... Era difícil en los últimos tiempos encontrar otro personaje público en Estados Unidos con una imagen que se

podría comparar a la suya. Él era el auténtico heredero del toque Kennedy, del fabuloso reino de Camelot que fue el mandato de su

padre. Cuando se hablaba del joven Kennedy nadie parecía recordar las desgracias y escándalos en los que durante décadas se había visto envuelta su familia. En su juventud había llevado una vida de playboy que le había convertido en habitual de la prensa rosa. Más tarde, decidió sentar cabeza y dedicarse a los negocios, donde tuvo notorios

éxitos en el sector de los medios de comunicación. Oficialmente parecía no mostrarse especialmente por la carrera política, pero lo cierto es que su trayectoria pública le había dado el nombre, el dinero y la popularidad necesarias para convertirse en presidente de EE UU en el momento en que lo decidiera “.

Se suele decir que las luces que brillan con mayor intensidad son las primeras en apagarse, y en el caso de John Kennedy esta sentencia se hizo trágicamente realidad

el 17 de julio de 1999. Aquel día, los medios de comunicación de todo el mundo informaron de su desaparición mientras pilotaba una avioneta a pocos kilómetros de la costa atlántica de Estados Unidos en compañía de su esposa y de su cuñada. Horas después se confirmaba su muerte. Un Kermedy más había desaparecido en trágicas circunstancias. Mucho antes de que hubiera u

inf lal, los expertos consultados por los medios de comun orme ofic' nicación dieron un veredicto de lo sucedido que fue aceptado por la opinión pública con sorprendente facilidad: desorientación espacial. El joven Kermedy era un piloto inexperto que cometió la imprudencia de volar con malas condiciones atmosfer1cas, incurriendo en un lamentable error humano que le costó la vida a él y a sus pasajeros.

Sin embargo, no todo parece estar tan claro. Entre sus allegados nadie está de acuerdo con la teoría que señala a John como un mal piloto, una opinión ratificada por John McColgan, que fue el instructor federal que exarminó ajohn Kermedy cuando obtuvo la licencia de vuelo. Al día siguiente del accidente, McColgan hizo unas declaraciones al rotativo Orlando Sentinel que, inexplicablemente a pesar de su valor testimonial, no encontraron eco en ningún otro medio de comunicación mundial: «Era un excelente piloto. [... 1 Superó todas las pruebas de manera brillante» ` . Debemos tener en cuenta que la opinión de McColgan está avalada por su condición de reputado profesional que e'erce su labor en la Acadermia de Seguridad

J

` Uno de los mejores retratos de John Kennedy lújo es el libro American Son:A Portrait of John F KennedyJr. (Henry Holt & Co-pany, NuevaYork, 2002) escrito por Pichard Blow, uno de sus más estrechos colaboradores en la redacción de George Magazine, revista de la que Kennedy era director.

12 Pilot Kennedy was «conscientíous guy», LISA Today, 21 de julio de 1999.

en el Vuelo sita en Vero Beach (Florida). Antiguo mecánico de vuelo de la fuerza aérea, da la casualidad de que formó parte de la tripulación del Air Force One, el avión presidencial, precisamente durante el mandato de John Fitzgerald Kermedy: «Esta noticia me ha impactado porque volé con él cuando sólo tenía tres años y luego, cuando era un hombre de 37, se presentó aquí como si tal cosa, con la mayor sencillez...» McColgan asegura que John hijo «volaba prácticamente todos los días. [... 1 De hecho, actualmente tendría horas de vuelo suficientes para convertirse en piloto comercial». Como vemos, la teoría generalmente aceptada en cuanto a la competencia del joven Kermedy como piloto es, cuando menos, inexacta. ¿Interesadamente inexacta? Podría ser, aunque ello implicaría que la conspiración que ha puesto cerco a la fanuilia Kermedy durante los últimos cuarenta años habría convertido a John en su última presa.

Existe un artículo de la United Press International en el que se

afirma que John estuvo en contacto con el control de vuelo del aeropuerto de Martha` sVineyard a las 9.39 de la tarde del viernes 16 de julio, segundos antes del accidente. Durante esa comunicación no se

pudo apreciar que sucediera nada extraño en el aparato, ni que el piloto estuviera nervioso o desorientado: «A las 9.39 p.m. del viernes, Kermedy llamó al aeropuerto y dijo que se encontraba a 13 millas de éste y a 10 de la costa, como confirman las noticias de la WCV13-TV de Boston. [... 1 Momentos después, el radar de la Adrrn'nistración Federal de Aviación indicó que el aparato emprendió un

vertiginoso descenso de 1.200 pies en doce segundos, según la ABC News.» Es más, esa comunicación aporta un factor fundamental para descartar la tan cacareada desorientación del piloto: éste sabía con

total precisión dónde se encontraba, no sólo con relación a la costa (10 millas), sino también al aeropuerto (13 millas).

Llama igualmente la atención el vertiginoso descenso de 365 metros (1.200 pies) en doce segundos, es decir, un desplome casi en

picado, así como el hecho de que la cola del aparato apareciese a con~

siderable distancia del resto del fuselaje, como si se hubiera desprendido en vuelo, algo que, por otro lado, explicaría la velocidad de la caída.

La visibilidad aquella noche en la costa de Connecticut era excelente, entre 16 y 19 kilómetros, lo cual hace sumamente difícil que

Kermedy no viera al menos el brillo del alumbrado público de una zona tan

Kennedy no veía al menos el clima del altiplano público de una zona tan densamente poblada como aquella. Así pues, nos encontramos con que los medios de comunicación de todo el mundo hablaron de unas malas condiciones meteorológicas que no eran tan malas y de un piloto inexperto que no lo era tanto. Por otra parte, en los mentideros políticos de Washington se daba por seguro que John se presentaría a senador, posiblemente en el Estado de Nueva York, haciendo sombra a la mismísima Hillary Clinton.

Sherman Skolnick, periodista de investigación y personaje cercano a la familia Kennedy, afirma que el clan sabía que el 1 de agosto de 1999 John iba a anunciar su intención de presentarse a las elecciones presidenciales. El resultado habría sido una incógnita, puesto que Kennedy no tenía experiencia política, aunque era un orador sumamente eficaz y habría aportado a la historia del clan Kennedy algo que adora el público norteamericano, un final feliz. Todo ello le habría valido el apoyo de un amplio sector del electorado, formado tanto por conservadores como por liberales. Skolnick también habla de la existencia de un informe confidencial del F131 en el que se confirma que el avión de John cayó a consecuencia de la detonación de un pequeño explosivo a bordo.

Conclusión

Lo fatalidad lo que persigue a los Kennedy, el Sea conspiración caso es que con John se ha esfumado su última esperanza de volver a alcanzar la Casa Blanca. Se han barajado varios nombres como sucesores dentro del clan, pero ninguno de ellos cuenta con el carisma y

la imagen pública del malogrado hijo del ex presidente. Tal vez sea mejor así y sólo de esta manera se acabe con el inexplicable rosario de muertes violentas.

CAPITULO XIII EL FRAUDE APOLO ¿Estuvimos realmente en la Luna?

o Según cifras de la propia NASA, un 11 por 100 de los estadounidenses actuales creen que el viaje a la Luna fue un elaborado fraude.

o Cuando se trata de aportar pruebas, los defensores de la teoría

del fraude lunar no se achican en absoluto y sacan a relucir decenas de fotografías oficialmente tomadas por los astronautas en la superfi-

cie lunar que, de ser todo tal como se nos ha contado, no deberían contener cierto número de interesantes anomalías que son objeto de

sus sospechas, *Los teóricos de la conspiración nos cuentan una alucinante historia de alunizajes falsos, fotografías retocadas, presuntas rocas lunares que jamás han salido de la Tierra y astronautas programados psicológicamente para mantener una impostura tan perfecta que ellos mismos se la

creen.

o Para ellos todo fue probablemente fruto de un desesperado intento de evitar el ridículo y el revés propagandístico que hubiese supuesto admitir ante la comunidad internacional la derrota estadounidense en la

carrera espacial.

- Los soviéticos tampoco tenían nada que reprochar en aquella época

a sus colegas norteamericanos respecto a fraudes espaciales y mintieron en diversas ocasiones respecto a sus logros en esta materia.

La llegada del hombre a la Luna es considerada por muchos, y no sin razón,

como uno de los puntos culminantes de la historia humana. Por muchos, pero no por todos... Más de treinta años de polémica y suspicacias por parte de quienes dudan de que esta hazaña haya tenido alguna vez lugar han empañado este acontecimiento histórico.

El 20 de julio de 1969 Neil Armstrong, ante la expectante mirada de millones de telespectadores, plantó su pie izquierdo en la polvorienta superficie lunar convirtiéndose en el primer ser humano que imprimía su huella sobre nuestro satélite. La televisión mostraba el acontecimiento en directo mientras la humedad en pleno con-

tenía la respiración. Nadie dudaba de que se trataba del comienzo de una nueva era.

El astronauta inició el paseo alejándose del LEM, el voluminoso módulo lunar con

aparición de insecto en el que había llegado hasta allí. Armstrong respiraba dentro de su escafandra una atmósfera que contenía un 71 por 100 de oxígeno. Caminaba muy rápido gracias a la escasa gravedad. La luz solar, sin ninguna atmósfera que la atenuase, era muy fuerte y aportaba a la escena una iluminación perfecta.

Después de un breve paseo, Armstrong dedicó toda su atención a ayudar a salir a su compañero Aldrin. Transcurren unos minutos

de tensa espera hasta que a las 23.15 el segundo astronauta sale del módulo. Aldrin parece más ilusionado que su compañero con la

idea, deja caer unas cosas y juega casi como un niño ingrávido, salta y corre alrededor del módulo mientras Armstrong inspecciona el motor.

En la Tierra, los telespectadores vuelven a contener el aliento cuando se produce una serie de movimientos, desajustes y desenfoques reiterados en la cámara de televisión que registra las evoluciones de los astronautas. Afortunadamente, el problema se soluciona en poco tiempo y la imagen vuelve a ser normal y nítida. Los astronautas están descubriendo una placa conmemorativa que quedará para siempre en la base del LEM, sobre la superficie lunar, como recuerdo perenne de la hazaña que podrá ser contemplada por las futuras generaciones de viajeros espaciales. En el control de la NASA ni siquiera la solemnidad de este momento hace que se

relaje la guardia y se toman continuas lecturas de los sistemas de soporte vital: Armstrong 65 por 100 y Aldrin 74 por 100. Todo va

bien de momento...

Hay que reconocer que, contado así, resulta un relato bastante emocionante. Hay incluso quien piensa que es demasiado cinematográfico, demasiado perfecto para ser real. Son los «apoloescépticos».

» como Bill Kaysing 1 y Ralph Ken & 2 que afirman Autores polérmicos los lunares de las misiones Apolo sin ningún rubor que los desentusiasman

raude 1. Entre otros argumentos, se fueron elaborando en la NASA no había adquirido aún un desarrollo en la década de los 60 y elevado como para permitir un alto nivel tecnológico suficiente para el alunizaje real. En cambio, lo que sí existía era una perentoria

decisión de ganar a cualquier precio la carrera espacial, un objetivo propagandístico vital en el marco de la guerra fría, por lo que Armstrong pudo dar su «pequeño paso para un hombre» no a medio millón de

kilómetros de la Tierra, en las polvorientas llanuras del mar de la Tranquilidad, sino en otras llanuras, no menos polvorientas, que se encontrarían a apenas 150 kilómetros de los carteles luminosos de Las

Vegas, concretamente en unos estudios cinematográficos construidos en secreto en el desierto de Nevada.

raude lunar es un elemento que ha terrunado por El presunto fracaso en la cultura popular norteamericana, e incluso ha sido recogido

en guiones cinematográficos como los de Los diamantes son para

siempre (1971) y Capricornio Uno (1978) 4. No nos encontramos ante

el libro de Bill Kaysing We never went there, parte del contenido de este capítulo procede del

libro to the moon: Americans thirty billion dollar suicide, Holy Terra Books (California), 1991

Para evitar la reiteración de las notas a pie de página lo citaré sólo esta vez sin que por ello

quiera apropiarme de datos y conclusiones que no son mías. Quienes quieran contactar con

este autor pueden hacerlo en la siguiente dirección: Bill KaYsing: PO. Box 595, Frazier Park, Ca.93225.

2 Otro de los grandes escépticos de los viajes a la Luna. La investigación que realiza en SU

libro NASA mooned America, publicado por el autor en 1994, contiene interesantes aportaciones a este respecto. Su dirección es: Ralph Pené: 31 Burgess Place, Passaic, Nj,

07055, EE UU.

cricana FoxTe-

El 15 de febrero y el 19 de marzo de 2001 la importante cadena norteam

television emitió el programa Cotspiracy 7Weary: Did We Land on the Moon?, presentado por el actor de la popular serie Expediente X, Mitch Pileggi. En este programa no sólo se detincio

la amplia serie de incongruencias que contiene la versión oficial de la conquista de nuestro

satélite, sino que sirvió para reabrir un amplio debate en la opinión pública estadounidense-

Peter Hyarns, director de Capricornio Uno, está únicamente concienciado del enorme pO-

der de los medios de comunicación: «Mis padres eran de los que creían que si algo aParcc»

en New York Times es que era verdad. Yo mismo formo parte de una generación que cre-

ció creyendo que todo lo que veíamos por televisión era verdad. Mucho más tarde aprendí lo

que los medios pueden ser inexactos y cómo la televisión también tiene mucho que decir sobre los puntos de falso. Así que me dije a mí mismo que sería interesante si tomáramos un gran acontecimiento

una simple leyenda urbana ni sus defensores son los típicos freaks de programa televisivo nocturno, sino que se trata en la mayor parte de los casos de personajes con una profunda formación técnica que tie-

nen argumentos de peso suficiente como para, al menos, abrir el res-

quicio de una duda razonable. Escuchemos, por ejemplo, al ya citado Bill Kaysing: «Bien, tengamos en cuenta que el motor del módulo lunar desarrollaba unos 5.000 kilos de empuje. Yo he visto muchos cohetes de estas características en acción y son tan potentes que arrancan de cuajo las rocas que se encuentran en las proximidades de donde actúan. Un motor con 5.000 kilos de empuje debería haber abierto un agujero en el suelo lunar y levantado una enorme nube de polvo. Ninguna de estas cosas aparece en las fotografías y filmaciones presuntamente tomadas en la Luna. La ausencia de cráter debajo del módulo lunar es la evidencia más sólida que tenemos de que algo extraño sucede con esas fotografías. Eso sin contar con la ausencia de estrellas en el cielo.»

Ya en los años setenta se empezó a especular con que los graves inconvenientes técnicos sufridos en la misión del Apolo I, que se

incendió en la cuenta regresiva previa al despegue matando a sus tri-

culantes, habrían sido imposibles de solucionar en tan corto plazo de tiempo (apenas dos años). Esta casi milagrosa recuperación tecnológica, unida a ciertas incongruencias que enumeraremos a continuación, hicieron que surgieran varias teorías con el derrochador común de afirmar que la NASA no ha contado toda la verdad en lo tocante a la conquista de la Luna, entre ellas la del fraude total, según la cual el hombre nunca pisó la superficie de nuestro satélite y la humanidad fue engañada en lo que habría sido el mayor timo de todos los tiempos, gracias al cual Estados Unidos le ganaba la carrera espacial a la Unión Soviética y mostraba al mundo su poderío. Aunque ésta es la teoría más extendida, no es la única.

Un hecho histórico donde la única fuente de información con la que cuentan los ciudadanos es la pantalla de la televisión y demostrar hasta qué punto es fácil manipular a la opinión pública si se cuenta con los medios precisos. » A pesar de este planteamiento, Hyarnis insiste en que Capricornio Uno es una película que no tiene más propósito que el entretenimiento y no hace referencias veladas al presunto fraude Apolo. «Yo era consciente de que hay personas que creen que nunca fuimos a la Luna, pero yo nunca leí sus libros o consulté con ellos.»

Bill Brian escribió en 1982 Moongate', obra en la que se muestra

de acuerdo respecto a la existencia de «alguna clase de encubrimiento». Piensa que sus colegas pueden muy bien estar en lo cierto al decir que nunca fuimos a la Luna, pero cree que hay una razón completamente diferente para muchas de las inconsistencias que se han encontrado'. Quizá realmente se viajó hasta nuestro satélite, pero Brian demuestra que la tecnología oficialmente empleada para ello es

demasiado primitiva. Su teoría es que alcanzamos la Luna con la ayuda de un dispositivo antigravitatorio secreto que la NASA probablemente diseñara años atrás a partir de tecnología desarrollada por los nazis durante la segunda guerra mundial. Podríamos pensar que tal afirmación es aventurada y propia de una mente fantásica, pero se da la circunstancia de que Brian es máster en ingeniería nuclear por la Universidad Estatal de Oregón (siendo un respetado profesional de su ramo) y emplea en su libro sus capacidades matemáticas y conceptuales para descubrirnos lo que teóricamente es el gran secre-

to de la NASA, esto es, que la gravedad lunar es considerablemente superior a lo que se afirma, lo suficientemente intensa como para retener una tenue atmósfera después de todo. Ha escrito varios apéndices a su obra sembrados de complejos cálculos destinados a demos-

trar estos puntos. Pero no todo son números en su investigación, sino

que también hay un lugar para la intuición: «Las transcripciones de las comunicaciones entre los astronautas y el control de la misión no corresponden a conversaciones normales, sino que más bien parecen cuidadosamente escritas. Son charlas que dejan al que las lee un ex-

traño sabor de boca, como si los astronautas realmente no estuvieran donde dicen.»

Pero ¿por qué la NASA habría de embarcarse en un engaño de tamañas proporciones sólo para ocultar al conocimiento público que la

'William L. Brian 11, Moongate: Suppressed Findings "e U. S. Space Program, Future Science Research, Portland, 1982.

6 Unas misteriosas palabras pronunciadas en septiembre de 1999 por el astronauta Brian

0, Leary ante el periodista Graham Birdsall parecen dar algo de pábulo a una teoría parecida: «Si algunas de las filmaciones se hubieran estropeado es remotamente posible que ellos [la NASA] pudieran haber rodado algunas escenas en un estudio cinematográfico para evitar la vergüenza pública.»

Luna tiene una gravedad mayor de lo que se pensaba?: «Se trata de una

1 1 ser'e de elementos encadenados», explica Brian. «No se puede revelar una parte de la información sin que quede al descubierto todo el asunto. Si se descubriese la verdad sobre la Luna, la NASA tendría que explicar la técnica de propulsión que los llevó hasta allí, además de divulgar sus investigaciones en propulsiones alternativas, unas investigaciones que ponen en riesgo el negocio de las grandes corporaciones petrolíferas y cuyos resultados podrían conducir al derrumbe de la estructura misma de nuestra economía mundial. Sencillamente, la NASA no puede asurrir ese riesgo»'.

Como vemos, las conclusiones varían enormemente, pero todos estos heterodoxos se encuentran de acuerdo en un punto fundamental: lo que se nos mostró aquella histórica jornada del verano de 1969 fue completamente falso. Veamos en qué se basan para hacer tan atrevida afirmación...

Fotografía de un engaño

Cuando se trata de aportar pruebas, los defensores de la teoría del fraude lunar no se achican en absoluto y sacan a relucir decenas de fotografías oficialmente tomadas por los astronautas en la superficie lunar que, de ser todo tal como se nos ha contado, no deberían contener cierto número de interesantes anomalías que son objeto de sus sospechas. David Percy, prestigioso fotógrafo británico de la Royal Photographic Society, declaraba ante las cámaras de la Fox: «Nuestra investigación sugiere que las imágenes de los alunizajes del Proyecto Apolo no constituyen un registro verdadero y exacto. En nuestra opinión, las fotografías del Apolo fueron falsificadas. Muchas de las imágenes están llenas de inconsistencias y anomalías».

Pero quizá la más curiosa de estas anomalías es la que hace notar Maria Blyzinky, directora de astronomía del observatorio de

- Ib id.

' En 1997 la revista británica Fortean Times publicaba bajo el título Percy and the

En 1997 la revista británica *Fortean Times* publicó bajo el título *Perse* una serie de astro-nots un detallado estudio de estas imágenes en el que se podía apreciar una impresionante serie de irregularidades difíciles de explicar de otra forma que no fuera el fraude.

Greenwich (Londres). A falta de una atmósfera que entorpezca el paso de la luz, en la Luna las estrellas deberían ser totalmente visibles y aparecer a la vista con un brillo considerablemente mayor que en la Tierra. Pues bien, en las imágenes tornadas por los astronautas no

es que se vean muchas---. ni pocas, en realidad no se ve ninguna estrella. Resulta ciertamente notable que, dadas las inmejorables condiciones de observación, la gran calidad de la cámara Hasselblad con la

que estaban equipados y la sensibilidad de la película Ektachrome utilizada, a ninguno de los astronautas se le ocurriese hacer una ins-

tantánea con un tiempo de exposición suficiente como para recoger ese firmamento único. Como dice el propio Kaysing: «Tuvieron una

oportunidad maravillosa de fotografiar el increíble firmamento visi-

ble desde la Luna. He tenido ocasión de hablar con varios astronau-

tas y todos ellos me comentaron que los tripulantes de las rrusiones

lunares habrían podido disfrutar de la visión de millones de estrellas,

por no mencionar Júpiter, Saturno y otros planetas, pero ninguno de ellos trajo de vuelta una mísera foto de ese impresionante firmamento que muestra las estrellas en toda su magnificencia. Ni siquiera hacen

antes, durante o después de su viaje Mí un comentario sobre tan pre-

sumiblemente sobrecogedor espectáculo. Lo ignoran completamente. Es como ir a visitar las cataratas del Niágara y hablarle a todo el

mundo de la riquísima hamburguesa que nos sirvieron, a la que, por

cierto, hemos dedicado todas nuestras fotografías.»

Claro que esta cuestión nos sirve para plantear una nueva pregunta.

Si según parece el viaje a la Luna fue un fraude ¿por qué no incluir

las estrellas en el decorado y dejar suelto un cabo de tal magnitud? Sencillamente, porque las estrellas no son tan fáciles de falsificar como

podría parecer a primera vista. Miles de astrónomos, profesionales y

aficionados se habrían lanzado ávidamente sobre esas fotografías para analizarlas minuciosamente. Habrían medido los ángulos entre las estre-

U y la posición aparente de éstas en una posición tan alejada de la Tierra. No había ninguna manera, incluso con la ayuda de las corripadoras más avanzadas de la época, de crear un firmamento falso aceptable para los astrónomos. Así que muy probablemente los responsables del fraude se decidieron por la solución más simple a este peliagudo pr,>I

nrescindir completamente de las estrellas.

Aunque estas tesis se basan principalmente en pruebas circuns~ tanciales, Kaysing, su principal defensor, compensa la falta de pruebas de cargo con un notable entusiasmo. Kaysing es un tranquilo californiano de pelo cano, cuyo nivel de energía parece nuilagosamente intacto a pesar de sus 72 años de edad. Trabajó como jefe de publicaciones técnicas para la sección de investigación y desarrollo de Rocketdyne en sus instalaciones del sur de California entre 1956 y

1963. Kocketdyne era el contratista de los motores del Proyecto Apolo: «La NASA no podía ir a la Luna y ellos lo sabían», afirma Kaysing, que, defraudado por lo que pudo ver e intuir durante su experiencia como contratista de la agencia espacial, decidió dedicar su vida a esclarecer la verdad. «Durante ese tiempo yo estaba habilitado por la Comisión de Energía Atóillica para acceder a información clasificada como alto secreto. Esa calificación me perrultió acce-

der a los secretos del desarrollo de los proyectos Mercury, Genlini, Atlas y el futuro Apolo. Gracias a mi experiencia como escritor técnico comprendí que había muchas

Apost. Gracias a mi experiencia como escritor técnico comprendí que había muchas cosas que la industria aeroespacial y la NASA hubiesen querido hacer, pero que nunca hicieron. Dicho de otra forma, no tuvieron tantos éxitos como pretendían. [...] A finales de los años cincuenta, cuando yo estaba en Rocketdyne, hice un estudio de viabilidad de un viaje con astronautas que aterrizaran en la Luna. El resultado fue que las posibilidades de éxito eran

de apenas un 0,0017 por 100. En otras palabras, era imposible. [...] Sin embargo, ambos -la NASA y Rocketdyne- querían que el dinero siguiera fluyendo. He trabajado en la industria aeroespacial el tiempo suficiente como para saber que ésta es su única meta»'.

Sus argumentos quedaron expuestos en un libro que, a falta de un editor que se atreviese a publicarlo, fue editado por él mismo y ha tenido un inesperado éxito, convirtiéndose en un verdadero clásico entre los aficionados norteamericanos a la teoría de la conspiración. Nunca fuimos a la Luna, que así se llama, es el trabajo de toda una vida, en el que se recoge la multitud de documentos, testimonios y fotografías que el autor ha recopilado pacientemente a lo largo de estos años durante los que se ha dedicado a desentrañar lo

Kogier van Baken, «The wrong stuff», revista Wired, septiembre de 1994,

que él denomina «el mayor fraude de la historia»: «Creo realmente que las evidencias que expongo prueban, más allá de cualquier

duda, que es imposible que hayamos llegado a la Luna, al menos en

la forma en que se nos ha contado», afirma sin inmutarse desde la

mesa. Kaysing vive en la pequeña localidad californiana de Soquel.

Kaysing nos cuenta en el libro sus peripecias a lo largo de estos

años siguiendo incansable la pista de alunizajes falsos, fotografías retocadas,

presuntas rocas lunares que jamás han salido de la Tierra y astronautas programados psicológicamente para mantener una

postura tan perfecta que ellos mismos se la creen, por no hablar de cómo ciertos medios de comunicación fueron cómplices y encubridores de todo ello, empezando por la figura del gurú televisivo de la época, Walter Cronkite, el hombre que narró para los estadounidenses el histórico momento. Todo un ejercicio de extravagancia aunque, burlado, ¿qué pruebas materiales existen de la presencia del ser

humano en la Luna? ¿Instrumentos que bien pudieron ser dejados allí

por aparatos no tripulados? ¿Unos trozos de roca que son de composición

similar a millones de ellas que pueden ser encontradas sin

dificultad en la Tierra? ¿La palabra de unos astronautas que, como

crietas que son, se deben al cumplimiento de las órdenes que reciben

y a la legislación sobre seguridad nacional? ¿Lo que vimos por televisión?

Conviene no perder de vista que, por extravagante que nos parezca la actitud de este autor, Kaysing plantea una serie de preguntas incómodas que tanto la NASA como los astronautas que participaron en las misiones lunares eluden sistemáticamente. Se han emitido toda clase de sofisticados razonamientos técnicos para intentar explicar las anomalías denunciadas por Kaysing y otros, pero las sutilezas se disuelven como un azucarillo ante hechos tan sencillos, pero con

tanta fuerza, como que en las fotografías tomadas en la Luna no aparezca, en ninguna de ellas, una sola estrella y eso es algo que, por mucho que se intente justificar, hace que el sentido común se quede con la incómoda sensación de que en esta historia no todo encaja

como debiera.

¿Por qué mentir?

Al parecer, la agencia espacial se decidió a poner en marcha el elaborado fraude cuando, tras años de fracasos tecnológicos y trabas burocráticas y presupuestarias, la NASA se vio ante la desagradable perspectiva de admitir finalmente que la promesa póstuma del difunto presidente Kennedy iba a quedar sin cumplir al resultar imposible poner a un hombre en la Luna antes de finalizar la década de los sesenta

`.Tal es la opinión de Ralph René, un hombre al que su espíritu inquisitivo le ha permitido darse cuenta de algunos detalles que pasaron desapercibidos para millones de telespectadores: «¿Cómo es

posible que la bandera se mueva --se pregunta este ingeniero norteamericano de 48 años si no hay atmósfera ni viento en la Luna?» 1'.

Como Kaysing, él también ha emprendido una suerte de cruzada

espacial desde su Nueva Jersey natal. En la soledad de su estudio ha analizado cuidadosamente cada una de las misiones del Proyecto Apolo, cada película, fotografía e informe emitido por la NASA y, con un creciente sentimiento de incredulidad, no ha tenido más

remedio que llegar a la misma conclusión que Kaysing: es imposible que Estados Unidos pusiera a un hombre en la Luna.

Para René, todo fue probablemente fruto de un desesperado intento de evitar el ridículo y el revés propagandístico que hubiese supuesto admitir ante la comunidad internacional la derrota estadounidense en la carrera espacial. La NASA, actuando en estrecha colaboración con el mayor cuerpo de la inteligencia militar estadounidense, la Agencia de Inteligencia de la Defensa (DIA), habría organi-

“ No es esta la única ocasión en que se ha puesto en entredicho la veracidad de las ver-

siones de la NASA. Durante la Comisión presidencial que en 1986 investigó el desastre del transbordador espacial Challenger, el eminente físico Richard Feynman encontró que los análisis, conclusiones y metodología de la NASA eran consistentemente incorrectos. En un largísimo documento (que dado que avergonzaba públicamente a la NASA fue relegado a un

apéndice externo al informe final de la Comisión), Feynman hacía varias observaciones que parecen notablemente aplicables al caso que nos ocupa en esta ocasión: «Parece que, según sea

el propósito, para el consumo interno o externo, la dirección de la NASA exagera la fiabilidad de sus productos, hasta llegar al punto de la fantasía.»

11 Ib id.

zando una operación de alto secreto que, según Kaysing, fue denominada Apollo Simulation Project (ASP).

Las tomas falsas habrían sido rodadas en la base Norton de la fuerza aérea, en San Bernardino, California: «Allí contaban con más y mejor equipo técnico y humano que todos los estudios de Hollywood juntos», explica Kaysing, añadiendo que el hombre encargado de tan

peculiar rodaje no fue otro que el afamado director de cine Stanley Kubrick, cuya épica película de 1968, 2001: una odisea del espacio había impresionado vivamente a los oficiales de la NASA hasta el punto de decidir ponerle al mando de la parte técnica de la operación: «Él tuvo acceso a todos los niveles del complot», mantiene Kaysing. Puede sonar descabellado, pero lo cierto es que el reciente-

mente fallecido Kubrick siempre rehusó contestar a cualquier pregunta que se le hiciera sobre el tema, una actitud habitual en los implicados en este curioso asunto. Lo que sí se sabe es que era un

hombre vivamente interesado por el mundo del espionaje, las operaciones secretas y la teoría de la conspiración. Tanto, que su obra póstuma, Eyes wide shut, contiene múltiples alusiones -algunas alegóricas y otras bastante directas- al poder de las sociedades secretas, así como a ciertos proyectos de la CIA para manipular la mente de los ciudadanos, como los denominados MkUltra y Monarch `.

Pero dejemos descansar en paz al pobre Kubrick -que por otra

parte merecería un capítulo en este libro- y volvamos a la presunta superproducción de la NASA. Aparte de las filmaciones, la agencia espacial produjo abundante material fotográfico de su alunizaje de guardarropía. Tras un meticuloso análisis de estas imágenes, tanto René como Kaysing han llegado a la conclusión de que tampoco han sido tomadas en la Luna. Aparte de las inconsistencias ya resaltadas por otros autores, la comparación de las fotografías con las filmaciones realizadas en teoría les ha llevado a descubrir simultáneamente la existencia de graves fallos de continuidad entre unas y otras, esto es, diferencias que indican claramente que no fueron tomadas en el mismo momento como se ha pretendido hasta ahora. Mientras sos-

12 En www.konforrrjist.coni/flicks/eyeswideshut.htm se puede encontrar un interesantísimo

análisis de las referencias ocultas de esta cinta.

tiene en las manos las famosas fotografías de los paisajes «lunares», Kaysing explica lacónicamente: «Es cierto. No hay estrellas» -aquí hace una pausa que pretende cargar de dramatismo su discurso y añade : «Estando en la Luna una rruurada a los cielos debería ser algo así como estar en la cima de una montaña una clara noche de vera~

no, con nullones de estrellas brillando por doquier. Aquí no hay nada

de eso.» A esto se suman decenas de pequeñas incoherencias que presentan las imágenes presuntamente tomadas en la Luna y que apuntan hacia una dirección común: fraude.

Claro que los soviéticos tampoco tenían nada que reprochar en

aquella época a sus colegas norteamericanos respecto a fraudes espaciales. El jueves 12 de abril de 2001, festividad del cosmonauta en

Rusia y aniversario de la fecha en que fue enviado el primer hombre al espacio, el diario ruso Pravda sorprendía al mundo con la reve-

lación de que Yuri Gagarin no fue después de todo el primer hombre en volar al espacio. En 1957, 1958 y 1959 tres pilotos soviéticos murieron en varias tentativas por conquistar el espacio antes que los norteamericanos. La guerra propagandística entre ambas superpotencias hizo inviable que los rusos confesaran estos trágicos fracasos, y sus

protagonistas quedaron para siempre en el anonimato sin que se les

reconociera siquiera su conclición de héroes de la Unión Soviética, como le sucedía a cualquier militar que fallecía en acto de servicio.

Algo muy similar ocurrió en el caso de la perrita Laika. Durante décadas, la propaganda soviética vendió la historia de este animal, sacrificado como tantos otros en los altares de la ciencia, orbitando alrededor de nuestro planeta durante una semana y siendo fuente de valiosos datos que contribuirían a hacer más seguras las expediciones tripuladas por humanos. Hoy sabemos que no fue así. Laika falleció apenas siete horas después del despegue, sofocada por las altas temperaturas de su habitáculo y víctima de un ataque al cora-

zón provocado por el pánico. Una muerte muy poco apropiada para el triunfalismo que requería la propaganda de la guerra fría, por lo que la verdad fue sutilmente manipulada y no se ha conocido hasta

fechas muy recientes.

Vacaciones en Las Vegas

Pero nientras los rusos hacían humildes pinitos en esto de las simulaciones espaciales, los norteamericanos se empeñaban en mos-

trarle al mundo que cuando se trata de producir un espectáculo no

tienen rival. Así, las acusaciones de Kaysing adquieren un tono definitivamente alucinante cuando describe lo que podríamos denominar como fase de «posproducción» del fraude lunar. Una vez elaborado el material gráfico destinado a engañar al público, había que proceder a la escenificación de la nusión Apolo propiamente dicha. En lo que constituiría un truco de ilusionismo, digno del mismísimo David Coppeffield. Un cohete sin tripulación habría sido enviado al espacio ante la emocionada inírada de niffiones de ojos que, desde todo el planeta, siguieron el despegue rruientras los pretendidos «astro~

nautas» eran llevados en avión al complejo que el ASP tenía prepara~ do a tal efecto en el desierto de Nevada, un lugar donde pudieron disfrutar «de todos los lujos concebibles, incluyendo la presencia de algunas de las más voluptuosas bailarinas de striptease de Las Vegas, que ya habían colaborado en otros asuntos con la inteligencia militar» “. De hecho, a juzgar por los datos que aporta Kaysing en su libro, no

sería en absoluto descartable que tal instalación se encontrara en el gigantesco complejo militar de alto secreto conocido en clave como Drearnland: la archifamosa Área 51.

La cinta es una vez presuntamente lanzada al espacio, los astronautas resultaba

Lo cierto es que una vez presuntamente lanzados al espacio los astronautas resultaba virtualmente imposible verificar la autenticidad de cualquier comunicación, ya que era la propia NASA quien con-

trolaba los enlaces de comunicación. En tales circunstancias, ¿quién es capaz de asegurar que las imágenes y sonidos que recibíamos eran emitidos realmente en directo?

Kaysing no escatima detalles a la hora de describir a sus lectores la escandalosa vida de playboys que Arinstrong y sus compañeros lle-

varon en su apartado aunque lujoso confinamiento, mientras el mundo los suponía a medio millón de kilómetros de la Tierra perdidos en el frío vacío sideral. Uno de los momentos más sublimemen-

BW Kaysing, op. cit.

te surrealistas de la narración de Kaysing, de esos que no nos extrañaría nada que se ajustase fielmente a lo sucedido por aquello de que la realidad suele superar a las más delirantes ficciones, es cuando narra

con absoluto lujo de detalles una pelea de burdel que se entabló entre

uno de los astronautas y un miembro del personal del ASP cuando ambos, probablemente influidos por los rigores de su encierro y la presión psicológica a la que estaban sometidos, se encapricharon de una exuberante bailarina exótica conocida como Peachy Keen. Se nos hace un poco cuesta arriba imaginarnos que una operación de alto secreto en la que se encuentra en juego el prestigio de la nación más poderosa de la Tierra pueda terminar convertida en poco menos que una pelea de borrachos dándose de tortazos en una mancebía. Claro que, tratándose de Estados Unidos, todo es posible...

El caso es que poco antes de su triunfal «regreso» a la Tierra los

astronautas habrían sido alejados de los placeres y tentaciones de Las

Vegas para ser confinados en una base secreta al sur de las islas Hawái, concretamente en el archipiélago de Taumotu. Allí les aguardaba la falsa cápsula espacial a bordo de la cual serían lanzados al océano desde un avión de transporte C5-a para, ya ante las cámaras de televisión, ser rescatados por la marina y vueltos a enclaustrar en una

inexplicable cuarentena, especialmente si tenemos en cuenta que teóricamente regresaban de un lugar sin atmósfera, sin agua y sometido a la implacable acción de los rayos cósmicos, donde era virtualmente imposible que se contagiaran de virus, bacterias o microorganismos de ningún tipo. Para Kaysing resulta evidente que este nuevo

confinamiento fue empleado para adoctrinar convenientemente a los

astronautas respecto a lo que deberían decir en sus intervenciones

ante los medios de comunicación, ensayando una y otra vez las res-

puestas a cada posible pregunta.

La ley del silencio

Como toda teoría de la conspiración que se precie, la propuesta por Kaysing incluye una colección de muertes misteriosas, encabeza~ da por la del astronauta Gus Grissom, que en repetidas ocasiones

había manifestado públicamente una postura muy crítica respecto a

los problemas de seguridad del Proyecto Apolo, y la «casualidad» quiso que encontrara su fin precisamente víctima de un accidente que, según nuestro autor, pudo haber sido orquestado por la DIA para que otros posibles disidentes se lo pensaran dos veces antes de

m 'f mi

ni estar alguna duda sobre el proyecto. El sístema del Apolo I fue una de las mayores tragedias de la historia de la exploración espacial: el 27 de enero de 1967 los tres ocupantes de la nave murieron asfixiados durante una prueba en tierra a causa de un incendio que se produjo en el interior de la cápsula, de la que no pudieron salir. Sólo unas pocas semanas antes, un extrañamente profético Grissom

había declarado a la prensa: «Esperamos que si nos ocurre algo esto no retrase el programa.»

Kaysing sugiere que los astronautas fueron sometidos a los más sofisticados avances disponibles en materia de control mental y lavado de cerebro, convirtiéndose en auténticos títeres que realmente creían en la realidad de sus aventuras interplanetarias, asegurándose la NASA con ello su obediente participación en el fraude. Por cierto que, hablando de lavados de cerebro, otros grandes sustentadores mundiales de la teoría de que el hombre jamás pisó la Luna son los dirigentes de la secta Haré Krisna, acusados de practicar a sus seguidores las técnicas de control mental. Según ellos, es imposible que los astronautas norteamericanos pudieran haber llegado a

nuestro satélite pues, tal como atestiguan sus libros sagrados, la Luna se encuentra dos millones de kilómetros más lejos de la Tierra que el Sol... por tanto, no comprenden como Armstrong y sus compañeros Regaron hasta allí en tan sólo 91 horas “.

Aunque muy pocos norteamericanos se atreven a suscribir en público tales teorías, para exasperación de la NASA son millones los que dudan en privado de la autenticidad de las misiones lunares. Durante años, el departamento de relaciones públicas de la agencia

14 Sin embargo, los Hare Krisna no descartan a priori el viaje espacial, ya que afirman que se puede llevar el alma desde el ombligo hasta el tercer ojo y fijarla en el entrecejo pensando fuertemente, gracias a lo cual: «Se puede, en menos de un segundo, alcanzar los planetas y aparecer dotado de un cuerpo espiritual ... »

ha empleado literalmente millones de hojas de papel en contestar a incrédulos, maestros, bibliotecarios y hasta legisladores, como el senador demócrata de California Alan Cranston y el republicano de Carolina del Sur Strom Thurmond, quienes se dirigieron a la NASA como portavoces de las dudas de algunos de sus electores. Las cifras

1 rteaque maneja la agencia espacial establecen que el número de norteamericanos que cree en el engaño se aproxima a 25 millones `.

Anécdotas aparte, si la NASA realmente hubiera querido falsificar la conquista de la Luna el momento elegido no podía haber sido mejor. El advenimiento de la televisión, que había alcanzado una masa crítica de usuarios sólo unos años antes de los presuntos alunizajes, sería vital para el éxito del fraude; ya se sabe que ver es creer. La magia de los satélites, con su capacidad de facilitar las comunica-

1 “daba a millones de personas, de las naciones globales, fascinaba e intensificaba una manera que la energía atómica había cautivado la imaginación del público durante la década anterior. De igual forma, la investigación espacial y la astronáutica habían alcanzado un grado de sofisticación lo suficientemente elevado como para hacer creíble un viaje a la Luna.

Pero quizá el factor más importante a este respecto sea que aún no había tenido lugar el escándalo Watergate y los ciudadanos estadounidenses todavía conservaban intacta la confianza en aquéllos a los que habían elegido en las urnas: «La desconfianza en la autoridad juega claramente un papel de vital importancia en este asunto» 16, SOS_ tiene Fred Fedler, profesor de periodismo en la Universidad Central

` La cadena de periódicos Young (uno de los dos grupos que después se unieron para formar Knight-Ridder Inc.) hizo un pequeño sondeo a 1.721 norteamericanos un año después del primer alunizaje encontrándose con el sorprendente dato de que el 30 por 100 de los encuestados se mostraban suspicaces respecto a la autenticidad de los viajes de la NASA a la Luna. El 20 de julio de 1970, un artículo de la revista Newsweek que informaba de los resultados de la votación citaba a «una mujer madura de Filadelfia que pensaba que el alunizaje había sido escenificado en un desierto de Arizona». El mayor núcleo de escepticismo, según Newsweek, apareció en el barrio judío de Washington DC, donde más de la mitad de los encuestados dudaban de la autenticidad del paseo de Neil Armstrong. «Es parte de un esfuerzo deliberado por enmascarar los problemas domésticos», explicaba un rabino. «Las personas son infelices y esto les ayuda a evadirse de sus problemas.» ` Fred Fedler, Media Hoaxes, Iowa State University Press, Iowa, 1989.

de Florida. «Con Vietnam y Watergate, las personas se han vuelto

menos confiadas y en algunas capas de la población no importa ya lo que el gobierno diga; su reacción inmediata es descreer y en no pocas ocasiones abrazar el

punto de vista oPuesto.»

Llama la atención que Mí la NASA mi sus representantes hayan accedido jamás a debatir públicamente estos asuntos con el señor Kaysing: «A pesar de mis reiteradas peticiones, Neil Arnistrong no ha querido cruzar una sola palabra conn-úgo», se queja el autor. Sin embargo, ni los desprecios ni la incomprensión han podido detener a

este hombre, ni le han impedido seguir adelante con su particular cruzada, dando conferencias y concediendo entrevistas a lo largo y ancho del planeta: «A los astronautas que afirman haber estado en la Luna yo les llamo simple y llanamente embusteros, muy especialmente a Alan Shepliard. Después de que Grissom fuera asesinado, Shepliard fue completamente insensible a las peticiones de ayuda de su viuda, Betty Grissom, para que la apoyase en una solicitud para que la NASA y North American Aviation adimitieran su responsabilidad en el “accidente” y asumieran el pago de una inderrinización. Ésta es la clase de nuserables contra la que he decidido dedicar nuí vida. Hay mucha gente en todo el planeta que me ha brindado apoyo, ayuda técnica e información confidencial, incluyendo a un hombre que trabajaba en la estación de seguirm,ento de Goldstone durante el Proyecto Apolo y está convencido de que todo es una patraña.» Es posible que Bill Kaysing sólo sea un Don Quijote contemporáneo, un idealista obcecado en perseguir una quimera, pero aun así, nos es difícil desprendernos de la sensación de que un poso de verdad se

oculta tras sus hallazgos. ¿Cuánto?, tal vez lo sepamos algún día.

<Júrelo ante la Biblia»

La historia del presunto fraude lunar y de quienes lo investigan no está exenta de anécdotas más o menos curiosas. El 21 de septiembre de 2002 el astronauta Edwin «Buzz» Aldrin resultó absuelto en los tribunales de un cargo de agresión contra un teórico de la conspiración que le retó de improviso a que jurara ante una Biblia

que llevaba a tal efecto que realmente estuvo en la Luna en 1969. El veterano tripulante del Apolo 11, que en la actualidad cuenta 72 años de edad, declaró a las autoridades que actuó en legítima defensa cuando golpeó a Bart Winfield Sibrel, de 37 años, a la salida de un hotel de Beverly Hills. Tras escuchar a ambas partes y visionar la filmación que recogía los hechos, el fiscal del condado de Los Ángeles decidió no presentar cargos contra Aldrin, el segundo hombre en pisar la Luna, aduciendo que Sibrel no había sufrido daños que requirieran atención médica y la falta de antecedentes de Aldrin, una decisión en la que el prestigio y edad del acusado pesaron decísivamente.

El cineasta Bart Winfield Sibrel es la figura más destacada de la segunda generación de apoloescépticos. Con un dilatado currículum como realizador, que incluye trabajos para la NBC, CNN o Discovery Channel, Sibrel ha producido varios reportajes televisivos y un documental en formato de largometraje en los que expone diversas pruebas y testimonios que apuntan hacia la posibilidad de que realmente las núsiones a la Luna fueran un fraude. En la actualidad, se encuentra realizando una nueva película sobre este tema y es precisamente esta producción la causa de su enfrentamiento con Aldrin, que fue filmado por un cámara que acompañaba a Sibrel.

Parece ser que el realizador había realizado múltiples intentos infructuosos de contar con el testimonio de Aldrin para su reportaje. Así que, cansado de las reiteradas negativas del astronauta, decidió emplear un sistema mucho más expeditivo. Acompañado de un cámara esperó pacientemente a la puerta de un hotel de Beverly Hills y cuando vio salir al astronauta le abordó de improviso, Biblia en mano, espetándole: «Jure ante la Biblia que realmente estuvo usted en la Luna en 1969.» Lo que no se esperaba el realizador fue el sonoro guantazo que en ese momento le propinó Aldrin ante la cámara, un material que, a buen seguro, tendrá un lugar estelar en su próximo documental.

Este incidente hay que enmarcarlo en la tradicional postura de silencio que los astronautas del Proyecto Apolo han mantenido sobre este asunto. Neil Arnistrong, presuntamente el primer hombre en pisar la Luna, se niega a conceder entrevistas: «No me hagan ningu-

na pregunta y yo no les diré ninguna mentira», dijo en una ocasión.

lega si temáticamente a ofrecer cualquier ti de Colliris también se n' is 1
1 ipo declaración al respecto.

Conclusión

Después de más de treinta años de rumores, la agencia espacial estadounidense decidió en noviembre de 2002 poner coto a los teó-

ricos de la conspiración encargando a James Oberg, ingeniero con gran prestigio como escritor de temática acroespacial, la redacción de un libro que pusiera fin para siempre a la polémica. La iniciativa fue acogida con desigual entusiasmo en el seno de la NASA, donde había quien pensaba que con esto no se conseguía sino darle más publicidad a una historia que sería mejor olvidar. Por ello el proyecto fue rápidamente abandonado, si bien Oberg decidió seguir adelante con el libro a nivel particular. El padre de la idea fue Roger Launius, antiguo director de la oficina de historia de la agencia espacial. Launius afirmaba que los «conspiranoicos» no eran el público al que iba dirigida la iniciativa, asumiendo que existe un sector de la población al que resultará imposible convencer de la realidad del viaje lunar por sólidas que sean las pruebas aportadas. Según él, uno de los colectivos principales a los que irá dirigido el futuro libro de la NASA es a los maestros, cuya misión sería impedir que se siguiera extendiendo la historia del fraude entre las nuevas generaciones.

En cualquier caso, es posible que dentro de unos años tengamos

la respuesta definitiva a la cuestión de si el hombre fue o no a la Luna.

Una compañía privada, Transorbital, tiene en proyecto el lanzamiento de un satélite en órbita alrededor de nuestro satélite, equipado con

una cámara de alta resolución lo suficientemente potente como para fotografiar los restos de las misiones Apolo dejados sobre la superficie lunar. Si, como se dice, ver es creer, tal vez entonces los más suspicaces acepten por fin que los humanos alcanzaron la Luna.

CAPÍTULO XIV

EL ESCÁNDALO WATERGATE

L

La última mentira de «Dick el Trapacista»

- A pesar de ser uno de los hechos más destacables de la historia contemporánea, el escándalo Watergate aún presenta multitud de puntos no aclarados.

o El equipo de intrusos podría haber entrado en el edificio Watergate buscando las pruebas de un escándalo sexual a gran escala en el seno del Partido Demócrata.

- Entre los intrusos había un «topo» de la CIA que fue quien presuntamente avisó a las autoridades.

o La identidad de «Garganta profunda», el hombre que puso a la prensa al corriente de las irregularidades de la Administración Nixon, aún no ha sido descubierta.

e ¿Estuvo Richard Nixon relacionado con el asesinato del presidente Kennedy?

Ningún libro que trate sobre conspiraciones, encubrimientos y crímenes de Estado estará completo sin al menos la presencia de Richard Nixon, «Tricky Dick» (Dick el Trapacista), como era conocido por sus conciudadanos. El caso Watergate es, casi con seguridad, la conspiración más célebre de todos los tiempos. En la actualidad, el escándalo Watergate se ha convertido en el ejemplo prototípico que viene a

frustrar la memoria de todos cuando se trata de hablar de juego sucio político, corrupción, extorsión, escuchas ilegales, conspiración, obstáculo a la justicia, destrucción de pruebas, fraude fiscal, uso ilegal de los servicios de inteligencia y de las fuerzas de se-

guridad, financiación ilegal de partidos y apropiación indebida de fondos públicos, materias todas ellas de las cuales también en España tenemos alguna experiencia.

Estas actividades ilegales, más propias del crimen organizado que del equipo de un presidente de Estados Unidos, se desarrollaron du-

rante toda la Administración Nixon. Son muchos los historiadores y es-

tudiosos que se han preguntado por la razón subyacente que, según las

investigaciones, hizo que todo se pudiera tan rápido. La palabra del propio Nixon, la respuesta

izo que todo se pudiera tan rápido. La palabra del propio Nixon, en respuesta posiblemente haya que buscarla en una peculiaridad psicológica de Nixon que hacía que se identificara tan íntimamente con su

función como presidente de Estados Unidos que interpretaba cualquier ataque hacia su persona como una amenaza contra la nación. De carácter esencialmente mesiánico, Nixon se creía un hombre del destino.
P

no, un salvador enviado para rescatar al país sin importar los medios que utilizase para ello. Confundió la aversión que muchos ciudadanos expresaban hacia él y su política con la deslealtad a la nación.

C

Cuando fue elegido presidente en 1968 Nixon prometió sacar a Estados Unidos de la guerra de Vietnam. Aquella fue una promesa incumplida. De hecho, hay quien piensa que Nixon había prometido más de lo que estaba en sus manos cumplir. Poderosos sectores vinculados con la industria armamentística mantenían una presión constante en círculos políticos para que la guerra continuase. Así, los primeros años de la Administración Nixon lejos de acabar con la guerra supusieron una extensión del conflicto y un notable incremento del número de bajas. Esto provocó en muchos norteamericanos un sentimiento de amargura y profunda decepción hacia Nixon, que ya por aquel entonces comenzó a recibir el apodo de «Tricky Dick». Gran parte de la nación, muy especialmente quienes le habían concedido su voto en virtud de su promesa de terminar la guerra, se sentía defraudada. Nixon comenzó a sentir una tremenda presión ambiental a la cual no eran ajenos elementos de su propio partido, que se hacían eco del descontento popular y clamaban por un giro en la política internacional del presidente. La naturaleza paranoica de éste le llevó a asumir que existía una conspiración, no ya contra él, sino contra la presidencia de Estados Unidos. En una entrevista con el periodista David Frost I, Nixon sostenía que EE UU se encontraba durante su presidencia en un estado de práctica guerra civil. Esta sensación de acoso llevó a Nixon y a sus ayudantes a preparar una lista de enemigos, que incluiría a los presuntos conspiradores, que debían ser aplastados, no ya por el bien de Richard Nixon sino por el bien de Norteamérica.

‘ ne Nixon Interviews with David Frost, vídeo, Universal Studios, 1977.

Los detalles de este caso son de sobra conocidos por la mayoría del público. Todo comenzó con el allanamiento e intervención de las líneas telefónicas del cuartel general de la campaña electoral del Partido Demócrata. Tirando de este hilo, se acusa posteriormente al presidente Richard Nixon y a gran parte de sus colaboradores de haber

llevado a cabo una serie de actos ilegales que llenaron de consternación

a la opinión pública estadounidense. El escándalo culminó con la primera dimisión en la historia de un presidente de Estados Unidos.

El allanamiento fue cometido el 17 de junio de 1972 por un equipo de cinco hombres que fue sorprendido íntegramente en las oficinas del Partido Demócrata en el edificio Watergate de Washington. Su arresto

desveló un plan de escuchas ilegales y espionaje contra oponentes políticos patrocinado por la Casa Blanca, y en el que estaban implicados altos cargos del país, como el ex fiscal general John Mitchell, el consejero presidencial John Dean, el jefe de personal de la Casa Blanca H. R. Haldeman, el asesor para Asuntos Nacionales John Ehrlichman y, a la cabeza de todos ellos, el presidente Nixon.

En mayo de 1973 el Comité de Actividades Presidenciales del Senado estadounidense descubrió una serie de escuchas ilegales que habían sido

estadounidense escuchó una serie de asombrosas revelaciones que daban al escándalo una dimensión mayor de la que ya tenía. John Dean testificó que el presidente estaba al corriente de la operación y que había autorizado el pago a los asaltantes para que guardaran silencio, algo que fue vehementemente negado por la Administración Nixon.

El 16 de julio de 1973 Buttefield, otro asesor de la Casa Blanca, reveló que Nixon había ordenado la instalación en la Casa Blanca de un sistema para grabar automáticamente todas las conversaciones que se produjesen en determinadas dependencias del edificio, incluido el despacho oval. Estas cintas constituirían la mejor prueba de si el presidente estaba manteniendo o no, por lo que el fiscal especial designado para investigar el caso, Archibald Cox, exigió a la Casa Blanca la entrega inmediata de ocho grabaciones. Tras una serie de peripecias y negativas, que incluyeron el cese del propio Archibald Cox, Nixon se avino

por fin a entregarlas, pero los expertos deterruñaron que las cintas habían sido manipuladas y borradas en parte.

A partir de ese momento los escándalos se suceden con inusitada rapidez, y prácticamente a diario salen a la luz nuevas actuaciones ilegales

del equipo de Nixon. Finalmente, y para evitar el casi seguro impeachment, Nixon dimitió el 9 de agosto de 1974. Un mes más tarde su sucesor, Gerald Ford, le exoneraba de todos los delitos que pudiera haber cometido durante su mandato, quedando a salvo de cualquier acusación.

Los «fontaneros»

Hasta aquí hemos comentado lo que puede encontrarse en cualquier enciclopedia, sin embargo, todavía hoy llama poderosamente la atención que, a pesar de haber sido uno de los grandes acontecimientos del siglo xx, un hecho que ha sido sometido al minucioso escrutinio de políticos, periodistas e historiadores, aún queden múltiples puntos oscuros

en cuanto a la comprensión global de este asunto y, muy especialmente, del hecho central que detonó la bomba que terminó con la carrera política de Richard Nixon. Por ejemplo, si bien quedó claro en su

momento que Nixon estaba al corriente de los hechos, nunca se pudo es-

clarecer quién fue la persona que ordenó la entrada ilegal en el edificio Watergate y, sobre todo, qué es lo que se pretendía con esta acción.

Tal vez debido al empeño de las instituciones estadounidenses por pasar página a este asunto lo más rápidamente posible, aun a riesgo de cerrarlo en falso, han quedado resquicios suficientes para que aparezcan versiones revisionistas del escándalo Watergate que, por sorprendente que pueda parecer, pretenden ni más ni menos que rehabilitar el buen nombre del presidente más polémico de la historia de Estados Unidos. En otro orden de cosas están quienes aún bucean en el fango del Watergate intentando encontrar el hilo que les conduzca al descubrimiento de nuevos secretos inconfesables que se cuecen en la trastienda del poder norteamericano.

Para comprender las implicaciones reales del escándalo deberíamos retrotraernos a su origen. Como ya hemos mencionado, en plena campaña presidencial norteamericana de 1972, el 17 de junio cinco

hombres irrumpieron en una oficina del edificio Watergate de Washington. El objetivo era obtener toda la información posible del cuartel general demócrata. Sin embargo, fueron detectados por la se-

guridad del edificio y sorprendidos por la policía, que arrestó a Eugene

W. Martínez, Virgilio González, Frank Sturgis, Bernard Barker y James McCord. El equipo operaba bajo la dirección de Everette Howard Hunt y George Gordon Liddy, que también fueron arrestados.

Ninguno de ellos era desconocido para la inteligencia norteamericana. Martínez y González eran figuras importantes dentro del activismo anticomunista de Managua. Sturgis y Hunt habían sido vinculados por diversos autores con asuntos tan sórdidos como el asesinato del presidente Kennedy y el «accidente» de tráfico que acabó con las ambiciones presidenciales de su hermano Ted. Por otro lado, Hunt, Liddy y McCord habían sido miembros de la CIA. De la profesionalidad de los intrusos nos habla el hecho de que llevaban consigo un equipo de espionaje sumamente sofisticado para la época, que incluía cámaras de microfilm, ganchos, dispositivos de gas lacrimógeno portátiles, toda clase de microscopios ocultos y transmisores con los que se comunicaban con Hunt y Liddy, que se encontraban en una habitación de un

El del 17 de junio era el segundo intento de entrada en el edificio Watergate. El primero fue abortado por McCord, que había informado a sus compañeros de la existencia de una alarma que en aquel momento no estaba preparado para anular. Curiosamente, Jim Hougan comprobó que esa alarma jamás había existido, luego McCord mintió al resto del equipo. ¿Por qué? ¿Para abortar la acción y poder informar a sus superiores? Es posible que McCord nunca hubiera dejado de trabajar para la CIA, que presumiblemente lógicamente deseara de tener un hombre en el equipo secreto de Nixon. Pero ¿que razón podía tener la CIA para hacer saltar la operación y poner en riesgo a su propio agente? Para responder a esta pregunta es fundamental comprender lo que los «fontaneros» buscaban en el edificio Watergate aquella noche.

Un escándalo sexual

Existen otras teorías que si bien reconocen lo evidente, apuntan hacia la posibilidad de que el máximo responsable no fuera Nixon, sino que todo hubiera sido provocado a raíz de una aventura no autorizada de alguno de sus colaboradores más directos. Los autores Len Colodny y Robert Gettlin apuntan como padre de la incursión contra el cuartel general demócrata al consejero presidencial John Dean, cuya arriesgada maniobra no habría tenido otro objeto que hacerse con las pruebas materiales -fotos, conversaciones telefónicas, etc.- de un escándalo

4 Len Colodny y Robert Gettlin, Silent coup: The removal of a president, St. Martin's Press, New-York, 1991.

sexual a gran escala que habría supuesto un durísimo golpe para el Partido Demócrata. Al parecer, los dirigentes del Partido Demócrata eran

clientes asiduos de una red de prostitución de alto standing y realizaban múltiples transacciones de este tipo desde la oficina del edificio Watergate. El contacto entre la red de prostitución y los políticos era un abo-

gado metido a alcahuete llamado Philip Bailey. La detención de Bar-

lley llamó poderosamente la atención del consejero Dean, quien rápidamente recabó toda la información disponible sobre el asunto, des-

cubriendo la existencia de una comprometida agenda con nombres

y direcciones tanto de las chicas como de sus clientes, la cual se encontraría guardada en un despacho del edificio Watergate. Deseoso de ha-

cerse con este tesoro, y de paso ganar puntos ante Nixon, habría sido Dean el

encargado de organizar la desastrosa expedición, echando mano

de un grupo de sicarios de confianza que ya habían intervenido ante-

riormente en otras operaciones clandestinas del equipo presidencial.

Como ya sabemos, la operación fue una chapuza y Dean intentó denodadamente borrar cualquier rastro que pudiera relacionar a la Casa

Blanca con lo sucedido, y especialmente con él. De haberse desarrollado

así las cosas, Nixon se habría encontrado indefenso a la hora de contra-

rrestar un escándalo del que nada sabía. Tras este impulso inicial, el resto

de irregularidades y delitos que acabaron haciéndole renunciar a la pre-

sidencia fueron cayendo uno tras otro como fichas de dominó.

Esta teoría nos sirve igualmente para apuntar una razón creíble a la

traición de McCord. Es perfectamente posible que tras la red de pros-

titución del Partido Demócrata se encontrara la CIA, que, como pu-

dimos comprobar en el capítulo dedicado al Proyecto MKUltra, ha

sido desde siempre muy aficionada a la utilización de estos medios. El empleo de prostitutas para chantajear a personalidades públicas de diversos ámbitos es una herramienta utilizada por los servicios secretos

de todos los países. Si los «fontaneros» estaban a punto de comprometer

una operación de este tipo es lógico que la CIA actuara en con-

secuencia, si bien es poco probable que fueran conscientes del terreno

secuencia, si bien es poco probable que fueran conscientes del terremoto político que iba a desencadenar este hecho.

«Garganta profunda»

Así pues, tenemos a John Dean, un asesor del presidente cuyo exceso de entusiasmo conduce a los «fontaneros» a la más desgraciada de sus aventuras, y a McCord, el topo de la CIA que traiciona a sus compañeros para no corripnreter una operación secreta de la agencia. Para com-

pletar el panorama sólo nos queda conocer a «Garganta profunda», el mítico confidente que reveló a la prensa los incontables trapos sucios que se escondían en la Casa Blanca. Se trata de uno de los mayores misterios de la historia reciente de Estados Unidos. Treinta años después del escándalo todavía no ha sido identificada la fuente anónima de las pistas que condujeron a la caída del presidente Nixon. Carl Bernstemi y Bob Woodward, los reporteros del Washington Post que mantuvieron contacto con este personaje y llevaron sobre sus espaldas todo el peso periodístico del asunto Watergate, han expresado su propósito de no revelar su identidad

hasta que muera o les conceda expresamente perrruiso para ello.

A través de diversas entrevistas concedidas por ambos reporteros se ha podido deducir que «Garganta profunda», que debe su apodo a una popular película porno de los años setenta, es un hombre bien posicionado en los ambientes políticos de Washington, amante de los habanos, del whisky escocés, de las citas clandestinas, preferiblemente a las dos de la madrugada en parkings subterráneos, y dotado de una magnífica vista capaz de detectar el cambio de posición de una maceta en el balcón de Woodward como sefial para acordar un encuentro. Sin embargo, quienes conocen a Bernstein

y Woodward afirman que ni siquiera estos indicios son fiables al cien por cien. Determinados autores han apuntado la idea de que «Garganta profunda» pudiera ser pura fantasía o, todo lo más, un conglomerado de diversos individuos y circunstancias. Esta es una de las teorías más comúnmente aceptadas a pesar de que Bernstein y Woodward insisten en la

existencia del personaje. Esta hipótesis fue impulsada en su momento por algunos comentarios del representante editorial de Woodward, David Obst, quien escribió en sus memorias que «Garganta profimda» nació «pues sin ella en Todos los hombres del presidente no hubiera habido rni libro MÍ película». Recientemente, el voluntarioso John Dean ha emprendido una especie de vendetta personal con la próxima publicación de Desenmascarando a

Garganta I_>rofiunda, un libro en el que se embarca en la identificación del

enigmático personaje: «Es el resultado de cerca de 30 años de investigación intermitente y lo he reducido a unos poquitos», destacó Dean en el

programa Face the Nación, de la cadena de televisión CBS.

Uno de los candidatos más populares para gran número de autores

es el general Alexander Haig, máxime después de conocerse que

Woodward, antes de ser reportero, sirvió como oficial de la marina es-

tadotimidense en el Pentágono, donde desempeñaba funciones que le obligaban a presentar informes periódicos ante Haig'. Woodward ssiemm-

pre ha negado este conocinúento previo, que parece suficientemente documentado por varios autores que suponen que su negativa no tiene otro

propósito que el de proteger su fuente. El propósito de Haig no habría

sido otro que mantener la atención pública fija en Nixon para que de esta manera pasaran desapercibidas sus propias y graves irregularidades al frente de una red de espionaje que mantenía una vigilancia constante so-

bre notables personalidades de la vida pública estadounidense.

conclusión

asesinato de John Fitzgerald Kerinedv constituyen los Watergate v el

estrategas norteamericanos, algo que les apeó de su pretensión de omnipotencia y les hizo considerar seriamente la posibilidad de que las cosas escapasen a su control. Era de vital importancia que algo así no

se volviera a repetir jamás, y menos aún en Europa. Para ello se empezó a considerar seriamente no sólo el refuerzo de las relaciones bilaterales entre Estados Unidos y España, sino también empezar a preparar el escenario de la sucesión de Franco, para lo cual se tendieron lazos a los sectores monárquicos del país y a los representantes de la izquierda moderada, cuya colaboración fue solicitada en aras a frenar un eventual avance del comunismo.

La gran huelga de la cuenca hullera asturiana en febrero de 1961 puso a los norteamericanos mucho más nerviosos de lo que ya estaban, por lo que se apresuraron a incluir a España entre las dictaduras protegidas en el ámbito del llamado Proyecto Vulcano. Por esas mismas fechas la CIA comienza a hacer movin*entos en nuestro país para que el régimen de Franco se muestre tolerante, e incluso contemple la futura legalización de un partido socialista y otro de carácter demócrata cristiano que sienten las bases de una futura democracia parlamen-

‘José María Gil-Robles, U monarquía por la que yo luché (1945-1954), Taurus, Madrid, 1976.

taria. A finales de 1970, el llamado «Proceso de BÚrgoS» 3 dio nuevos inotivos de preocupación al entonces presidente de Estados Unidos, PRichard Nixon, que decidió enviar a España a uno de sus hombres de confianza, Vernon Walters, para que se asegurase de que la situación estaba controlada y la transición a la monarquía se llevaría a cabo en su momento de la manera prevista.

«No hay mal que por bien no venga»

Walters, que.flegaría a ser director adjunto de la CIA en 1973, relata su experiencia española en su libro Misiones secretas’: «Todos los oficiales superiores con los que hablé dudaban de que Franco pusiera al Príncipe en el trono antes de morir. Creían, sin embargo, que nombraría a un Primer Ministro. No creían que hubiera disturbios de importancia en el país cuando Franco muriera, y dijeron que las Fuerzas Armadas podrían manejar fácilmente tales problemas. Fue una experiencia estupenda y única.» Sin embargo, el nombramiento en junio de

1973 del almirante Luis Carrero Blanco como presidente del Gobierno no gustó en Washington. Considerado como representante de la línea más dura dentro del régimen, y haciendo gala de una lealtad inquebrantable hacia Franco, Carrero resultaba una figura sumamente

‘ Consejo de guerra celebrado en la Capitanía General de Burgos, del 3 a 9 de diciembre de 1970, contra dieciséis encausados (dos de ellos sacerdotes) acusados de pertenecer a la orgarúización terrorista ETA. Las sentencias no se fficieron públicas hasta el día 28 de diciembre, con seis condenas a muerte (dos de ellas con doble pena), y más de 750 años de cárcel para el resto de los acusados.

Lo que en principio pretendió ser unjuicio ejemplarizante para demostrar a la oposición la dureza y el vigor que aún mantenía el régimen, acabó revirtiendo en contra del propio Gobierno franquista merced al impresionante apoyo que encontraron los encausados por parte de las democracias europeas (Francia y Gran Bretafia especialmente) e incluso del propio Vaticano y un amplísimo sector de la Iglesia española. De hecho, la Iglesia católica presionó intensamente al general Franco para que conmutara las penas de muerte por las de cadena perPetua.Vista esta inesperada reacción, el propio Franco conmutó públicamente las penas de muerte dos días más tarde de hacerse pública la resolución, con el propósito de acallar la presión nacional e internacional contra su Gobierno y evitar que los etarras fueran utilizados CO-0 mártires. ‘Vernon A. Walters, Sílera Missions, Doubleday, Nueva York, 1978.

24n

incómoda para una eventual transición denlocrática. No obstante, un «golpe de suerte» quiso que la situación diera de nuevo un giro favorable a las pretensiones estadounidenses. El 20 de diciembre de 1973 el almirante era víctima de un atentado terrorista perpetrado por ETA: su vehículo blindado saltó por encima de la fachada de una iglesia en

la madrileña calle Claudio Coello y fue a caer en un patio interior.

El pánico se extendió por los círculos oficiales, desconcertados ante la inconcebible osadía de esta acción. ETA había e .ecutado un golpe maestro que parecía haber desbaratado los planes del régimen. El asesinato tenía como fin intensificar las

desbaratado los planes del régimen. El asesinato tenía como fin intensificar las divisiones latentes entre diversos sectores del franquismo de la época, como indicaba claramente el comunicado en el que ETA reivindicaba el atentado: «Luis Carrero Blanco, hombre duro y violento en sus actitudes represivas, era

la clave que garantizaba la estabilidad y continuidad del sistema franquista. Es seguro que sin él las tensiones en el Gobierno entre la Falange y el Opus Dei se intensificarán. » Sin embargo, para sorpresa de muchos, el régimen superó con bastante facilidad la confusión creada por la muerte de Carrero.

No obstante, bajo esta aparente estabilidad bullía un hervidero. El general Iniesta Cano, a la sazón director de la Guardia Civil, se embarcó en una aventura sospechosamente parecida a un golpe de estado or-

denando a los comandantes locales que ocupasen las capitales de provincias y que disparasen contra los izquierdistas a la menor señal de manifestaciones o desórdenes públicos. Sólo la intervención del jefe del Estado Mayor, el general Manuel Díez Alegría, y del Ministro de Gobernación, Arias Navarro, impidió que se produjera derramamiento de sangre.

Por otro lado, en círculos del aparato del régimen y sus simpatizantes se empezaba a murmurar en voz baja que en el tema del asesinato de Carrero había mucho más de lo que parecía. Tan insólito había sido el atentado como las circunstancias que lo habían rodeado. A todos les extrañaba que tras la acción de ETA no se hubiesen establecido los habituales controles en el aeropuerto de Barajas y en las carreteras de salida de Madrid. Nadie conseguía comprender cómo se habían podido llevar a cabo los preparativos para el atentado, que incluían la excavación de una galería y el manejo de una más que considerable

cantidad de explosivo bajo las calles de un Madrid controlado por la Brigada Central de Información, y en una zona estratégica de la capital en la que se encuentran no sólo la embajada de Estados Unidos sino, además, numerosos edificios oficiales. Para corno, Henry Kissinger había estado de visita en Madrid justo el día anterior, lo que servía para que los más suspicaces se preguntasen si esta visita no tendría algo que ver con el atentado y cómo era posible que el dispositivo de seguridad

1 lo 1 que protegla al secretario" de Estado estadounidense no hubiera detectado los preparativos de ETA.

El responsable nominal de tan clamorosos fallos en la seguridad no era otro que el ministro de la Gobernación, Carlos Arias Navarro. Su etapa al frente de este ministerio se caracterizó por su extremada dureza con los opositores al régimen. Su experiencia en los juicios sumarios durante los primeros años de la posguerra pesó decisivamente a la hora de su nombramiento. Su dureza en aquella época le valió el apodo de Carnicero de Málaga. Transcurrido el tiempo, se supo que los servicios secretos habían prevenido a Arias Navarro de la inminencia de un atentado contra una alta autoridad del Gobierno, presuntamente contra el presidente. Sin embargo, inexplicablemente, se negó a aumentar las medidas de protección del almirante.

Sin embargo, no sólo nadie le pidió responsabilidades, sino que la carrera de Arias Navarro iba a tocar techo poco después, al ser nombrado presidente del Gobierno. El ascenso del que debía velar por la seguridad del anterior presidente dejó tan estupefactos a los afectos al régimen como a la oposición, haciendo inevitable que se especulara mucho sobre el mensaje de fin de año de Franco en el que dijo, respecto a la muerte de Carrero: «No hay mal que por bien no venga.» Los colaboradores y amigos de Carrero, haciendo gala de las fijaciones conspirativas del franquismo, achacaron durante mucho tiempo su asesinato a la masonería, aunque con el tiempo se denegó más allá de cualquier duda que fue efectivamente ETA la autora del atentado. Aún hoy se especula con la posibilidad --cada vez más revestida de certeza-- de que esta acción contase con el visto bueno de autoridades del régimen, de la CIA y de otros aparatos del poder, poco interesados en la perpetuación del franquismo tras la muerte de Franco.

Otro interesante aspecto de este atentado reside en la posibilidad de que fuera planeado y/o llevado a cabo por uno o varios antiguos miembros

de las Compañías de Operaciones Especiales, las famosas COE del Ejército de Tierra: «La presencia de etarras entre las COE llegaron a

existir 22 compañías en toda España que hoy, aglutinadas en tres grupos,

05

0 GOES y con sólo militares profesionales, responden a un único mando, con sede en Alicante) nunca ha sido reconocida por el Ministerio de Defensa. Ahora tampoco si

en Alicante) nunca ha sido reconocida por el Ministerio de Defensa. Ahora tampoco, si bien fuentes próximas a los servicios secrete-

tos de aquellos años (70 y 80) admiten que no se trató de uno ni de dos, casos. Los rumores eran constantes entre los propios guerrilleros boinas verdes, que manejaban para su formación manuales donde se especifica la cantidad de explosivo necesaria para hacer saltar un puente o volar un

vehículo. En ese contexto, nadie se llevaba las manos a la cabeza cuando un mando explicaba, sin alzar mucho la voz, que el artífice del atentado

contra el almirante Carrero Blanco, el 20 de diciembre de 1973, había sido un etarra adiestrado como boina verde»

Carmen Carrero, hija del almirante, siempre ha sospechado que el Gobierno de Franco conspiró para acabar con la vida de su padre y colaboró indirectamente en su asesinato. Cree que los presuntos fallos en la seguridad de su padre fueron en realidad premeditados y que falta de interés en la detención del comando terrorista se debió a los

detalles, poco convenientes, que sus miembros pudieran revelar».

Camino a la transición

La muerte de Carrero supuso una corrección de rumbo que ase-

guró que la transición española no se desviase de los planes trazados previamente por Nixon, Kissinger y Vernon Walters. Para asegurar la es-

tabilidad del plan, todos los hombres de confianza del almirante fueron alejados del Gobierno: «Hay quienes afirman -Fernández Miranda entre ellos- que Franco quiso que no quedara rastro de la

«Ildefonso Olmedo, «¿A cuántos etarras adiestró el ejército?», El Mundo, 22 de octubre de 2001.

«El Mundo, 20 de diciembre de 1998.

política de Carrero» 7. La súbita enfermedad de Franco el 19 de julio de 1974 precipita los acontecimientos. La República Federal de Alemania era otro de los grandes interesados en que las cosas transcu-

rriesen en España con la mayor calma posible, ya que un foco de ten-

sión en Europa no haría sino alejarles de la consecución de su principal objetivo político, esto es, la reunificación de Alemania a través de la distensión entre los bloques. Era vital crear una izquierda moderada fuerte para que la transición española transcurriese sin excesivas fricciones y por unos cauces aceptables. Es por ello que el partido socialdemócrata alemán financió la convocatoria en Suresnes (Francia) de un con-

greso de jóvenes escindidos del Partido Socialista Obrero Español que elegirían a Felipe González como su líder. Los pactos surgidos del Congreso de Suresnes configuraban un partido preparado para dirigir la oposición política, justo lo que se pretendía desde Europa y EE UU. Para tal propósito se contaba con la complicidad de la UGT. Pero cuando el PSOE ganó las elecciones de 1982, Felipe González nom-

bró un gobierno con un perfil muy distinto del esperado por la co-

nsejo ejecutivo del partido, lo que puso de manifiesto diferencias de criterio entre el partido y el Gobierno que darían lugar a importantes dificultades políticas que desembocarían en el distanciamiento entre los dos hombres fuertes del PSOE: Felipe González y Alfonso Guerra. Aunque ésta es otra historia.

Por su parte, Santiago Carrillo ya había empeñado su palabra de que el Partido Comunista no movería un solo dedo hasta la coronación de Juan Carlos I, y que se acataría el nuevo orden constitucional a cambio de la legalización del partido. La jugada de Carrillo fue su-

mamente hábil, ya que los planes de Henry Kissinger para España es-

tablecían muy claramente que el Partido Comunista no debía ser legalizado hasta que el espacio político de la izquierda hubiera sido copado por otras fuerzas políticas. Su compromiso de renuncia al rupturismo fue lo que permitió que el PC tuviera al menos una oportunidad en las primeras elecciones democráticas.

Aun así, y para salvar la cara ante sus respectivos partidarios, tanto los líderes del PSOE como del Partido Comunista mantuvieron has-

Laureano López Rodó, La larga marcha hacia la monarquía, Plaza y Janés, Barcelona, 1979.

ta 976 posturas mucho más beligerantes de lo que de verdad estaban dispuestos a llevar a cabo en la práctica, amenazando incluso con tor-

pedtar la ley de Reforma Política de Adolfo Suárez. Un juego peh-

greso si tenemos en cuenta que por aquellas fechas un cincuenta por ciento de los españoles estaba a favor de la república como forma de

gobierno preferida tras la muerte de Franco, mientras que sólo un

veinte por ciento se inclinaba por la monarquía. Sin embargo, era la monarquía precisamente lo que deseaban las potencias occidentales para España como único sistema que les aseguraba una demolición

controlada del franquismo y una transición sin excesivos sobresaltos. De car2 a los militares, el nuevo monarca estaba completamente legiti-

nuio, ya que su acceso al trono había sido voluntad expresa de Franco, como tal, era algo que en el ejército de aquella época estaba más allá de toda discusión. Por otro lado, desde la izquierda se hizo un esfuerzo consciente para controlar la situación y que la transición dis-

cunese por los cauces más suaves posibles, aunque fuera a costa del sa-

cricio de buena parte de sus consignas y programas: «Desde la caída de la dictadura, las amplias masas de los trabajadores, las mujeres y la juventud habían confiado completamente en sus dirigentes. A regañadientes, dieron por buena toda la política de “consenso”, “apretarse el cinturón”, “hacer sacrificios para salvar la democracia”, etc., con la es-

peranza de que todos estos esfuerzos sirvieran para garantizar una vida digna para sus familias y significara una esperanza en un futuro mejor. Pero al cabo de los meses, los obreros, los campesinos y las amas de casa

se olvidaban de que, pese a todas las frases tranquilizadoras y demagogicas, el cambio era insuficiente»’.

Induchos sectores sociales no entendían el papel que estaba desempeñando la izquierda en el desarrollo de los hechos. Las condiciones de vida en la España de la época estaban muy lejos de ser perfectas y ahí seguía la misma gente de siempre: los burócratas continuaban sentados en sus poltronas, los especuladores en sus despachos; la policía y el Ejército seguían siendo los mismos que durante la dictadura...

La transición, ¿qué ocurrió realmente? Un análisis marxista, Fundación Federico Engels, -yo 1996.

Cesión de soberanía

1 El Trilateral Fundada en 1973 por David Rockefeller, la cual tiene como fin declarado el convertirse en «un consejo consultivo de alto nivel para la cooperación global». Cuenta apenas con 300 miembros, todos ricos, poderosos e influyentes. Según el premio Nobel de la Paz y ex ministro de Asuntos Exteriores de Irlanda Sean MacBride, bajo esta fachada aparentemente respetable se oculta un potente grupo de presión con capacidad para controlar de facto a gobiernos enteros. Se denomina «trilateral» porque sus socios pertenecen a la elite del poder de América del Norte, Europa y Japón, teniendo sus oficinas principales en Nueva York, París y Tokio. Su ideología es clara como el agua: libre mercado, libre mercado y libre mercado, por este orden. En la actualidad, sus planteamientos se han dulcificado un poco debido al desmoronamiento del bloque comunista, su principal enemigo, si bien el grupo no ha perdido un ápice de su poder e influencia.

¿Cuál es la razón de traer a colación en este contexto a tan poderosa sociedad? En mayo de 1975 la Comisión Trilateral celebraba una

reunión en la que, entre otros muchos temas, se habló sobre la situación española y los caminos que tendría que tomar la democracia en

nuestro país. Las directrices que se trazaron en aquella reunión fueron una de las fuerzas que dieron forma a la Constitución española de

1978, uno de cuyos padres, Miguel Herrero de Miñón, es miembro de la comisión. Tales directrices, encaminadas a la inclusión de España en la OTAN y la Comunidad Económica Europea se encuentran en el origen de la presencia en

Comunidad Económica Europea, se encuentran en el origen de la presencia en nuestro texto constitucional de artículos como el 93' o el 96. 1 lo, que reservan la eventual cesión de parcelas de

' 93.- Mediante ley orgánica se podrá autorizar la celebración de tratados por los que se atribuya a una organización o institución internacional el ejercicio de competencias derivadas de la Constitución. Corresponde a las Cortes Generales o al Gobierno, según los casos, la garantía del cumplimiento de estos tratados y de las resoluciones emanadas de los organismos internacionales o supranacionales titulares de la cesión. " 96.1.- Los tratados internacionales válidamente celebrados, una vez publicados oficialmente en España, formarán parte del ordenamiento interno. Sus disposiciones sólo podrán ser derogadas, modificadas o suspendidas en la forma prevista en los propios tratados o de

acuerdo con las normas generales del Derecho internacional.

la soberanía nacional a organizaciones supranacionales que permitan

a un gobierno que cuente con mayoría suficiente firmar cualquier clase de tratado con cualquier potencia o país extranjero sin que nadie pudiera impedirlo legítimamente y sin que pueda ser derogado por un gobierno posterior. Tal circunstancia es algo inédito en el seno de las constituciones europeas, y más aún si lo comparamos con la legislación de Estados Unidos, que permite la anulación de cualquier tratado mediante una decisión legislativa posterior. Esta ligereza y poco celo de nuestra Carta Magna a la hora de proteger la soberanía nacional se hace especialmente notable en lo que se refiere a los aspectos eco-

nómicos. En efecto, en el artículo 94.1 " se recoge una serie de casos

en los que se requiere necesariamente la autorización de las Cortes antes

de firmar un tratado internacional. Pues bien, los tratados de ca-

rácter económico o comercial están exentos de ese trámite, dejando al gobierno las manos libres en esta materia.

Democracia, ¿para qué?

Ya que hemos traído a colación el tema de la Constitución, el ar-

tículo 8.1 establece la figura del Ejército como garante del orden constitucional, lo cual abre la puerta, siempre sujeta a interpretación, a la intervención de las fuerzas armadas ante situaciones de crisis.

La creciente escalada de tensión en la vida política desde mediados de 1980, centrada en la ofensiva de los socialistas contra el presidente

" 94. L- La prestación del consentimiento del Estado para obligarse por medio de tratados

o convenios requerirá la previa autorización de las Cortes Generales en los siguientes casos:

a) Tratados de carácter político. b) Tratados o convenios de carácter militar. c) Tratados o convenios que afecten a la integridad territorial del Estado o a los derechos y deberes fundamentales establecidos en el Título I.

d) Tratados o convenios que impliquen obligaciones financieras para la Hacienda Pública. e) Tratados o convenios que supongan modificación o derogación de alguna ley o e@ájan medidas legislativas para su ejecución. " 8. L- Las Fuerzas Armadas, constituidas por el Ejército de Tierra, la Armada y el Ejército del Aire, tienen como misión garantizar la soberanía e independencia de España, defender su integridad territorial y el ordenamiento constitucional.

Suárez, las luchas intestinas dentro de la propia UCI) y el oportunismo de Manuel Fraga; los continuos asesinatos de miembros de las Fuerzas Armadas y de Seguridad del Estado; los abucheos que el rey re-

cibió durante su visita al País Vasco; y la mala situación económica, llevaron a algunos militares a pensar que sólo un golpe de estado el eu-

femismo «golpe de timón» estaba muy en boga aquellos días arreglaría los problemas de la nación. El terrorismo influyó de mane-

ra decisiva en que se llegara a esta conclusión. Los militares se veían im-

potentes ante la agresión etarra y volcaban sus iras hacia el nuevo sistema político. Es muy significativa a este respecto una anécdota ocurrida en el Congreso durante el

golpe del 23-E Uno de los diputados gritó: «¡Viva la democracia!», a lo que uno de los guardias civi-

les le contestó: «Democracia, ¿para qué?, ¿para que sigan matando a nuestros compañeros?»

El descontento de los militares era creciente. En noviembre de

1978 el general Manuel Gutiérrez Mellado, representante del Gobierno, fue abucheado en Cartagena en el seno de una reunión de mandos militares. Ese mismo día se descubrió en Madrid la Operación Galaxia, un complot en el que Antonio Tejero y el capitán Sáenz de Inestrillas, junto a otros mandos militares, planeaban asaltar el palacio de la Moncloa aprovechando un viaje de los reyes. Tejero e Inestrillas fueron procesados condenándoseles a siete meses de arresto, una sen-

tencia casi simbólica ya que salieron a la calle inmediatamente al haber cumplido ese tiempo en prisión preventiva.

Caso aparte es la extraña historia del general Luis Torres Kojas, por entonces jefe de la División Acorazada Brunete. A finales de enero de

1980 *Diario 16* publicó una información sobre un presunto golpe de es-

tado planeado por dicho general. Según el rotativo, éste habría sido el mo-

tivo del definitivo cese del general al mando de la División y su precipitado traslado al gobierno militar de La Coruña. El plan de Torres Kojas habría sido asaltar La Moncloa con ayuda de la Brigada Paracaidista, mientras que la División Acorazada se apoderaba de las calles de la capital. Esta noticia causó un considerable revuelo en toda la prensa de la época, siendo desmentida por diversas instancias oficiales, pese a lo cual, el único hecho cierto y comprobado es que Torres Kojas formó parte del golpe de estado del 23 de febrero del año siguiente.

Situación límite

Paradójicamente, la gota que colmó el vaso de la paciencia de los militares fue el caso Arregui. José Ignacio Arregui, presunto activista ETA, falleció en el hospital penitenciario de Carabanchel, tras unos días en los calabozos de la Brigada Regional de Información. Se dice que Arregui había muerto a causa de las palizas recibidas, lo que provocó una cadena de protestas contra la Policía y la Guardia Civil. Los presos de la banda iniciaron una huelga de hambre y los obispos de Bilbao, monseñores Larrea y Uriarte, hicieron público un comunicado condenatorio. En Vitoria hubo dos manifestaciones de protesta: por un lado, los nacionalistas vascos con partidos de ámbito nacional y, por otro, Herri Batasuna junto con sectores radicales vascos siendo ésta la manifestación que tuvo mayor afluencia. En Bilbao la manifestación de protesta estuvo precedida de una huelga general que tuvo un seguimiento del 95 por 100. En Pamplona hubo enfrentamientos entre manifestantes y policía, mientras que en San Sebastián se sucedían las manifestaciones independentistas y a favor de ETA. El día 17 de febrero se celebró el entierro de Arregui, al que asistieron

10.000 personas. A principios de febrero ocurrió un hecho que mucho daño en la mentalidad de los militares golpistas. En una visita que el rey realizó al País Vasco fue abucheado en la Casa de Juntas de Guernica por una multitud de radicales. Este incidente suponía para el estamento militar la humillación definitiva. Era mucho más de lo que los más exaltados estaban dispuestos a tolerar. El diario *El Alcázar*, órgano cuasioficial de los nostálgicos del franquismo, publicaba en esos momentos una serie de artículos firmados por el colectivo «Almendros» que instigaban a la acción directa por parte de los militares.

A estos factores se unió el nombramiento de Ronald Reagan presidente de Estados Unidos, que auguraba una Administración

J

como presi

Era un secreto a voces que el misterioso colectivo «Almendros» estaba formado por militares en activo, El semanario de extrema derecha *El Heraldo Español* llegó mucho más lejos al anticipar los planes de los golpistas de plantear un gobierno de concentración, dando incluso a entender el nombre de su presidente: «Felipe propondría... ¡UN GOBIERNO PRESIDIDO POR UN MILITAR! ¿Quién será ese general?, "el que la va a armar", el que

la tiene armada".»

con una política exterior mucho más dura que la anterior y que even-

tualmente podría ver con buenos Ojos una intervención de este tipo “. De hecho, ese apoyo se pensaba obtener mediante la instauración después del golpe de un gobierno de «concentración nacional» presidido por un militar -presurblemente el general Armada-, para el que se contaría con «políticos de la democracia» y que enarbolaría como justificación de sus actos la «defensa del orden constitucionah. Existió incluso una lista de los miembros de este gobierno que el general Armada llevaba en el bolsillo de su guerrera cuando acudió al Congreso y que contenía nombres de personas que militaban en los principales partidos del arco parlamentario español. Así, los golpistas consultaron a los colaboradores de Reagan sobre los apoyos que reci-

biría el intento ` y, dado que lo llevaron a la práctica, debieron en-

contrarse con una acogida bastante favorable al proyecto del que, por otra parte, la CIA ya estaba más que enterada, omitiendo revelar esta

información al Gobierno de Adolfo Suárez.

Por si hubiera alguna duda sobre este particular, veamos lo que dijo al respecto en su momento el propio Tejero: «El mando de la operación había dicho que tanto el gobierno norteamericano como el Vaticano habían sido sondeados por indicación del general Armada y que ambos habían dicho que se trataba de un asunto interno de Es-

pañía, aunque se mostraban conformes con la monarquía constitucional» `.

El golpe requirió semanas de preparación ante las mismas narices de los servicios de inteligencia. De hecho, se sabe que en diciembre de

1980 la esposa del teniente coronel Tejero había comprado los seis

autobuses que servirían para trasladar a los guardias que iban a asaltar

`Ya en septiembre de 1980 el editorial del Arma del Pueblo, el periódico del Comité Centró de Unificación Comunista de España, advertía en su primera plana: La elección de Reagan:

1.pel'g'ro triminente para España! Este mismo medio demostró ser particularmente profl tico cuando apenas dos semanas antes del golpe avisaba en su portada con grandes titulares: iNO AL DERECHAZO! En su interior se analizaba cómo las presiones ejercidas porWashington habían roto el delicado entramado sobre el que se asentaba la transición, alentando con ello

11 activación de las fuerzas más reaccionarias de la sociedad española. ` El País, 15 de marzo de 1981.

“ El País, 1 de mayo de 1981.

el Congreso de los Diputados. Además, la conspiración tenía rarnifi-

cadones en Portugal, en donde se habría producido un golpe de mano. similar de haber triunfado la sublevación española: «Un grupo de al-! rededor de 250 portugueses de extrema derecha cruzó la frontera es-., 1

pa ola el pasado 23 de febrero. Los portugueses, antiguos jefes, oficia-.,1 les, suboficiales y soldados del ejército colonial, entraron en la zonaj, co ida como Rincón de Caya, en Badajoz, según informaron a

noc

AFP fuentes policiales Se instalaron en una granja, provistos Ue potentes aparatos transmisores-receptores, y tomaron contacto coW centros clandestinos de la extrema derecha española, donde les infor maron del desarrollo de los acontecimientos hora por hora. Si hubie-11 ra triunfado el golpe de estado, hubieran hecho un llarnamiento

ay @l ejército portugués para que se hiciera con el poder»

Las señales de la insurrección se hacían cada vez más evident como el impetuoso artículo que con el título Situación limite escribi el teniente general De Santiago en El Alcázar, poco antes del 23-2 Sus frases eran un fiel reflejo de lo que por aquellas fecha- se es- 1

chaba en los cuarteles: «El pueblo ha vuelto las espaldas a esj.contubernio político»; «los partidos políticos no representan al puebl<k' en estos momentos». La soflama concluía afirmando que «siemprei hubo españoles que rescataron y salvaron a España».

A raíz de lo visto, raro sería que el Gobierno no se tenuera

como lo que finalmente sucedió. De hecho, existen abun antes in 'J cios de ello. A la sorprendente y repentina dinuísión de Ado o Su' z

y el no menos sorprendente y repentino ascenso del general Armada-' al puesto de segundo 'efe del Estado Mayor del Ejército, hay que añã-

j dir una anécdota que el ex presidente Leopoldo Calvo Sotelo men-4

ciona en su obra Memoria viva de la Transición". Para que todo el Go-@,>

17 El País, 6 de marzo de 1981.

El mensaje de renuncia de Adolfo Suárez parece dejar caer algunas pistas al respecto: «Un político debe saber en qué momento el precio que el pueblo ha de pagar por su permanen-

cia y su continuidad es superior al precio que siempre implica el cambio de la persona que encarna las mayores responsabilidades ejecutivas de la vida política de la nación [...].Tengo el convencimiento de que ésta es la situación en que nos hallamos yo no quiero que el sis-

terna democrático de convivencia sea, una vez más, un paréntesis en la historia de España.»

Leopoldo Calvo Sotelo, Memoria viva de la Transición, Plaza y Janés, Barcelona, 1990.

lera presente e mi 1 bierno estuvi n el he ciclo aquel 23 de febrero era ne-

cesario que Calvo Sotelo no fuera investido en la primera votación, el viernes 20 de febrero. Pues bien, se da la circunstancia de que el 17 de febrero el nuínistro Pío Cabanillas telefoneó a Jordi Pujol:

-Jordi ¿por qué no votáis en primera votación a Calvo Sotelo? -Ahora no podemos; ya se verá más tarde. -No es prudente ir a la segunda votación. -¿Qué temes que pueda suceder entre una y otra? -No, nada. A lo mejor un revuelo de entorchados. El partido socialista tampoco debía de ser del todo ajeno a estas acechanzas a juzgar por lo que publicaba el diario El País, en la edición correspondiente al 7 de noviembre de 1980, respecto a una confidencia de alguien muy cercano a la cúpula del PSOE según la cual: «Existe la sensación de que el estamento n-úhtar -pese a su demostrada dis-

Í lina 1 cip - no soportará mucho tiempo la actual escalada terrorista sin

que se produzca algún tipo de intervención en los asuntos de la vida pública, que incluso podría justificarse constitucionalmente. »

«Revuelo de entorchados»

El «revuelo de entorchados» comenzó a las dieciséis horas y veinte MI-

nutos del día 23 de febrero de 1981: una vemtena de agentes del servicio secreto de la Guardia Civil vestidos de paisano y fuertemente armados Hegan a los alrededores del Congreso de los Diputados en cinco automóviles. Con la rapidez y el aplomo que caracterizan a los profesionales, cortan los accesos al ecifficio de la carrera de Sanjerónm*o.Al mando se encuen-

tra un tern'ente del servicio de información del cuerpo que cumple órdenes dictadas por el coronel Cassmiello, jefe de Estado Mayor del ri---nismo. El sargento responsable de la seguridad exterior del edificio se pliega a sus órdenes y él hace un rápido y discreto reconocimiento. Comprobado que se curnplen las condiciones necesarias para una ocupación sin problemas del hemiciclo, el teniente coronel Tejero recibe en el parque de automovilislno de la Guardia Civil la noticia de que el objetivo está maduro y listo para ser ocupado conforme a las órdenes recibidas.

A las seis y veinticuatro rminutos de la tarde se oyeron ruidos en el

exterior del hemiciclo y el presidente de la Cámara, Landelino Lavi-, Ila, ordenó a un ujier que fuera a ver qué estaba ocurriendo. No dio tiempo. En ese momento el salón de Plenos fue invadido por una tro-

pa de guardias civiles armados al frente de los cuales se encontraba el teniente coronel Tejero que, al grito de: «¡Quéto todo el mundo; todos a

suelo», obligó a los diputados a parapetarse tras sus asientos, mientras los asaltantes disparaban ráfagas de ametralladora al aire. 445 guardias civiles tomaron posiciones en el Congreso en nombre del rey y de España. Eran efectivos del parque automovilístico del subsector de Trá-

fico de Madrid, de la Academia de Tráfico y de la Primera Comandancia Móvil de Valdemoro.

Completada la operación de toma del Congreso, Tejero entró en con-

tacto telefónico con el general Milaris del Bosch en Valencia: «Mi general, sin novedad. Todo en orden, todo en orden. Sin novedad. » Tras esta llamada se cortaron las comunicaciones con el exterior. Según fuentes presenciales junto a Tejero se encontraba Sáenz de Inestrillas, el otro condenado por la Operación Galaxia. Desde ese momento, los asaltantes trataron de tranquilizar a los diputados: «Permanezcan ustedes tranquilos. Insisto en que no va a pasar nada. Dentro de unos minutos, un cuarto de hora o a lo sumo medía hora, comparecerá la autoridad militar competente, que dispondrá lo que se ha de hacer »

En Valencia, a las siete y veinte, el capitán Fraile procedía a la lectura del siguiente comunicado del capitán general, Jaime Milaris del Bosch:

«Capitán General de la III Región Militar. Excelentísimo don Jaime Milaris del Bosch y Ussia, teniente general del Ejército y capitán general de la III Región Militar, hago saber: ante los acontecimientos que se están desarrollando en es-

tos momentos en la capital de España y el consiguiente vacío de poder, es mi deber

garantizar el orden en la región militar de mi mando hasta que se reciban las correspondientes instrucciones de Su Majestad el Rey. En consecuencia dispongo:

-Artículo primero. Todo el personal afecto a los servicios públicos de interés civil queda militarizado, con los deberes y atribuciones que marca la ley.

-Artículo segundo. Se prohíbe el contacto con las unidades armadas por parte de la población civil. Dichas unidades repelerán sin intimidación ni aví-

so todas las agresiones que puedan sufrir con la máxima energía, igualmente re-

pelerán agresiones contra edificios, establecimientos, vías de comunicación y transporte, servicios de agua, luz y electricidad, así como dependencias y almacenes de primera necesidad.

-Artículo tercero. Quedarán sometidos a la jurisdicción militar y tra-

ns nutados por procedimientos sumarios todos los hechos comprendidos en el ar-

tículo anterior, así como los delitos de rebelión, sedición y atentado o resisten-

cia a los agentes de la autoridad, los de desacato, injuria, amenaza o menosprecio a todo el personal militar o militarizado que lleve distintivo de tal, cualquiera que lo realice, propague, incite o induzca; igualmente, los de tenencia ilícita de

armas o cualquier otro objeto de agresión.

-Artículo cuarto. Quedan prohibidos los lock-out, huelgas..., se con-

sidera como sedición el abandono del trabajo, siendo principales responsables los dirigentes de sindicatos y asociaciones laborales.

-Artículo quinto. Quedan prohibidas todas las actividades públicas y privadas de todos los partidos políticos, prohibiéndose igualmente las reuniones superiores a cuatro personas, así como la utilización por los mismos de cualquier medio de comunicación social.

-Artículo sexto. Se establece el toque de queda desde las nueve de la noche hasta las siete de la mañana, pudiendo circular únicamente dos personas, como máximo, durante el citado plazo de tiempo por la vía pública y pernoctando todos los grupos familiares en sus respectivos domicilios.

-Artículo séptimo. Sólo podrán circular los transportes y vehículos públicos, así como los particulares debidamente autorizados. Permanecerán abiertas únicamente las estaciones de servicio y suministro de carburante que diariamente se señalen.

-Artículo octavo. Quedan suprimidas la totalidad de las actividades públicas y privadas

de todos los partidos políticos.

-Artículo noveno. Todos los cuerpos de seguridad del Estado se mantendrán bajo mi autoridad.

-Artículo décimo. Igualmente, asumo el poder judicial, administrativo, tanto del ente autonómico como los provinciales y municipales,

-Artículo undécimo. Estas normas estarán en vigor el tiempo estrictamente necesario para recibir instrucciones de Su Majestad el Rey o de la superioridad.

Este Bando surtirá efectos desde el momento de su publicación. Por último, se espera la colaboración activa de todas las personas, patriotas y amantes

del orden y de la paz, respecto de las instrucciones anteriormente expuestas

Por todo ello termino con un fuerte ¡Viva el Rey! ¡Viva por siempre España!

is de mañaría como la pobre Marilyn. Los intereses políticos y economicc

los grandes consorcios de comunicación norteamericanos hacen que sea muy poco conveniente que salgan a la luz historias sobre asesinatos de Estado en el país del dólar. Sin embargo, éstos existen, han existido y, dado el cariz que están tomando las cosas, existirán.

En este capítulo vamos a tratar de aquellos que se relacionan directamente con las operaciones clandestinas que la Agencia Central de

Inteligencia y el F131 han mantenido contra determinadas estrellas de V,

rock, en aras de una estabilidad social mal entendida y sólo posibles1 merced a la mentalidad rígidamente conservadora y completamente irrespetuosa con los derechos humanos que durante décadas imperó en, í

la comunidad de inteligencia estadounidense.

En efecto, los mismos mecanismos que en su momento sirvieron,,

para instalar y mantener a las peores dictaduras tercermundistas fueron oportunamente adaptados a la situación doméstica para suletar al, deternúnados elementos considerados como «indeseables». ¿Cómo si,,@

no calificar a esos melencólicos que hablaban de hacer el amor y no lai

i

guerra? ¿Quiz hacer con esos negros barriobajeros que protestabaní contra los abusos policiales y se atrevían a exigir sus derechos? Más aU, ,i@

de la leyenda negra del rock -vive rápido, muere 'oven y harás un bo-

j

mento cadáver-, existen muchos casos en los que la desaparición de portantes figuras de la música ofrece dudas más que razonables de la

n de agentes externos en la tragedia. intervencio

Como veremos, en muchas ocasiones los blancos de estas accionesj

tenían constancia de que estaban en el Ojo del huracán. De hectio,,@ muchas de las víctimas sufrieron sorprendentes episodios de paranoia" antes de sus sospechosas muertes.

idente Todos los hombres del pres

En 1980 el periodista danés Henrik Krüger' reunió cierto número de informaciones poco conocidas sobre el entorno de Nixon deri-

Henrik Krüger, 'The great heroin coup: Drug, intelligence & international fascism, South End;',

Press, Boston, 1980.

tro del Partido Republicano. Según Krüger, «el asesinato se convirtió en un modus operandi bajo el mandato de Nixon». Al parecer, cuando Bernstein y Woodward descubrieron en las páginas del Washington Post la afición del presidente por los micrófonos ocultos, las escuchas telefónicas y otros métodos de actuación poco éticos, dejaron intacta

la balsa de podredumbre que se escondía bajo esas prácticas. Es precisamente lo que se ignora respecto a la actuación de Nixon en la Casa Blanca lo que hizo que su sucesor Gerald Ford dictase un indulto incondicional hacía su persona como una de las primeras medidas que tomó al ocupar el cargo, pues las responsabilidades penales del ex presidente iban mucho más allá de lo que la opinión pública conocía, que ya era mucho.

En aquella época, en la Casa Blanca se constituyó un verdadero escuadrón de la muerte, comandado por el siniestro Howard Hunt', «asesor» de la CIA que solucionó para el presidente Nixon muchos asuntos complicados. De hecho, el teléfono de Hunt estaba en la agenda de uno de los sorprendidos colocando micrófonos en el edificio Watergate, a raíz de lo cual decidió confesar su participación en el espionaje después de que el Gobierno de Nixon no le pagase el dinero convenido para mantener su silencio. Para los trabajos más delicados Hunt contrató a su vez a Gordon Liddy -otro de los implicados del caso Watergate--- y al doctor Edward Gunn, un experto en toxinas y director de la división de servicios médicos de la CIA.

Los métodos de este equipo de matones de lujo eran de lo más variado pero, dado que el mejor asesinato es aquel que nadie llega a in-

vestigar, las «sobredosis», los «sulcidos» y los ataques al corazón se convirtieron en los favoritos de su arsenal.

Del que ya hablarnos cuando se trató el terna del asesinato del presidente Kermedy y el caso Watergate. Su implicación en aquel caso no es sólo su posible actuación como uno de los «vagabundos» evacuados del lugar del crimen. Existe una carta redactada por el propio Lee Harvey Oswald en la cual queda completamente implicado en el caso: «Estimado Mr. Hunt: Me gustaría obtener información acerca de nu posición. Sólo solicito información. Sugiero que discutamos el asunto completamente antes de que rungun paso sea tornado por mí o por alguien más. Gracias. Lee Harvey Oswald.»

Operación Caos

En 1967 una forma de música tildada de subversiva surgió en Sann Francisco. PLápidamente dejó de ser una simple manifestación artística para convertirse en un fenómeno social y político. Con la guerra de Vietnam en pleno apogeo, las rníorías raciales reclamando sus derechos civiles y los soviéticos multiplicando su capacidad armamentística en progresión geométrica, el Gobierno no podía tolerar que una

pandilla de melenudos se pusiera a enredar las cosas más de lo que y estaban. El FBI, tradicional guardián del modo de vida norteamericano, decidió poner a trabajar en el asunto a lo más granado de su departamento de operaciones clandestinas, el temido COINTELPPo. Paralelamente, la CIA, aficionada a bautizar sus actuaciones con nombres propios de una película de James Bond, puso en marcha la denominada «Operación Caos», cuyo fin era terminar con el movirm*ento hippie o, al menos, volverlo inocuo.

Las fuerzas vivas de la nación sentían que había que hacer algo contra aquellos jovenzuelos que se dejaban crecer la melena y se negaban a ser inmolados en el infierno asiático. La desclasificación de gran número de archivos del FBI durante la década de los ochenta demostró que las principales figuras musicales de la época habían sido sometidas a estricta vigilancia por parte de las autoridades debido a su potencial «subversivo». Allí había un informe dedicado en exclusiva a Jimi Hendrix, un grueso expediente de 89 páginas sobre las andanzas de Jim Morrison y ni más ni menos que 663 sobre Elvis Presley. Este último expediente es especialmente interesante ya que podríamos considerarlo como la prehistoria de la Operación Caos. En efecto, el informe conuienza en los años cincuenta cuando el propio J. Edgard Hoover plantea la necesidad de «hacer algo» para parar los pies a este decadente ejemplo para la juventud norteamer-

ricana. Los informes contienen perlas como la siguiente: «Me sien-

to en la obligación de poner en su conociniento que Presley es un

peligro definido para la seguridad de los Estados Unidos»'. Siguiendo las consignas de la CIA, la Mafia instaló en diversos enclaves del

' Correspondent. Rock Heroes on the FB1 Record, 1 de octubre de 1989.

país laboratorios clandestinos para abastecer el mercado de las drogas. Incluso se llegó a constituir una «mafia hippie», un grupo llaniado «La hermandad del amor eterno» 4 que, liderado por el agente de la CIA Ronald Stark, logró hacerse con el monopolio del tráfico de LSD en Estados Unidos; todo ello con el propósito de socavar los inu... 1 1 1 el tentos de la floreciente

festival de música celebrado en Altamont, cerca de San Francisco, ter-

minaba en una batalla campal muy alejada de la filosofía del Flower Power. En teoría, el festival de Altamont estaba destinado a ser un se-

gundo Woodstock pero terminó en una tragedia que quedaría regis-

1 The covert war against rock, Feral House, California, 2000.

trada en toda su crudeza en un documental titulado Gimnie Shelter. El acto central del festival debía ser el concierto que darían los Stones el

6 de diciembre de 1969. El organizador del evento fue el abogado Melvin Belli, conocido en la profesión como un oportunista carente de escrúpulos. Pero el letrado Belli tenía además una vida secreta como estrecho colaborador de la CIA, y entre sus más distinguidos clientes se encontraban Jack Ruby, el asesino de Lee Harvey Oswald, y Sirlian Sirlian, el presunto asesino de Robert Kennedy'.

Belli puso al frente de la seguridad del festival a Ralpli «Sonny» Barger', líder de «Los Ángeles del Infierno», una banda de motoristas con centenares de integrantes en todo el país y que con el paso de los años había crecido hasta convertirse en una auténtica mafia sobre ruedas. Hubo numerosos clisturbios con heridos y un joven muerto, apuñalado por un motorista cuando presuntamente alzaba una pistola con-

tra Mick Jagger. jamás se supo quién había blandido el cuchillo. Tiempo después, Barger declaró ante un tribunal que llevaba años haciendo «trabajitos» para las autoridades, la mayoría de ellos como parte de tratos para librar a alguno de sus muchachos de prisión. Se cuenta que cuando huyó a Argelia el líder de los Panteras Negras, Eldridge Cleaver, la ATF -la Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, una de las agencias gubernamentales más duras de EE UU, responsable entre

otras «hazañas» de la masacre de Waco- negoció con Barger para que lo trajera de vuelta a casa «dentro de una caja». Quizá sabotear el festival de Altamont fuera otro de estos encargos.

Los sicarios de la Operación Caos contaban sus intervenciones por éxitos cuando Jimi Hendrix, el exótico y pacifista «Elvis negro de los 60», se convirtió en uno de sus blancos prioritarios. ¿Fue Hendrix asesinado mientras se encontraba bajo el efecto de los barbitúricos? La versión de la muerte de Hendrix que divulgaron los medios de comunicación se cen-

traba en la consabida sobredosis que tan oportunamente se ha llevado por delante a tantas estrellas del rock. Nadie, sin embargo, dio en su momen-

to publicidad a una serie de irregularidades que ya había denunciado el en-

Alex Constantine, Psychic dictatorship in the USA, Feral House, Oregón, 1995. Este curioso y carismático personaje tiene incluso su propia página web: [http:// W-Ww.soybarger.com/](http://W-Ww.soybarger.com/)

cargado de la autopsia, el doctor Barnúster, que informó de que en el momento de limpiar su esófago «cantidades migentes» de vino tinto «salieron a través de su boca y nariz». Asimismo encontraron gran volumen de líquido en sus pulmones: «Es notable -declaró el médico-, porque les aseguro que uno no tiene todos los días la ocasión de examinar un ca-1,1 cláver ahogado en vino. Tenía algo alrededor del cuello --creo que era una toalla-, y estaba también empapada de esta bebida.» Este es solamente un hecho de un largo informe que aporta datos suficientes como para sospechar de un asesinato. Lo más curioso es que los detalles proporcionados por Bartráster no fueron dados a conocer hasta muchos años después de la muerte del artista, fomentando durante ese tiempo la imagen de Hendrix como la de un yoriquí que murió ahogado en su propio vóniito.

Pero ¿por qué matar a alguien como Hendrix? El FBI vigilaba estrechamente todos los movimientos del artista y veía con seria preocupación como sus posturas políticas y sus manifestaciones públicas se í-

iban radicalizando cada vez más, acercándose a los sectores más revolucionarios del movimiento por los derechos civiles, en especial a los Panteras Negras. Esta actitud se hacía también patente en sus declaraciones, como en una entrevista concedida en Suecia al periódico Gotesborgs-Tídnigen: «En Estados Unidos tienes que elegir de qué lado es~

tás. Puedes ser un rebelde o puedes ser como Frank Sinatra»'. Para las mentes de los responsables de COINTELPRO esta postura equivalía, a una declaración de guerra por parte de alguien que, como los ya si

enciados Martin Luther King o Malcom X, ejercía un fuerte liderazgo sobre la comunidad negra norteamericana.

Morrison

El cuerpo sin vida del líder de los Doors, el cantante y poeta Jirri Í

i Morrison, fue encontrado por su esposa Pamela Courson en la bañera de su piso de París a primeras horas de la mañana del 3 de julio de

1971. Al contrario de lo sucedido con Hendrix, la mayoría de sus compañeros reconocieron no sentirse especialmente sorprendidos por esta

'Tony Brown, *Hendrix, the final days*, Rogan House, Londres, 1997.

muerte. Durante meses le habían visto capitular lentamente, vencido por la desesperación en que le tenía sumido una intensa depresión y una creciente paranoia que le hacía desconfiar de todo y de todos. Como en el caso de Hendrix, Morrison ocupaba una innegable posición de liderazgo en el ámbito de la nueva izquierda, era el poeta más talentoso e inasequible que necesitan todas las revoluciones y por ello COINTELPRO llevaba acosándole desde hacía tiempo.

El doctor Max Vasilie, el forense que procedió al levantamiento del cadáver, puso en el certificado de defunción como causa del deceso: «Muerte natural debida a un fallo cardíaco». Sin embargo, una vez más, la prensa achacó la muerte a una presunta sobredosis, cuando era de sobra conocido que Morrison, espantado por la muerte de Janis Joplin, había renegado de las drogas y meditaba seriamente sobre la posibilidad de cambiar de vida. Morrison pudo ser una víctima de la Operación Caos o no, eso posiblemente nunca lo sepamos, pero lo más extraño de su caso comienza justo tras el funeral. Con la muerte de Jim Morrison sucede algo parecido a lo que ocurriría años después con Elvis Presley. No tardaron en surgir diversas voces que afirmaban que Morrison estaba realmente vivo. La leyenda urbana que comenzó a extenderse como un reguero de pólvora por todo el mundo sostenía que el artista había decidido fingir su muerte harto ya de las presiones y servidumbres de la vida de una estrella del rock, y que ahora llevaba una existencia anónima en Francia, dedicado a pasear por el campo y a escribir poesía. Todo esto no pasaría de ser un desvarío de los periódicos de no ser porque parece que la leyenda fue difundida y mantenida por los propios servicios de inteligencia estadounidenses, que durante años han tenido a un agente suplantando la identidad de Morrison, manteniendo activo su pasaporte y varias cuentas bancarias a su nombre y -para añadir un toque de surrealismo al asunto- incluso escribiendo un libro firmado por el difunto ". ¿Cuál es la razón de tan extraña puesta en escena? Para explicar esta rocambolesca actitud de los servicios de inteligencia estadounidenses se han aportado teorías tan disparatadas como la propia historia de la supervivencia de

Bob Seyrnore, *The End: The death of Morrison*, Omnibus Press, Londres, 1991. Jim Morrison, *The Beat Generation*, Zeppehn Publishing Corp., 1975.

Morrison, que, por cierto, resultaría una cortina de humo perfecta para alejar a las mentes más inquisitivas de la posibilidad de que el cantante hubiera sido víctima de un asesinato.

Mientras, Caos seguía su curso. La cantante folk Joan Baez, una de las más activas opositoras a la participación norteamericana en Vietnam, fue el siguiente objetivo de la operación pero, a diferencia de sus compañeros menos afortunados, tras algunas amenazas fue rápidamente dejada en

paz por los sicarios de los servicios secretos estadounidenses. Tal vez esta deferencia se debiera a la intervención de su padre, el científico Albert Baez, implicado en todo tipo de investigaciones secretas para el Gobierno, tanto en el laboratorio nacional de Los Álamos como en la Universidad de Cornell. Otro que tuvo la oportunidad de replantearse su vida fue Bob Dylan, quien decidió abandonar cualquier tipo de activismo político después de un accidente de motocicleta que estuvo a punto de costarle la vida. Más curioso fue el caso de su compañero Phil Ochs. El más radical de los cantautores estadounidenses terminó desarrollando un grave caso de esquizofrenia en el que su otra personalidad era la de John Train, un agente de la CIA cuya misión era ni más ni menos que matar al propio Ochs. Y el caso es que John Train cumplió finalmente su misión... El 9 de abril de 1976 el cadáver de Phil Ochs fue encontrado ahorcado, sin signos que evidenciaran otra cosa que un suicidio.

El reino de la paranoia

Apenas unas semanas después de la muerte de Ochs, se publicaba *El control de*

Candyjones , un libro en el que se analizaba el caso de una víctima de los experimentos de control mental de la CIA. El caso es

que la sintomatología de la modelo Candyjones encajaba a la perfección con la de Ochs, incluida la aparición de un pintoresco episodio de doble personalidad. Un sofisticado lavado de cerebro, que incluía la aplicación combinada de diversas drogas e hipnosis, había conseguido implantar en su mente una segunda identidad, la de una nazi fanática dispuesta a llevar a cabo cualquier tarea que le fuera asignada por sus

12 Donald Bain, *The control of Candyjones*, Playboy Press, Chicago, 1976.

superiores. Candyjones trabajó sin saberlo como agente de la CIA durante doce años. Su orden poshipnótica final era suicidarse, hecho que fue felizmente impedido in extremis gracias a la oportuna intervención de su marido. En su momento, el contido de Candyjones se convirtió en un éxito de ventas. Sin embargo, no todas las obras en las que se hablaba de presuntos asesinos programados tuvieron igual suerte.

Sal Mineo, actor que alcanzó la fama con su interpretación junto a James Dean en la película *Rebelde sin causa* fue apuñalado hasta la muerte el 12 de febrero de 1976. Lo curioso de este caso es que Mineo también había comenzado a desarrollar un cierto grado de paranoia, sintiéndose vigilado y perseguido. Hacia poco tiempo que se había embarcado en un proyecto cinematográfico en el que interpretaría en el cine a Sirlian Sirlían, el presunto asesino de Robert Kennedy. La película trataría sobre la conspiración para asesinar al candidato a la presidencia, así como el proceso de control mental al que habría sido sometido Sirlían para cargar con todas las culpas.

Es posible que algo similar le sucediera también a Mark David Chapman, el asesino de John Lennon. Como Sirhan, alegó enajenación mental como causa de su actuación criminal. Lo que nadie mencionó durante el juicio es que, a los 19 años de edad, el joven Chapman había sido huésped de un campamento de enterramiento que en aquella época mantenía la CIA en Beirut, sin que hasta el momento haya trascendido el tipo de instrucción o adoctrinamiento al que se le sometió.

lógico. Otro hecho poco conocido con relación a este futuro asesino Chapman es que parecía haber sido un tipo corriente hasta que fue sometido a un tratamiento psiquiátrico para su modificación del comportamiento.

portaniento» en el hospital Casde de Hawai. la terapia a la que fue sometido incluía el uso de un combinado de torazina e hipnosis, la receta favorita de la CIA para sus agentes programados.

Dentro de la Operación Caos habría existido un subproyecto es-

« A quienes pongan los comprensibles reparos de incredulidad ante estos hechos, más propios de una película de James Bond que de la vida real, cabe recordarles que en su momento fueron investigados por una comisión parlamentaria presidida por el senador Edward Kennedy, que acabó certificando la veracidad de los mismos y cerisurando duramente a la CIA por llevar a cabo estas prácticas inhumanas. Véase el capítulo X de este libro, pág. 176. " Fenton Bresler, *Who killed John Lennon?*, St. Martin's Press, Nueva York, 1989.

pecífico para acabar con Lennon cuyo nombre en clave era «Operación Morsa». Los analistas de la central de inteligencia tenían muy claro que lo que estaba en juego con Lennon era la identidad histórica e ideológica de la contracultura. Por ello, los responsables de Caos no

se conformaron sólo con la muerte del cantante, sino que, además, llevaron a cabo una intensa campaña de descrédito destinada a acabar a título póstumo con su imagen pública, con su recuerdo. Fruto de esta campaña fueron algunos libros difamantes que, a pesar de la repercusión que se les quiso dar en los medios de comunicación conservadores, resultaron un sonoro fracaso a nivel de ventas.

Caos en Jamaica

En el Caribe, los ídolos de la música tampoco estaban seguros. La pobreza y la caótica y violenta situación política del país habían con-

vertido a las estrellas del reggae en los únicos portavoces que tenía una población que se sentía cada vez más ignorada por sus gobernantes. Las

elecciones en 1972 dieron el poder al PNP y su máximo dirigente, Michael Manley, prometió un régimen de crecimiento económico.

Su política, definida como «socialismo democrático», y su abierta amis-

tad con el presidente cubano Fidel Castro polarizaron, sin embargo, a

la población de forma extrema y alarmaron profundamente a los norteamericanos, que consideraron seriamente la posibilidad de que se produjera una revolución comunista en la isla. En 1975 Henry Kissinger, durante una visita oficial, aseguró en un encuentro privado con el primer ministro jamaicano «que no existiría ningún intento de rea-

lizar operaciones encubiertas en contra del Gobierno de Jamaica». A la vez en contra del Gobierno no, pero los líderes de opinión eran otros

cantar, nunca mejor dicho. Portavoces populares de la oposición al Gobierno y líderes indiscutibles del movimiento rastafarí, con un enorme

peso en la isla, fueron Bob Marley y Peter Tosh. Peter Tosh, nacido el 9 de octubre de 1944, hijo de un predicador, trascendió sus humildes

orígenes para convertirse, como Bob Marley, en un agitador tremendamente influyente en pro de los derechos civiles. El primero murió de cáncer, aunque son muchos los que sospechan que esa enfermedad bien pudo ser provocada por agentes extranjeros, ya que había sufrido un atentado con anterioridad. En cuanto a Tosh, un escuadrón

de la muerte formado por tres asesinos profesionales se presentó en su casa y fusilaron sin contemplaciones a todos los presentes.

Pero el reggae no es la única música negra que ha padecido el asesinato

Político de sus principales representantes. En la actualidad, el rap, al asuntar en sus letras y ritmos la épica urbana de la violencia cotidiana (crimen, droga, cárcel, represión), el sexo explícito y la pornografía dura, las posturas políticas de extrema izquierda y la justificación de la lucha armada

contra el orden establecido, en consonancia con las tesis más duras de Malcolm X y los Panteras Negras, ha sido atacado con inusitada agresividad por los sectores más conservadores de Estados Unidos, convirtiéndose

en una nueva música «peligrosa» para la estabilidad social del país. Las letras del rap estaban convirtiéndose en un factor de cohesión y conciencia política dentro de los sectores más beligerantes de la comunidad afroamericana. Así estaban las cosas cuando, precisamente, los más lenguaraces e insumisos de estos nuevos trovadores del ghetto comenzaron

a caer acribillados a balazos por toda América. Una densa cortina de humo cubre todo lo relacionado con el asesinato del rapero Tupac Shakur, tiroteado en un semáforo de Las Vegas el 7 de septiembre de 1996. Seis meses después sufla la misma suerte otra estrella del hip hop, The Notorious B.I.G. La situación de abierta persecución ha llegado a tal extremo

que, recientemente, una conocida casa de juego online, a través de Internet, apuestas sobre la fecha en que será asesinado Puff Daddy, que se ha convertido en el heredero musical de los dos fallecidos.

Conclusión

No han sido los últimos casos de muertes poco claras entre músicos

de gran popularidad. Los más que extraños suicidios de David Hutchance, líder del grupo INXS y activista en movimientos como

Greenpeace y Amnistía Internacional, o de Kurt Cobain, alma del grupo Nirvana, y potencialmente una figura de la talla de Morrison o Lennon, nos hacen sospechar que la Operación Caos podría gozar en

nuestros días de un magnífico estado de salud.

CAPÍTULO XVII ¿FUE REALMENTE EL ACEITE? La gran mentira del síndrome tóxico

El síndrome tóxico que a principios de los ochenta llenó de espanto

no pudo ser causado por el aceite de colza a los consumidores españoles por

razones. A pesar de que existían dudas razonables respecto a la culpabilidad del aceite como agente de la mortal intoxicación, la Administración se em-

peñó tercamente en mantener esta tesis como «versión oficial, de los hechos.

El profesor Luis Frontela logró reproducir, en su laboratorio de la cátedra de Medicina legal de la Universidad de Sevilla, los síntomas del sín-

drome tóxico alimentando ratas y conejillos de Indias con hortalizas que previamente habían sido tratadas con plaguicidas.

a Existe un intrigante paralelismo entre los efectos de determinadas armas químicas y los efectos del síndrome tóxico.

El síndrome tóxico que a principios de los ochenta llenó de espanto a los consumidores españoles pudo no ser causado por el aceite de colza. Esto es

lo que sostienen desde hace años un valiente grupo de médicos, periodistas y abogados, que han investigado este drama y han llegado a la conclusión

de que la causa de la intoxicación fue debida a la mala utilización de pesticidas organofosforados que se utilizaron en una plantación de tomates en Almería.

Sin dar a los españoles apenas tregua para reponerse del susto de la intentona golpista del 23 de febrero, la primavera de 1981 trajo con-

sigo la aparición de una misteriosa epidemia que al principio fue bautizada como «neumonía atípica». Todo comenzó en la localidad madrileña de Torrejón de Ardoz el 1 de mayo de 1981, al morir por insuficiencia pulmonar aguda el niño de ocho años Carlos Vaquero.

Posteriormente, se sabe de los ocho miembros de su familia contraerían la extraña enfermedad.

En aquellos primeros momentos nadie sabía bien de qué se trata-

ba y comenzó a cundir la alarma en amplios sectores de la población. Los teléfonos de atención al ciudadano se bloquearon, mientras decenas de miles de personas abarrotaban las salas de urgencias acudiendo a los hospitales al más mínimo síntoma. Hasta tal punto llegó la psicosis que diversos especialistas protestaron en su momento contra lo que parecía una actitud irresponsable del Gobierno alarmando injustificadamente a la población: «En los últimos días, con motivo de un ligero au-

mento en la incidencia de casos de neumonía atípica, especialmente grave en determinados pacientes, se ha producido lo que se puede llamar una intoxicación informativa protagonizada por el secretario de Estado para la Sanidad, doctor Sánchez Harguindey. Quizá la locuacidad informativa tenga un objeto positivo para la población del área de Madrid, pero creemos que el señor Sánchez Harguindey no ha valorado la faceta negativa, es decir, la creación de una situación de terror y psicosis de neumonía atípica, que repercute involuntariamente de modo negativo sobre el estado de ánimo de la población».

Pero por desgracia la intoxicación no fue solamente informativa... En aquel momento tan sólo había 60 casos demostrados y las víctimas mortales ascendían a media docena. Hoy, más de 60.000 afectados y

una cifra de fallecidos superior al millar dan testimonio de lo que fue la mayor tragedia sanitaria española de los últimos cincuenta años.

Se barajaron diversas hipótesis para explicar la extraña epidemia que poco a poco fue extendiendo su manto por diversos puntos de la geografía española. Finalmente se dictaminó que no se trataba de una enfermedad propiamente dicha sino de una intoxicación debida a la ingestión de aceite de colza desnaturalizado de uso industrial vendido por un grupo de desaprensivos como si de aceite de oliva se tratara. Había nacido el síndrome tóxico. No obstante, analizada desde un

punto de vista estrictamente científico, la hipótesis del aceite de colza desnaturalizado tenía múltiples puntos oscuros: «Todos estos compuestos químicos no pueden ser los causantes de tantas muertes en

'Doctor A. Peralta Serrano, «La neumonía atípica», Ya, 12 de mayo de 1981.

las cantidades que, suponemos, han sido ingeridos. Hay que tener en

cuenta que el aceite de colza se desnaturaliza añadiendo sólo un 2% de amilina, que en el proceso de refinado (lavado con ácidos) se elimina toda o su mayor parte y que muchos de los compuestos dados a co-

tancia, sino a su mal uso por parte de los agricultores dado que el envase se advierte sobre su toxicidad y sobre los tiempos lúrrúte de su utilización.

U hipótesis del pesticida

El doctor Frontela no fue el único en apuntar hacia un insectici-

da como probable causa de la enfermedad. Antes que él, y de manerma

completamente independiente, el doctor Antonio Muro Fernández Cavada había realizado investigaciones que apuntaban en el mismo

sentido, unas investigaciones que le valieron su cese como director del . hospital del Rey de Madrid. El doctor Muro no sólo afirmaba haber dado con el principio activo causante de la intoxicación, sino que, ade~ más, creía haber dado con el pesticida concreto: «El Namacur, com

cializado en muchos países, incluido España, es un insecticida clasifi:: do por la propia Administración en el grupo C (gran toxicidad). El insecticida es muy caro y eficaz. Hace sólo unos años se puso a la ven-

ta en España, coincidiendo en el tiempo con la aparición de la enfer~ medad. Está indicado en la lucha contra los insectos y los nernatodos del suelo, y sus instrucciones advierten que debe ser utilizado meses antes

de cultivar la tierra. El Namacur es de venta libre, aunque tiendas especializadas en las que se comercializan estos productos están obli~ gadaus

5 a llevar un libro oficial del movimiento de ventas del insecticida» ‘.

Para llegar a esta conclusión el doctor Muro había realizado un

exhaustivo trabajo de investigación: «Rodeado de un estrecho grupo de colaboradores, Muro se lanzó a investigar por su cuenta. Entrevis-

tó personalmente a más de 4.000 afectados por la enfermedad, viajó de una a otra punta del país y, seis meses después, tenía elaborado el ma a

de la erif@rmedad en todo el territorio estatal. De esta manera, el me-

dico heterodoxo y su equipo lograban obtener un primer descubrirruento: gran parte de los afectados por el llamado “síndrome tóxico” no habían consurruido aceite de colza desnaturalizado y, por el con-

‘ Gustavo Catalán, «Cada vez más científicos afirman que el síndrome tó3áco no fue cau-

sado por el aceite de colza», Diario 16, 3 de diciembre de 1984,

1 1 1 1 mi trarlo, todos ellos ncluían en su dieta alimenticia una deter ‘nada variedad de tomate que sólo se cultiva en escasas zonas del Estado español. Con estos datos, el doctor Muro se dedica a visitar mercados, se

entrevista con asentadores de frutas y verduras, con transportistas e in-

termediarios y semanas más tarde consigue averiguar que el tomate sospechoso procede de una huerta de la localidad almeriense de Roquetas de Mar»6. Se trataba de una partida de unos 80.000 kilos de tomate de la variedad Lucy que fueron destinados al mercado interno

debido a su escasa calidad, inapropiada para la exportación. Aquellos to-

mates se comercializaron justo en las zonas de incidencia del síndrome. No pasó mucho tiempo antes de que el agricultor presuntamente responsable fuera localizado: «Informes confidenciales de los servicios secretos, a los que ha tenido acceso Cambio 16, señalan que F. M., el agricultor de Roquetas de Mar, empleó Namacur -varios bidones de cinco litros de Namacur en su versión líquida, es decir, la más tóxica- Para externunar una plaga de fusarlo -un hongo que afecta a las raíces- que estaba a punto de arruinar su cosecha de tomates. “Fue una mala cosecha - cuenta E M. a Cambio 16, confirmando los datos en poder de los servicios de inteligencia-. En un invernadero de dos hectáreas sólo logré salvar ochenta y un mil kilos de tomates, de la variedad Lucy, que vendí entre doce y dos pesetas el kilo y que se destinaron en su integridad al mercado nacional"»’.

El periodista Alfons Serra aportaba nuevos argumentos para identificar estos tomates como los causantes de la tragedia: «Además, hay ra-

zones más que fundamentadas para sospechar de los tomates como los portadores

del agente asesino. Por ejemplo, si uno de esos tomates tóxicos llegó mezclado con otros sanos, lo típico es que fuera troceado para ensalada y, lógicamente, afectara a uno, dos o tres miembros de una misma familia; es decir, los que por azar consurrúcran los trozos venenosos. En ocasiones se encontró a un solo firnidriar afectado, del que solía decirse que era aficionado a comerse un tomate entero con sal, para merienda, corno si fuera una fruta. Y cuando en una familia nu-

‘ «Según nuevas investigaciones científicas un producto Bayer envenenó a España», Cambio 16,17 de diciembre de 1984.

Ibid.

merosa se hallaba el 100% de afectados, caso raro, indefectible descubrimos que el consumo de guisos de tomate o la salsa de éste habitual en ellos. Es así, sencillamente, como se explica la distribución de todo o nada, observada intrafamiliar o intravecinamente en el síndrome tóxico, sin necesidad de inventarse las indemostrables y cap chosas inmunidades de los culpables del supuesto aceite asesino.»

Mientras que los estudios de los doct ores Muro y Frontela obtie resultados palpables, los intentos de reproducir en animales de laboratorio los efectos del síndrome empleando el aceite presuntamente tóxico parecían haber llegado a un punto muerto. En la Fundación Jé Díaz se adriministró a las cobayas el aceite de todas las formas mla .-frito, crudo, inyectado, en ensalada...- sin que se obtuviera otro to visible que el engorde de los animales. Ni siquiera la Organizaci5 Mundial de la Salud, que enútió un informe de 96 páginas sobre el te se atrevía a pronunciarse sin reservas sobre el aceite de colza. Pero una de las aportaciones más interesantes en su momento la realizase médico militar Luis Sánchez Monje, experto en guerra química y b teriológica, que en un informe reservado hecho llegar a las autoridades sanitarias del país aseguraba la coincidencia entre los efectos del «sín me tóXI'co» descubiertos en los afectados y determinadas fases de la rra química, donde suelen emplearse compuestos fosforados en estado seoso. En uno y otro caso el cuadro clínico era sirnilar: insuficien respiratorias graves con disnea y tos, náuseas y vómitos, dolores lares, dolores de cabeza, diarrea y exantema pruriginoso.

Por su parte, Bayer, empresa fabricante del producto, aportaba ante medios de comurucación argumentos con los que se pretendía de trar que era prácticamente imposible que el Namacur fuera respo del envenenamiento, aduciendo que algunos síntomas no se corres

dían con los que presentaría una intoxicación de este producto y niendo de manifiesto que, estando éste durante largo tiempo presente, varios mercados mundiales, jamás había sucedido nada parecido’.

En cualquier caso, no habría sido la primera vez que produe pretendidamente inocuos provocaban una catástrofe sanitaria. No

‘En ningún momento la empresa Bayer fue enjuiciada por estos hechos y ninguna oficial la relacionó con el síndrome tóxico.

niás que recordar el caso de la talidorruida, fármaco que produce malformaciones fetales graves si es adnirustrado durante el embarazo. Introducida en 1957, la talidomída era un hipnótico o sedante no barbitúrico que, según se pensaba por aquel entonces, era muy seguro, incluso en caso de producirse una sobredosis. Esta presunta inocuidad fue decisiva en la tragedia que vendría después, ya que fue comercializado como fármaco que podía ser empleado sin peligro durante el embarazo y cuyo uso era recomendado en este período. En 1961 se produjeron varios casos simultáneos en Australia y Alemania de bebés recién nacidos que presentaban focomella, una malformación muy rara. La palabra deriva del térrMino griego para describir las extrermdades de las focas y consiste en una deformidad en la que los brazos y las piernas carecen de huesos largos. Los doctores Klaus Knapp y Widukind Lenz descubrieron que la causa de estas defórnuidades era la talid ortuida que las madres de estos niños habían tomado durante los primeros meses de embarazo. Su trabajo fue muy similar al que años después realizaría el doctor Muro con los tomates: «Decidirnos acometer la búsqueda, sin saber de qué. “Perdimos” varios días en la confección de un extensísinio cuestionarlo. ¿Facilidades? Ninguna. ¿Coche? El mío, la bicicleta de Lenz hubiese sido poco práctica. Siete visitas ya y ningún resultado positivo. Dificultades: ¿Cómo entra uno en la casa sí no se sabe si vive el ruño? Y entonces, bajo la lluvia de Hamburgo, Lenz y yo toman-los la decisión más importante. Había surgido algo nuevo: un padre había nombrado un medicamento, era psicólogo y estaba convencido de que “en EE UU habían prohibido su venta por producir alteraciones neurológicas”. ¿Podría ser cierta esa sospecha? En ningún caso hasta entonces habían nombrado ese medicamento. Lo decidimos sin

discusión: «vamos a empezar».

Más tarde, los experimentos en animales confirmaron la causa del mal. El fármaco había sido comercializado con todas las garantías preceptivas. Sin embargo, no se realizaron experimentos en mujeres durante el período de gestación porque hasta entonces se pensaba que estos experimentos no eran necesarios.

«Cómo descubrí la talidomida», Cambio 16, 4 de febrero de 1985.

Guerra química

Hemos mencionado que un experto en guerra química, el doctor Sánchez Monje, había establecido un curioso paralelismo entre el uso de estas armas de este tipo y los efectos del síndrome tóxico. Es probable que no habría pasado de una simple curiosidad de no ser por algo que apenas dejó caer en un reportaje el periodista Pafael Cid, que fue

de los informadores que siguió durante más tiempo y con más dedicación el tema del síndrome tóxico. En principio estaba plenamente convencido de la veracidad de la tesis oficial sobre el aceite de colza. Es más, incluso estaba plenamente convencido de que las tesis que apuntaban hacia los pesticidas organofosforados eran una mera niebla de intoxicación elaborada por parte de los empresarios agrícolas que, de esta manera, buscaban escurrir el bulto de su responsabilidad ante los tribunales. Sin embargo, según fue indagando en el caso y obteniendo información de primera mano fue cambiando de opinión y dándose cuenta de la inconsistencia de la teoría del aceite. Estas investigaciones están magistralmente resumidas en un reportaje publicado en su momento por la revista Cambio 16 bajo el título «Yo investigué el síndrome tóxico». En dicho trabajo, entre muchas otras revelaciones, existe un párrafo que aporta un enfoque inédito al asunto: «También el Centro Superior de Información de la Defensa (CESID), que había realizado su propia investigación con ayuda de expertos de diferentes ramas, dio carpetazo al asunto. Hoy el resumen de ese informe de los servicios secretos militares duerme el sueño de los justos en los archivos de la nueva sede de los servicios en la calle, cerca de La Coruña. En las conclusiones del CESID, apenas una

doce páginas de folios, se descarta prácticamente la intoxicación por el aceite se sugieren otras causas, por ejemplo, que se hubiera tratado de un ensayo de guerra química»

¿Realmente era posible algo así? Durante un tiempo se manejó hipótesis de que el síndrome hubiera tenido su origen en un accidente, un ensayo con armamento químico, algo no del todo carente de fundamento: «Según un artículo publicado en El País, en 1979 el sarín

investigado por Pafael Cid, «Yo investigué el síndrome tóxico», Cambio 16, 6 de abril de 1987.

El soldado Marcelo Pérez destinado en la base estadounidense murió re-

centamente de una enfermedad que presentaba los mismos síntomas que los del síndrome tóxico. En aquellos años también murieron algunos soldados americanos. Dado que las primeras víctimas se produjeron en Torrejón, en los periódicos se especulaba con algún accidente

relacionado con una arma química o biológica. En lo concerniente a las armas químicas, el ejército estadounidense estaba y está en posesión de gases como el Tabún o el Soman (algunas patentes pertenecen a Bayer), que en cantidades ínfimas pueden intoxicar a miles de personas en

pocas horas. Precisamente estos gases se elaboran a base de sustancias organofosforadas, y según la bibliografía científica, los síntomas y efectos letales que producen se asemejan mucho a los del síndrome tóxico».

Aunque en principio pueda parecer una hipótesis descabellada, la semejanza de los gases tóxicos militares con los pesticidas organofosforados hizo que el ya citado doctor Sánchez Monje fuera uno de los pocos médicos que tuvo resultados positivos en el tratamiento de los afectados, algo debido sin duda a su familiaridad como médico militar con los efectos de estas sustancias.

Todo lo citado hasta el momento fue denunciado puntualmente por el periodista e investigador Andreas Faber-Kaiser en su libro Pacto de silencio

12 lencio, obra maestra del periodismo de investigación español en la que se repasaban puntualmente todos y cada uno de los puntos oscuros de la versión oficial del síndrome tóxico. Este libro fue curiosamente mencionado durante la lectura de la sentencia del juicio de la colza, afirmando que había sido patrocinado por los abogados de la defensa. Indignado, Andreas Faber-Kaiser expresó ante los medios de

...negocios de la industria química... expresos... los medios de comunicación su intención de presentar una querrela contra el tribunal, un propósito que fue frustrado por su fallecimiento. Lejos de quedarse en la superficie, el periodista había profundizado en busca de una explicación al evidente desinterés de las autoridades por las explicaciones alternativas: «Aporto es-

tas consideraciones porque se observa -cuando se analiza todo este

Equipo de análisis ecológicos, «Aceite, la solución más ligera», Integral, noviembre de 1988. Andreas Faber-Kaiser, Pacto de silencio, Compañía General de las Letras, Barcelona, mar-

zo de 1988.

asunto en detalle que el pacto de silencio que aquí salta a la vista, sólo'7.

1

puede justificarse por la extrema gravedad de lo realmente ocurrido. Par;- ' @l ello conviene recordar que los organofosforados se hallan en la base dc\$, @ moderno armamento químico como también conviene recordar P011. que se estaba demorando el acuerdo de desarme químico entre Estad* Unidos y la Unión Soviética: la creación del arma química binaria hac* imposible cualquier tipo de control internacional, debido a que su p~, ducción puede ser organizada secretamente incorporándola en cualquier,,, -, empresa química privada. Implica la experimentación con nuevos tip4, de agentes químicos en la 'industria de herbicidas, entre otras, e: >ástien la posibilidad de evitar las 'inspecciones en las unidades y empresas pertenecan a sociedades privadas o multinacionales. Es importan por tanto que al enjuiciar lo sucedido en España con el síndrome tóxicwí'1` co, se tenga presente que la 'industria química privada multinacional ofili ce la única posibilidad de ensayo impune en el supuesto de un acuer&, internacional de suspensión de la experimentación y almacenamiento 4,1 armamento químico»
4.1

1,

Silencio de Estado

Rafael Cid, Andreas Faber-Kaiser, los doctores Muro y Frontela..11,1

1 Todos ellos y muchos más habían puesto de manifiesto la inconsisten- J cia de la versión oficial que, sin embargo, continuaba inquebrantabl@ contra el viento y la marea del sentido común y el método científico@ Como escribió en su momento el propio Rafael Cid: «El episodio doy, Síndrome del Aceite Tóxico (SAT) es uno de esos temas que demuv@--@", tran la impotencia de los medios de comunicación. A pesar de las to,-4 neladas de papel, chorros de tinta y riadas de comentarios y opinione*, ' verdidas, la huella en la opinión pública es de incredulidad. Falta algo:@ Lo que se sabe no explica todo. Como en el intento del golpe de es-, tado del 23 de febrero de 1981 o, por poner un ejemplo exterior, el ase-, lí'@ sinato del presidente norteamericano John E Kennedy. En los tres ca~

Andreas Faber-Kaiser, «La ocultación de la verdadera causa del Síndrome Tóxico impl~ dió la curación de miles de españoles», artículo que puede leerse en la web <http://www.wper-i-sonal3.iddeo.es/aá> en memoria del desaparecido periodista dirigida por su hijo, Sergi Faber.

...sos faltan respuestas (y además lo parece). Quizá porque en todos ellos la expresión "razón de Estado" está por medio» 14 . El propio Rafael Cid pudo comprobar cómo algo de extraordinaria gravedad tenía que estar sucediendo para hacer que personajes como el científico de la Or-

lón Mundial de la Salud GastonVetorazzi llegase al extremo de ganizací desmentir declaraciones -grabadas en cinta magnetofónica- en las que ratificaba la imposibilidad de que el aceite fuera la causa real del síndrome tóxico. En esa entrevista, el que en aquella época era máximo responsable del departamento de pesticidas de la Organización Mundial de la Salud (OMS), considera que la investigación oficial sobre el síndrome tóxico llevada a cabo en España en los tres últimos años no ofrece suficientes garantías para asegurar que el origen de la epiderrila fuera el aceite de colza adulterado. Respecto al informe sobre el síndrome tóxico patrocinado por la Organización Mundial de la Salud, Vetorazzi afirma: «Esos trabajos sólo representan la opinión de un grupo de expertos que fueron invitados por la OMS a discutir el problema. No hay que tomarlo muy a rajatabla. Yo, personalmente, me siento feliz de que M1 nombre no figure en ese dossier publicado por nuestra oficina regional. Cuando inicié su estudio y encontré que en la página diez se decía que la búsqueda de agentes tóxicos en el aceite había resultado en gran parte vana, abandoné la lectura. Ese informe no tiene más valor que una charla

parte vana, abandone la lectura. Ese informe no tiene más valor que una chana cualquiera» . Más adelante exponía su opinión autorizada como uno de los más prorrúinentes toxicólogos del mundo, respecto a la imposibilidad de que el aceite incautado pudiera ser responsable de la sintomatología que presentaban los enfermos. Unas valientes declaraciones de las que tardaría apenas una semana en retractarse, na~ die sabe por qué razón.

Por su parte, la revista Cambio 16, el medio de comunicación que había publicado esta entrevista y el que con más decisión había defendido la tesis del pesticida, sufrió una demanda por parte de la multinacional Bayer que acabó resolviéndose extrajudicialmente mediante un acuerdo según el cual la publicación se comprometía a publicar una rectificación.

‘ Gudrun Greunke y Jörg Heimbrecht, El montaje del síndrome tóxico, Obelisco, Barcelona,

1988.

‘ «No hay datos para asegurar que el aceite de colza provocó el síndrome tóxico», Cambio 16, 11 de febrero de 1985.

¿Qué hacía el Gobierno r mientras tanto? Los periodistas aleman, Gudrun Greunke y Jörg Heimbrecht sostienen que las autoridades drían haber formado parte del encubrirru, ento: «Con todo, existen chos indicios de que el gobierno español conocía la verdadera causa

síndrome tóxico, al menos algunas semanas después de haber proc mado la teoría del aceite o incluso antes de pronunciarla; pero esto

ocultado hasta ahora a la opirnión pública. Políticos y altos cargos t mían reconocer su error y perder credibilidad. Tampoco pensaban fuera oportuno iniciar un proceso contra los verdaderos responsab1 No lo pensaba el gobierno de entonces, ni lo piensa el actual; así se

cidió que la hipótesis del aceite era la única correcta. Otras insti ciones, como la OMS, se atuvieron a ella.»

En realidad estaba en juego mucho más que el prestigio de los p ticos o enfrentarse contra empresas que generan núles de puestos de bajo en nuestro país. Por aquellos días estábamos en las fases finales proceso de integración de España en la Comunidad Econórruica E pea. Un escándalo de tal calibre, relacionado con nuestra producció agropecuaria, habría tenido repercusiones muy negativas sobre este p ceso, aparte de suponer un desastre para nuestras exportaciones agric las, eso si no se producía un embargo sobre nuestras hortalizas. En c bio, si todo se reducía a un grupo de desaprensivos traficando con acei

industrial que ni siquiera había sido producido en España, el prestigio los productos alimenticios españoles quedaba intacto. Razón de Es

El prestigio que no había quedado ni mucho menos intacto era del doctor Muro. Olvidado y enfermo, fallecía en Madrid con la gura en el alma de no haber sido escuchado por las autoridades consciente de que esa sordera oficial no había sido en modo alguno ac, cidental. La última entrevista que concedió este científico, apenas 4 horas antes de su fallecirruento, es un documento especialmente presionante. La realizó el periodista Máximo Fernández y fue emi da en su momento por Radiocadena Española. En ella, con espec* amargura, denuncia a la revista Lancet, una de las publicaciones médi cas más prestigiosas del mundo, que solamente publicó artículos qu encausaban al aceite, negándose inexplicablemente a reproducir otros trabajos de igual o mayor peso científico que apuntaban hacia otras hi-@. pótesis, respaldándolas con experimentos. Además, el doctor Muro

afirmaba que apenas unos días antes había comprado un saco de Neinacur en un mercado de Barcelona, a pesar de que el entonces rm-

ni nistro de Sa ‘dad Ernest Lluch había declarado públicamente que este pesticida había sido retirado por su alta toxicidad, recalcando, eso sí, que este producto no tenía relación alguna con el síndrome. Pero quizá lo que más a las claras nos pone de manifiesto el estado de ánimo del doctor Muro en sus últimos días sea la frase con la que se cerraba esta entrevista, refiriéndose a las investigaciones del doctor Frontela: «sí; supongo que faltará muy poco para que empiecen a decir los medios de comunicación -lo que pasa siempre- que Frontela también está loco como yo, y que hay que echarle como a mí. Porque es la solución que tienen con los disidentes. No hace falta irse a Rusia para decir que a los disidentes los mandan al psiquiátrico» `.

Juicio en la Casa de Campo

El 30 de marzo de 1987 corruenza eljuicio de la colza en un marco tan poco habitual como la madrileña Casa de Campo. El número de encausados, de abogados, de testigos y de afectados que querían presenciar las vistas imponía abandonar las habituales sedes judiciales y trasladarse a los antiguos recintos feriales en busca de un marco que permitiera albergar un proceso cuyas ciftas resultaban inéditas en la historiajurídica española. El sumarlo se desarrollaba a lo largo de 250.000 follos repartidos en 662 tomos. El número de víctimas ascendía a

25.000, de las cuales 650 habían muerto. Estaba previsto que compareciesen ante la sala no menos de 2.500 testigos que serían interrogados por 38 abogados defensores y otros tantos de la acusación. Eso sin contar los 208 peritos españoles y 42 extranjeros que intentarían arrojar algo de luz sobre el asunto.Y vaya si hacía falta que alguien arrojase algo de luz. Seis años después del inicio de la tragedia nadie podía afirmar con absoluta seguridad y con una demostración científica en la mano que el aceite fuera el responsable de la masiva intoxicación. El gobierno socialista, por su parte, se muestra tremendamente incómodo

Entrevista recogida en Andreas Faber-Kaiser, op- cit.

ante esta desagradable herencia recibida de sus antecesores: «Por no say ber, no sabe mi el presidente del Gobierno, quien a un requerirmientw notarial de la Asociación de Afectados por el Síndrome Tóxico Fuenlabrada (Madrid). responde: “Todos los datos que la administracióxi sanitaria y la comiisión de seguimiento del síndrome han ido reco,-

giendo de las innumerables comisiones y estudios epideniilógiicc’ realizados en España y en los más prestigiosos centros e investigaci X’ del mundo están en manos del tribunal de justicia que investiga,,, caso, y al que corresponde judicialmente deteriruirn cuáles fueron causas de la enfermedad y las responsabilidades penales y civiles. Ni presidente del Gobierno MÍ cualquier orgamismo de la Adiministraci&. tiene competencia jurídica para determinar cuál sea el causante verd,,-. dero de la enfermedad denorninada síndrome tóxico

La publicación de la sentencia, el 20 de mayo de 1989 ` , hizo que muchos de los que hasta el momento habían creído a pies juntillas la W toria del aceite se les cayera la venda de los Jos: «Pero al escuchar la s--@,@

OJ 1-1@l tencia comprendí que la explicación oficial es falsa. Esquemáticamente,

1 la sentencia puede resurruirse así: tras reafirmar que la causa del síndn> ,

1 me tóxico fue el aceite de colza manipulado, deja prácticamente en li;

bertad a los manipuladores, pese a que se pedía más de 100.000 años d, cárcel para ellos. Muchas personas se han ‘indignado por la débil condeW.1 Pero para mí, la sentencia grita precisamente que no fue el aceite de col*, za -cosa que reconoce implícitamente al decir que “se desconoc e`

agente tóxico concreto que produjo la enfermedad”, tras ocho años d@ investigación-y, por eso, deja a los acusados (casi) en libertad para qlLi@, no sigan incordiando con su uso de la hipótesis alternativa, retiren querellas presentadas y contribuyan con su silencio a que quede legiti,,, mada y aceptada masivamente la explicación oficial» ` . Así se saldaba e,-, monumental juicio que tuvo uno de sus momentos culminantes cuan@

` Sebastián Moreno, «Kaflica en la Casa de Campo», Cambiól6,30 de marzo de 1987.

` Las primeras actuaciones judiciales de la investigación concluyeron con el suniaridl.

129/1981 de los juzgados Centrales de Instrucción números 2 y 3, y el proceso finalizó coli la sentencia de 23 de abril de 1992, de la Sala Segunda del Tribunal Supremo, por la que Se.”

condenaban como responsables penales y civiles del envenenamiento a deternúnadas pexso-@,, nas físicas. Esta última sentencia, firme, es de la que se deriva el pago de las indemnizacóneL,

Lluís Botinas, «No fue el aceite. Síndrome tó@dco, una sentencia reveladora», Integralt

octubre de 1989.

do el tribunal rechazó el ofrecimiento del industrial Salomó, uno de

1 1 los nculpados, de beberse un vaso del aceite sospechoso,

con el argumento de que no podía permitirse «por razones éticas» la experimentación con seres humanos en la sala. Sin embargo, los letrados ignoraron que poco antes de iniciarse el juicio un grupo de afectados realizó como protesta una huelga de hambre en la que sólo ingerieron agua azucarada y aceites «tóxicos» durante doce días, sin que por ello empeorase su salud.

Alguno de los abogados también había sido protagonista de hechos poco usuales en un proceso judicial: «A nivel judicial, el caso del síndrome tóxico también generó acontecimientos más propios de una película de espionaje que de un estricto problema de salud pública. El letrado Juan Francisco Franco entró en este espinoso asunto como abogado de los importadores de aceite. “Poco después recibí una información que me

decía que investigase el tema porque el aceite no tenía nada que ver, que esta hipótesis no encajaba en absoluto, y al cabo de un tiempo conocí los trabajos del doctor Muro.” Su participación en el caso le llevó el 27 de octubre de 1986 a hacer una intervención ante el Parlamento Europeo. “En esta época yo estaba recibiendo llamadas amenazadoras contra mi familia a las tres de la mañana. Se lo comenté al entonces eurodiputado Juan María Bandrés y me dijo que había que hacer público lo que sabía y que teníamos que intentar que yo hablase en el Parlamento Europeo.” En su intervención, Franco expuso las contradicciones existentes en la hipótesis del aceite: “Mi propósito es dejar constancia de unos hechos, que por sí mismos, pondrán en evidencia, las manipulaciones y falsedades de que fue objeto la ‘investigación científica, esencialmente epidemiológica, para dar apoyo a la hipótesis oficial e impedir la apertura de líneas alternativas”, y añadió que “pretendo por tanto, denunciar públicamente es-

tos hechos que han permitido ocultar la verdadera causa de la intoxicación y perpetuar la caótica situación existente en España en relación con la prevención sanitaria y el medio ambiente”. En su discurso ante el Parlamento Europeo este letrado también sostuvo que “la Administración impidió el desarrollo de hipótesis alternativas valiéndose de todo tipo de medios, incluidos la ocultación y la falsificación de todos aquellos datos que exigían la apertura de nuevas líneas de investigación” » 211.

2 Guillermo Caba Serra, «La gran farsa de la colza», The Ecologist, octubre de 2000.

Indemnizaciones

Uno de los aspectos más positivos de la sentencia había sido el conocimiento a los afectados de una serie de compensaciones económicas que, si bien no podrían resarcirles de lo sucedido, por lo menos ayudarían a paliar situaciones que, en muchos casos, resultaban ciertamente penosas. Sin embargo, más de diez años después de la sentencia, el tema de las indemnizaciones se había convertido en otro de los

puntos oscuros del síndrome tóxico: «A finales de 1999, unos 40.000 afectados por el síndrome tóxico aprovecharon el día de la Constitución»

1. ción (6 de diciembre) para manifestarse ante el Congreso de los Diputados y reclamar con pancartas, pitidos y abucheos el cobro de sus

21 indemnizaciones, acordadas por la justicia»

Según los propios datos del Ministerio de Justicia, a comienzos

año 2000, habían sido abonados sólo 2.285 expedientes por un valor tal de 41.651 millones de pesetas. Estos 2.285 expedientes representan, apenas el 11% de los afectados por el síndrome tóxico con derecho a indemnización reconocido judicialmente. Una vez más, y como triste ejemplo, los afectados por el síndrome volvían a ser víctimas de la dejadez oficial, primero con el evidente desinterés a la hora de encontrar la verdadera causa de la enfermedad y más tarde en su lentitud para cumplir con

obligaciones legalmente impuestas para con los afectados.

Conclusión

Miles de ciudadanos de este país vieron truncadas sus vidas

1 que nadie hasta el momento les haya ofrecido una explicación real-

damente convincente. En el asunto del síndrome tóxico conflúan muchos intereses y la verdad no era uno de ellos. Como ocurre en tantas ocasiones es posible que algún día, cuando a nadie le importe ya, se sepa lo que ocurrió realmente y se reconozca el mérito de quienes fueron olvidados, calumniados y apartados por no seguir la corriente y hacer lo que les dictaba su conciencia en lugar de su

conveniencia.

21 «El Estado no paga a los afectados del síndrome tóxico», Medicina holística, núm. 59.

CAPÍTULO XVIII

LA GUERRA DE LOS BUSH

La madre de todas las batallas.

Mentiras de la guerra del Gofflo

o Los militares estadounidenses ejercieron un férreo control de la información que se daba sobre la guerra del Golfo, desvirtuando la verdad y censurando cualquier contenido que no fuera acorde a sus intereses propagandísticos.

o Informadores que intentaron ejercer su profesión de manera independiente fueron duramente represaliados.

o Durante los diez años anteriores a la guerra, la Administración norteamericana había armado y apoyado incondicionalmente el régimen de Irak.

o Según algunos analistas, la intervención iraquí en Kuwait pudo deberse a una trampa diplomática urdida para engañar al dictador y justificar una intervención estadounidense en la zona.

16 de febrero de 2001. Las alarmas antiaéreas vuelven a sonar en Bagdad dejando claro que, a pesar de las apariencias y los diez años transcurridos, la guerra del Gofflo aún no ha terminado. George W. Bush, que aún no ha tenido tiempo de calentar su asiento de la Casa Blanca, parece decidido a terminar lo que comenzó su padre, un conflicto que se ha desarrollado tradicionalmente ante las cámaras de televisión o los medios de comunicación y desarrollo existen demasiados misterios, pero en cuyos genes

En la madrugada del 2 de agosto de 1990 un gran contingente de tropas iraquíes atravesó la frontera entre su país y el rico emirato de Kuwait. Se iniciaba así una aventura militar que habría de modificar las perspectivas políticas del mundo entero, especialmente por convertirse en el primer gran conflicto internacional tras el final de la guerra fría. Analizada con detenimiento, la guerra del Golfo se nos antoja uno de los episodios más extraños de la historia del siglo XX. Su desarrollo suscitó numerosos

metáforas pueden llegar a matar. De hecho, la intervención norteamericana en la guerra del Golfo se ventiló en buena parte basándose, en metáforas. El secretario de Estado James Baker consideraba que Sadam «amenazaba el sustento económico de Estados Unidos» al poner su garra sobre el grifo del petróleo. Para el presidente Bush, Sadam «es-

tragulaba» la economía norteamericana. El general Schwartzko comparaba la ocupación de Kuwait con una «violación» de la que Estados Unidos estaba llamado a ser el vengador».

Todo esto no era más que palabrería de cara a la opinión pública. Durante los diez años anteriores la Administración había apoyado c

incondicionalmente el régimen de Irak, con excepción de alguna denuncia pública de carácter meramente testimonial contra las violaciones de los derechos humanos por parte de los sicarios de Sadam. Allí es donde puede radicar la verdadera razón de que, a pesar

haber perdido una guerra contra la nación más poderosa de la Tierra

el dictador iraquí haya permanecido en el poder. El ex presidente e

estadounidense George Bush justificó el brusco frenazo que impuso a

fuerzas, cuando Bagdad estaba al alcance de la mano, afirmando que Sadam Hussein se habría convertido en un mártir si las fuerzas multinacionales encabezadas por su país hubieran capturado o dado muerte,

te a «Mr. Peor que Hider» durante la guerra: «Los revisionistas dicen "usted debió haber invadido [...] para matarlo. Teníamos el poderío. Dimos haber avanzado sobre Bagdad en 48 horas, pero se hubiera crea-

do un pandemio y nos hubiéramos quedado solos, al fin y al cabo

pero que convertiríamos en un mártir a un brutal tirano derrotado"» declaró el padre del actual presidente en una entrevista exclusiva con

el presentador de la CNN Bernard Shaw ' . Buen intento, pero los ros -nunca mejor dicho- no van por ahí. Sadam había sido una pieza clave en el equilibrio de poder en zona. A lo largo de una internuible guerra de ocho años entre l e Irak, los gobiernos de Francia, Gran Bretaña y Alenianla vendiero prácticamente de todo al dictador iraquí, desde aviones de caza a nú

Scott Arrnstrong, «Eye of the storm*, Motherjones Magazine, noviembre de 1991.

s palabras «el cielo de Bagdad se ha ilurninado», retransmitidas El mismo que con su transmitidas

de la azotea del hotel Al Rayid, inauguraba la primera guerra transmitida en directo.

siles, pasando por ingredientes para fabricar toneladas de gases letales. Equipados con los nusiles antibuque AM.39 Exocet, los Mirage F 1EQ iraquíes hundieron numerosos petroleros y otros barcos en la guerra contra Irán. El material que pernuitió tales éxitos en la estrategia aero-

naval iraquí era íntegramente de fabricación francesa. Ni siquiera países menores se resistieron a aprovecharse del chollo que suponía una

de las mayores potencias petrolíferas del mundo dispuesta a gastarse la práctica totalidad de sus ingresos en armamento. En Argentina, decididos a no perder el lucrativo negocio que implicaba el conflicto en-

tre irán e Irak, las autoridades de la DGFM (Dirección General de Fabricaciones Militares) presionaron al Gobierno del presidente Alfonsín para que no interrumpiera el comercio de armas con Sadam.

Estados Unidos mantenía -al menos técnicamente el embargo de venta de armas contra Irak, pero la Acirministración Reagan se

valió de subterfugios para pernutir el suministro de munición por parte de terceros, así como la venta de tecnología de doble uso (desde ordenadores a helicópteros) que los iraquíes aseguraban que esta-

ba destinada exclusivamente a usos educativos o meramente lúdicos, aunque después era transformada para convertirse en instrumentos de combate `.

Trartipa para un dictador

El dinero tampoco constituía un problema para Sadam. Altos directivos de la filial estadounidense de la italiana Banca Nazionale del Lavoro fueron investigados por una cormisión gubernamental que in-

tentaba averiguar cómo 5.000 truillones de dólares habían ido a parar a las arcas de «peor que Hitler» sin aparente conocinuento de nadie, ni

siquiera de la sede central del banco. Chris Drogoul, a cargo de la delegación de la BNL en Atlanta, fue juzgado y condenado por fraude. Curiosamente, un personaje tan prominente dentro de la política ex-

terior estadotimi dense como ha sido, y es, Heriry Kissinger, la sombra que perpetuamente se perfilaba detrás de Nixon, era rm*embro del co-

Seymour M. Hers, «A Case Not Closed», The Neu,Yorker, 1 de noviembre de 1993.

metáforas pueden llegar a matar. De hecho, la intervención norteamericana en la guerra del Golfo se ventiló en buena parte basándose en metáforas. El secretario de Estado James Baker consideraba que Sadam «amenazaba el sustento econónúco de Estados Unidos» al poner su garra sobre el grifo del petróleo. Para el presidente Bush, Sadam «es-

trangulaba» la economía norteamericana. El general Schwartzkop comparaba la ocupación de Kuwait con una «violación» de la que Estados Unidos estaba llamado a ser el vengador'.

Todo esto no era más que palabrería de cara a la opinión pública. Durante los diez años anteriores la Administración había apoyado c

incondicionalmente el régimen de Irak, con excepción de alguna nuncia pública de carácter meramente testimonial contra las violaci nes de los derechos humanos por parte de los sicarlos de Sadani 1.

sein. Ahí es donde puede radicar la verdadera razón de que, a pesar haber perdido una guerra contra la nación más poderosa de la Tic el dictador iraquí haya

permanecido en el poder. El ex presidente estadounidense George Bush justificó el brusco frenazo que impuso a s

fuerzas, cuando Bagdad estaba al alcance de la mano, afirmando Saddam, Husein se habría convertido en un mártir si las fuerzas nacionales encabezadas por su país hubieran capturado o dado muerte a «Mr. Peor que Hitler» durante la guerra: «Los revisionistas dicen "usted debió haber invadido Irak para matarlo. Teníamos el poderío. dimos haber avanzado sobre Bagdad en 48 horas, pero se hubiera cr

do un pandemonio y nos hubiéramos quedado solos, al mismo tiempo que convertiríamos en un mártir a un brutal tirano derrotado"» declaró el padre del actual presidente en una entrevista exclusiva con el presentador de la CNN Bernard Shaw. Buen intento, pero los

ros -nunca mejor dicho- no van por ahí.

Sadani había sido una pieza clave en el equilibrio de poder en

zona. A lo largo de una interminable guerra de ocho años entre Estados Unidos e Irak, los gobiernos de Francia, Gran Bretaña y Alemania vendieron--prácticamente de todo al dictador iraquí, desde aviones de caza a

Scott Arrastrong, «Eye of the storm», Motherjones Magazine, noviembre de 1991. El mismo que con sus palabras «el cielo de Bagdad se ha unificado», retransmitidas de la azotea del hotel Al Rayid, inauguraba la primera guerra transmitida en directo.

siles, pasando Por ingredientes para fabricar toneladas de gases letales,

1 Exocet, los Mirage F 1 E Q Equipados con los misiles antibuque AM-39 barcos en la guerra iraquíes hundieron numerosos petroleros y otros contra Irán. El material que permitió tales éxitos en la estrategia aeronaval iraquí era íntegramente de fabricación francesa. Ni siquiera países menores se resistieron a aprovecharse del chollo que suponía una de las mayores potencias petrolíferas del mundo dispuesta a gastarse la práctica totalidad de sus ingresos en armamento. En Argentina, decididos a no perder el lucrativo negocio que implicaba el conflicto entre Irán e Irak, las autoridades de la DGFMA (Dirección General de Fabricaciones Militares) presionaron al Gobierno del presidente Alfonsín para que no interrumpiera el comercio de armas con Saddam.

Estados Unidos mantenía -al menos técnicamente- el embargo de venta de armas contra Irak, pero la Administración Reagan se valió de subterfugios para permitir el suministro de munición por parte de terceros, así como la venta de tecnología de doble uso (desde ordenadores a helicópteros) que los iraquíes aseguraban que estaba destinada exclusivamente a usos educativos o meramente lúdicos, aunque después era transformada para convertirse en instrumentos de combate ".

Tranipa para un dictador

El dinero tampoco constituía un problema para Saddam. Altos directivos de la filial estadounidense de la italiana Banca Nazionale del Lavoro fueron investigados por una comisión gubernamental que intentaba averiguar cómo 5.000 millones de dólares habían ido a parar a las arcas de «peor que Hitler» sin aparente conocimiento de nadie, ni siquiera de la sede central del banco. Chris Drogoul, a cargo de la delegación de la BNI en Atlanta, fue juzgado y condenado por fraude. Curiosamente, un personaje tan prominente dentro de la política exterior estadounidense como ha sido, y es, Henry Kissinger, la sombra que perpetuamente se perfilaba detrás de Nixon, era miembro del co-

Seymour M. Hersh, «A Case Not Closed», The New Yorker 1 de noviembre de 1993.

rruté consultivo de la BNL desde 1985. Así que no sería descabellado imaginar que la iniciativa para la concesión del crédito hubiera salido de alguien muy por encima del empleado inculcado, que no sería sino la cabeza de turco de una conspiración de amplio espectro'.

Las administraciones de Bush y Reagan no sólo compartieron dinero y material con Saddam, sino también datos de inteligencia, ya que, a fin de cuentas, Irak era el enenigo declarado de las satánicas fuerzas del ayatolá de Irán, algo extraordinariamente bien visto en un Occidente que en aquella época comenzaba ya a vislumbrar en el horizonte la amenaza del integrismo islámico. Irak sólo era una pieza más de la guerra secreta que EE UU mantenía contra Irán desde la crisis de los rehenes. De hecho, en 1980, la CIA fraguó una serie de planes para ase-

sinar al líder de la revolución islámica, Khomeini, que fueron desbaratados por los servicios de seguridad iraníes. Todo este apoyo fue lo que ternunó por envalentonar a Saddam Husein. hasta el punto de acusar a

Sadam Husein, hasta el punto de acusar a

Kuwait de saquear su petróleo durante los ocho años que duró la guerra irano-iraquí, adentrándose en territorio bajo la soberanía iraquí para abrir nuevos pozos (acusación que se considera poco verosímil por parte de los concededores de la zona). En consecuencia, Husein reclamó al emirato el reembolso de 2.400 millones de dólares como com-

pensación.

No debe extrañarnos semejante bravata ya que, poco antes de la invasión de Kuwait, Estados Unidos hizo llegar a Sadam Husein no sólo ayuda sino también su apoyo moral. EE UU (junto con Gran Bretaña y otros países, como ya hemos visto) respaldó a Sadam Husein sin reparar en las atrocidades de su régimen. Las potencias occidentales se

volvieron en su contra únicamente cuando parecía encontrarse fuera de control, para más tarde volver a hacer la vista gorda cuando masa-

cró a los rebeldes shiíes después de la guerra del Golfo. El resto de la comunidad internacional sigue la tónica general: «Si hay conflicto con

Irak, la Argentina estará al lado de las medidas que tomen los Estados

‘En un artículo aparecido en el Financia] Times el 26 de abril de 1991, Kissinger declara a

este periódico que había presentado su dimisión de todos sus cargos en el banco el 22 de febrero de ese mismo año, apenas unos días antes de que el Departamento de justicia presentara oficialmente cargos contra 347 empleados de la BNL.

Unidos o las Naciones Unidas», declaró por ejemplo el presidente Carlos Menem en 1998.

Pero lo más sorprendente de todo este asunto es que según algunos analistas la intervención iraquí en Kuwait pudo deberse a una trampa premeditadamente tendida al dictador. Sólo una semana antes de la Invasión del 2 de agosto de 1990 Sadam se entrevistaba con la embajadora de Estados Unidos, April Glaspie, en la que ha sido bautizada como la reunión de la «luz verde». La representante diplomática norteamericana le dijo a Sadam: «No tenemos opinión alguna sobre los conflictos entre los países árabes, tal como el desacuerdo que existe entre su país y Kuwait. [-] Ese conflicto no está asociado con América de ningún modo. Nosotros esperamos que ustedes resuelvan este problema por medios razonables.» La ayudante del secretario de Estado Baker, Margaret Tutweiler, confirmó estas palabras: «Los Estados Unidos no están obligados a venir en auxilio de Kuwait si el emirato es atacado.» Dos días antes de la Invasión, el ayudante del secretario de Estado para los Asuntos del Oriente Medio y el Sur de Asia, John H. KeRy, explicó ante el Congreso la misma postura oficial que Glaspie había dado a Husein. De esta manera, Husein llevó a cabo la invasión pensando que Estados Unidos no intervendría en el conflicto. Diversos autores opinan que fue engañado deliberadamente por funcionarios estadounidenses debido a que Bush padre necesitaba una guerra que inaugurara su «Nuevo Orden Mundial» y que supusiera la coronación definitiva de su país como líder indiscutible del planeta, tras el crepúsculo de la Unión Soviética’.

«Si hubo un hecho importante e innegable en esa crisis de 1990, fue el rol principal que jugó EE UU impulsando la alianza anti-iraquí apoyada por las Naciones Unidas, actuando ostensiblemente bajo el paraguas de la ONU (aunque debería recordarse que Pérez de Cuéllar, en enero de 1991, enfatizaba que la acción militar en curso no se realizaba bajo el mandato de la ONU). El hecho de que otros países dentro de la alianza también jugaban su parte es aquí incidental, y sólo ayuda a confundir las cosas, ya que fue EE UU el que dio los pasos

P

guin Books, Nueva York Laurent, Secret Dossier: The Hidden Agenda Behind the Gulf War e” Pierre Salinger y Eric 1991.

iniciales y cruciales en nombre de la alianza en cada una de las etapas de la crisis. De esto hay registros. Más aún, habiendo sido EE UU

uno de los dos mayores protagonistas -el otro era Irak- estamos en

condiciones de exarrollar cuidadosamente su papel en esta cuestión si

pretendemos alcanzar una comprensión racional de la crisis. Y es esen-

cial que lo intentemos»`.

Nuevo orden mundial

Todo indicaba que Bush había engañado a Sadam. El 11 de septiembre de 1991, en un documento enviado al Congreso titulado *Toward a New World Order*, el presidente Bush afirmaba: «... la crisis en

el golfo Pérsico ofrece una oportunidad única para movilizarnos hacia

un período histórico de cooperación. Después de estos tiempos problemáticos, un nuevo orden mundial puede surgir, en el que todas las naciones del mundo, del este y del oeste, del norte y del sur, pue-

dan prosperar y vivir en una convivencia armoniosa que debe nacer.»

Y en otro documento enviado a la ONU el 1 de octubre de 1991,

Bush hablaba de «una fuerza colectiva de la comunidad mundial expresada por las Naciones Unidas... Un movimiento histórico hacia un nuevo orden mundial... una nueva cooperación entre las naciones.

Un tiempo en el que la humanidad se ha enfocado hacia sí misma

para traer al mundo una revolución del espíritu y de la mente, e ini-

ciar el camino hacia una nueva era» .

Sadam, que en sus delirios de grandeza aspiraba a pasar a la historia como estratega y conquistador, ignoraba que su papel se reduciría

Alfred Mendes, «The Gulf Crisis Re-examined», núm. 23 de *Common Sense Journal of the Edinburgh, Conference of Socialist Economists*, julio de 1998.

“ Bush ya había apuntado estas ideas en un discurso a la nación pronunciado el 6 de mar-

zo de 1991: «Ahora, podemos ver un mundo nuevo que comienza a aparecer ante nosotros.

Un mundo en el que empieza a hacerse realidad la perspectiva de un nuevo orden mundial.

En palabras de Winston Churchill, “Orden Mundial” es en el que imperan “los principios de justicia y juego limpio... proteger al débil contra el fuerte Un mundo donde las Naciones Unidas, liberadas de las trabas de la guerra fría, están posibilitadas para cumplir la visión histórica de sus fundadores. Un mundo en el que la libertad y el respeto por los derechos hu-

manos encuentran su hogar en todas las naciones.»

a ser un peón en los planes de otros. Imbuido de un fuerte talante nacionalista nunca había aceptado la división colonial del imperio otomano

árabe tras la primera guerra mundial, que había creado Kuwait a partir del territorio que una vez fue de titularidad iraquí. Así pues, cuando creyó que había llegado su oportunidad, reclamó el territorio

de Kuwait así como el petróleo que contiene y mostró su odio por la familia gobernante, los Al Sabah.

La trayectoria pública de los Sabah ha estado intrínsecamente ligada a los acontecimientos políticos y militares en el golfo Pérsico, zona en

la que el minúsculo emirato ocupa una posición estratégica de primer orden, pues se encuentra a caballo entre Arabia Saudí, Irak e Irán, y donando las tuberías desde las que se embarca la gran mayoría del petróleo que sale de Mesopotamia. En la guerra irano-irakí de 1980-

1988, el emir Jabir al Sabah se alineó, al igual que los demás monarcas

del Golfo liderados por Arabia Saudí, con el Gobierno republicano de Bagdad. Aunque el régimen laico y socializante de Sadam Husein divergía diametralmente del absolutismo conservador y confesional del emirato, constituía un baluarte contra el aún más temido fundamentalismo revolucionario iraní.

Sin embargo, una vez finalizada la contienda, las relaciones entre Irak y Kuwait comenzaron a deteriorarse a gran velocidad. El conflicto que dio lugar a la guerra empezó cuando los precios del petróleo ca-

empezó cuando los precios del petróleo se

desplomaron de 21 a 11 dólares por barril en apenas siete meses. Aquello obligaría a Sadam a recortar sus presupuestos rutinarios, algo de lo que culpó a las monarquías del Golfo, especialmente a Kuwait. El dictador iraquí exigió fuertes indemnizaciones económicas al considerar que en la guerra contra Irán corrieron «ríos de sangre» iraquí para defender a sus vecinos árabes. El gobierno de Kuwait, a pesar de su debilidad militar, respondió a estas pretensiones de manera sorprendentemente desafiante. Cuando el 19 de julio de 1990 Irak comenzó a desplegar sus tropas a lo largo de la frontera, nadie parecía especialmente alarmado en el lado kuwaití: «Si Sadam cruza la frontera, dejémosle venir», declaraba inexplicablemente el ministro de Asuntos Exteriores de Kuwait. ¿Soberbia? ¿Inconsciencia? ¿Fatahismo? Posiblemente nada de eso. Cuando se pronunciaron estas palabras los Al Sabali ya se sabían suficientemente respaldados por los norteamericanos. Agentes

de la CIA llevaban semanas de intenso trabajo en el encargo, negociando con el Gobierno y dando toda suerte de garantías respecto al resultado del posible conflicto.

Ajeno a esto, Sadam seguía haciendo cálculos sobre los beneficios que le reportaría la anexión de Kuwait, que respondía no sólo a intereses económicos sino también geopolíticos, desde el momento en que le permitiría a Irak convertirse en una especie de «Prusia de Oriente Próximo» su gran sueño, sirviendo de núcleo aglutinante de otras regiones árabes como Siria, Jordania, el Líbano y el propio Kuwait, bajo una federación sobre la que pretendía ejercer el poder.

Lafachada

Bush dijo claramente que la guerra del Golfo no había sido provocada por la necesidad de defender a un Kuwait invadido, sino, más

prosaicamente, para impedir que un país pudiese amenazar el mercado petrolero en la zona, cuyo control es de vital importancia para Washington en su competencia con Europa y Japón, que no tienen fuentes de hidrocarburos propias y deben abastecerse en zonas (como el golfo Pérsico, Irak, Irán o Libia) sensibles a los ataques y bloqueos estadounidenses ". De cara al público norteamericano no hacían falta más justificaciones. La guerra del Golfo supuso un avance en el arte de la manipulación, que encontró cierta complicidad en el auditorio, debido precisamente a que se cargaron todas las culpabilidades en un

solo sentido, creando artificialmente un villano. Esto se notó en la televisión, donde se hicieron guiños al espectador sobre las bondades de una operación de exterminio. Se utilizaron palabras que rápidamente pasaron al glosario de los medios de comunicación como «guerra humanitaria» o «daños colaterales» (no es que tengan mucho sen-

tido, pero suenan bien) y, a fuerza de repetirlos a oírlos, se terminó logrando que el público las aceptase pasivamente. Esto también ha podido generar contradicciones y disonancias cognitivas, sobre todo »

el que las escuchó o vio es una persona antibelicista a la que se le in-

' Pierre Salinger y Eric Laurent, op. cit.

tenta convencer de que matar, mutilar o destruir es algo no sólo necesario para la paz en el mundo, sino también una actividad «humanitaria».

En cuanto al exterior, la clave estaba en no permitir que se filtrara otra información del conflicto que la que resultara favorable para los intereses de los norteamericanos. Se estableció una dura censura informativa por la cual los reporteros destacados en el conflicto sólo podían acceder a la información oficial del mando norteamericano.

La coalición encabezada impuso una serie de férreas condiciones a los reporteros que trabajaban en Arabia Saudí. La negativa a seguir estas pautas tenía como resultado la expulsión del país `.

*No podía hacerse mención alguna del número específico de tropas,

aviones, buques, suministros, etc. Se podía describir las fuerzas disponibles a grandes rasgos.

*No podía hacerse mención alguna a planes futuros de las fuerzas aha-

das. (Varios reporteros fueron informados de los planes de las fuerzas norteamericanas antes de la invasión. Nunca, ni antes ni después de las operaciones, fue publicada ninguna historia sobre esas sesiones de información) `.

*Los reporteros no podían dar detalles concretos sobre las unidades o sus mandos.

*Las condiciones bajo las que usarían la fuerza las tropas aliadas eran secretas.

*No podía facilitarse ningún dato respecto a las actividades de inteligencia.

*No se podía dar información sobre los movimientos de tropas.

No se podían mencionar las bases de origen de las misiones aéreas. No se podía ofrecer información sobre la efectividad o ineficacia de las operaciones enemigas. No se podía dar información sobre la pérdida o derribo de aviones.

“ Pete Wilharus, «Ground Rules and Guidelines for Desert Shield», en el libro *Thie Media and the Gulf War*, Seven Locks Press, Washington, 1992. ` John J. Fialka, *Hotel Warriors: Covering the Gulf War*, Woodrow Wilson Center Press, Washington, 1992.

* No se mencionarían los métodos, equipo o tácticas de las tropas,

* No se mencionarían los métodos operativos y tácticas en general.

* No se daría a conocer ninguna vulnerabilidad operacional o de apoyo 14

Robert Fisk, corresponsal en Oriente Próximo del diario británico *The Independent*, fue uno de los pocos periodistas que se atrevió a

desafiar la censura de los militares e intentar dar una visión imparcial del conflicto. Su labor no sólo se vio entorpecida por los militares es-

tadounidenses, sino incluso por sus propios colegas de aquel país, sú-

bitamente presos de un intenso fervor patriótico: «La guerra causa ex-

traños efectos en los periodistas. Un colega nún -normalmente un hombre reflexivo y racional- se volvió chiflado en los días previos a

la guerra del Golfo. Era una guerra moral, exclamaba sin cesar. No

intentábamos liberar Kuwait por su riqueza petrolífera sino por la obligación de Occidente de enfrentarse a los dictadores. Ser partidario de la paz no era más que contempOrizar.»

La cosa no quedó ahí y Fisk fue víctima de un acoso sistemático. Insultos hacia su persona, agresiones por parte de compañeros, expulsión de ruedas de prensa... Uno de estos enfrentamientos que tuvo por protagonistas a Fisk y al corresponsal de la N13C, Brad Willis, aparece recogido con detalle en *Second Front: Censorship and Propaganda and the Gulf War*, un magnífico libro de John MacArthur sobre el papel de la prensa en la guerra del Golfo ` . Por supuesto, Robert Fisk ha seguido siendo uno de los «chicos malos» del panorama periodístico mundial. De conflicto en conflicto, con el coraje que caracteriza a los reporteros de pura cepa, también estuvo enYugoslavia, donde descubrió nue-

vas muestras de lo que supone la manipulación informativa en las contiendas de hoy día: «Dos días antes de que la OTAN bombardease la sede de la televisión serbia en Belgrado, la CNN recibió el soplo, desde su cuartel general de Atlanta, de que iban a destruir el edificio. Les

dijeron que sacaran sus equipos de los locales inmediatamente y así lo hicieron. Al día siguiente, el ministro serbio de Información, Alexan-

Pete Willianis, op. cit. John MacArthur, *Second Front: Censorship and Propaganda and the Guj War*, University of

ersity of Califorrúa Press, 1993.

derVucic, recibió por fax una invitación desde Estados Unidos para aparecer en el programa de Larry King (en la propia CNN). Querían

1 1 11, y que estuv ese en directo a las 2.30 de la madrugada del 23 de abri le pidieron que llegara a la televisión serbia media hora antes con el fin de maquillarseMucie se retrasó; por suerte para él, ya que los misiles de la alianza cayeron sobre el edificio a las 2.06. El primero estalló en la sala de maquillaje, donde elJoven ayudante serbio murió abrasado. CNN

16 asegura que fue una coincidencia. ...» @

Demasiada subjetividad

V

1 ÓMendo a la sub etividad informativa imperante en la guerra del o. Los periodistas norteamericanos, en su práctica totalidad, se reGolf i ferían a las fuerzas estadounidenses en primera persona, cortió «nosotros» “, deñando olvidado entre las arenas del desierto árabe cual-

1 1 quier rastro de la imparcialidad y objetividad que se les pretendió inculcar en las escuelas de periodismo. No se trata de un fenómeno nuevo. Desde la guerra de Cuba hasta la deVietnam, el paradigma doMinante en la corresponsalía de guerra estadounidense ha sido -con honrosas excepciones- el de la propaganda, el de tomar partido en lugar de informar de lo que verdaderamente sucedía en los campos de batalla y de permanecer neutral.

Durante aquellos días resultaba imposible zafarse de la corriente de partidismo que imperaba en el periodismo estadounidense. Por ejemplo, una semana después de comenzada la guerra, Peter Arnett, de la CNN, ganador del Prerruío Pulitzer por sus 18 años corno reportero de guerra y un verdadero héroe dentro de la profesión al convertirse en el único reportero occidental que quedaba en Bagdad, recibió sin embargo una condena unánime en EE UU, por parte incluso de sus propios compañeros, al informar de que un bombardeo aliado había destruido la única fábrica de leche maternizada de Irak, dejando sin

50Y “ Toni Bishop, «US psychological warf-e experts worked at CNN and NPR during Ko~

OW-, 18 de abril de 2000. <http://wwwsws.c>rg/arúcles/2000/apr2000/cnn-aIS.shtnil> `John MacArthur, op. cit,

alímento a los bebés del país ` . El 20 de abril de 1999 Arnett era despedido de la CNN tras protestar públicamente por la negativa de la ca-

dena a enviarle a cubrir la guerra de Yugoslavia.

Ésta fue la culm'nación de una campaña de hostigamiento que comenzo a raiz de la errusión el 7 de jurnio de 1998 del reportaje Valley of death (El valle de la muerte). En esta coproducción de la CNN. y la revista Time, Arnett aportaba pruebas irrefutables de que los co- <

mandos de operaciones especiales norteamericanos habían usado el mortal gas sarín para matar a soldados estadounidenses desertores durante la guerra deVietnam. Tras una intensa presión por parte del ejército, los productores del reportaje, April Olíver y Jack Snuth, fueron.. despididos ante su negativa a retractarse del contenido del reportaje.

Durante la guerra del Golfo se mostraron curiosos agravios comparativos en los medios de comunicación que moverían a la sonrisa de. no ser por la gravedad del asunto que nos ocupa. Los nuyiles Scudiraquies se convirtieron en «armas terroristas» y «horribles máquinas de muerte», nuentras que las bombas norteamericanas recibían el bene-, volo calificativo de «inteligentes». De esta forma, quedaba sellada una> nueva «luna de miel» entre el Gobierno estadounidense y sus medios de comunicación. Aparte, las adrruínistraciones de Dwight Eisenhower, John Kennedy, Lyndon Jorilison y Richard Nixon habían come-’ tido graves errores enVietnam y lanzado flagrantes mentiras a sus ciudadanos, que sólo habían redundado en la muerte de miles de jóvenew, combatientes norteamericanos. A partir de 1971 cambió para sie re

la relación que el poder político mantenía con la prensa en Estados@@ Unidos. Ese año apareció en la portada del The New York Times el primer artículo de una serie especial conocida como Los papeles del Pm_ tágono. Se basaba en un informe confidencial del Gobierno filtrado alCongreso y al Times por el analista del Departamento de Defensa Da-, niel Ellsberg, quien consideraba moralmente inaceptable y bélica-l, mente condenada al fracaso la intervención de la superpotencia en eL sureste asiático ` . Después vendría el escándalo Watergate, y con él tunnua

` Al Karnen, «It was a rnilk factory or a weapons plant?», Washington Post, 8 de febrero de 1991.` «La guerra de la prensa», artículo aparecido en el diario chileno 1-4 Tercera el 23 de abril de 2000. <http://wwwtercera.cl/diario/2000/04/23/t-23.00.3A.R-EP.PPENSA.html>

fases de la guerra de Vietnam estadounidenses. Desde ese momento, entre la

época dorada para el periodismo estadounidense. Pero con el advenimiento de la Administración Reagan y el surgimiento de los grandes

ni 1 grupos de comunicación, tal como los conocemos actualmente, el grueso de la prensa de aquel país no ha tardado en volver al pesebre gubernamental.

Ésta es la razón por la que, mientras miles de iraquíes morían en los campos de batalla y como víctimas inocentes de «daños colaterales durante los bombardeos», la prensa norteamericana guardaba silencio para preservar el esfuerzo bélico, los intereses de las compañías petrolíferas estadounidenses y, quizá lo más importante de todo, los de los bancos occidentales en los que los jeques kuwaitíes y saudíes atesoran los beneficios del petróleo.

El problema de la creciente desinformación en los conflictos bélicos ha sido estudiado por Barry Lowe, actualmente profesor de multimedia en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Hong Kong. Lowe ha cubierto como corresponsal varios conflictos, entre ellos la guerra en la antigua Yugoslavia y la insurgencia comunista en Filipinas, y es un firme defensor de la idea de la neutralidad y la objetividad periodísticas. Sin embargo, su experiencia sobre el terreno y su conocimiento académico le hacen reconocer que a lo largo de la historia abundan los casos de guerras y conflictos bélicos de los que sólo se ha conocido una cara del problema, siendo la guerra del Golfo uno de los más claros ejemplos de ello.

Bases secretas en el desierto

El cohno del descaro fue acusar a los iraquíes de lo que los propios norteamericanos estaban haciendo con total impunidad. The News Hotir, uno de los noticiarios más populares de Estados Unidos en aquellos momentos, llegó a mostrar tremendas escenas de civiles iraquíes mutilados por los bombardeos aliados, afirmando que no eran sino «burdas manipulaciones» del gobierno de Sadam Husein. Hechos como éste han llevado a Manuel Revuelta, veterano de la contrainformación desde el tiempo en que impulsó el diario Liberación y desde su actual tribuna en las páginas de Le Monde diplomatique, a afirmar que: «La estra-

f onas es peor que la normativa actual anglosajona y la nazi. Los editoriales y titulares de casi todos los periódicos de ámbito estatal, tanto en España como en el resto de Europa, construyeron informaciones a favor de la guerra. Las televisiones llegaron a términos espectaculares.»

Los ejemplos de hasta qué punto la opinión pública desconoce lo que sucedió en los desiertos árabes aquellos días son interminables. A finales de 1991 el antiguo colaborador de Bob Woodward -el periodista que junto a su compañero Bernstein destapó el escándalo Watergate-, Scott Armstrong, informó de otra posible e importante motivación para la guerra, aunque su reportaje en la revista Motherjones fue acogido con la mayor de las indiferencias por parte de los grandes me-

dios de comunicación. Cabe señalar que Armstrong no es mucho menos un indocumentado, sino, entre otras cosas, uno de los fundadores del Archivo de Seguridad Nacional en Washington, así como uno de los mayores expertos internacionales sobre la dictadura de Pinochet y la colaboración que el dictador chileno tuvo por parte de la CIA.

Armstrong descubrió que durante la década anterior al conflicto, y habiendo costado la astronómica cifra de 200.000 millones de dólares, Estados Unidos y Arabia Saudí habían construido conjuntamente, una vasta infraestructura de «superbases» militares en el desierto. Por supuesto, esa gigantesca partida no aparecía reflejada en los presupuestos, por lo que la monumental trampa de la que habría sido víctima Sadam, habría sido organizada, entre otras cosas, para justificar la presencia de tales instalaciones en suelo saudí.

Esto encaja a la perfección con los rumores que corrieron en las fechas previas al conflicto respecto a que Arabia Saudí había incrementado su reserva estratégica de petróleo en previsión de una gran guerra. El 23 de febrero de 1999 la agencia de noticias saudí informó de la existencia de la ejecución de un proyecto similar valorado en 2.000 millones de dólares destinados a la construcción de instalaciones de almacenamiento de petróleo, que incluyen cuatro «enormes cavernas» para [..] productos petrolíferos, con una capacidad [..] que logrará sa-

tisfacer las necesidades del reino saudí en situaciones de emergencia y, en tiempo de guerra.»

‘ Scott Armstrong, op. cit.

Planes y contraplanes

La estrella de Bush padre brilló con especial intensidad durante el desarrollo de la guerra del Golfo, a pesar de lo cual se las arregló para dilapidar este inmenso capital político y perder la reelección ante el candidato Bill Clinton. Sin embargo, su sucesor no se mostró mucho más benévolo con el régimen de Sadam. Ha habido bombardeos y tensiones constantes, a las que hay que añadir el devastador efecto que ha tenido el embargo comercial sobre la vida cotidiana de los ciudadanos de este país. Un tira y afloja constante en el que los iraquíes han llevado generalmente la peor parte, sí bien se han permitido algunas pequeñas y ocasionales venganzas.

Uno de los episodios menos conocidos del contencioso Irak/EE UU es un presunto complot para asesinar a Bush durante una visita a Kuwait del ya ex presidente en 1993. En 1995 la CIA decidió devolverle la «atención» a sus colegas de Bagdad, y organizó un sofisticado Plan para quitar de en medio a Sadam Husein, según pruebas presentadas por el FBI. Recordemos que, por aquella época, la CIA no tenía autorización para atentar contra la vida de Jefes de Estado extranjeros, circunstancia que se vanó a raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001.

El plan para asesinar a Hussein fue diseñado para coincidir con una ofensiva nifitar contra el régimen iraquí a través de un grupo disidente respaldado por la CIA (el Congreso Nacional Iraquí, que actúa en la zona norte del país): «La historia puesta al descubierto por la investigación del F131 sobre el programa de acciones encubiertas de la Agencia Central de Inteligencia en el norte de Irak es un relato complejo de i_

1 r í

validades enconadas, complots y contracomplots que tiene sus raíces en una chapucera ofensiva militar contra el ejército iraquí lanzada por

m 1 » 22 el Congreso Nacional Iraquí con apoyo de la CIA a i ícios de 1995. El CNI fue financiado y apoyado por la Agencia Central de Inteligencia como un «grupo paraguas» que debía servir para reconciliar faccio-

imen de Sadarn. Wifiz Sanes rivales kurdas y otros disidentes del régí rnarrai, antiguo oficial de la inteligencia militar iraquí que había

<T131 Probed Alleged CIA Plot to Kill Saddam», Reuters, 15 de febrero de 1998.

2`Ibíd.

desertado al CNI, fue quien informó a los enlaces de la CIA de la existencia de un complot para matar a Sadam. Samarral contó a los agentes que un equipo de unas 20 personas leales a él tenderían una emboscada a Sadam rruientras Viajaba por la región de Samarra, zona en la que había nacido el desertor iraquí. Sin embargo, la oficina central de la CIA rechazó rotundamente el plan y ordenó a su equipo de agentes que jamás volviera a hablar de este asunto, por lo que la tentativa de asesIMMto jamás fue llevada a cabo. Todos estos datos fueron revelados durante la investigación del FBI que, además, sometió a los agentes de la CIA a

la prueba del polígrafo para contrastar la veracidad de sus versiones. Finalmente, en 1996, el FBI decidió abandonar el caso y el Departamento de justicia determinó en abril de aquel año no procesar a los agentes de la CIA: «En última instancia, la Agencia Central de Inteligencia y' los funcionarios del FBI comprendieron que habían sido engañados para llevar a cabo esta 'investigación sobre las actividades de la CIA en el norte de Irak por líderes iraquíes disidentes, descontentos con la re---,

la de la Administración Clinton para tomar una posición más agre , nunc agre-, siva respecto al derrocamiento de Saddarn»

Por su parte, el complot de los seguidores del dictador iraquí eraí conio poco tan chapucero como el de sus compatriotas disidentes, que entre los reclutados para la heroica tarea de asesinar a Bush se en---!, contraban espías tan peligrosos como el dueño de una cafetería o un enfermero que resultó ser la única fuente de información con la ue@@, contaban los servicios de inteligencia de Kuwait para desenmascarar la,@, conspiración de terroristas domiingueros.

Mientras tanto, Irak continuaba muriendo de nusería aunque uno de los países con mayores recursos naturales del planeta, Entrel

1989 -antes de la guerra- y 1994, los casos de polio, tétanos, tiftil@ cólera y malaria casi se triplicaron. En 1995 la mortalidad infantil niños entre 5 y 10 años era el doble que la de antes de la contiendai@' La de niños menores de 5 años era cinco veces superior.

Los periódicos bombardeos aliados se han ocupado de recordar de tanto en tanto que la «amenaza de Sadarn» permanece viva. Pero también a este respecto ha habido mucho de exageración malinte

33 Jbtld.

cionada. Cuando un grupo de pescadores iraquíes desembarcó por necesidad en la isla kuwaltí de Bubián, la prensa de aquel país alzó la VOZ de alarma diciendo que la marina iraquí había protagonizado un intento de invasión a la isla que solamente había resultado desbaratado *gracias a la intervención de tropas de elite del emirato. El presunto intento de atentado que Bush sufriera en Kuwalt es muy probable que fuera de la misma naturaleza que la invasión de Bubián: fruto de la fantasía de los propagandistas kuwaltíes.

Como escribiera en su momento el tr,

1

istemamente desaparecidoju-

testigo de excepción ho Fuentes, corresponsal del diario El Mundo y irurgica, aseada y de la guerra del Golfo. «Fue la primera guerra quí ' - perfecta para retransmitir en directo a través de la CNN, pero con tantas prohibiciones y desinformación como la siniestra campaña rusa en Chechenia y un solo objetivo: el control de 1 petróleo. Los occidentales se quedaron con la impresión de haber asistido a una superproducción cinematográfica, porque nunca vieron a los adolescentes soldados iraquíes sangrando por los oídos. Nunca les vieron heridos y hambrientos, rindiéndose a simples periodistas como quien escribe.»

Conclusión

En el momento de escribir estas líneas, una nueva campaña en Irak por parte de tropas norteamericanas comienza poco a poco a convertirse en una certeza a la que sólo resta ponerle la fecha, muy probablemente para cuando este libro vea la luz. Aún es un misterio la verdadera razón de la

cl cia su antiguo inquina que la na lón más poderosa del mundo muestra ha í

aliado, Irak: por qué se implicó en aquel conflicto, por qué sus tropas han permanecido allí todo este tiempo y por qué, cuando tuvo la ocasión, no invadió el país y acabó con la presunta amenaza representada por el réginien de Sadam. Al contrario de lo que sucedió en Vietnam, donde la hu~ willación de la derrota no hizo sino acrecentar las sospechas y la desconfianza de la población, la rotundidad de la victoria en el Golfo ha logrado que la verdad quede enterrada en una tumba mucho más profunda que aquellas que bajo las ardientes arenas del desierto acogen indistintamente los huesos de soldados estadounidenses e iraquíes.

CAPÍTULO XIX

WACO

La otra matanza de Texas

9 La matanza de Waco fue debida, más que al fanatismo de los davidianos, a la negligencia y saña de las tropas federales.

0 Los davidianos tendieron una emboscada a los federales. David Koresh había recibido una misteriosa llamada telefónica anónima avisándole de la llegada de los agentes federales, una llamada en la que se le advertía de que más que una redada aquello iba a ser una masacre ya que

los agentes tenían órdenes de disparar primero y preguntar después.

- Durante el asedio, volviendo a utilizar las técnicas que ya emplearon para sacar a Manuel Noriega de su fortaleza panameña, los federales em-

plearon toda una panoplia de elementos de guerra psicológica contra los sitiados.

9 Está filmado cómo los federales dispararon contra las personas que intentaban escapar de las llamas.

- Durante el proceso judicial se han manipulado las pruebas para encubrir presuntas actuaciones criminales por parte de las autoridades.

1 «Señor, ¿va a venir usted a matarnos?» Esta era la angustiada pregunta que hacia por teléfono a un negociador del FBI un niño de corta edad sitiado junto a sus padres

por tenerlo a un negociador del FBI en un rincón de cada sala junto a sus padres y alrededor de un centenar de personas más en el rancho

Monte Carmelo a las afueras de Waco, Texas. Apenas unos días más tarde, casi todos ellos yacían muertos entre las ruinas calcinadas del edificio como resulta-

do de la intervención policial más desastrosa de la historia estadounidense.

El 19 de abril de 1993, en un rancho asentado en las llanuras de

Waco, Texas, los miembros de la secta conocida como los davidianos

fueron prácticamente masacrados en lo que constituye posiblemente la intervención más vergonzosa de la historia policial estadounidense, ya

de por sí violenta. Cuando por fin se despejó el humo del voraz in-

cenidio que se cebó en el rancho Monte Carmelo, casi noventa civi-

les yacían muertos, carbonizados entre las ruinas. La matanza había sido dirigida por los responsables de la ATF (Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego) y requirió la intervención de más de un cen-

tenar de agentes venidos de diferentes puntos de Estados Unidos y que habían recibido entrenamiento militar en Fort Hood para la oca-

sión. Llegaron hasta el lugar del asalto en un convoy de sesenta ve-

hículos, apoyado por tres helicópteros de la Guardia Nacional, un

avión de combate y vehículos blindados.

Tal despliegue de medios de destrucción en una operación policial, siendo extraordinario, no es ni mucho menos un acontecimiento inédito en EE UU. Las autoridades de este país nunca se han caracterizado por su paciencia con los grupos armados de ningún tipo y así lo han demostrado en repetidas ocasiones. Han sido varios los grupos radicales de izquierda, de derecha o religiosos masacrados con saña y precisión. Los miembros de la organización terrorista conocida como Ejército Simbiótico de Liberación -célebres por el secuestro de la rica here~ dera Patricia Hearst, que más tarde se uniría al grupo protagonizando el más espectacular caso de síndrome de Estocolmo de la historia murieron carbonizados en su cuartel general de Los Angeles en circunstancias parecidas a las de los davidianos. El tiroteo y muerte de los terroristas fueron televisados en directo a toda la nación.

Gordon Kaffi, un objetor fiscal perseguido por la muerte de un policía, sufrió la misma suerte y murió abrasado entre las llamas. Otro extraño y fatal incendio se declaró durante la captura del ladrón de bancos y líder del grupo conocido como «La Orden» Robert Matthews, que también pereció en el incendio. Mejor suerte tuvieron los 80 miembros de la Alianza de la Espada, un grupo de fanáticos religiosos que sufrió un asedio muy similar al de los davidianos y se libraron por poco del fuego.

Claro que todos estos casos palidecen ante el hollywoodiense bombardeo aéreo que en 1985 sufrieron los miembros del grupo radical negro MOVE en Filadelfia. La insólita acción -era el primer bombardeo aéreo jamás llevado a cabo en territorio continental estadounidense - se saldó con 11 muertos y dos bloques de edificios con-

vertidos en ruinas. Aunque si de acciones contra los radicales de color se trata la palma se la lleva la muerte de Fred Hampton, líder de los Panteras Negras, abatido a tiros por la policía de Chicago rruientras dormía plácidamente en su cama a las cuatro de la madrugada. Si men-

cionamos estos casos es porque éste es el contexto histórico y social en

el que debemos enmarcar lo sucedido en Waco'.

En otro orden de cosas, la masacre de Waco también tiene cierta re-

lación con la tragedia ocurrida en Jonestown (Guayana) quince años antes, ya que ambas fueron vendidas a la opinión pública como sendos suicidios masivos cometidos por sectas y sobre ambos pesa la sospecha de que la verdad pudo ser sutilmente distinta. Como en el caso del suicidio de Jonestown, tras la tragedia de Waco la versión oficial de los hechos se asentó en la opinión pública con asombrosa rapidez, no dejando prácticamente espacio informativo para el planteamiento de otras hipótesis. Las palabras clave de esta liturgia se repetían liasta la náusea en los medios de comunicación: secta, pedofilia, comuna, fanáticos, suicidio en masa, soclópatas... Así, la opinión pública quedaba condicionada por los medios.de comunicación estableciendo una

suerte de reflejo pavloviano que provocaba que cualquier inención de lo sucedido en Waco tuviera como respuesta la imagen mental de un grupo de fanáticos autoinvoluntándose en medio de las llamas. Esta imagen errónea, demonizadora y estereotipada, era el prerrequisito para justificar el genocidio de un grupo marcado para la extinción y que -al margen de sus miserias, que las tenían y muchas- tuvo

desgracia de encontrarse en el camino de intereses y poderes de los que nada sabían.

Cuestión de imagen

Los davidianos eran una escisión de los Adventistas del Séptimo Día. El grupo se estableció en Waco a mediados de los años treinta. principios de los sesenta, el grupo compró el rancho Monte Car

Linda Thompson, América under siege, documental elaborado para la American

1 Federation.

lo Y lo tomó como su lugar de residencia. Los davidianos y su líder espiritual desde finales de los ochenta, David Koresh practicaban un

a la de otros cristianos. Sus tipo de religión completamente diferente 1

ritos y reglas matriz 1 sistema de propiedad

mlc`n'alcs eran diferentes y sus, no tenía nada que ver con el del resto de los estadounidenses. Pasaban la mayor parte del tiempo en las instalaciones del rancho dedicados al estudio de la Biblia bajo la tutela de David Koresh. Eran diferentes, MUY diferentes, pero no hostiles ni Peligrosos. En las entrevistas que concedieron antes de su enfrentamiento con las autoridades daban la sensación de ser gente cortés, razonable y con puntos de vista sumamente ponderados. Hay que recordar que no estamos hablando de una secta destructiva de nuevo cuño, sino de una comunidad religiosa muy arraigada y con una tradición a sus espaldas. De hecho, existe un gran desacuerdo entre los diferentes expertos sobre si los davidianos eran una secta destructiva o, por el contrario, se trataba de una religión legítima, debate que, por otra parte, nadie se planteaba antes de los sucesos de Waco. Si no, veamos lo que decía al respecto Jack Harwer, el sheriff del condado de McLennan: «Lo que allí había era un puñado de mujeres, niños y personas mayores, todos ellos buenos, buena gente. Tenían creencias diferentes de los otros, creencias diferentes de las mías, quizá. Creencias diferentes a las que rigen nuestro estilo de vida, sobre todo en las religiosas pero básicamente eran buena gente. Los visitaba frecuentemente y no daban ningún problema, eran gente casada que siempre andaba ocupada en sus propios asuntos. La comunidad jamás tuvo queja de ellos, siempre se mostraban solícitos y atentos. Me gustaban.»

A lo largo de las seis semanas que duró el asedio de la ATF y el FBI al rancho de los davidianos, los medios de comunicación se llenaron de testimonios de agoreros y avisos apocalípticos que anunciaban el inminente suicidio de los davidianos. Todo ello contribuía a dar al cada vez más inminente asalto de las tropas federales el aura de una intervención humanitaria destinada a evitar una tragedia aún mayor. Durante el asedio, volviendo a utilizar las técnicas que ya emplearon para sacar a Manuel Noriega de su fortaleza panameña, los federales emplearon toda una panoplia de elementos de guerra psicológica contra los sitiados. Potentes altavoces emitían día y noche sonidos enervantes

como chillidos de conejos al ser degollados, cantos de morjes tibetanos

2 nos , villancicos, el rugir de aviones de reacción y, sobre todo, la repetición una y otra vez de la canción de Nancy Sinatra These boots were

made for walking'. No es de extrañar que con estos planteamientos el operativo recibiera el nombre en clave de Show Time.

La estrategia del asedio demostró ser tan extravagante como poco apropiada. El sentido de persecución es la clase de argamasa que man-

tiene unidas a las personas que pertenecen a grupos atípicos. Perversamente se les ofrece la prueba de que son especiales haciéndoles pensar que el «odio» del mundo es para ellos prueba del amor de Dios. La machacona canción de Nancy Sinatra y los cantos tibetanos no hacían sino reforzar la fe de quienes vivían en el campamento davidiano. Es fácil imaginárselos sentados en la oscuridad fétida, sin luz ni agua desde hacía días, pero regocijándose de que Dios los ha escogido para ser perseguidos. Por las noches, potentes reflectores apuntaban directamente a las ventanas del rancho para dificultar aún más el descanso de los sitiados. Las tropas

federales mi siquiera tuvieron un nui-

nimo rasgo humanitario cuando el propio David Koresh les suplicó que les suministrarán leche materna para poder alimentar a los bebés, ya que el estado de malnutrición en el que se encontraban las madres imposibilitaba que pudieran alimentarles adecuadamente dándoles el pecho'. Linda Thompson, abogada de los davidianos, intentó interceder ante los sitiadores con las siguientes palabras: «Por el amor de Dios, ¿caso el gobierno de Estados Unidos quiere que esos niños mueran

de inanición?» La respuesta que recibió la dejó helada y le hizo com-

prender que a duras penas sus clientes saldrían con vida de aquel ran-

cho: «Sí.»

El Dalai Lama elevó por ello una protesta ante el director del FBI William Sessions. 'El estribillo de esta canción dice: Estas botas se han hecho para andar, y eso es lo que van a hacer. Uno de estos días estas botas pasarán por encima de ti. Oír esto mientras por la ventana se podía contemplar a los comandos del FBI con sus brillantes botas militares rellenar los cargadores de sus fusiles de asalto era el efecto pretendido a la hora de escoger precisamente esa Canción.

4 Jayne Seminare Docherty y Kevin W. Avruch, Warning Lessons from Mao, Ulen the Parties Bring Their Gods to the Negotiation Table (Religion and Politics), Syracuse University Press, Syracuse, 2001.

El asedio en sí se desarrolló con lo comenzó el cerco, uno de los 19 "11. sitada dureza. El día que

dav'di"los'@'like Schroeder, había dejado el rancho por la mañana para ir a trab '

ajar corno de costumbre, Incluso se cruzó con el convoy policial sin que los agentes hicieran nada por detenerle. Hasta bien entrado aquel día Schroeder no supo nada de lo que estaba sucediendo en el lugar donde vivía. Cuando intentó volver a casa fue disparado por la espalda Por 40 menos de once agentes mientras intentaba escalar la verja nietábca_ Su cuerpo acribillado quedó allí colgando durante días, a la '1stá de' su esposa e hijo, que estaban dentro de la casa. Los federales finalínerite lo quitaron de la verja empleando un gancho manejado desde un helicóptero y dejándolo caer en un campo cercano al rancho, donde fue devorado por los perros salvajes y los buitres.

Los sitiados recibían a diario mensajes conti`adictorios por parte de sus sitiadores. Por un lado, el FBI instaba a los Ocupantes del rancho a deponer las armas y salir pacíficamente del recinto. Sin embargo, el 17 de abril el portavoz de la ATF declaraba que Cualquiera que intentara abandonar el complejo sería considerado una amenaza potencial para los agentes y, como tal, se dispararía c,)ntra él, algo que pudo comprobar en sus propias carnes uno de los davi1dianos, que aquella noche intentó abandonar el rancho a travé, de una de las ventanas de la cocina y vio frustrado su intento por 105 disparos de los agentes federales.

Guerra psí(ológica

El propósito de esta operación era DOni. en práctic cas técn' 1 a las más clás'

icas coerc tivas de lavado de cerebro, n@inando las facultades mentales de los sitiados y sometíendolesl un v4(ió de información que los hacía cada vez más dependientes,je David Koresh y, or tanto, reafirmaba su propósito de resistenclá Fue el Drop, p culpa de la aplicación de una metodol,)gía io FBI quien por

e"@,nca provocó la degelón de la situación allí plaríteada. Eso ya , nerac' '-e por sí es grave, pero niás aún si pensamos que en el rancho 1`1`Mres y niños que, a todas luces, debían ser considerados en una Sltu"1@n de este tipo como

rehenes civiles. Niños que en el dramático desenlace de los acontecimientos terrrnaron engrosando la lista de víctimas, niños que fueron torturados durante las seis semanas de asedio sufriendo las mismas condiciones inhumanas que sus padres, sin luz, agua corriente o ali-

mentos.

Otro hecho realmente sorprendente es que documentos recientemente dados a conocer ponen de manifiesto que los propios psicólogos del FBI desaconsejaron por completo el empleo de estos m@todos.

El sitio comenzó el 28 de febrero cuando los responsables de la ATF ante los

El año comenzó el 20 de febrero cuando los responsables de la ATF, ante los insistentes rumores que apuntaban hacia la desaparición de la agencia, que quedaría absorbida por el FBI, deciden llevar a cabo una operación espectacular que les devuelva a las primeras planas de los diarios y sirva para limpiar su imagen. El objetivo en cuestión serían los davidianos, los cuales, según los informes que poseía la ATE. es-

taban acumulando un gran número de armas. Esto era cierto. Con la excusa de defenderse ante un eventual ataque de los davidianos expulsados comenzaron a comprar armas automáticas a destajo, lo cual está pernuído por la ley del Estado de Texas, el más permisivo de to-

dos los de la Unión en cuanto a la venta y tenencia de armas. En 1992 las autoridades federales decidieron investigarlos porque recibieron información de que estaban produciendo ametralladoras, lo que sí es ilegal en este Estado, aunque más tarde no se pudo encontrar evíden-, cia alguna de la existencia de tales armas. Curiosamente, de haber sido verdad las alegaciones, la pena en el Estado de Texas por la posesión de una ametralladora sin licencia es una multa de 200 dólares y la requi-. sa del arma. Para cohno, Paul Fatta, uno de los davidianos que vivían, en el rancho, era titular de una licencia comercial de clase 111, que significaba que legalmente podía vender, comprar o almacenar cualquier, clase de arma de fuego. Fatta no se encontraba en el rancho el día asalto, y en la actualidad comparte con Bin Laden el ranking de 1 diez individuos más buscados por el FBI, con el epígrafe de «arma

y extremadamente peligroso».

Más curioso aún es comprobar que la única orden de detenci6 Í. que llevaban los agentes de la ATF había sido enútida contra Davi Koresh. Oficialmente, la ley no tenía nada en contra del resto de los bitantes del rancho. ¿Por qué entonces movilizar un operativo de 1

1 agentes Y tres helicópteros para una simpvlieajdetenc'ón? ¿Por qué no se arrestó a Koresh en uno de sus muchos - es al Pueblo o cuando hacílfooting todas las mañanas? El propio Koresh se dio cuenta de esta incongruencia: «Hubiera sido mejor que me hubieran llamado por teléfono y hubiéramos hablado. Yo no hubiera puesto ningún impedimento para que vinieran e hicieran su trabajo. 1 Podrían haberme arrestado cualquier día mientras hacíaJooting por la carretera, yendo al pueblo o yendo al centro comercial. Pero querían demostrar que la ATF tiene poder para sacar a alguien de casa, derribar puertas a puntaPiés y cosas así.»

Venganza

James L. Pate, en un artículo publicado en la revista Soldier of Fortune', sugiere que la principal motivación de la ATF era la venganza. Koresh era un conocido militante en pro de la tenencia de armas de fuego y contrario a la ATE Más probable es que se tratara de una operación de relaciones públicas, una redada de chalados que, con toda seguridad, apenas pasarían unas horas en las dependencias policíales tras ser interrogados. Lo importante era que las cámaras de televisión acompañarían a los hombres de la ATF y dejarían constancia de su celo en proteger a la sociedad de tales fanáticos armados. La OPCraclón tenía el nombre en clave de Caballo de Troya. El reportero Mike Wallace, del prestigioso programa 60 Minutos, fue uno de los periodistas a los que se perinitió acompañar a las tropas de la ATF en el asalto inicial: «Casi todos los agentes con los que hablamos nos manifestaron su creencia de que el ataque inicial contra aquella secta en Waco era un truco propagandístico ... » Durante el juicio, varios agentes de la ATF declararon que uno de los oficiales al mando de la operación gritó al bajar de los camiones, «comi'enza el espectáculo». Sin embargo, la operación

cause for raid on ranch Apo~ se», Soldier 9f Fortune, agosto de 1993. 'a]Yp]arnes L. Pate, «Wacos defective warrants: no probable

` CatOI M00rC, Davidian Mass~e: Disturbing QuestionsAbout Waco »ích Must BeAnswered, LegacY Conununications,Tennessee, 1995.

estaba condenada al fracaso. David Koresh había recibido una nústeriosa llamada telefónica anónima avisándole de la llegada de los agentes federales, una llamada en la que se le advertía de que más que una

redada aquello iba a ser una masacre ya que los agentes tenían órdenes de disparar primero y preguntar después. Mucho se ha especulado con la procedencia de esta llamada, cuyo origen no ha podido ser

deteriniffado. La existencia de esta llamada la conocemos a través del propio director de la ATF, Stephen Higgins, quien habló de ella en el transcurso de una entrevista televisiva.

El caso es que, fuera obra de un reportero desaprensivo que se ase-

guraba de esta manera la posibilidad de filmar el tiroteo en directo, o debida a oscuros intereses políticos que pretendían dejar en ridículo a la ATF, el caso es que el efecto del aviso no fue otro que conseguir que una comuna de fanáticos religiosos armados hasta los dientes estuviera esperando lo que ellos creían que era un ataque indiscriminado en

el que la ATF tenía órdenes de no tomar prisioneros. Miedo, fanatismo y armas constituían un cóctel explosivo.

Los SWAT (Special Weapons and Tactical Team) de la ATF llegaron a Monte Carmelo con un elaborado plan de asalto que debía desarrollarse en menos de un minuto. Tres equipos de televisión tuvie-

ron ocasión de grabar el recibimiento que los davidianos ofrecieron a

unos atónitos agentes que creían que el factor sorpresa estaba de su

parte. La emboscada se saldó con cuatro agentes muertos y dieciséis heridos. Los davidianos sufrieron seis bajas en este primer asalto.

Si alguien había pretendido dejar en ridículo a la ATF no podía haberle salido mejor la jugada. Más de la mitad de los heridos en la batalla: friega lo fueron por fuego amigo. Uno de los fallecidos, el agente Stephen Willis, encontró la muerte cuando uno de sus compañeros le disparó accidentalmente con su fusil de asalto y otro de los agentes se

hirió a sí mismo en la pierna.

De esta forma se inició un cerco que duró 51 días, y en el que participaron el ejército, el FBI, la policía de Texas y la propia ATE. Tras congelarse las negociaciones, el 19 de abril de 1993 se dio la orden de entrar. Curiosamente, aquel día se cumplía el cincuenta aniversario del incendio del gueto de Varsovia por parte de los nazis. Un

tanque rompió el muro exterior y la pared de la casa, disparando ga-

RI#;

ses lacrimógenos al interior. Los davidianos tuvieron que sufrir un ataque de ocho horas con gas CS, un compuesto altamente tóxico e inflamable.

CS

El gas CS es un polvo cristalino de color blanco que causa una violenta irritación de los ojos, quemaduras en la piel, vómitos y graves problemas respiratorios que, en casos de intoxicación aguda, pueden llegar a producir la muerte. Estados Unidos, junto con cien otras naciones, había firmado en enero de 1993 un tratado que prohibía el uso bélico del gas CS. El profesor de Harvard doctor Alan Stone testificó lo siguiente ante el Congreso estadounidense: «Puedo dar fe del poder del gas CS para inflamar rápidamente ojos, nariz y garganta, producir ahogamiento, dolor en el pecho, y náusea en varones adultos saludables. Es difícil de creer que el gobierno norteamericano haya querido deliberadamente exponer a veinticinco niños, la mayoría de ellos bebés y niños muy pequeños, a la acción del CS durante cuarenta y ocho horas».

El toxicólogo William Marcus testificó ante el Congreso de Estados Unidos que la molécula del gas CS contiene un «radical de cianuro» que podría haber sido absorbido trasdermalmente a través de la fina piel de los niños provocándoles la muerte. Además, el CS se convierte en un compuesto letal cuando se quema. De hecho, en los cuerpos de los supervivientes se encontraron niveles anormalmente altos de cianuro. El doctor Marcus también indicó que el gas CS es una partícula pesada que sólo permanece suspendida en el aire durante un breve período, quedando a ras de suelo durante el resto del tiempo, por lo que está contraindicado para su utilización en espacios cerrados, donde puede alcanzar fácilmente concentraciones entre 10 y 100 veces superiores a las correspondientes al margen de seguridad.

Los estadounidenses tardarían mucho en olvidar aquel fin de semana de abril de 1993, el más sangriento de su historia reciente has-

Sobre los efectos del gas CS y otros aspectos de la masacre de Waco, consultar la siguiente página web: <http://www-wizards0faz.com/waco/waco2.html>

ta los sucesos del 11 de Septiembre. Primero, el coche bomba en el aparcamiento del World Trade Center y poco después, el asalto de Waco. La CNN cu-

Contra y, poco después, el asalto de Waco. La CNN cu-

bró el suceso con sus habituales tintes propagandísticos, intercalando vídeos que mostraban el humeante edificio, mientras un enjambre de agentes de la ATF, protegidos por sus trajes de kevlar, se disponía a asal-

tar el complejo. La confusión era enorme y nadie sabía a ciencia cierta qué estaba sucediendo. Finalmente, a rriediodía, justo cuando varios

tanques M-60 iniciaban el asalto del rancho, una densa humareda se le-

vantó desde el edificio principal, produciéndose una serie de filertes

explosiones que culminaron con la muerte de 87 personas; sólo lograron salvarse diez de los ocupantes de Monte Carmelo'.

En primera instancia, el público asistió perplejo a esta demostración de demencia histórica hasta el momento inédita en aquel país: sectarios locos e integristas islárnicos no menos locos constituían estereo-

tipos fáciles de digerir por el público. El F131 inmediatamente anunció que dos de los númbros de la secta habían confesado ser los culpables del incendio. La oficina de investigación matizó más tarde estas decla-

raciones, afirmando que nadie había confesado aún ser el autor del incendio, pero que pronto lo harían ya que los francotiradores del FBI

les habían visto personalmente hacerlo. Edwin S. Gaustad, en su libro *A Documentary History of Religion in America since 1865* ', refleja la opi-

mon de un gran número de expertos respecto a que lo ocurrido en

Waco fue un suicidio masivo inducido por David Koresh. La del doctor Gaustad, profesor emérito de la Universidad de California, es la

«oficial» entre los especialistas en la materia.

Reglas de enfrentamiento

Más tarde se llevó a cabo una investigación «independiente» que, en efecto, incrinuaba a los davidianos en la autoría del incendio, con-

firmando aparentemente el escenario de suicidio masivo que proptig-

1 Carol Moore, op. cit.

1865, Eerdman%,

Edwin S. Gaustad, *A Documentary History of Religion in America since*

Grand Papids, 1993.

naba la propaganda oficial. Pero la verdad sobre el incendio de Waco estaba muy lejos de ser desvelada. De hecho, el investigador presuntamente independiente resultó ser un antiguo agente de la ATF, cuya es-

posa aún trabajaba en la oficina de Houston de esta agencia federal, di~ rigida por Phil Chojnacki, uno de los responsables del fiasco que fue el primer asalto al rancho de los davidianos.

Tuvieron que transcurrir muchos meses antes de que cornenzaran

a extenderse rumores que indicaban que la historia oficial podía no

ajustarse exactamente a la realidad en muchos aspectos. Un teletipo de la agencia Associated Press, en el que se decía que el F131 había derribado a golpe de explanadora las ruinas del rancho de los davidianos y posteriormente enterrado los escombros bajo una gruesa capa de ce-

mento, no contribuyó demasiado a inspirar la confianza de la gente. Las dudas sobre el origen del incendio que terminó con la vida de Koresh y 86 de sus seguidores comenzaron a surgir por doquier, especialmente debido a la chapucera forma en que las autoridades manejaron el caso. La matanza que tuvo lugar entre los davidianos de Waco comenzó a captar la atención del público, que ya dudaba de si la secta habría o no incendiado su propio rancho condenándose de esta mane-

ra a una muerte segura.

Por aquel entonces, Internet comenzaba en Estados Unidos su época dorada de mayor expansión. Para todos aquellos que tenían informaciones contrarias a la versión oficial de los hechos, el nuevo me-

dio de comunicación les permitía difundir sus ideas de forma rápida y barata. Las

diversas contradicciones que desacreditaban completamente la versión oficial comenzaron a aflorar. Como consecuencia de ello, oleadas de indignación recorrieron Estados Unidos y cada vez más

gente se interesó por un terna que ya había sido teóricamente dado por zanjado. Surgieron demandas contra el Gobierno por parte de familiares de las víctimas que se dieron cuenta de las contradicciones de la versión oficial, críticas de republicanos y demócratas contra la fiscal general del estado, Janet Reno, y airadas protestas por parte de las minorías religiosas, las milicias y la poderosa Asociación Nacional del Rifle.

La espoleta definitiva que hizo estallar este escándalo ante la opinión pública fue la presentación al público de un documental titulado Waco, the rules of engagement (Waco, las reglas de enfrentamiento). Se

trata de una película de gran calidad que metódica y convincente-

mente desarrolla cómo el Gobierno estadounidense -no David Koresh- fue el causante del incendio fatal que consumió el rancho de los davidianos en abril de 1993. Se trata de un poderoso alegato que a lo largo de dos horas presenta al público todas aquellas pruebas cuya existencia había sido negada hasta el momento por las agencias federales implicadas en el suceso.

El estreno del film tuvo lugar el 18 de enero de 1997 en el marco del festival de cine independiente de Sundance, en Park City, Utah. Automáticamente, dada su altísima calidad cinematográfica, obtuvo un clamoroso éxito de crítica y público. La película obtuvo el es-

paldarazo definitivo cuando en febrero de 1998 fue nominada por la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas para el Oscar al me-

yor documental y un primer premio al mejor reportaje de investigación.

Dan Gifford, productor ejecutivo del documental, declaraba orgulloso ante la prensa: «Ningún medio de comunicación nacional ha dicho nada de la vergonzosa actuación del gobierno en el incendio del rancho de los davidianos ni de cómo éstos fueron tiroteados con ametralladoras y fusiles de precisión cuando intentaban salir del edificio en

llamas, tal y como se muestra claramente en el vídeo de vigilancia aérea del propio FBI y que está incluido en Waco, las reglas de enfrentamiento.»

La nueva revelación

Tal fue el éxito del documental, que en 1999 se estrenó su se-

gunda parte, Waco: The new revelation (Waco: la nueva revelación), ro-

deada aun si cabe de mayor polémica que su antecesora debido a

que en ella se concretaban más aspectos apenas sugeridos en la primera parte, Gracias a Michael McNulty, el director de estos docu-

mentales, hoy sabemos que se empleó gas lacrimógeno inflamable en

el asalto final contra los davidianos, algo que el FBI negó con obstinación durante seis años hasta que el propio McNulty encontró las pruebas de que había sido así.

A lo largo de la Película también podemos ser testigos de primera mano de la incoherencia de diversas filmaciones tomadas desde los helicópteros que prometieron no cortar la electricidad como un incentivo por el progreso en sus negociaciones, los tácticos de F131 cortaron el suministro sin dar más explicaciones. El documental también pone especial énfasis en los vídeos tomados desde los aviones de reconocimiento que sobrevolaban el escenario de los hechos durante el asalto. En estas grabaciones, tomadas con cámaras infrarrojas, se aprecia una serie de llamadas alrededor del rancho que los tácticos piensan que son signos de fuego de fusil contra quienes intentaban abandonar el edificio en llamas. A raíz de esto, el ex agente de la CIA, Gen Cullen declaró al diario Dallas Morning News que en las fechas previas al asalto se barajó la posibilidad de desplegar en secreto efectivos de la 11.ª Fuerza Delta en Waco, los cuales habrían sido finalmente los responsables de la virtual ejecución de los davidianos. La presencia de miembros de la Fuerza Delta en Waco es especialmente grave, ya que la legislación estadounidense prohíbe de forma expresa la actuación de militares en apoyo de las

fuerzas del orden si no media la autorización del Congreso` ,

El Gobierno afirma que los miembros de la Fuerza Delta se encontraban allí en calidad de asesores y que en ningún momento tomaron parte en las acciones contra los davidianos. Sin embargo, March Bell, que se encontraba al frente de la comisión de investigación sobre el asunto de Waco que había puesto en marcha el Congreso estadounidense, descubrió que los militares ejercían sus labores de «asesoría» desde sitios tan poco usuales como el interior de los tanques o los puestos de francotirador: «Cuando me hablan de asesores me imagino a alguien dando consejos en la mesa de una sala de conferencias», declaró no sin cierta sorna el congresista,

El FBI se defendió de estas acusaciones alegando que los destellos que se veían en las imágenes se debían a «reflejos del sol», poniendo como prueba el hecho de que no se podían distinguir las siluetas de los

“David Hardy, This Is Not an Assault: Penetrating the Web of OJ, n

Official s Regarding the Waco Incident, Xlibris Corporation, Filadelfia, 2001.

agentes tras los fogonazos, pero «olvidaron» mencionar que los trajes de asalto están especialmente diseñados para camuflar a quienes los llevan ante estos dispositivos electrónicos. Lo endeble de estas explicaciones fue puesto en su momento de manifiesto por el antiguo fiscal general Rarrisey Clark, para quien la grabación infrarroja tomada desde el propio helicóptero del FBI demuestra que el FBI disparó un

intenso fuego de ametralladora contra el rancho davidiano en llamas. El vídeo infrarrojo también demuestra que los davidianos no dispararon contra los tanques como había informado el Gobierno “.

Buscando señales

Aparte de esto, las filmaciones fueron en su momento analizadas por el doctor Edward Allard, experto en interpretación de imágenes infrarrojas, quien dictaminó que las llamaradas proceden de hombres que se mueven por la parte trasera del edificio y que realizan lo que inequívocamente identifica como fuego de ametralladora. A través de un exhaustivo análisis fotograma a fotograma de estas imágenes, el doctor Allard estableció que los fogonazos se daban a intervalos extremadamente breves, en algunos casos de un treintavo de segundo: «Se trata inequívocamente de fuego automático [...] no hay absolutamente nada en la naturaleza que pueda causar rastros termales de esa intensidad en un treintavo de un segundo... » El análisis del doctor Allard establece que las partes del edificio sometidas a un fuego más intenso fueron precisamente las salidas, y que se produjo fuego de ametralladora desde uno de los helicópteros que sobrevolaban la zona contra

quienes pretendían escapar del rancho en llamas. Precisamente en un de esas salidas se encontraron quince cadáveres cosidos a balazos. Para explicar este hallazgo, el FBI declaró que los davidianos se habían suicidado, bien disparándose ellos mismos, bien disparando los unos con-

tra los otros. En cuanto a los presuntos reflejos que según el FBI y la ATF habrían provocado la aparición de destellos en las filmaciones, el

l' David B. Kopel y Paul H. Blackman, No More Wacos: U4wt'k Wrong With Federal “w Enforcement and How to Fix It, Prometheus Books, Nueva York, 1997.

doctor Allard es categórico: «Con la física en la mano, es completamente imposible que aquellas cámaras registrasen reflejos solares de ningún tipo.» Es más, como buen científico, el doctor Allard no se limitó a ser categórico en sus afirmaciones, sino que, además, dio una demostración experimental de lo que decía, mostrando una filmación infrarroja de soldados estadounidenses en Somalia que disparaban sus armas mientras descendían en paracaídas sobre un objetivo. Pues bien, los destellos de las armas de los marines son virtualmente idénticos a los que aparecen en las filmaciones tomadas en Waco.

Otro experto, Maurice Cox, antiguo analista de imágenes de la CIA, intentó de buena fe apoyar las alegaciones del FBI usando los principios de la geometría solar. Sin embargo, el informe de Maurice Cox concluía que los fogonazos que aparecían en las grabaciones sólo podían ser fruto de un tiroteo. En enero de 1999 Maurice Cox desafió al director del FBI Louis Frech y a sus científicos a que intentasen, rebatir sus resultados. Hasta la fecha no ha habido ninguna contestación. . El FBI tenía tres francotiradores desplegados en el teatro de operaciones que recibían los nombres en clave de sierra uno, dos y tres. Como ya hemos comentado, el Gobierno ha declarado categóricamente y ha repetido hasta la saciedad que no se produjo ningún disparo contra el rancho aquel 19 de abril. Pero el agente especial del FBI Charles R-fley

escribió en su informe que oyó varias detonaciones aquella mañana procedentes de la posición del francotirador número 1. Se da la circunstancia de que en esa posición se encontraba el francotirador del FBI Lon Horiuchi, Como es casi seguro que a nadie le diga gran cosa este nombre, permítaseme poner rápidamente en antecedentes al lector. Aproximadamente siete meses antes de los sucesos de Waco, el

1 FBI se vio envuelto en otra intervención desastrosa en un lugar llamado Ruby Ridge. En aquella intervención, Lon Horiuchi fue el francotirador del FBI que disparó contra una madre lactante desarmada, Vicki Weaver, Y el hijo que llevaba en los brazos. Nunca se demostró que Horiuchi fuera el asesino, pero el Gobict` 110 indemnizó al esposo y padre de las víc_ timas con más de tres infflones de dólares.

Desgraciadamente, no era la primera vez que algo así sucedía en Estados Unidos. En 1971 un motín en la prisión de Attica se saldó con la muerte de todos los rehenes y participantes en el motín. Las autop-

sias pusieron de maffiisto grandes lagunas en la versión oficial, sugiriendo que las tropas que asaltaron el centro pemitenciarlo dispararon indistintamente contra rehenes y secuestradores.

El bunker de la muerte

En el caso de Waco, las autopsias revelaron algunos hechos estremecedores que contradecían las tesis oficiales. En noviembre de 1993 el patólogo que hizo las autopsias de las víctimas, el doctor Rodney Crowe, declaró que los niños que habían fallecido a causa de traum- atismos va-

rios, y de los que el FBI afirmaba que habían sido niatados a golpes por sus padres, fueron de hecho víctimas de la caída de un muro de hormigón derribado por un tanque tras el cual las madres pensaban que ten-

drían un refugio seguro. Esta parte del complejo, que los agentes del FBI denorruinaban «el búriker», fue especialmente castigada por los ataques y allí murieron alrededor de 40 mujeres y niños. Nizaam Peerwani, un perito médico que testificó en el juicio de los davidianos (transcripciones:

5979,6029), declaró que un elevado número de mujeres y niños que se

encontraban en este cuarto de cemento murieron debido a la asfi-xia tras quedar enterrados bajo las ruinas de las paredes derribadas por los tanques.

Los cuerpos de los davidianos muertos fueron almacenados en

contenedores frigoríficos para preservarlos el tiempo que fuera nece-

sario hasta que se pudieran llevar a cabo análisis forenses más detallados que esclarecieran las circunstancias de sus muertes. Estos contenedores fueron puestos en su momento ba .o la custodia del FBI. Sin

j embargo, alguien cometió un error imperdonable y durante varios días los contenedores estuvieron sin suministro eléctrico. Los cuerpos que se guardaban en su interior se descompusieron rápidamente y perdieron cualquier valor que pudieran tener como prueba.

Conclusión

Éste es el macabro epílogo de la tragedia deWaco y del encubrinuento por parte de las autoridades de lo que allí sucedió realmente.

Aunque actualmente tenemos *nd'c”

1 1 ‘Os más que suficientes para hacernos una idea de la barbarie cometida durante el asedio y asalto al rancho de los davidianos, sin embargo, las razones que flevaron a que se produjera semejante situación aún se encuentran veladas por el más profundo de los nlisterios. ¿Se debió la tragedia a un cúmulo de errores por parte de las tropas federales? ¿0 fue algo Premeditado, una especie de ensayo general del Procedimiento Para quitar de la circulación a grupos disidentes armados Potencialmente peli licias de extrema derecha? grOSOS, como las mi-

CAPÍTULO XX LA GRAN IMPOSTURA I_a otra ínfamia del 1 1-S

Los servicios de espionaje norteamericanos tenían desde diciembre

de 2000 numerosos indicios de que Osarna bin Laden preparaba un gran

atentado en territorio estadounidense y estaban familiarizados con el plan

de Al Qaeda de utilizar pilotos suicidas en acciones a gran escala.

El autor francés Thierry Meyssan presenta en su libro La gran írn- postura una impresionante panoplia de pruebas que indican que el Pen- tágono habría sido alcanzado por un misfl en lugar de por el impacto de un avión.

- Los terroristas suicidas que se estrellaron contra las torres tenían co- laboradores en tierra de los que no se ha contado nada hasta el momento.

Hasta hoy no se ha aclarado la cuestión de si el vuelo 93 fue o no de- rribado por los cazas que iban en su persecución.

o EL F131 conocería la identidad del terrorista del ántrax, pero su vinculación con los programas secretos de armamento biológico lo dejarían

fuera del alcance de la agencia.

No por tópico es menos cierto que los atentados del 11 de septiembre de

2001 marcaron un antes y un después en el curso de los acontecimientos mun- diales. Sin embargo, a pesar de que aquel día cientos de millones de ojos de todo el planeta estabanfijos en las Torres Gemelas y el Pentágono, más de un año

después de los hechos aún quedan muchos puntos oscuros en la versión oficial que podrían hacer pensar que la verdad es considerablemente más compleja de

lo que se nos contó en un primer momento.

El 11 de septiembre de 2001 y a las 8.45 de la mañana, hora local de NuevaYork, la humanidad comprendió de la forma más dura posible que, en contra de la opinión de los pensadores de moda, la historia no

había ternu'nado. Conceptos que horas antes parecían irrefutables, como la hegemonía e invulnerabilidad de Estados Unidos, quedaron en entredicho por la tremenda fuerza de los acontecirm,entos. Los nor-

tearnericanos ya habían padecido el azote del terrorismo en dos oca-

siones, en 1993 con el primer atentado contra el World Trade Center y en 1995 con la voladura del edificio federal de Oklahoma City; pero esos dos acontecinuientos, si bien habían impresionado vivamen-

te a la opinión pública estadounidense, no la habían preparado para lo que estaba por venir. Lo impensable había sucedido. El Pentágono, símbolo del poderío militar estadounidense, y las Torres Gemelas, em-

blema de su pujanza econónuica, habían caído bajo el ataque de un

agresor externo.

Cientos de nufflones de personas permanecieron durante horas frente a las pantallas de los televisores sin ternuinar de dar crédito a lo que estaban viendo. Cundía un estado de estupor general, de irrealidad kafliciana ante la magnitud de lo que ocurría. Era la clase de sen-

timiento que se tiene cuando uno es alcanzado por la fatalidad y no

tiene mas remedio que asumirlo aun cuando una parte de su mente se

niega a creer el hecho.

Los ataques del 11 de septiembre se saldaron con un total de 3.025 víctimas mortales, más los 19 secuestradores aéreos que perpetraron los atentados. El número de víctimas mortales en el ataque al Pentágono fue de 184, según el Departamento de Defensa. Otras 40 personas murieron cerca de Shanksville (Pensilvania), cuando se estrelló un tercer avión tras un motín protagonizado por los secuestrados. El resto de las víctimas fallecieron en el World Trade Center de NuevaYork, mu-

chas de ellas llúembros de los cuerpos de salvamento.

Casi inmediatamente comenzaron a surgir una serie de interrogantes respecto a los atentados, su autoría y los tremendos fallos de los servicios de seguridad implícitos en su éxito. Hasta hoy, más de un

año después del fatídico día y con una guerra en Afganistán de por medio, la captura del presunto responsable de los atentados, el integrista musulmán Osama bin Laden, se ha convertido en una noticia insuperable. A ello hay que sumar la turbia historia del ataque biológico que, a través del ántrax, sacudió al país y durante meses alentó la psicosis de terror en la población.

Negligencia criminal

Uno de los aspectos de los atentados del 11-S que más llama la atención de propios y extraños es cómo fue posible que todo aquello se planease y se llevara a cabo ante las mismas narices del FBI, la CIA y la NSA (Agencia Nacional de Seguridad), agencias de inteligencia consideradas entre las mejores del planeta y que cuentan con los medios materiales más avanzados y los profesionales más capaces. Diversas informaciones aireadas por distintos medios de comunicación han puesto en evidencia que el funcionamiento de los servicios secretos norte-

americanos resultó sospechosamente ineficaz, máxime cuando existían indicios sobrados para suponer que algo así podría suceder. El autor estadounidense Dennis Laurence Cuddy va mucho más lejos al afirmar en su libro *September 11 prior knowledge* que la única explicación a esto

es que las pistas fueran premeditadamente guardadas en un cajón para permitir que el 11-S tuviera el desenlace que todos conocemos.

Los servicios de espionaje norteamericanos tenían desde diciembre de 2000 numerosos indicios de que Osama bin Laden preparaba un gran atentado en territorio estadounidense y estaban familiarizados con el plan de Al Qaeda de utilizar pilotos suicidas en acciones a

gran escala: «Al Qaeda podría estrellar un avión cargado de explosivos contra el Pentágono, la sede de la CIA o la Casa Blanca.» Ésta es una

frase textual sacada de un informe redactado por el Consejo de Inteligencia Nacional y distribuido a todas las agencias de seguridad.

Semanas antes de los ataques terroristas del 11 de septiembre, Estados Unidos y la ONU no hicieron caso de las advertencias confidenciales de un errúario del régimen talibán respecto a que Osama bin Laden estaba planeando un ataque a gran escala en territorio norte-

americano'. La advertencia fue facilitada por un ayudante de Wakil Ahmed Muttawakil, ministro de Asuntos Exteriores de los talibanes, cuya aversión a la presencia de los hombres de Bin Laden en su país era co-

'Dennis Laurence Cuddy, *September 11 prior knowledge*, Hearststone Publishing, Oklahoma City, 2002.

2Kate Clark, «Revealed: The Taliban minister, the US envoy and the warning of September 11 that was ignored», *The Independent*, 7 de septiembre de 2002.

nocida. Muttawakil, ahora bajo custodia norteamericana, demostró ser

1 un diplomático con excepcional visión de futuro ya que pensaba por aquel entonces que la protección de los talibanes hacia Bin Laden y Al Qaeda llevaría a la destrucción de Afganistán por el ejército norteamericano. En su momento le comentó a su ayudante: «Los invitados van a destruir la casa», tras lo cual le ordenó que alertara a EE UU y a la ONU sobre lo que iba a suceder. Por aquellas mismas fechas el FBI y la CIA tampoco tomaron en serio la advertencia de que estudiantes fundamentalistas islámicos se habían inscrito con algún propósito en escuelas de vuelo estadounidenses. El 10 de julio de 2001 la oficina del FBI en Phoenix (Arizona) enviaba a la central de Washington un informe dando aviso de la presencia de los terroristas en Florida y diciendo que todas las escuelas de aviación fueran investigadas buscando posibles miembros de Al Qaeda.

Pero si de buscar antecedentes se trata, éstos existen desde hace mucho. En 1995 la policía filipina informó al FBI de que un detenido de Al Qaeda había confesado la existencia de un plan para llevar a cabo un atentado suicida en territorio estadounidense secuestrando un avión comercial y estrellándolo contra un objetivo de valor simbólico. Mucho más cerca de la fatídica fecha, el 5 de julio de 2001, Richard Clarke, máximo responsable de la lucha antiterrorista en Estados Unidos, advierte sobre el peligro de atentados en una reunión con miembros del FBI y la Agencia Federal de Aviación (FAA): «Algo espectacular va a ocurrir aquí y va a ocurrir pronto.» De hecho, estaba tan seguro de la inexistencia de un gran atentado que Clarke ordenó a todos los miembros de su oficina que cancelaran viajes, permisos y vacaciones. Casi al mismo tiempo, la FAA informa a las compañías aéreas de que

vacaciones. Casi al mismo tiempo, la FAA informa a las compañías aéreas de que «grupos terroristas preparan el secuestro de aviones».

Conocimiento previo

111 realizado una serie de propuestas para mejorar la seguridad del país en prevención de un

vi eventual ataque terrorista, propuestas que no obtuvieron la aprobación

del presidente Bush hasta agosto, cuando ya era demasiado tarde.

Es relativamente cierto que nadie, al menos oficialmente, fue capaz de predecir la tragedia del 11-S; nadie podía saber de antemano cómo

y cuándo se producirían los ataques. Pero eso es sólo la mitad de la ver-

dad. Aquel verano, en Washington, había un nutrido grupo de asesores,

expertos en seguridad, burócratas y legisladores que anunciaba a los

cuatro vientos, sin que nadie pareciera escucharlos con demasiado in-

terés, la inminencia de un ataque terrorista a gran escala contra inte-

reses norteamericanos. Semanas después, los mismos que hicieron oídos sordos a los avisos tuvieron que enfrentarse con el derrumbamiento de la eficacia del aparato de seguridad nacional para ocuparse de la ame-

naza terrorista.

El 15 de agosto, agentes de la oficina del FBI en Minnesota proceden a la detención de un sospechoso, Zacarías Musau, matriculado en

una escuela de aviación local, que había sido denunciado por sus profesores a los que les pareció sumamente extraño su empeño de no

querer aprender a despegar o aterrizar, sino sólo el manejo de un avión

comercial en vuelo. En su informe de los hechos, un agente del FBI, que demostró tener bastante más visión que sus superiores, comenta que el detenido «es la clase de persona capaz de estrellar un avión contra el World Trade Center». Por ello, y sabiendo que el presunto terrorista estaba considerado como muy peligroso por las fuerzas de seguridad francesas, solicitaron que se procediera a una investigación al más

alto nivel amparándose en la Foreign Intelligence Surveillance Act de

1978, algo que les fue expresamente prohibido por sus superiores de Washington.

Dos días más tarde, los servicios secretos estadounidenses presentaban ante Bush un informe titulado «Bin Laden decidido a atacar en

EE UU», en el que el secuestro de aviones comerciales se volvía a contemplar como algo muy probable a corto plazo. Es comprensible que tales hechos hayan despertado no pocas suspicacias y que el politólogo británico y activista de los derechos humanos, Nafez Mosaddeq Ahmed, escribiera: «Existen pruebas de que la comunidad de inteligencia americana tenía un extenso conocimiento previo de los ataques

11 Michael Elliot, «Could 9/11 Have Been Prevented?», Time Magazine, 4 de agosto de 2002.

del 11 de septiembre en Nueva York y Washington. Un gran número de pruebas sugiere que los ataques pueden, de hecho, haber estado en

sintonía con los intereses de ciertos elementos de la Administración Bush ... ».

El sábado, 6 de abril de 2002, José Vidal Beneyto, catedrático de la Universidad de la Sorbona y consejero principal del presidente de la Unesco, se mostraba igualmente suspicaz en las páginas del diario El País: «Seis meses y medio después de los monstruosos atentados de Nueva York y Washington, cuando todavía no disponemos de una ex-

plicación oficial y definitiva sobre ellos, y cuando siguen sin esclarecerse muchos aspectos relativos a sus autores y estrategia, las contradicciones entre las declaraciones de los primeros momentos y los datos e informaciones que se han ido difundiendo después, han creado un malestar difuso, pero cada vez más amplio, que la persistencia del silencio y del secreto impuestos por el Gobierno norteamericano fortalece y agrava. Tanto más cuanto que todo esto sucede en un clima de gran

fortalece y agrava. Tanto más cuanto que todo esto sucede en un clima de gran desconfianza informativa, consecuencia de numerosas disfunciones de los medios y, en particular, del recurso sistemático al ocultamiento y a

la manipulación por parte del poder político, sobre todo con ocasión de los conflictos bélicos. Recordemos las acciones violentas en Irán atribuidas a extremistas que sirvieron para acabar con Mossadegh; las agresiones antiamericanas en Guatemala que justificaron el golpe de Estado que derrocó al presidente Arbenz; los diversos intentos de desembarco en Cuba y entre ellos el de la bahía de Cochinos; al igual que los incidentes de Tonkin que justificaron la intervención en Vietnam.

Operaciones todas ellas atribuidas a grupos comunistas y/o revolucionarios y que luego hemos sabido que fueron preparadas y ejecutadas por los servicios secretos norteamericanos, que además se sirvieron de ellas para intoxicar a la opinión pública mundial».

‘ Nafez M. Ahmed, *The War on Freedom: How and why America was Attacked*, Tree of Life, California, 2002. ‘José Vidal Beneyto, «Incógnitas del 11 de septiembre», *El País*, 6 de abril de 2002.

Una guerra preparada

También fue muy sospechoso el hecho de que el plan de guerra para actuar contra Al Qaeda estuviera listo desde un mes antes de los atentados. Este plan contenía, punto por punto, la estrategia seguida después en la guerra de Afganistán: uso de la Alianza del Norte como fuerza de choque, creación de una coalición internacional que con-

solidase la ocupación y acoso a las finanzas terroristas, con embargos masivos de cuentas y corte de fuentes de abastecimiento a través del narcotráfico y otras.

La confirmación de que todas estas suspicacias respecto al posible conocimiento previo de los atentados no eran simple paranoia llegó el

11 de abril de 2002, cuando el subdirector de la CIA, James Pavitt, dio una conferencia en la Universidad de Duke. La transcripción de aquella intervención puede ser libremente consultada en la propia página web de la CIA, y en ella Pavitt declara abiertamente que la CIA tenía conocimiento de los ataques del 11 de septiembre antes de que éstos se produjeran. Pavitt no hacía sino confirmar lo que ya se sabía. No sólo hubo abundantes advertencias de antemano, procedentes de los servicios de inteligencia extranjeros y las agencias de investigación in-

ternas de EE UU como el FBI, sino que el gobierno norteamericano

se encontraba en posesión de considerable información actualizada procedente de la vigilancia electrónica y física de Osama bin Laden y sus socios en Al Qaeda.

Por otro lado, y contrariamente a las afirmaciones hechas desde las instituciones respecto a que nadie esperaba un desastre de semejantes características, se ha sabido que «casualmente» en la mañana del

11 de septiembre de 2001, John Fulton, uno de los mayores expertos mundiales en prevención de riesgos y amenazas, y su equipo de la CIA estaban llevando a cabo un ejercicio de simulación cuyo asunto

era un avión comercial que se estrellaba contra un rascacielos.

Tal cúmulo de irregularidades llevó a la formación de un comité

de investigación en el Senado estadounidense, que llegó a la conclu-

sión de que los supervisores del FBI en Washington cometieron erro-

res que directamente impidieron a los agentes de campo conseguir información vital que hubiera podido impedir los ataques del 11 de septiembre. El informe del Senado se enfoca en los errores en el caso de Zacarías Musaul, la única persona acusada directamente de los aten-

tados, y no ha tenido en cuenta el hecho, denunciado por la cadena CNN, de que el casero de dos de los secuestradores era un confidente del FBI infiltrado para espiar las actividades de radicales islámicos en

territorio estadounidense y delante de cuyas narices se prepararon los atentados sin que fuera capaz de informar a sus superiores de nada sospechoso.

Pero quizá la indicación más autorizada de la existencia de graves irregularidades en cuanto a un posible conocimiento previo de los atentados fue la que en su momento dio el propio presidente Bush: «Estaba sentado fuera de la clase, esperando el

era el propio presidente Bush. Estaba sentado fuera de la clase, esperando el momento de entrar, y vi

un avión que chocaba contra la torre -la televisión estaba, claro está, encendida-. Y como yo mismo he sido piloto, me dije, pues vaya, qué mal piloto. Dije, debe tratarse de un horrible accidente. Pero [entonces] me llevaron [a la clase] y no tuve tiempo de pensar en eso. Esta-

ba pues sentado en el alt1a y Andy Card, nu secretario general, que pude ver sentado allí, entiró y me dijo: "Un segundo aparato se ha estrellado contra la torre, I-Jorteamérica está siendo atacada% ". Bush nuenta cuando dice que Ylo el primer avión estrellarse contra elWorld

Trade Center. Aunque, si no nuente, la cosa es aún peor. Las televisiones no enútieron imágenes-es del impacto del primer avión hasta trece

horas después del siniestrc). La única manera de que Bush pudiera haber dicho la verdad es que- viera dichas imágenes a través de uno de los monitores de la sala de comunicaciones de emergencia que se montó

en el colegio con motivo de su visita y, si fue así, es que alguien cer-

cano a la Casa Blanca se Fiabía ocupado de colocar una cámara frente

' <http://Y~.cia.gov/cia/public-affair--s/speeches/pavitt-04262002.html>.

7Patrick Martin, «Was the US governrne-nt alerted to September 11 attack?»,World Socialist Web Site,<http://www.wsws.org/articles/D-002/jan2002/sept-jl6.shtml> ' «Agency planned drill for plane crash laast Sept. 11, Associated Press, 22 de agosto de 2002.

' «Senate Conuruttee Criticizc@s FBI», Chicago Tribune, 28 de agosto de 2002.

El contenido de esta intervwcción puede ser consultado en la propia página web de la Casa Blanca: <http://w^.wlúteh.c.>use.gov/news/releases/2001/12/20011204-17.html>

al World Trade Center en previsión de lo que iba a ocurrir. Un dato más para tener presente. Después de ser avisado de que el país esta-

ba sufriendo una agresión, Bush continuó leyéndoles a los colegas durante casi otra media hora, una reacción extraña para el presidente de una nación supuestamente bajo el ataque de un enenuigo desconocido.

La gran impostura

A partir de los atentados del 11-S cualquier postura u opimon «políticamente incorrecta» respecto a lo sucedido quedó virtualmente proscrita de los grandes medios de comunicación. No es por ello de extrañar que Internet se convirtiese en el gran foro de debate en el que a diario surgían argumentos y teorías más o menos descabellados en función de las filias o las foblas de cada cual. La teoría de la conspiración, en la mente de un gran número de ciudadanos pero imposible de verse reflejada, ni siquiera para ser rebatida, en los medios de comunicación, asentó sus reales en la red. Así que no es casualidad que 1-4 gran impostura ", el único libro que hasta ahora ha planteado una alternativa sólida a la versión oficial de los hechos, sea obra de Thierry Meyssan, presidente de la red digitalVoltaire. Meyssan aporta un abrumador cúmulo de datos que apuntan a que en realidad sabemos muy poco de lo que se coció en la trastienda de los ataques terroristas, sugiriendo la posibilidad de que los instigadores procedieran de sectores muy alejados del integrismo islármico. El libro levantó un enorme clamor de indignación en Francia, siendo atacado por la práctica totalidad de la prensa escrita y audiovisual del país. Curiosamente, la respuesta del público ante tal cúmulo de críticas no pudo ser más favorable, con-

virtiéndose en un éxito editorial sin precedentes en aquel país con

más de 150.000 ejemplares vendidos en un mes. ¿Cómo se explica este extraño fenómeno? Con su obcecada defensa de la versión políticamente correcta de los hechos, los críticos de Meyssan no hicieron sino poner de manifiesto la ingente cantidad de puntos oscuros que

" Thierry Meyssan, La gran impostura, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002.

existían en una historia aparentemente cerrada. La reacción lógica del público fue acudir al lugar donde, al menos, se le ofrecía respuestas.

Se esté o no de acuerdo con el autor, Meyssan expone en su obra un rosario de datos perfectamente contrastados que, como poco, resultan ciertamente inquietantes. Gracias a él sabemos, por ejemplo, de los sólidos lazos comerciales que unen a las familias Bush y Bin Laden.

El libro de Meyssan centra su argurriente en las extrañas circunstancias que rodean al atentado del Pentágono. El mero hecho de que un avión de pasajeros consiguiera impactar contra este complejo es ya de por sí extraordinario si tenemos en cuenta que se encuentra protegido por cinco baterías de misiles y dos escuadrones de cazas, el

11 3e Fighter Wing de la fuerza aérea y el 32 1 e Fighter Attack de la marina.

El avión perdido

Tampoco el atentado en sí está exento de anomalías. A pesar de que el Pentágono tiene una superficie de decenas de miles de metros cuadrados y una altura de tan sólo 24 metros, el piloto suicida decidió estrellarse contra la pequeña fachada en lugar del magnífico blanco que ofrecía el techo en donde, además, los daños hubieran sido considerablemente mayores, suponiendo casi con seguridad la destrucción total de al menos una de las alas del edificio. El piloto no sólo escoge un blanco durrúriuto, sino que con una habilidad que deja pequeña a la de sus camaradas de las Torres Gemelas le acierta de Heno sin rozar siquiera el suelo, como atestigua el immaculado césped que se encontraron los bomberos al llegar al lugar de los hechos y que aparece reflejado en las fotografías de aquellos dramáticos momentos.

Pero en aquellas fotografías, mucho más sorprendente que lo que se puede ver es precisamente lo que no aparece en ellas. La primera y más importante tarea después de producirse un atentado de estas características sería exarránar los restos del avión y determinar el punto de impacto, la trayectoria, ángulo y velocidad del aparato en el momento del choque. Sólo que en este caso hay un problema. ¡No existía ningún resto reconocible de aquel Boe1ng 757! Ni fuselaje, ni sec-

ción de la cola, ni una rueda, un instrumento de la cabina, las alas, una maleta o asiento. Ni un solo cuerpo pudo ser encontrado. No existe un solo documento gráfico que muestre el menor trozo reco-

nocible del avión siniestrado, algo realmente extraño ya que si hacenos memoria de nuestros recuerdos televisivos de todo tipo de desastres aéreos, incluido el de las Torres Gemelas, siempre ha quedado en

el escenario de los hechos alguna pieza enorme, corno los motores

-sólidos bloques de acero prácticamente indestructibles- o la cola.

En este caso no es así y los expertos estadounidenses se esfuerzan en hacernos creer que por primera vez en la historia de los accidentes aéreos el aparato se desintegró a causa del violento impacto.

Por otro lado, los testimonios de testigos presenciales del choque nos hablan de un pequeño aparato con capacidad para apenas una de-

cena de pasajeros, y los controladores aéreos de servicio durante el desastre afirman que la capacidad de maniobra del aparato que se es-

trelló contra el Pentágono nada tiene que ver con la de un avión corriercial. ¿Existe alguna hipótesis capaz de explicar satisfactoriamente todas estas anomalías? Existe, pero sus implicaciones son mucho más

terribles que el atentado en sí. Un rrn'sil de tipo AGM de carga vacía y punta de uranio habría podido ser el causante de los daños producidos en el Pentágono, pues sus características coinciden plenamente con lo que dijeron ver los testigos y con las capacidades observadas por los controladores aéreos. Asimismo, un misil de este tipo podría haber enutido un «código arrugo» que desactivara las defensas del Pentágono y le permitiera alcanzar la fachada sin ser interceptado.

Existen, además, otras complicaciones respecto a la versión oficial del ataque al Pentágono. La pregunta más obvia que cabe hacerse es

cómo y por qué aquel ataque pudo ocurrir tanto tiempo después de los dos ataques al World Trade Center. El vuelo 77 de American Air-

lines, que según los informes fue el que se estrelló contra el Pentágono, partió del aeropuerto internacional Dulles de Washington a las

8. 10, varios nu'nutos después de que los dos vuelos que se estrellaron contra las Torres Gemelas dejaran el aeropuerto Logan de Boston. Esos dos vuelos impactaron contra las torres a las 8.45 y a las 9.05.

Curiosamente, el vuelo 77 no chocó contra el Pentágono hasta las

9.40, a pesar de que la distancia que tenía que recorrer hasta Regar a

su blanco era mucho menor, unos pocos kilómetros. ¿Por qué llegó tan tarde? Según la versión oficial, el avión voló hasta Kentucky antes de dar media vuelta y volver hasta casi el mismo lugar del que había partido. Pero ¿por qué haría eso? ¿No se supone que estamos ante un ataque magistralmente coordinado y planeado? ¿Por qué los secues-

tradores esperaron hasta que el primer ataque ya se hubiera completado antes de hacerse con el poder en el avión, virar en redondo y hacer un viaje de 800 kilómetros hasta su blanco? ¿Y cómo sabrían que, con las dos torres del World Trade Center en llamas, el sistema de defensa aérea de la nación más poderosa del planeta no estaría en estado de máxima alerta, con escuadrillas de cazas sobrevolando Washington, Nueva York y la mayoría de los blancos posibles? ¿Cómo podrían sa-

ber que nadie les molestaría en su viaje de 800 kilómetros hasta el corazón de Washington DC?

Lo supieran o no previamente, el caso es que así fue. En su edición del 15 de septiembre de 2001, el rotativo The Boston Globe desvelaba que ningún caza fue autorizado a despegar a pesar de que el mando aéreo de combate estaba al corriente de los secuestros desde al menos

10 minutos antes del impacto del primer avión contra las Torres Gemelas. Los cazas permanecieron en tierra hasta después de que el Pentágono fuera alcanzado. Como escribió en su momento un comentarista del The New York Times: «Se hace difícil creer que aquel tercer avión no fue detectado, pero es mucho más duro pensar que fue detectado y ras-

treado durante más de media hora y no se tomó ninguna medida al respecto porque los oficiales al mando no supieron qué hacer».

Control remoto

Más de uno pensará que todas las especulaciones son tolerables en lo que respecta al Pentágono. Sin casi testigos, sin documentos gráficos del momento del impacto, es admisible que dadas las pruebas posteriores existieran algunas irregularidades difíciles de explicar. Sin em-

12 Jared Israel, «Criminal negligence or treason?», The New York Times, 15 de septiembre de 2001.

bargo, en el atentado a las Torres Gemelas, seguido en directo por cientos de millones de personas en todo el planeta, no hay lugar para suspicacias, anomalías, ni conspiraciones... ¿O tal vez sí?

El semanario portugués en lengua inglesa The Portugal News presentó en su momento una interesante versión de los ataques del 11 de septiembre que, inexplicablemente, no fue suficientemente atractiva para llamar la atención de la prensa internacional. El informe, realizado con

todo rigor por expertos independientes, advierte al público norteamer-

icano de que la versión oficial es susceptible de escrutinio. Un grupo de pilotos civiles y militares estadounidenses dirigidos por el coronel Donn de Gran fue invitado a unas jornadas de reflexión sobre el tema, y tras 72 horas de deliberaciones concluyó que los secuestradores de los cuatro aviones de pasajeros envueltos en la tragedia del 11 de septiembre no tenían el mando de sus respectivos aviones y que su misión se limitó a mantener a las tripulaciones lejos de las cabinas. En un detallado comunicado de prensa declararon: «El derrocinado "ataque te-

rrorista" fue de hecho una operación militar extraordinariamente ejecutada llevada a cabo contra EEUU, requiriendo habilidades sumamente

desarrolladas en los terrenos operativo, de comunicaciones y de mando. Todo estaba planificado y cronometrado al segundo, incluida la clase de avión seleccionada para usarse como proyectiles teledirigidos y en la llegada coordinada de esos proyectiles a sus blancos preseleccionados.» El informe cuestiona seriamente si los secuestradores, al parecer entrenados en una avioneta Cessna, podían localizar un blanco a más de 320 kilómetros. También se duda de su habilidad para dominar las complejidades del instrumental de vuelo en los apenas 45 minutos que tuvieron el mando del avión. El coronel De Gran añadió que era imposible para un

grupo de novatos tomar el mando de cuatro aviones y orquestar una

operación de tales características, algo que requeriría una precisión militar sólo al

alcance de contados especialistas de los cuerpos especiales. Un miembro del equipo de pilotos, con más de 100 misiones de combate

a sus espaldas durante la guerra de Vietnam, dijo: «Esos pájaros, o tenían en el asiento izquierdo a un piloto de caza con cientos de horas de vuelo o estaban operados por control remoto».

«September 11 -US Government accused», The Portugal News, 3 de agosto de 2002.

Los Boeing 757 y 767 están provistos de instrumental que les otorga la capacidad de volar de forma totalmente autónoma. Son los únicos dos Boeing capaces de llevar a cabo un vuelo completamente automático. Pueden ser programados para despegar, volar hasta un destino elegido y aterrizar sin la necesidad de que haya un piloto a los mandos. Son aviones inteligentes y están dotados de software que limita el uso de los controles para evitar que un error humano produzca lesiones a los pasajeros. Aunque son físicamente capaces de maniobras de alta aceleración, el software de sus sistemas de vuelo previene la eventualidad de que se pueda realizar una maniobra de este tipo desde la cabina del piloto. El límite de aceleración y giro en estos aparatos es de

1,5 G's. Esto es así para que un error de pilotaje no pueda terminar rompiendo el cuello de un pasajero. Se haga lo que se haga, no se puede eliminar esta característica. Según quedó registrado en los radares, el «avión» que se estrelló contra el Pentágono alcanzó sus límites físicos reales. Personal militar ha calculado que este aparato realizó un giro de entre cinco y siete Gs en su aproximación al objetivo, hazaña que repitió el segundo avión que impactó contra el World Trade Center.

Cómplices en tierra

Llama poderosamente la atención de profanos y profesionales de la aviación la impecable precisión de ambos impactos, máxime cuando estos aparatos, ya de por sí poco maniobrables, estaban lanzados a toda velocidad contra sus objetivos. Un despiste de apenas unas décimas de segundo y los kan-iikazes habrían errado el blanco. Sin embargo, existe una forma de realizar esta maniobra de una forma limpia sin requerir de los pilotos suicidas una capacidad sobrehumana: la utilización de radiobalizas. Se trata de unos aparatos que emiten una señal de radio que es seguida de forma automática por el avión. Radioaficionados de la zona y supervivientes de la masacre atestiguan haber detectado aquella mañana diversas anomalías en la recepción de radio y televisión que bien pudieran haberse debido a la presencia de uno o dos de estos dispositivos electrónicos, algo que añade nuevos interro-

gantes ya que supone por fuerza la existencia de un comando de cómplices en tierra para los piratas aéreos.

La existencia de conexiones en tierra y dentro de las propias Torres Gemelas con quienes planearon y ejecutaron los atentados quedó de

manifiesto cuando se supo que especialistas informáticos alemanes es-

taban intentando encontrar qué se ocultaba detrás de una oleada inex-

plicada de transacciones financieras hechas momentos antes de que los dos aviones secuestrados se estrellaran en el World Trade Center. Al parecer hubo un pronunciado ascenso de las transacciones con tarje-

tas de crédito a través de algunos sistemas informáticos del World Trade Center minutos antes de que el primero de los aviones golpeará so-

bre su objetivo. Rápidamente se pensó en una posible intervención criminal que conociera anticipadamente los aciagos sucesos que iban

a tener lugar aquel día. Habría sido demasiada coincidencia que más de

100 millones de dólares se movieran a través de los ordenadores poco

antes del desastre.

La firma alemana Convar, líder mundial en la recuperación de da-

tos, intenta contestar a esas preguntas nuestras ayuda a las compañías de tarjetas de crédito, telecomunicaciones y contables de Nueva York a recuperar sus expedientes de ordenadores que han sido dañados por

el fuego, el agua o el polvo. Están utilizando una tecnología pionera de exploración láser para encontrar datos sobre discos duros dañados en-

Existe el testimonio de un controlador aéreo que afirma que un F-16 había «perseguido sin descanso» al avión secuestrado. Tras esta confidencia, todos los controladores aéreos fueron colocados bajo la jurisdicción del acta de secretos oficiales prohibiéndoseles terminantemente revelar lo que habían visto en sus pantallas aquel día. El mismo

mutismo les fue impuesto a sus compañeros de Boston, a los que se

prohibió revelar cualquier detalle de lo sucedido en las cabinas de los otros aviones secuestrados “. El vicepresidente Dick Cheney recono-

ció tiempo después que el presidente Bush había autorizado el derribo del aparato secuestrado si bien esto no fue necesario, pues cayó antes de que sus perseguidores se encontraran a la distancia de tim

Numerosos testigos afirman haber visto un segundo aparato que volaba rozando las copas de los árboles poco después de que cayera el aparato secuestrado. El FBI ha declarado oficialmente que se trataba de un reactor privado al que las autoridades pidieron que descendiera, para exanunar el lugar del siniestro. Sin embargo, nadie ha sido capaz de identificar a la tripulación de este misterioso aparato que, por otr*,

w., parte, estaba infringiendo claramente el cierre del espacio aéreo estadounidense decretado más de media hora antes.

Steve LeBlanc, «FAA controllers detail Sept. 11 events», Associated Press, 12 de agosto de 2002.

El enemigo en casa

La ya de por sí complicada situación que plantearon los atentados recibió una nueva vuelta de tuerca cuando el 18 de septiembre se recibieron las primeras cartas conteniendo esporas de ántrax, una enfermedad mortífera muy utilizada en el desarrollo del armamento biológico. En total, y descartando la ingente cantidad de fraudes que se dieron posteriormente, se recuperaron cuatro cartas dirigidas a los senadores demócratas Tom Daschle y Patrick Leahy, al periódico The Post y al presentador de noticias Tom Brokaw de la cadena NBC.

Ninguna de las víctimas contra las que iban dirigidos estos atentados resultó afectada por la enfermedad. Sin embargo, las esporas habían sido manipuladas para aumentar su virulencia, de forma que entre las múltiples personas que manipularon las cartas (empleados de correos, secretarías, conserjes ...) se dio un total de 13 infectados y cin-

co víctimas mortales. Se cree que existió una quinta carta que acabó con la vida de un fotógrafo de prensa en Florida, pero jamás pudo ser recuperada por las autoridades.

Rápidamente la Administración Bush utilizó la situación para avivar la ya intensa psicosis de terror que vivía por aquellos días la población estadounidense buscando el respaldo incondicional para sus planes bélicos contra Afganistán. Primero se culpó a Bin Laden de esta nueva ofensiva de terrorismo biológico. Cuando quedó suficientemente claro que el saudí poco o nada tenía que ver con aquello, el clamor de los ayudantes del presidente se dirigió hacia el archienemigo por antonomasia de la familia Bush: Sadam Husein. Finalmente se impuso el sentido común y expertos del FBI y la inspección postal co-

menzaron a decir lo que sólo unos pocos se habían atrevido a exponer antes de ser tachados poco menos que de traidores en el clima de patriotismo exacerbado de aquellos días. Aquel modus operandi era típico de los grupos más violentos y peligrosos de la extrema derecha norteamericana y ya había sido empleado en el pasado contra clínicas en las que se practica el aborto, uno de los objetivos predilectos de estos grupos. No hay que olvidar que en EE UU el movimiento Pro-Vida tiene un brazo armado sumamente activo y peligroso que, paradójicamente, ya ha acabado con la vida de varios médicos y ha convertido las

clínicas en las que se practica el aborto en aquel país en verdaderas fortalezas con medidas de seguridad superiores a las de los bancos.

Sin embargo, las esporas que se recogieron en aquellas cartas presentaban características muy especiales que las alejaban por completo de las cepas caseras empleadas por las milicias y las organizaciones te-

rroristas cristianas. Se trataba de un preparado altamente refinado, de una pureza y finura que sólo se da en las cepas de grado militar que se

elaboran en el más estricto secreto en instalaciones del ejército esta-

elaborado en el más estricto secreto en instalaciones del ejército esta-

dounidense como la que se encuentra en Fort Detrick, Maryland. Aquel polvo sólo podía proceder de un laboratorio militar y haber sido elaborado por alguien con amplios conocimientos biotecnológicos. Los detractores de esta teoría tuvieron que acallar su indignación cuando los análisis revelaron que el ántrax en cuestión procedía de la cepa Ames, aislada por primera vez en 1950 en Ames, Iowa y empleada desde entonces como base de buena parte del arsenal biológico estadounidense.

Este supuesto fue confirmado por un experto en lingüística forense del F131 que elaboró un informe en el que afirmaba que los ataques con ántrax se llevaron a cabo desde el propio Estados Unidos por parte de un científico de alto rango de la comunidad militar. El profesor Don Foster afirma que las pruebas apuntan hacia alguien con un alto nivel dentro del ejército y conexiones con los servicios de inteligencia. El profesor Foster dijo ante las cámaras de la BBC que había re-

ducido la lista de sospechosos a dos personas que habían trabajado para la CIA, el Instituto de Investigación Médica de Enfermedades Infecciosas del Ejército Americano (USAMRIID) y otras ramas del ejército con carácter secreto. Curiosamente, el profesor Foster dice que es probable que el asesino sea un individuo muy patriótico que quiso con sus acciones demostrar que EE UU estaba mal preparada para un acto de terrorismo biológico “.

Según un informe de la directora del programa de armas químicas y biológicas de la Federación de Científicos Americanos, la doctora Barbara Hatch Rosenberg, apenas cuatro laboratorios militares tenían

“ The Hunt for the Anthrax Killer, reportaje emitido por la BBC 2 el 18 de agosto de 2002.

capacidad para elaborar aquella variedad de ántrax. Con todos estos datos, el F131 elaboró un perfil del culpable: un individuo norteamericano de cuarenta y tantos años de edad que trabajó en algún momento

en armamento biológico, con un doctorado, residente en Washington, vacunado contra el ántrax, con acceso a información secreta. Este sujeto posiblemente trabajó en el USAMRIID), donde debió de conocer a Bill Patrick, uno de los principales expertos norteamericanos en armas biológicas. Era muy probable que tuviera alguna disputa con el Gobierno y un lugar privado donde preparar los ataques.

Este perfil condujo al registro de la casa del doctor Steven J. Hatfill, cuyo perfil encajaba con el del sospechoso. Sin embargo, el registro resultó completamente infructuoso. En agosto de 2002 hubo un segundo registro y se supo que Hatfill formaba parte del equipo de inspectores de armamento que la ONU pensaba enviar a Irak.

Pondremos un pequeño ejemplo de la clase de obstáculos a los que se están enfrentando que enfrentan en este caso los investigadores del FBI. En el capítulo dedicado al Proyecto MkUltra (véase el capítulo X, pág. 163) hablábamos de la muerte en otoño de 1953 de un científico gubernamental, Frank Olson, que se arrojó por la ventana de un hotel NuevaYork, convirtiéndose en uno de los casos más notorios en la historia negra de la CIA. Sólo en 1975 la familia Olson supo que la CIA había inoculado una alta dosis de LSI en su bebida días antes de su muerte. El presidente Ford se disculpó públicamente por este experimento y prometió que el Gobierno revelaría todo sobre el caso. Sin embargo, recientemente se ha sabido que la Administración Ford continuó ocultando informaciones sobre Olson, particularmente su papel en alguna de las investigaciones más polémicas de la CIA durante la guerra fría, y en el desarrollo de aplicaciones militares para la cepa Ames del ántrax. Según ha revelado el rotativo San José Mercury News, la decisión de retener esa información fue tomada por dos ayudantes de la Casa Blanca, Dick Cheney y Donald Rumsfeld, hoy vicepresidente y secretario de Defensa respectivamente “.

Así pues, el F131 se encontró de repente ante un impenetrable muro

“ Fredric N. Tulsy, «Scientists death haunts family», San José Mercury News, 8 de agosto de 2002.

que detuvo su investigación en seco. Los investigadores de la agencia no tuvieron acceso a determinados despachos e instalaciones con altos niveles de seguridad y clasificados como de alto secreto, ni podían pedir a empleados de la CIA u oficiales del Pentágono que contasen todo lo que supieran sobre aquellos hechos. El resultado fue un casi cómico callejón sin salida de desconfianza mutua y papeleo burocrático “. Pero la pregunta básica, que aún no ha sido respondida, ha llenado de desconfianza y

temor el ánimo de no pocos estadounidenses porque, si el FBI no puede investigar a los responsables del armamento biológico norteamericano, ¿quién puede?

Conclusión

La casi completa seguridad de que, al menos los atentados de las Torres Gemelas, fueron planeados y ejecutados por Bin Laden y su organización no disipa la sombra de la duda respecto a la actuación de la Administración norteamericana en estos hechos. La implicación de oscuros intereses políticos y económicos, el velo de silencio que rodea la investigación y las anomalías inexplicadas que presentan los atentados, constituyen el cordaje de una polén-úca que a buen seguro dará mucho que hablar en los años venideros y proporcionará no pocas sorpresas.

Laura Rozen, «The Enemy Within? The FBI's anthrax investigation turns on its side», Die American Prospect, 20 de mayo de 2002.

Bibliografía

Ahmed, Nafez M., *The War on Freedom: How and My America was Attacked*, Tree of Life,

California, 2002. Alexander, David, *Conspiracies and cover-ups*, Berkley Books, Nueva York, 2002. Alonso, J. Felipe, *Diccionario Espasa de las ciencias ocultas*, Espasa Calpe, Madrid, 1999. Anderson, Ken, *Hitler and the occult*, Prometheus Books, Nueva York, 1995. Baigent y Leigh, *The dead sea scrolls deception*, Simon & Schuster, Nueva York, 1991. Bain, Donald, *The control of Candy Jones*, Playboy Press, Chicago, 1976. Bakel, Rogier van, *The wrong stuff*, revista Wired, septiembre de 1994. Baldwin, Neil, *Henry Ford and the Jews: The Mass Production of Hate*, Public Affairs, Nueva York, 2001.

Begg, Paul, *Jack the Ripper: The uncensored facts*, Kobson Books, Londres, 1988. Fido, Martin y Skinner, Keith, *Jack the Ripper A-Z*, Headline Book Publishing, Londres, 1991.

Blair Kaiser, Robert, «R_FK Must Die!» *A History of the Robert Kennedy Assassination and*

its aftermath illustrations, Dutton, Nueva York, 1970. Blow, Richard, *American Son: A Portrait of John E. Kennedy Jr.*, Henry Holt & Company,

Nueva York, 2002. Bowart, Walter H., *Operation Mind Control: How the Cryptocracy "Il Psychocivilize You,*

St. Martin's Press, Nueva York, 1994. Bracken, Len, *The arch conspirator*, Adventures Unlimited Press, Illinois, 1999. Bran-dey, Wilham, *The Gods of Eden*, Avon Books, Nueva York, 1989. Bresler, Fenton, *Who killed John Lennon?*, St. Martin's Press, Nueva York, 1989. Brian II, William L., *Moongate: Suppressed Findings of the U.S. Space Program*, Future

Science Press, Portland, 1982. Brown, Tony, *The final days*, Pagan House, Londres, 1997. Burman, Edward, *Los asesinos*, Martínez Roca, Barcelona, 1988. Calvo Sotelo, Leopoldo, *Memoria viva de la Transición*, Plaza y Janés, Barcelona, 1990. Capell, Frank, *The strange death of Marilyn Monroe*, Herald of Freedom, Nueva York, 1969. Chavkin, Samuel, *The Mind Stealers: Psychosurgery and Mind Control*, Houghton Mifflin

Co., Boston, 1978. Cohn, Norman, *El mito de la conspiración judía internacional*, Afianza Editorial, Madrid,

1983. Colodny, Len y Gettlin, Robert, *Silent coup: The removal of a president*, St. Martin's Press,

Nueva York, 1991. Constantine, Alex, *Psychic dictatorship in the USA*, Feral House, Oregón, 1995. *Virtual Government: CM Mind Control Operations in America*, Feral House, Venice,

California, 1997. *The covert war against rock*, Feral House, California, 2000. Cuddy, Dennis Laurence, *September 11 prior knowledge*, Hearthstone Publishing, Oklahoma City, 2002.

Cuder, Robert, *You the Jury*, edición del autor, Boston, 1974.

Damore, Leo, *Senatorial Privilege: The Chappaquiddick Cover-Up*, Regnery Publishing, Inc., Washington, 1988. Daraul, Arkon, *A history of secret societies*, Citadel Press, Nueva York, 1989. «Discípulos de la verdad», *Mentiras y crímenes en el Vaticano*, Ediciones B., Barcelona, 2000. Faber-Kaiscr, Andreas, *Pacto de silencio*, Compañía General de las Letras, Barcelona, marzo

de 1988. Fedler, Fred, *Media Hoaxes*, Iowa State University Press, Iowa, 1989.

de 1900. Féreal, Fred, Media Hoaxes, Iowa State University Press, Iowa, 1999. Féreal (M.V de), Alystères de Inquisition et autres sociétés secrètes d'Espagne par. avec notes

historiques et une introduction par M. Manuel de Cuendias. Illustrés de 200 dessins par les artistes les plus distingués, R Boizard, París, 1845. Fialka, John J., Hotel Warriors: Covering the Gulf War, Woodrow Wilson Center Press, Was-

ington, 1992. Foley, Charles, Commando Extraordinary, Noontide Press, California, 1988. Ford, Henry, International Jew, Gerald L. K. Smith, Los Angeles, 1960. Fulton, John, A new chronology Synopsis of David Rohls book, A test of time, Garcés, Joan E., Soberanos e intervenidos, Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1996. Gaustad, Edwin S., A Documentary History of Religion in America since 1865, Eerdmans,

Grand Rapids, 1993. Gelderman, Carol, Henry Ford. The wayward capitalist, St. Martin's Press, Nueva York, 1981. George, John y Wilcox, Laird, Nazis, Communist, Klansmen and Others on the Fringe, Pro-

metheus Books, Nueva York, 1992. George, Joseph, «The Lincoln writings of Charles P.T. Chiniquy» Journal of the Illinois Sta-

te Historical Society, febrero de 1976. Gil-Robles, José María, La monarquía por la que yo luché (1945-1954), Taurus, Madrid, 1976. Gillmor, Don, I Swear by Apollo: Dr. Ewen Cameron, the CL4, and the Canadian Mind-

Control Experiments, Eden Press, Montreal, 1986. Goodinan, David G. y Miyazawa, Masanori, Jews in the Japanese mind, Free Press, Nueva

York, 1995. Gordon, Mel, Hanussen: Hitler @ J.M. Clairvoyant, Feral House, Portland, 2001. Graham, Lloyd, Deceptions and myths of the Bible, Citadel Press, Nueva York, 1991. Graves, Kersey, The World @ Sixteen Crucified Saviors. Or Christianity Before Christ. Greunke, Gudrun y Heimbrech, El montaje del síndrome tóxico, Obelisco, Barcelo-

na, 1988. Groueff, Srepliane, The Manhattan Project: The Untold Story of the Making of the Atomic

Bomb, iUniverse.com. Lincoln, Nebraska, 2000. Haldeman, H. R., The ends of power, Times Books, Nueva York, 1978. Hardy, David T., This Is Not an Assault: Penetrating the Web of Official Lies Regarding the Waco

Incident, Xlibris Corporation, Filadelfia, 2001. Harris, Melvin, The Ripper File, W. H. Allen and Co., Londres, 1989. Harwood, Richard (seudónimo de Richard Verrall), «¿Murieron realmente seis millones?»,

Historical Review Press, Londres, 1977. Heckethorn, Charles William, Secret societies of all ages and countries, Kessinger Publishing

Company, Montana, 2000. Hitti, Philip K., History of the Arabs from the earlier times to the present, Macmillan, Londres,

1970. Hölme, Heinz y Zolling, Herman, The general was a spy, Bantam Books, Nueva York, 1972. Jacobson, Steven, Mind Control in the United States, Critique Publishers, Santa Rosa, Ca-

ifornia, 1985. Jacolliot, Louis, The Bible in India, Sun Books, Santa Fe (Nuevo México), 1992. Jármay Chapa, Martha de, Un eslabón perdido en la Historia. Piratería en el Caribe, siglos XVI

y XVII, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1983.

Kaysing, Bill, We never went to the moon: America @ thirty billion dollar swindle, Holy Terra

Books, Soquel (California), 1991. Keith, Jim, Mind Control World Control: The Encyclopedia of Mind Control, Adventures

Unlimited Press, Illinois, 1998. Kehner, Douglas, The Persian Gulf War, Westview Press, Los Angeles, 1992. Kermedy, Robert E, El enemigo en casa, Plaza y Janés, Barcelona, 1968. Kessler, Ronald, The Sins of the father: Joseph Kermedy and the dynasty he founded, Warner

Books, Nueva York, 1996. Kick, Russ (editor), You are being lied to. The disinformation company, Nueva York, 2001. Knight, Stephen, Jack the Ripper.-The Final Solution, Academy Chicago Publishers, Illinois,

1986. Kopel, David B. y Blackman, Paul H., No More Wacos: "ats Wrong With Federal Lau,

Enforcement and How to Fix It, Prometheus Books, NuevaYork, 1997. Krüger, Henrik, 71e great heroin coup: Drug, intelligence & internationalfascism, South End

Press, Boston, 1980. Kubizek, August, Young Hitler: friend of my youth, Londres, 1954. Lee, Martin y Scilam, Bruce, Acid Dreams, Grove Press, NuevaYork, 1985. Levenda, Peter y Mafler, Norman, Unholy Alliance: History of the Nazi Involvement With the

Occult, Continmun Pub Group, 2002. LÓpez Rodó, Laureano, La larga marcha hacia la monarquía, Plaza y Janés, Barcelona, 1979. MacArthur, John, Second Front: Censorship and Propaganda and the Gu@fWar, UniversitY of

California Press, 1993. Massey, Gerald, Historicaljesus and the Alythical Christ or Natural Genesis and Typology of

Equinoctial Christolatry, Kessinger Publishing Company, Kyla (Montana), 1998. Mayhew, Henry, London Labour and the London Poor, Penguin Books, Londres, 1985. Meyssan, Thierry, La gran impostura, La Esfera de los Libros, Madrid, 2002. Moore, Carol, Davidian Massacre: Disturbing Questions About Waco "ich Must Be Answe-

red, Legacy Communications, Tennessee, 1995. Morrison, Jim, 7he bank of America of Louísiana, Zeppelin Publishing Corp., 1975. Moss, Norman, Men "o Play God: The Story of the H-Bomb and How the World Came to

Live With It, Harper Collíns, NuevaYork, 1968. Murria, Eunice, Marilyn, the last months, Pyramid, NuevaYork, 1975. Noguchi, Thomas T., Coroner, Pocket, Nueva York, 1983. ParkerYockey, Francis, Imperium, Noontide Press, California, 1962. Pauwels, Louis y Bergier, Jacques, El retorno de los brujos, Plaza y Janés, Barcelona, 1989. Petit, D. Pastor, Diccionario enciclopédico del espionaje, Editorial Complutense, Madrid, 1996. Phillips, Peter y Project Censored, Censored 2001, Seven Stories Press, NuevaYork, 2001. Pincher, Chapman, 7he Private World of StJohn Terrapin, Sidgwick & Jackson, Londres,

1982. Prouty, Fletcher, The secret team, Prentice-Hall, Nueva jersey, 1973. kadosh, Ronald y Milton, Joyce, 77te Rosenbergfile, Yale University Press, New Hayen,

Connecticut, 1983. kavenscroft, Trevor, Die spear of destiny, Red Wheel/Weiser York Beach, 1982. kavenscroft, Trevor y Wallace Murphy, T., The Mark of the Beast, Red Wheel/Weiser,

York Beach, 1997. kene, Ralph, NASA mooned America!, autopublicado por el autor en 1994. ketcliffe, sir John, Biarritz, C. S. Liebrecht, Berlín, 1868. Roberts, Jonathan M., Antiquity unveiled: ancient voices from the spirit realms, Health Rese-

arch Books, Mokelunine Hill, California, 1970. Rosa, Peter de la, Vicars of Chríst: The dark side of the Papacy, Crown Publishers, NuevaYork,

1988.